

121987

NUUESTRA PATRIA VASALLA

HISTORIA DEL COLONIAJE ARGENTINO

LIBORIO JUSTO

RESTABLECIMIENTO Y CONSOLIDACION
DE BUENOS AIRES COMO FACTORIA
COMERCIAL Y FINANCIERA BRITANICA
EN EL RIO DE LA PLATA (1852-1890)

3

EDITORIAL GRITO SAGRADO

ARGENTINA

92.675



NUESTRA PATRIA
VASALLA



DEPÓSITO LEGAL 92.645

LIBORIO JUSTO

NUESTRA PATRIA VASALLA

(Historia del coloniaje argentino)

TOMO III

RESTABLECIMIENTO Y CONSOLIDACION DE BUENOS AIRES COMO FACTORIA COMERCIAL Y FINANCIERA BRITANICA EN EL RIO DE LA PLATA (1852-1890)

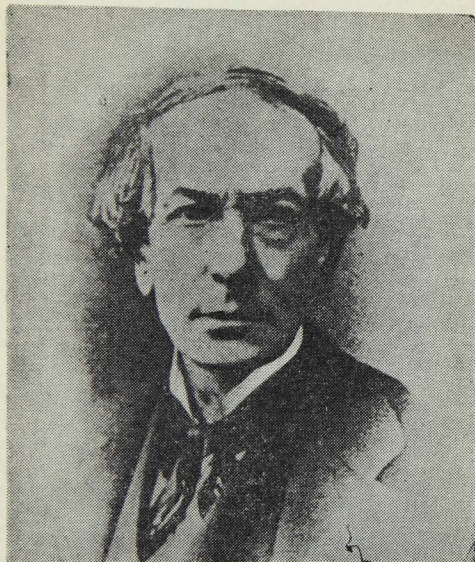


EDITORIAL CRISTO SAGRADO

Montevideo 645

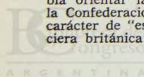
Buenos Aires

1988



Juan Bautista Alberdi

Figura cumbre de la "Joven Generación Argentina", de 1838, quien, contradiciendo sus primitivos propósitos, señalados en el Prólogo, debía orientar la organización de la República Argentina —sucesora de la Confederación Argentina, establecida por Juan Manuel de Rosas en carácter de "estancia" de Inglaterra— como factoría comercial y financiera británica en la América del Sur, siguiendo el esquema propiciado por Bernardino Rivadavia.



OBRAS DEL AUTOR

- "PRONTUARIO" (Una autobiografía), 1ª edición, Bs. As., 1940; 2ª edición, Bs. As., 1956.
- "ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA" (Lucha por la unidad y la liberación nacional y social de la América Latina), Bs. As., 1957.
- "LEON TROTSKY Y WALL STREET", 1ª edición, Bs. As., 1959; 2ª edición, Lima (Perú), 1975.
- "PAMPAS Y LANZAS" (La gesta de las tierras y de las vacas), Buenos Aires, 1962.
- "BOLIVIA, LA REVOLUCION DERROTADA", 1ª edición Cochabamba (Bolivia), 1967; 2ª edición, Bs. As., 1971.
- "ASI SE MURIO EN CHILE" (inédita).
- "PERU EN EL PENSAMIENTO POLITICO CONTINENTAL" (González Prada, Haya de la Torre, Mariátegui) (inédita).
- "REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN EL PERU" (inédita).
- "ARGENTINA Y BRASIL EN LA INTEGRACION CONTINENTAL", Bs. As., 1983.
- "CAIO PRADO JUNIOR Y LA REVOLUCION BRASILEÑA Y SUDAMERICANA" (inédita).
- "NUESTRA PATRIA VASALLA" (Historia del coloniaje argentino), tomo I (De los Borbones a Baring Brothers) (1535-1827), Bs. As., 1968.
- "NUESTRA PATRIA VASALLA" (Historia del coloniaje argentino), tomo II (Rosas como otra etapa de la evolución nacional impuesta por el capitalismo inglés) (1827-1852), Bs. As., 1985.

Próximamente:

- "NUESTRA PATRIA VASALLA" (Historia del coloniaje argentino), tomo IV (Grandeza y colapso de la República Argentina como "dominio" del imperialismo británico) (1890-1930).
- "NUESTRA PATRIA VASALLA" (Historia del coloniaje argentino), tomo V (De "dominio" británico a "patio trasero" de los EE.UU.) (1930-1980).

367992

I.S.B.N. 950-9585-05-X

© by EDITORIAL GRITO SAGRADO
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

"No puede ser que la benemérita Buenos Aires, cargada de laureles, hubiera derramado su sangre y sacrificado su fortuna para convertirse perpetuamente en país consumidor de los productos y manufacturas del mundo, porque esa posición es muy baja, y no corresponde a la grandeza a que la naturaleza la ha destinado. No puede ser que ningún argentino siga sin irritación el proyecto de conspirar a que la nación, en la edad sucesiva de las generaciones, no sea más que una factoría que, perteneciendo a todas las naciones del mundo, sea para ella misma un estado nulo, sin vigor y sin gloria propia."

PEDRO FERRÉ (1830)

"No temais que la nacionalidad se comprometa por la acumulación de extranjeros, ni que desaparezca el tipo nacional... Negociad empréstitos en el extranjero, empañad vuestras rentas y bienes nacionales para empresas que los harán prosperar y multiplicarse... Proteged los ferrocarriles. Colmadlos de ventajas, de privilegios, de todo el favor imaginable, sin deteneros en medios. ¿Son insuficientes nuestros capitales para esas empresas? Entregadlas entonces a capitales extranjeros, dejad que los tesoros de fuera, como los hombres, se domicilien en nuestro suelo. Rodead de impunidad y de privilegios el tesoro extranjero, para que se naturalice entre nosotros."

JUAN BAUTISTA ALBERDI (1852)

"En la República Argentina no hay interés ni sentimiento alguno que sirva de base a la nacionalidad y que le dé unidad... Ni el pasado glorioso, ni el sistema federal, ni el unitario, ni la constitución política, ni el nombre de nación, que no existe en propiedad, ni idea alguna de esas que forman la unidad solidaria de otras naciones, existe aquí, que pueda servir de base a la verdadera nacionalidad."

José V. LASTARRIA (1870)

Biblioteca del
Congreso
ARGENTINA

PROLOGO EN SIETE CAPITULOS

1. — El segundo período administrativo de Juan Manuel de Rosas —que significó el arribo al gobierno de Buenos Aires de una clase nacional, los estancieros— trajo con él un hondo sentido nativo, no obstante hallarse vinculado al capitalismo inglés, provocando el surgimiento de una nueva generación argentina que pretendió repudiar lo que hasta entonces habían hecho unitarios y federales, para “volver a Mayo”, es decir, aparentemente a Mariano Moreno, para asentar la personalidad de la República sobre bases auténticas y americanas. “Los unitarios —escribió uno de sus representantes— no comprendían el sistema social desde un punto de vista nacional o argentino. Ellos buscaron lo ideal que habían visto en Europa o en los libros europeos, no lo ideal resultante del desenvolvimiento armónico y normal de la actividad argentina”¹.

Había que tratar de sumar la cultura importada por los unitarios a la fuerza social autóctona de los federales, pues, el momento era particular y significativo. Un cuarto de siglo había transcurrido desde el 25 de mayo de 1810, y la República aún no había podido constituirse. Después de los sucesivos fracasos de los directoriales y unitarios, que provocaron su eliminación del escenario político del país, la preponderancia de los federales, o quienes se decían tales, era total. Facundo Quiroga había quedado vencedor en las provincias mediterráneas, y luego, Juan Manuel de Rosas, después de su expedición contra los indios araucanos del Desierto, y como conse-

¹ Esteban Echeverría, *Obras completas*, Bs. As., 1951, p. 304.

cuencia inmediata del asesinato de Quiroga, había adquirido la importancia necesaria para volver al gobierno de Buenos Aires en la forma dictatorial que deseaba, poniendo fin a un largo período de inestabilidad institucional.

Fue entonces, en ausencia de los prohombres unitarios, emigrados, desde 1829, que surgió en Buenos Aires —según señalamos sucintamente en el tomo II— un núcleo de jóvenes quienes, impulsados por la necesidad de hallar solución a los problemas nacionales, dentro de una inquietud que adquirió singulares proyecciones, tomaron iniciativas y provocaron una efervecencia intelectual que señala un momento particularísimo del pensamiento argentino. A esos jóvenes porteños, que fueron alumnos del colegio "Unión del Sud", llamado desde 1823 Colegio de Ciencias Morales, habían venido a agregarse, como era corriente, otros llegados de las provincias que contribuyeron también con su aporte a esa inquietud general.

Entre los porteños se distinguían Juan María Gutiérrez, Juan Thompson, Vicente Fidel López, Miguel Cané, Félix Frías, Jacinto y Demetrio Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Luis Domínguez, etc.

De las provincias, para seguir estudios en Buenos Aires, habían llegado los tucumanos Juan Bautista Alberdi y Brígido Silva, el catarqueño residente en Tucumán, Marco M. Avellaneda, los sanjunos Manuel José Quiroga de la Rosa —que luego se firmaría Quiroga Rosas— y Antonino Aberastain, el salteño Pío Tedín y otros de notoria actuación futura.

Todos concurrían al Colegio de Ciencias Morales, o ya habían ingresado en la Universidad, donde alguno de sus profesores, como Diego Alcorta, antiguo miembro de la Sociedad "Valeper" y catedrático de Ideología, había de lograr especial influencia sobre ellos. Pero para la inquietud intelectual de esos jóvenes, la limitada enseñanza oficial no bastaba y trataban de satisfacerla por otros conductos. Además, la revolución de 1830 en Francia había provocado la aparición de una pléthora de publicaciones que desbordaban hacia el exterior, invadiendo las librerías de Buenos Aires. Así lo recuerda Vicente F. López en su "Autobiografía".

"A los influjos de mis cursos con Alcorta —escribe— se agregan los de un grande acontecimiento que trastornó las bases sociales del mundo europeo —la revolución de 1830—, que sacó a los Borbones del trono de Francia, y puso en él a Luis Felipe de Orleans. *Nadie hoy es capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso produjo en la juventud argentina que cursaba las aulas universitarias.* No sé cómo se produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se habían oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novela fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores, románti-

cos, clásicos, eclécticos, San Simonianos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Sainte Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Víctor Ducange, Georges Sand, etc.

"Por fortuna —continúa— este movimiento, en el que aprendimos a pensar a la moderna, y a escribir con intenciones nuevas y con formas novísimas, cuadraba con el final del primer período gubernativo de Rosas [1832] y con la nueva gobernación del general Balcarce, que, aunque emergente de Rosas, hacía columbrar un respo más espontáneo y natural hacia el movimiento libre de las ideas, siendo como una resurrección de los principios de nuestra sociabilidad culta de la primera y segunda década de nuestra revolución. He aquí cómo el despertamiento de la literatura francesa involucó en nosotros, muchachos de 21 a 24 años, el mismo ardor por la revolución social y el reinado de las nuevas ideas"².

En esta forma, la vida intelectual de Buenos Aires cobró, para esa época, particular vibración, mientras esos jóvenes estudiaban y trataban de definir el mensaje de que se sentían portadores, habiendo ya constituido una Asociación de Estudios Históricos y Sociales, según unos, o una Sociedad de Estímulo y Estudio, según otros. Quien inició su presentación pública, aunque no formara parte de esos círculos, válido de su mayor edad y de una reciente experiencia de varios años en Europa, fue el porteño Esteban Echeverría, con su libro de versos "Los Consuelos", el primero de esa naturaleza que vio la luz en el país —Juan Cruz Varela nunca había reunido los suyos— aparecido en 1834, "Con el mismo aspecto de los que se publican en París", según escribía Juan M. Gutiérrez a un amigo del interior.

Fue a través de este libro, que alcanzó gran repercusión, que comenzó a manifestarse el romanticismo en el Río de la Plata, en América y aún en idioma español. "«Los Consuelos» —escribió Juan M. Gutiérrez— fueron el eco de un sentimiento y una verdadera revolución"³.

Pero no sólo Esteban Echeverría se hizo presente con sus obras ese año 1834. También había de hacerlo Juan Bautista Alberdi, llegado en un viaje de dos meses en carreta desde Tucumán, y que ahora, después de un breve retorno a su provincia natal, volvía a la ciudad porteña protegido por el gobernador federal Alejandro Heredia, a quien dedicó el opusculo "Memoria descriptiva sobre el Tucumán", editado en Buenos Aires en ese año e inflamado de un profundo espíritu local, que exaltaba la naturaleza de aquella provincia.

El año 1835 la producción intelectual juvenil prosiguió con "El voto de América", de José Rivera Indarte, y, luego, con "El Reci-

² Vicente F. López. *Evocaciones históricas*, Bs. As., s/d., p. 39-40.

³ E. Echeverría *Obras...*, cit., p. 125.

lador", periódico que apareció bajo la inspiración principal de Juan María Gutiérrez, el cual se convirtió en un "vehículo cultural de primer orden", porque en sus números "se dio preferencia a artículos de escritores del país y a temas nacionales, relegándose a un segundo plano las inevitables variedades de procedencia europea"⁴.

Poco después tuvo lugar la instalación del "Salón Literario" en la librería de Marcos Sastre. Vicente F. López lo recuerda en su "Autobiografía": "Don Marcos Sastre tomó la idea y el plantel de la primera Asociación de estudios literarios e históricos, de que he hablado antes, y se puso en la tarea de organizar un «Salón Literario», con mayores elementos de acción y de vida propia... A poco tiempo su librería se hizo para nosotros un lugar de visita diaria... En el trato frecuente que nos abrió su negocio de libros, adoptó, la idea de reunir su negocio de librería a la de un salón o club de discusión, de conversación y de lectura; y cuando tuvo los elementos con la adhesión de Gutiérrez, Thompson, Echeverría, yo y cuarenta o cincuenta socios más... puso la librería de venta y cambalache en las piezas con puerta a la calle, e instaló el Salón en dos largas piezas que se seguían hacia adentro"⁵.

Finalmente, en junio de 1837, tuvo lugar la inauguración del célebre Salón, el cual se presentaba bajo el auspicio de la epístola de San Pablo a los romanos: "Arrojemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz". En aquella sesión inaugural, además de Sastre, hablaron los jóvenes Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi. La historia ha recogido sus palabras, que significaron una definición trascendental en el proceso del desarrollo del pensamiento argentino.

Comenzó Marcos Sastre con una "*Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina*" y, entre otras cosas, dijo: "Una nueva generación se levanta, llena de virtudes, de actividad y de talentos que promete a la Patria hermosos días de grandeza y de gloria... Veo a la nueva generación ya dispuesta a conocer todos los errores que han entorpecido el desarrollo intelectual... y declarar solemnemente: su divorcio de toda política y legislación exóticas; su divorcio de la literatura española, y aún de todo modelo literario extraño... Y, por fin, que el país se dispone adoptar: una política y legislación propias a su ser; un sistema de instrucción acomodado a su ser; y una literatura propia y peculiar a su ser"⁶.

En seguida habló Juan Bautista Alberdi sobre "*Doble armonía entre el objeto de esta institución con una vigencia de nuestro de-*

⁴ *Ibidem*, p. 23.

⁵ V. F. López, *Evocaciones...*, cit., ps. 52 y 53.

⁶ Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición crítica y documentada, Universidad de La Plata, 1940, p. 209.

sarrollo social; y de esta exigencia con otra general del espíritu humano", y dijo: "El desarrollo, señores, es el fin, la ley de toda la humanidad; pero esta ley tiene también sus leyes. Todos los pueblos se desarrollan necesariamente, pero, cada uno se desarrolla a su modo: porque el desenvolvimiento se opera según ciertas leyes constantes, en una íntima subordinación a las condiciones del tiempo y del espacio. Y como estas condiciones no se reproducen jamás de una manera idéntica, se sigue que no hay dos pueblos que se desenvuelvan del mismo modo. Este modo individual de progreso constituye la civilización de cada pueblo: cada pueblo, pues, tiene y debe tener su civilización propia, que ha de tomarla en la combinación de la ley universal del desenvolvimiento humano, con sus condiciones individuales de tiempo y espacio. De suerte que es permitido opinar que todo pueblo que no tiene civilización propia, no camina, no se desenvuelve, no progresa, porque no hay desenvolvimiento sino dentro de las condiciones del tiempo y del espacio; y esto es por desgracia lo que a nosotros nos ha sucedido. Al caer bajo la ley del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano, nosotros no hemos su bordinado nuestro movimiento a las condiciones propias de nuestra edad y de nuestro suelo; no hemos procurado la civilización especial que debía salir como resultado normal de nuestros modos de ser nacional; y es a esa falta que es menester referir toda la esterilidad de nuestros experimentos constitucionales...

"...Luego, señores, nuestra situación quiere ser propia, y ha de salir de las circunstancias individuales de nuestro modo de existir juvenil y americano... De aquí las numerosas anomalías de nuestra sociedad; la amalgama bizarra de elementos primitivos con formas perfectísimas; de la ignorancia de las masas con la república representativa... Tal, señores, es la misión de las generaciones venideras: dar a la obra material de nuestros padres una base inteligente... Así, señores, seguir el desarrollo, no es hacer lo mismo que hicieron nuestros padres... Continuar la vida principiada en Mayo, no es hacer lo que hacen la Francia y los Estados Unidos, sino lo que nos manda la doble ley de nuestra edad y de nuestro suelo: seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia, aunque imperfecta, y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas. Cada pueblo debe ser de su edad y de su suelo. Cada pueblo debe ser el mismo: lo natural, lo normal nunca es reprochable. La infancia no es risible con toda su impotencia: lo que la ridiculiza es la pretensión de virilidad...

"...Estamos, pues, encargados, los que principiamos la vida, de investigar la forma adecuada en que nuestra civilización deba desarrollarse, según las circunstancias normales de nuestra actual existencia argentina: estamos encargados de la conquista de las vías de una civilización propia y nacional... Y es tiempo, pues, de interrogar a

la filosofía la senda que la nación argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad... *El estudio de lo nacional*, es un trabajo nuevo, en que no se entró con decisión en nuestro país; sin duda porque no se conoció bastante que *lo nacional era un elemento necesario de nuestro desenvolvimiento argentino*".

Y agregaba refiriéndose a Juan Manuel de Rosas: "Por fortuna para nuestra patria, nosotros no somos los primeros en sentir esta exigencia; y *no venimos más que a imitar el ejemplo dado ya en la política por el grande hombre que preside nuestros destinos públicos*. Y esta grande capacidad de intuición, por una habitud virtual del genio, había adivinado lo que nuestra razón trabaja hoy por comprender y formular: había ensayado de imprimir a la política una dirección completamente nacional: de suerte que nuestra misión viene a reducirse a dar a los otros elementos de nuestra sociabilidad, una dirección perfectamente armónica a la que ha obtenido el elemento político en las manos de este hombre extraordinario"⁷.

Por último ocupó la tribuna Juan María Gutiérrez, quien disertó sobre "*Fisonomía del saber español: cual deba ser entre nosotros*", y expresó: "La historia general filosófica ha demostrado que *cada pueblo... tiene una literatura y un arte que armoniza con su moral, con sus creencias y tradiciones, con su imaginación y sensibilidad*. La literatura, muy particularmente, es tan peculiar a cada pueblo, como las facciones del rostro entre los individuos; la influencia extraña es pasajera en ella; pero en su esencia no está, ni puede estarlo, sujeta a otros cambios que los que trae consigo el progreso del país a que pertenece... Debemos fijarnos antes en nuestras necesidades y exigencias, en el estado de nuestra sociedad y su índole, y sobre todo en el destino que nos está reservado en el gran drama del universo, en que los pueblos son actores... *Si hemos de tener una literatura, hagamos que sea «nacional»; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza*, así como nuestros lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio"⁸.

2. — Al mes siguiente de la inauguración del Salón Literario, en julio de 1837, Juan B. Alberdi publicó "*Fragmento preliminar al estudio del Derecho*", dedicado, como su obra anterior al "Exmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Tucumán, Alejandro Heredia", obra ya anunciada como en prensa en el discurso de Marcos Sastre, y que llevaba como subtítulo "Acompañado de una serie numerosa de consideraciones formando una especie de programa de los trabajos futuros de la inteligencia argentina", de la que sus palabras en el Salón Literario habían sido una síntesis.

Allí decía: "El arte, la filosofía, la industria, no son, como el de-

recho, sino fases vivas de la sociedad, cuyo desarrollo se opera en una íntima subordinación a las condiciones del tiempo y del espacio... *No se importan jamás; por todas partes son indígenas, como el hombre... Una nación no es una nación sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen, recién entonces es civilizada: antes había sido instintiva, espontánea: marchaba sin conocerse, sin saber a dónde, cómo ni por qué. Un pueblo es civilizado únicamente cuando se basta a sí mismo, cuando posee la teoría y la fórmula de su vida, la ley de su desarrollo... Porque el instinto, siendo incapaz de presidir el desenvolvimiento social, tiene que interrogar su marcha a las luces de la inteligencia extraña, y lo que es peor aún, tomar las formas privativas de las naciones extranjeras, que impropiedad no ha sabido discernir. Es, pues, un tiempo de comenzar la conquista de una conciencia nacional, por la aplicación de nuestra razón naciente, a todas las fases de nuestra vida nacional. Que cuando por este medio, hayamos arribado a la conciencia de lo que es nuestro, y deba quedar, y de lo que es exótico, y deba proibirse, entonces si que habremos dado un inmenso paso de emancipación y desarrollo, porque no hay verdadera emancipación, mientras se está bajo el dominio del ejemplo extraño, bajo la autoridad de las formas exóticas...*

"...Depuremos nuestro espíritu de todo color postizo, de todo traje prestado, de toda parodia, de todo servilismo. Gobernémonos, pensemos, escribamos, y procedamos en todo, no a imitación de pueblo alguno de la tierra, sea cual fuere su rango, sino exclusivamente como lo exige la combinación de las leyes generales del espíritu humano, con las individuales de nuestra condición nacional... Nuestros padres nos dieron una independencia material: *A nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano...* Una sién de la patria lleva ya los laureles de la guerra; la otra pide ahora los laureles del genio. *La inteligencia americana quiere su Bolívar, su San Martín*. La filosofía americana, el arte americano, la sociabilidad americana, son otros tantos mundos que tenemos que conquistar... Dos cadenas nos ataban a la Europa: una material que tronó; otra inteligente que aún vive. Nuestros padres rompieron la una por la espada: nosotros romperemos la otra por el pensamiento. *Esta nueva conquista deberá consumir nuestra emancipación*".

Y terminaba: "*No nos alucinemos, no la consumaremos nosotros. Debemos sembrar para nuestros nietos... Lleguemos para que nos bendigan... Una nueva era se abre, pues, para los pueblos de Sud América modelada sobre la que nosotros hemos empezado, cuyo doble carácter es: la adición de lo exótico por lo nacional; del plagio por la espontaneidad; de lo extemporáneo por lo oportuno*"⁹.

⁹ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. I, ps. 110 a 129.

⁷ Juan B. Alberdi, *Obras completas* Bs. As., 1886, t. I, ps. 261 a 267.

⁸ E. Echeverría, *Dogma...*, cit., p. 251.

Y, enseguida, en setiembre del mismo año 1837, vieron la luz las "Rimas", de Esteban Echeverría, que alcanzaron extraordinario éxito. En este libro se publicaba el poema "La cautiva" en el cual Echeverría, urgido de escribir sobre la expedición de Rosas al Desierto, tomó el tema de la lucha contra los indios araucanos de la Pampa, tratando de reflejar el ambiente nacional, ya enfocado antes por primera vez por Lavardén.

Luego también Echeverría habló en el Salón Literario, y, en la primera lectura que pronunció, o que hubo de pronunciar (no está aclarado) en ese mes de setiembre, entre otras cosas, dijo: "Tenemos patria y queremos servirla, si no con la espada, al menos con la inteligencia... Ahora más que nunca siente la necesidad de apoyar su vida y bienestar en la fuerza moral... De adquirir luces, de agrandar, en fin, la esfera de sus ideas para *continuar la grande obra de la Revolución de Mayo*, y engalanar los trofeos de sus armas con las ricas joyas del pensamiento... Han pululado talentos mediocres de todo género, políticos, científicos, literarios; pero *la mediocridad nada produce; de suyo es infecunda. Si literario, se contenta con imitar...* Cada cual se juzgó capaz de hablar con magisterio porque podía articular algunas frases pomposas que no entendía, y había recogido de paso en la prensa, la tribuna o los libros mal traducidos... Pero yo busco en vano un sistema filosófico, *parto de la razón argentina y no la encuentro; busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro...* Todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece... Es una vestidura hecha de pedazos diferentes y de distinto color, con la cual apenas podemos cubrir nuestra miserable desnudez... Después de 26 años de vida política sólo tenemos por resultado positivo la independencia; nuestra literatura y nuestra filosofía están en embrión; nuestra legislación está informe y la educación del pueblo por empezar... En fin, con nada o muy poco contamos para poner manos a la empresa de *la emancipación de la inteligencia argentina...* Una cultura nacional verdaderamente grande, fecunda, original, digna del pueblo argentino, la cual iniciará con el tiempo la completa palingsenia y civilización de las naciones americanas"¹⁰.

Y, en una segunda lectura, expresó parecidos conceptos, deteniéndose, particularmente, en aspectos económicos. "Hemos deducido que no tenemos ni literatura ni filosofía —dijo—; que nuestro saber político nada estable ha producido en punto a organización social; que nuestra legislación está informe; que de ciencias positivas apenas sabemos el nombre; que la educación del pueblo no se ha empezado; que existen muchas ideas en nuestra sociedad, pero no un sistema de doctrinas políticas, filosóficas, artísticas; que, en suma, nuestra

¹⁰ E. Echeverría, *Obras...*, cit. ps. 198 a 210.

cultura intelectual permanece en estado embrionario, y que con nada o muy poco contamos para iniciar *la grande obra de la emancipación de la inteligencia argentina*".

Y continuaba: "Nosotros no podemos abrigar la quijotesca pretensión de poseer en el día todo el caudal de luces industriales, filosóficas, políticas, artísticas de la Europa civilizada, porque nuestra sociedad comienza a vivir; pero marchamos a su conquista... El estado embrionario de nuestra civilización es y debe ser normal; y esta confesión no debe humillarnos ni desalentarnos... *Pertenece-mos a una raza privilegiada, a la raza caucasiana, mejor datada que ninguna de las conocidas...* ¿Quién podrá detener nuestra marcha? Quizás el nuevo mundo sea el taller de una nueva civilización y el grandioso templo augusto donde la Providencia revele sus recónditas miras sobre los destinos de la civilización...

"...Nuestro primer deber, pues, debe ser, para nosotros, generación nueva y robusta, observar qué deseos, qué esperanzas, qué necesidades manifiesta nuestra sociedad actualmente y qué género de luces imperiosamente demanda... Comenzaré por aquellos que a mi juicio más importan, y hablaré primero del elemento industrial, porque *la industria es fuente de la riqueza y poder de las naciones...* La de nuestra sociedad es mezquina porque, a pesar de que conocemos gran parte de las necesidades de los pueblos europeos, nos faltan medios para satisfacerlas. No bastan, pues, las necesidades para que la industria progrese, se necesitan también otros resortes, otros elementos para agrandarla y vivificarla... Las grandes operaciones de la industria fabril, mercantil, agrícola, exigen brazos y capitales. Nosotros carecemos de unos y de otros, y de aquí resulta que tengamos que mendigar del extranjero lo necesario en estos ramos para satisfacer nuestras necesidades, dándoles en cambio los escasos productos de nuestra industria. Si carecemos de esos indispensables elementos para promover con suceso esos géneros de industria, apliquémoslos a fomentar aquellos que existen ya y han tomado grande incremento; tales como la *industria agrícola y el pastoreo*".

Y, después de propiciar que los cueros que se exporten "salgan cortidos y preparados de nuestro mercado", aspira para la industria "libertad, garantías, protección y fomento por parte de los gobiernos. Sólo a estas condiciones nuestra industria puede progresar"¹¹.

"El Salón Literario continuó muy concurrido durante los años 1835 y 1836 —escribe V. F. López en sus reminiscencias juveniles escritas en la vejez cometiendo un error, por cuanto hemos visto que el Salón se inauguró en 1837—. Leíamos de día, conversábamos y discutíamos de noche. El célebre «Prefacio» de Cromwell, de Victor Hugo, llamado entonces «Nuevo Arte Poético», el nuevo dogma lite-

¹¹ E. Echeverría, *Obras...*, cit., p. 211 y ss.

rario regía como constitución sobre las ideas. Las «Palabras de un creyente», de Lammenais, los discursos parlamentarios de Guizot, Thiers, Berryer; la «Roma subterránea», de Ch. Didier; la Pléyade de los mártires italianos, amigos nuestros por la desgracia y por los fines que interesaban nuestras más vivas simpatías. Entre todos ellos *había tres que eran los que más nos arrastraban: Lermínier, Pedro Leroux y Sainte-Beuve*»¹².

Mientras tanto, Juan Bautista Alberdi, a fines de ese mismo año 1837, tan prolífico en manifestaciones del naciente pensamiento argentino, comenzó a publicar "La Moda", "gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres", periódico del que era el principal redactor, junto con Manuel Corvalán, con la colaboración de Juan M. Gutiérrez, Vicente F. López, Carlos Tejedor y otros, y donde, bajo un inofensivo título, hizo una interesante prédica cultural dirigida, particularmente, contra la literatura española. Alberdi decía: "La revolución ha cambiado la dirección de nuestras aficiones y las ha encaminado a ideas y cosas que la España jamás pudo expresar en su literatura, porque jamás conoció. A la prensa periódica, como a la no periódica, lo que pedimos sobre todo en materias políticas y filosóficas es que la España, por su desgracia, es el atraso mismo. La juventud industrial se aburre de leer el «Quijote», y la España no puede darle unos «Diarios de Santa Helena», una «Nueva Eloísa», un «Curso de política constitucional», una «Teoría de la Democracia Americana»".

Y, en otro artículo, escribía bajo el título "Reacción contra el españolismo": "Si en las ideas, en el carácter, en las creencias y hábitos de nuestros habitantes, habían consignado los españoles el régimen colonial, es evidente que aún conservamos infinitos restos del régimen colonial, pues conservamos infinitas ideas, caracteres, creencias y hábitos españoles, ya que los españoles nos habían dado el despotismo en sus costumbres miserables. Es pues bajo la síntesis general de «españolismo», que nosotros comprendemos todo lo que es retrógrado, porque, en efecto, no tenemos hoy una idea, una hábitud, una tendencia retrógrada que no sea de origen español"¹³.

Pero la situación comenzó a presentarse difícil para los jóvenes románticos. "La Moda" dejó de aparecer en abril de 1838, y el Salón Literario fue haciéndose sospechoso, por lo que hubo de suspender sus actividades, siendo la librería de Marcos Sastre rematada públicamente, por etapas, la última de las cuales tuvo lugar en mayo de 1838. El 5 del mismo mes había quedado establecido el bloqueo francés. El gobierno de Rosas, hasta entonces "liberal y benigno", iniciado pocos años antes con "amplio beneplácito popular, el apoyo de

¹² V. F. López, *Evocaciones...*, cit., p. 54.

¹³ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. I, ps. 287 y 356.

los jóvenes y las esperanzas de sus adversarios", comenzó a cambiar sus procedimientos, y la Mazorca se fue preparando para entrar en funciones. La conspiración de Maza y el levantamiento de los estancieros del Sur, señalarían el momento.

1. — Fue para el año 1838, es decir, nueve años después de la emigración de los unitarios, que el movimiento juvenil del Salón Literario había de alcanzar su expresión más alta y espectacular a través de la formación de la llamada "Asociación de la Joven Generación Argentina", o "Joven Argentina", a semejanza de parecidos movimientos juveniles del Viejo Mundo, como la "Joven Italia", la "Joven Suiza", la "Joven Europa", etc. Esta Asociación se formó a iniciativa de Esteban Echeverría, quien fue elegido presidente de la misma, en tanto que Juan M. Gutiérrez era designado vice.

El mismo Echeverría, algunos años más tarde, había de recordarlo en la "Ojeada retrospectiva" con que precedió la reedición en Montevideo, en 1846, del Credo, Código o Creencia de la "Joven Generación", que tituló "Dogma socialista", y calificó de "Rápida reseña del trabajo de la inteligencia argentina desde el año 37": "A fines de mayo de 1837, se propuso el que suscribe promover el establecimiento de una Asociación de jóvenes que quisieran consagrarse a trabajar por la Patria. La sociedad argentina estaba dividida en dos facciones irreconciliables por sus odios, como por sus tendencias, que se habían largo tiempo despedazado en los campos de batalla: la facción federal, que se apoyaba en las masas populares y era la expresión de sus instintos semibárbaros, y la facción unitaria, minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de criterio socialista², algo antipática por sus arranques soberbios de exclusivismo y supremacía.

"Había, entre tanto, crecido sin mezclarse en esas guerras fratricidas, ni participar de sus odios, en el seno de esa sociedad, una generación nueva, que por su edad, su educación, su posición, debía aspirar y aspiraba a ocuparse de la cosa pública. La situación de

¹ Está probado que se trata también de un error y que la Asociación fue fundada en realidad, en la misma fecha de 1838.

² La palabra "socialista" para Echeverría no tuvo nunca el sentido que se le da actualmente, sino el de social frente a lo individual. "No hay duda del alcance que deba darse a la palabra socialismo, que fue utilizada oponiéndola a individualismo" (R. Levene, *Historia de las ideas sociales argentinas*, Bs. As., 1947, p. 114).

esa generación nueva en medio de ambas facciones era singular. Los federales la miraban con desconfianza y ojeriza, porque la hallaban poco dispuesta a aceptar la librea de vasallaje, la veían hojear libros y vestir frac, traje unitario ridiculizado y prospecto oficialmente por su jefe en las bacanales inmundas con que solemnizó su elevación al mando supremo. Los corifeos del partido unitario, asilados en Montevideo, con lástima y menosprecio, porque la creían federalizada u ocupada en frivolidades. Esa generación nueva, empero, que unitarizaban los federales y federalizaban los unitarios, y era rechazada a un tiempo del gremio de ambas facciones, no podía pertenecerles. Heredera legítima de la religión de la Patria, buscaba en vano en esas banderas enemigas el símbolo elocuente de esa religión. Su corazón virginal tuvo desde la cuna presentimientos y vagas revelaciones de ella. Su inteligencia joven, ávida de saber, ansiaba ver realizadas esas revelaciones para creer en la Patria y en su grandioso porvenir...

"...El que suscribe, desconociendo la juventud de Buenos Aires, por no haber estudiado en sus escuelas, comunicó el pensamiento de asociación que lo preocupaba a sus jóvenes amigos don Juan Bautista Alberdi y don Juan María Gutiérrez, quienes lo adoptaron al punto, y se comprometieron a invitar lo más notable y mejor dispuesto de ella. En efecto, el 23 de junio de 1837 [1838] por la noche se reunieron en un vasto local, manifestando en sus rostros curiosidad inquieta y regocijo entrañable. El que suscribe, después de bosquejar la situación moral de la juventud argentina, representada allí por sus órganos legítimos, manifestó la necesidad que tenía de asociarse para reconocerse y ser fuerte, fraternizando en pensamiento y acción. Leyó después las «Palabras simbólicas» que encabezaron nuestro credo. Una explosión eléctrica de entusiasmo y regocijo saludó aquellas palabras de asociación y fraternidad: parecía que ellas eran la revelación elocuente de un pensamiento común, y resumían en un símbolo los deseos y las esperanzas de aquella juventud varonil. Inmediatamente se trató de instalar la Asociación. Por unánime voto cupo al que suscribe el honor de presidirla, y nos separamos dándonos un abrazo de fraternidad indisoluble.

"La noche del 8 de julio —prosigue Echeverría en su «Ojeada retrospectiva»— volvimos a reunirnos. El que suscribe presentó una fórmula de juramento parecida a la de la Joven Italia; fue aprobada y quedó juramentada e instalada definitivamente la Asociación. Al otro día, 9 de julio, celebramos en un banquete su instalación y las fiestas de la independencia patria. Pero se trataba de ensanchar el círculo de la asociación, de ramificar por la campaña, donde quiera que hubiese patriotas; de reunir bajo la bandera de fraternidad y de patria todas las opiniones, de trabajar, si era posible, en la fusión de los partidos, de promover la formación en las provincias de aso-

ciaciones motrices que obrasen de manera común con la central de Buenos Aires, y de hacer todo esto con el sigilo y la prudencia que exigía la vigilancia de los esbirros de Rosas y sus procónsules del interior. *Consideráramos que el país no estaba maduro para una revolución material, y que ésta, lejos de darnos Patria, nos traería una restauración (la peor de todas las revoluciones), o a la anarquía, o el predominio de los caudillos. Creíamos que sólo era útil una revolución moral que marcara un progreso en la regeneración de nuestra Patria*³.

2. — Desde un comienzo la Asociación se planteó propósitos directamente políticos porque, según Echeverría, "la poesía y las letras no podían en aquella época calmar la ansiedad de la juventud". Y en unas instrucciones dejadas durante una breve ausencia, al vicepresidente de la entidad, el mismo Echeverría expresaba sus puntos de vista sobre "una serie de trabajos que en concepto mío debe emprender la Asociación para ponerse en estado de realizar sus miras y llevar a cabo la noble empresa que con tanto entusiasmo y decisión ha iniciado". Y manifestaba: "Los principios son estériles si no se plantean en el terreno de la realidad, si no se arraiga en ella, si no se infunden, por decirlo así, en las venas del cuerpo social. Nuestra misión es esta. Hemos reconocido ciertos principios; hemos formulado nuestra creencia: falta arbitrar los medios para hacerlos reconocer por todos y colocarlos triunfantes en la silla del poder y en la cabeza del pueblo".

Y, después de plantear como primer asunto la libertad de prensa, seguía con la "soberanía del pueblo y los límites que deban circunscribirla" y "la esencia y formas de la democracia representativa", etc. Terminando: "El punto de arranque para el deslinde de estas cuestiones, deben ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social; *determinar lo que somos, y aplicando los principios, buscar lo que debemos ser, hacia qué punto debemos gradualmente encaminarnos...* No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad... Así lograremos levantar el momento de la gloria de la joven generación argentina, tener en nuestro poder todos los elementos de la lucha y del triunfo «cuando llegue nuestro día y brille el sol de la regeneración de la patria»⁴.

Veinte días después, según él, Echeverría, "presentó a los compañeros la redacción que le habían encomendado. La aprobaron en todas sus partes y se invirtió una noche en leerla ante la Asociación, entonces algo más numerosa que al principio. Después de la lectura, a petición del que suscribe, se resolvió considerar y discutir por

³ E. Echeverría, *Obras...*, cit., ps. 156 y 157.

⁴ *Ibidem*, ps. 158 a 162.

partes el Dogma, porque importaba que todos los miembros le diesen su asentimiento meditado y racional para que él no fuese sino la expresión formulada del pensamiento de todos... Debía ser un credo, una bandera y un programa... Se creyó por esto mejor formular y explicar racionalmente algunos puntos... La palabra progreso no se había explicado entre nosotros. Pero sospechaban que el programa es la ley del desarrollo y el fin necesario de toda sociedad libre; y que Mayo fue la primera grandiosa manifestación de que la sociedad argentina quería entrar en las vías del progreso.

"Pero, cada pueblo, cada sociedad tiene sus leyes o condiciones peculiares de existencia, que resultan de sus costumbres, de su his- y morales, de la naturaleza misma del suelo donde la Providencia toria, de su estado social, de sus necesidades físicas, intelectuales quiso que habitase y viviese perpetuamente... En Mayo el pueblo argentino empezó a existir como pueblo. Su condición de ser experimentó entonces una transformación repentina. Como esclavo, estaba fuera de la ley del progreso; como libre, entró rehabilitado en ella... Hacer obrar a un pueblo en contra de las condiciones peculiares de su ser como pueblo libre, es malgastar su actividad, es desviarlo del progreso, encaminarlo al retroceso. *Nosotros creíamos que unitarios y federales, desconociendo o violando las condiciones peculiares de ser del pueblo argentino, habían llegado con diversos procedimientos al mismo fin: el aniquilamiento de la actividad nacional;* los unitarios sacándola de quicio y malgastando su energía en el vacío; los federales sofocándola bajo el peso de un despotismo brutal; unos y otros apelando a la guerra... El fundamento, pues, de nuestra doctrina, resultaba de la condición peculiar de ser impuesta el pueblo argentino por la revolución de Mayo; el principio de unidad de nuestra teoría social del pensamiento de Mayo: la Democracia... Queríamos entonces como ahora la Democracia como tradición, como principio, como institución. La Democracia como tradición es Mayo, progreso continuo. La Democracia como institución conservatriz del principio: el sufragio y la representación en el distrito municipal, en el departamento, en la provincia, en la república... Caminábamos a la unidad, pero por diversa senda que los federales y unitarios... El examen y la discusión del Dogma nos ocupó varias sesiones. Ninguna modificación sustancial se hizo en él, y sólo se eliminaron dos o tres frases... Quedó sancionado en todas sus partes por unanimidad y se resolvió mandarlo imprimir en Montevideo, para desparramarlo por toda la República"⁵.

Así fue como tuvo existencia el "Código o declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina",

⁵ *Ibidem*, p. 155.

precedida de "Palabras Simbólicas de la Fe de la Joven Generación Argentina"⁶.

Y, entre el farrago de palabras más o menos sonoras que componen ese Código, tomadas, en general, de idénticos documentos europeos, queremos destacar las siguientes: "La América debe estudiar

⁶ Existe respecto a la "Asociación de la Joven Generación Argentina", constituida el año 1838, una confusión lamentable, y aún diría increíble, ya que hasta en los estudios más serios y, al parecer, responsables, se ha insistido en llamarla "Asociación de Mayo", nombre que jamás tuvo y que Echeverría utilizó ocho años más tarde, al reditar el Código. Credo o Creencia, con el nombre de "Dogma Socialista", en Montevideo, el año 1846. "Asociación de Mayo" la llamó Paul Groussac, tan exigente con los demás, en un estudio sobre Echeverría ("La Biblioteca", Bs. As., mayo de 1897, p. 262). El monumental "Historia de la Nación Argentina" de Ricardo Leñe era la monumental Academia Nacional de la Historia. "Asociación de Mayo" la denominó también Ricardo Rojas en su "Historia de la Literatura Argentina", "Los proscriptos", Bs. As., 1948, t. I. Hasta los mismos interesados, que llegaron a confundir el año de la fundación de la "Asociación de la Joven Generación Argentina", cometen el error de llamarla "Asociación de Mayo", como ocurre en Vicente F. López en su "Autobiografía". Pero, como lo hace notar el profesor Alberto Palcos en el prólogo de la edición crítica y documentada de la Universidad de La Plata, destacando la confusión de López, "la sociedad secreta a formarse se llamará «Asociación de la Joven Generación Argentina». Recién en 1846 —añade Palcos— al ser de nuevo fundada, Echeverría la rebautizará con el nombre de «Asociación de Mayo»".

Sin embargo, es el caso de que esta nueva Asociación, no sólo no se volvió a fundar nunca, sino en la imaginación de Echeverría, como lo puntualizó José Ingenieros, y como veremos más adelante, sino que el nombre que utilizó para ella fue Asociación Mayo, según se desprende de la reproducción facsimilar del "Dogma Socialista" de 1846, que aparece en la misma edición de la Universidad de La Plata —como también en la "Historia de la Literatura Argentina", dirigida por H. A. Arrieta, t. II, p. 89, y en la obra "Echeverría y la democracia argentina", de Alberto Palcos— no obstante lo cual, tanto en ésta como en aquella, se insiste en llamarla Asociación de Mayo, nombre, desde luego, muy sonoro, pero que no corresponde a la realidad y a la responsabilidad que debe exigirse en obras de la importancia que mencionamos.

En los "Escritos póstumos", de J. B. Alberdi, t. XV, p. 355, se titula "Asociación de Mayo", todo lo referente a la "Asociación de la Joven Generación Argentina. El propio Alberdi, ps. 418 y 419, habla del Credo de la Asociación Mayo, de 1838, y del Credo de la Asociación de Mayo, también de 1838, cometiendo el mismo error que V. F. López. Por su parte, José Manuel Estrada, aunque la llama como corresponde: "Asociación Mayo", da este nombre a la "Asociación de la Joven Generación Argentina", de 1838, que hemos visto que nunca lo tuvo. Por todo lo cual podemos afirmar que la Asociación de Mayo, como la denomina el mismo Ingenieros al destacar aquella ficción, tampoco existió más que en la mente de los historiadores y ensayistas que poco se preocupan de ser exactos. El nombre verdadero de la llamada "Asociación de Mayo" fue, pues, "Asociación Mayo".

el movimiento progresivo de la inteligencia europea; pero sin sujetarse ciegamente a sus influencias... Cada pueblo tiene su vida y su inteligencia propia... *Un pueblo que esclaviza su inteligencia a la inteligencia de otro pueblo, es estúpido y sacrilego.* Un pueblo que se estaciona y no progresa, no tiene misión alguna, ni llegará jamás a constituir una nacionalidad. *Cuando la inteligencia americana se haya puesto al nivel de la inteligencia europea, brillará el sol de su completa emancipación...* El pueblo argentino llevó el estandarte de la emancipación al Ecuador. *La iniciativa de la emancipación social le pertenece...* *El gran pensamiento de la revolución no se ha realizado. Somos independientes pero no libres. Los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruman...*

"La emancipación del espíritu americano, se resume en estos dos problemas: emancipación política y emancipación social. El primero está resuelto; falta resolver el segundo. En la emancipación social la patria está vinculada su libertad. La emancipación social americana sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó la España, y concretando toda la acción de nuestras facultades, a fin de constituir la sociabilidad americana... La política americana tenderá a organizar la democracia, en otros términos, la igualdad y la libertad... Ella reconocerá el principio de la dependencia y de la soberanía de cada pueblo, trazando con letras de oro en la empinada cresta de los Andes a la sombra de todos los estandartes sudamericanos este emblema divino: *La nacionalidad es sagrada*"⁷. (El énfasis es de Echeverría.)

En la postrer oportunidad que tuvieron para congregarse, Echeverría dijo: "Señores: supuesto que es esta la última reunión, por ahora, separémonos como hermanos, como amigos, *como hombres que señalados por el dedo de Dios para realizar una grande empresa, marchad preocupados únicamente de los sublimes pensamientos que les inspiran tan alta misión*"⁸.

3. — Al finalizar el año 1838, y ya en pleno vigor el bloqueo francés, Juan Bautista Alberdi dejó voluntariamente Buenos Aires con destino a Montevideo, llevando en su equipaje una copia del "Dogma de la Joven Generación", el que se publicó con ese título en el último número de "El Iniciador", aparecido el 1° de enero de 1839, periódico que, bajo la dirección del portorriqueño Miguel Cané y del oriental Andrés Lamas, venía editándose desde el 15 de abril del año anterior en aquella capital. Más tarde, también lo publicaría "El Nacional", de la misma ciudad, en la cual Alberdi constituyó una célula de la Asociación a la que se afiliaron, además de Cané y Lamas, Andrés Somellera, Bartolomé Mitre y otros. Más tarde, partes del Credo

⁷ E. Echeverría, *Obras...*, cit., p. 200.

⁸ *Ibidem*.

se publicarían en el periódico "El Porvenir" que, también en Montevideo, dirigía Alberdi.

Por esa época, Manuel José Quiroga Rosas, desde Buenos Aires, escribía a Alberdi, ya en Montevideo, comunicándole su resolución de partir con el propósito de establecer filiales de la Asociación en otras provincias y le manifestaba: "*Es preciso pensar en grande para ser algo*". Agregándole que iría "como esos misioneros del cristianismo primitivo que llevaron la civilización al Norte, lleno de fe en las nuevas ideas, lleno de convencimiento, y entregado enteramente en las manos de la providencia"⁹. Empezó organizando una filial en su nativa San Juan, a la que se incorporaron los jóvenes Domingo Faustino Sarmiento, Ismael Cortínez, Antonino Aberastain, Saturnino Laspiur, Benjamín Villafañe (éste de paso por San Juan).

Otra filial de la Asociación fue instalada en Tucumán con la participación del mismo Villafañe, Marco M. Avellaneda, Brígido Silva, etc. "La página que contenía la profesión de fe —escribiría Villafañe— entrañaba para nosotros, para mí por lo menos, un santo ideal surgiendo repentinamente del abismo. Aquel nuevo dogma que rompió toda solidaridad con los grandes partidos que hasta entonces se habían disputado el poderío en la República, exhibiendo nuevos y misteriosos horizontes, era para nosotros un segundo Evangelio, pidiendo a la época, con acento irresistible, apóstoles y mártires"¹⁰.

En Córdoba organizaría una filial de la Asociación, Vicente F. López, refugiado entonces en esa ciudad, a consecuencia de los sucesos que se fueron desarrollando en Buenos Aires.

Y aún el fervor de la "Joven Generación" fue llevado a Chile. Desde Copiapó, a donde se había trasladado, Quiroga Rosas volvía a escribir a Alberdi, en 1840, informándole que "el Catecismo ha agradado sobremanera a estas gentes enfermas y descosas de elevarse", y le hablaba de organizar una "Caravana Progresista" para llevarlo a todas las otras provincias argentinas y aún al Perú¹¹.

Otra etapa de expansión del pensamiento argentino se abría, sucediendo a la de la Revolución de Mayo.

"Aquella generación argentina fue voz continental", dijo de la de 1838 un escritor latinoamericano¹².

"De los ensayos de aquel tiempo —escribió otro— procede el impulso original de «americanismo» que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas tendencias de la imitación, el interés de las nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principal.

⁹ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. IV, p. 357.

¹⁰ E. Echeverría, *Dogma...*, cit., p. 336.

¹¹ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, p. 374.

¹² Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Bs. As., 1952, p. 38.

mente la atención del escritor a los cuadros e impresiones de la naturaleza, a las fórmulas originales de la vida en los campos donde aún lucha la energía salvaje con la savia de la civilización invasora"¹³.

Y aún un tercero expresó que debía reconocerse a Esteban Echeverría "la iniciación del movimiento romántico-liberal, no sólo en el Plata, sino en América", y manifiesta que "inicia asimismo, y es esta, quizá, su mayor importancia, el movimiento que, en el orden intelectual, se ha llamado antonomásicamente *Americanismo*"¹⁴.

1. — "La nueva generación —escribió J. B. Alberdi— extraña en cierto modo a las luchas de «unitarios» y «federales», aprovechó la lección y más imparcial, por su edad, pudo elevarse por la reflexión hasta ver claro y darse cuenta desapasionadamente del carácter y causa de los males sufridos. La juventud del Plata, en 1837, había visto ya algo anormal en el ascendiente de Rosas y demás caudillos argentinos; algo que había de intempestivo en el sistema de sus rivales. La juventud se desprendió de «unitarios» y «federales» y se hizo juez imparcial de unos y otros"¹.

Al considerar aceptable la existencia de Rosas y los caudillos, la "Joven Generación", ya proclamada su doctrina, trató de atraer hacia ella al hombre que había subido al gobierno en medio de las esperanzas generales y con cuya orientación *americanista* manifestaba coincidir. Tal vez no todos participaban de este punto de vista, pero es evidente que Alberdi interpretaba la opinión de la mayoría (entre la que no se contaba Echeverría) cuando manifestó en su discurso del Salón Literario que ellos venían "a imitar el ejemplo dado ya en la política por el hombre grande que preside nuestros destinos públicos [quien] había ensayado imprimir a la política una lierección completamente nacional: de suerte que nuestra misión viene a reducirse a dar a los otros elementos de nuestra sociabilidad, una dirección perfectamente armónica a la que ha obtenido el elemento político en manos de este hombre extraordinario". Por eso, "el «Fragmento Preliminar» es, entre otras cosas —según un ensayista— un estatuto intelectual ofrecido por Alberdi a Rosas"², y el Código de

¹³ José Enrique Rodó, *Juan María Gutiérrez y su época*, ("El Mirador de Próspero", Madrid, 1920, t. II, p. 161).

¹⁴ Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica*, México, 1954, p. 87.

¹ Juan B. Alberdi, *Escritos...*, cit.

la Joven Generación "aspiraba a atraerse a la oficialidad del ejército, a los hacendados y a *al propio Rosas*", de acuerdo con otro autor³.

Por otra parte, "en 1836 nada hacía suponer la dictadura de Rosas —por lo menos hasta la aparición del Fragmento— y la *juventud porteña pensó en los primeros momentos realizar con Rosas la evolución política y social del país bajo las ideas y fines pregonados*, hecho este también corroborado por José Mármol, el que lo asevera así en carta pública a Rosas aparecida en el periódico «La Organización Nacional», N° 26, año I, del 5 de diciembre de 1851; esa juventud cambió de orientación en atención a que se habían producido hechos externos que precipitaron los acontecimientos: la guerra contra el Gral. Santa Cruz, la victoria del Gral. Rivera y la cuestión francesa"⁴.

Pero como aquel "hombre extraordinario" no había venido a organizar todavía el país, sino a establecer el orden y la autoridad, sobre las masas levantadas y las provincias rebeldes por sus caudillos, y no podía admitir, en consecuencia, sino sumisiones, los hombres de la "Joven Generación" comenzaron a sentirse defraudados y a movilizarse contra él. Su liberalismo, además, no podía conciliarse con el absolutismo rosista. "En los años iniciales de su segundo gobierno, la juventud romántica y afrancesada esperaba la oportunidad de brindar su concurso a Rosas —escribe un historiador al respecto—. Pero, por muchas y muy repetidas que fueran las muestras que los jóvenes dieran de subordinación a Rosas, éste no podía aceptar sus pretensiones de reformadores sociales... Por otra parte, Rosas no podía tolerar que otro que no fuera él manifestara públicamente sus opiniones políticas, por muy ortodoxas que fueran. Y así fue que disimuló en un principio la actividad de los jóvenes innovadores, les previno suavemente luego y les convenció por fin de que debían abandonar la empresa"⁵.

En consecuencia, variaron fundamentalmente de actitud frente al dictador porteño, por lo que, al poco tiempo de fundada la "Asociación de la Joven Generación Argentina", encabezados por Juan B. Alberdi, según dijimos, empezaron a emigrar a Montevideo (donde ya estaba Miguel Cané —que comenzó a editar allí "El Iniciador"— y los próceres unitarios emigrados nueve años antes), a pesar del "ningún peligro que para la juventud significó su presencia en Buenos Aires hasta 1839, en que se descubrió la conspiración combinada con la invasión del general Lavalle"⁶. Y entonces iniciaron la larga cam-

² Julio Irazusta, *Ensayos históricos*, Bs. As., 1952, p. 155.

³ Alberto Palcos, Prólogo al *Dogma socialista*, La Plata, 1940.

⁴ Carlos F. García, *Juan Bautista Alberdi y la escuela histórica del Derecho*, Boletín de la Universidad de La Plata, 1934, N° 6.

⁵ Enrique M. Barba, *Las reacciones contra Rosas* ("Historia de la Nación Argentina", vol. VII (2), p. 395).

⁶ Antonino Salvadores, *Alberdi*, Bs. As., 1948, p. 22.

paña contra Rosas que debía llevarlos a adjuar de todos sus primitivos ideales.

"Esa juventud pasó de una simple postura literaria a una decidida acción política —escribe un historiador antes citado—. El grupo reformista, que hasta ese momento no ha intervenido en política militante, abandona de pronto su posición teórica y se embarca de lleno en la lucha contra Rosas. Con la aparición de «El Nacional», redactado por Andrés Lamas, inicia su participación activa en la lucha contra Rosas el grupo del ya desaparecido Saló Literario. A Lamas y Cané se agregaron, en la redacción del periódico, Juan Bautista Alberdi y José Rivera Indarte. El primer número de «El Nacional» apareció en Montevideo el 15 de noviembre"⁷. Y, tras Alberdi y Cané, siguieron otros que debían hacer su centro en esa ciudad.

"Montevideo fue el centro preferido de la nueva emigración —escribe J. E. Rodó— como lo había sido de aquella que la precedió en el camino del destierro. De 1838 a 1840 llegaron a este lado del Plata, Alberdi, Mármol, Tejedor, Mitre, Cantilo, Frías, Domínguez, Rivera Indarte. Poco después, en 1842, llegó también Echeverría... Ciudad nueva y atribulada, sin tradición intelectual ni reposo para haber constituido las formas fundamentales de una cultura, Montevideo recibió de aquella noble emigración de escritores el impulso que, perseverando con ellos y despertando a la vez la emulación de los nativos, la levantó en diez años más a la condición de uno de los centros literarios más importantes y animados de la América española"⁸. También otro autor uruguayo habla respecto a la acción de los emigrados argentinos: "Ellos convirtieron, mediante el calor fraterno que les concedió tan generosamente Montevideo, a nuestra capital, en una devota Palas Atenea; ellos agavillaron en el libro, en el folleto, el diarismo de principios altos y humanos, en certámenes brillantísimos, en institutos de cultura, las flores de selección del Plata durante el largo interregno de veinte años"⁹. Así fue como la "Joven Generación", de 1838, inició su expansión continental, que había de extenderse luego a Chile, Bolivia y aún Perú.

Respecto a esta segunda emigración había de expresar Domingo F. Sarmiento: "Aún había muchos jóvenes que, preocupados con las doctrinas históricas francesas, creyeron que Rosas, su gobierno, su sistema original, su reacción contra Europa, eran una manifestación nacional americana, una civilización en fin con sus caracteres y formas peculiares. No entraré a apreciar ni la importancia de estos estudios, ni las fases incompletas, presuntuosas y aún ridículas que presentaba aquel movimiento literario: eran ensayos de fuerzas inexper-

tas y juveniles que no merecían recuerdo si no fuesen precursores de un movimiento más fecundo en resultados. Del seno del Saló Literario se desprendió un grupo de cabezas inteligentes que, asociándose secretamente, proponíase formar un carbonarismo que debía echar en toda la República las bases de una reacción civilizada contra el gobierno bárbaro que había triunfado"¹⁰.

Así fue como aquella "Joven Generación", que había proclamado la nacionalidad como sagrada, y levantado un ideario americanista, sin duda, en un "ensayo de fuerzas inexpertas y juveniles", como decía Sarmiento, comenzó a adoptar puntos de vista diametralmente opuestos. Y, bajo la sugestión de las doctrinas de los ideólogos franceses, entonces en boga, pasó a profesar ideas de humanitarismo cosmopolita. Y, ante el horror de los propios unitarios, que lo consideraban traición a la patria, y que al comienzo de la disputa de Rosas contra Francia, se pusieron al lado de éste, se aliaron con los mismos franceses que estaban bloqueando al país, y buscaron su ayuda para atacar y destruir a Rosas. "La doctrina con cuyo auxilio queríamos los jóvenes que se encara la cuestión francesa en el Plata —escribió J. B. Alberdi— es la que en estos últimos días han profesado los filósofos socialistas que, como Lerminier, Didier, Saint Simon, Leroux, Lamartine, Lammenais, Mazzini, Reynard, etc., han definido la patria, la humanidad, el pueblo, el género humano"¹¹.

"Los jóvenes —escribió a su vez Echeverría— creían que el género humano es una sola familia, y que nadie es extranjero en la patria universal, porque la ley cristiana de la fraternidad es el vínculo común de la familia humana, cuya patria es el universo"¹².

"Lo mismo que los románticos europeos —prosigue el historiador antes citado—, los nuestros se muestran enamorados de la palabra «misión». Se sienten empujados por una fuerza interior que los domina y a la que se entregan. Hay en su decidida postura algo mesiánico. El país les parece pequeño para la realización de sus ensueños y se lanzan a la conquista espiritual de la humanidad. Y esta creencia de nuestros jóvenes, alimentada en la doctrina de Leroux, ha de dar contenido universal a su prédica. La patria en adelante, no ha de ser la nación donde se ha nacido; será la comunión de los hombres libres de todas las latitudes. En esto se advierte la presencia del pensamiento de Lammenais cuando afirmaba que debía preferirse la humanidad a la misma patria. La alianza con los franceses será, en definitiva, una consecuencia lógica de tal ideario"¹³.

Y así aquellos jóvenes que, hasta poco antes, se habían hecho voceros de la idea de patria y de la nacionalidad, pasaron, al amparo

⁷ E. M. Barba, *op. cit.*, ps. 393 y 404.

⁸ J. E. Rodó, *Juan María Gutiérrez...*, cit., ps. 125 y 129.

⁹ Mario Falcao Espalter, *Las ideas en el Río de la Plata* ("La Prensa", Bs. As., 1928).

¹⁰ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, La Plata, p. 256.

¹¹ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, p. 478.

¹² E. Echeverría, *Dogma...*, cit., p. 103.

¹³ E. M. Barba, *op. cit.*, p. 406.

de las doctrinas de los filósofos franceses, que consideraban como patria a la humanidad, y a la hermandad de los hombres liberales de todo el mundo, a proclamar lo contrario de lo que habían sostenido, y hasta luchar contra ello. "Por todo lo que se sabe a ciencia cierta no es presumible que el cierre del Salón, ni la cesación de «La Moda», ni la expatriación de los jóvenes liberales decidiera un cambio en la conducta de Rosas frente a la política de aquellos, tal y como la proclamaron hasta entrado el año 1838... *Quien cambió fue la nueva generación*"¹⁴.

El principal y más decidido en esa actitud fue Juan Bautista Alberdi, que se había constituido, en Montevideo, en el cabecilla de los jóvenes. "*Las horas videntadas son del dominio de la espada*", escribía a Juan Lavalle, incitándolo a la acción militar contra Rosas en alianza con los franceses. Lo cual repugnaba a aquél, así como a todos los unitarios, según dijimos, que llamaban a tal actitud, no sólo "antipatriótica", sino "antiamericana". Pero Alberdi aspiraba a "poner 500 ruedas al carro de la revolución", mientras Juan Cruz Varela proponía, sin lograrlo, que el gobierno oriental lo hiciera callar, tan disparatadas le parecían sus proposiciones.

2. — A pesar de sus apostasías políticas, los representantes de la "Joven Generación" todavía mantenían algunas de sus primitivas posiciones literarias. Así, el mismo Juan Bautista Alberdi, al prologar las composiciones premiadas en el Certamen poético realizado en Montevideo, el 25 de mayo de 1841, rebatiendo a Florencio Varela, había de escribir: "El estudio de nuestra literatura colonial sería digno tema de las investigaciones de los talentos serios que se levantan... Sólo en el profundo estudio de nuestro pasado aprenderemos a apreciar el presente, y descubrir las llaves del porvenir... No hay más grande y bello en literatura, que esta subordinación a la ley de toda poesía verdaderamente popular y progresiva... *Se convocaba al Universo a visitar una naturaleza nueva y desconocida, y se vestía la poesía de nuestro suelo de colores extranjeros a nuestro suelo*; se echaban los cimientos de una sociedad nueva y original, y la poesía no cesaba de hacer de nuestra revolución una glosa de las repúblicas de Grecia y Roma; se desplomaban las tradiciones de forma social y política, de pensamiento, de estilo que nos habían legado los españoles, y los poetas mantenían como reliquias sagradas las tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de la sociedad que caía bajo nuestros golpes... *Independientes en política, colonos en literatura*".

Y agregaba que el "carácter del movimiento actual de la literatura, entre nosotros, no importa otra cosa, en su mayor parte, que la extensión de los principios de nuestra revolución democrática, al domi-

nio de la literatura y de la lengua; un paso más, una nueva faz, digámoslo así, del cambio de 1810: es la revolución que se hace en la «expresión» (la literatura), después de haberse hecho en la «idea» (la sociedad), que esa expresión representa... *Guardémonos de rodear la cuna de un mundo que nace, de las leyes de un mundo que se va...* La América está unida en una de esas grandes épocas de refundición social y embrión de un mundo desconocido, que son propias para dar a luz genios originales, como los que se han dejado ver en las tres o cuatro grandes auroras de la civilización humana... Trabajen, pues, nuestros jóvenes talentos, llenos de confianza en sus fuerzas; acumulen materiales para la obra verdadera: esta es la hora de la creación; ya vendrá el día del arte y de la crítica... Dejemos que los talentos americanos se abandonen a sus propias fuerzas: muchos sucumbirán en los ensayos; pero alguno habrá que supere y acierte a dotar a la América de una literatura peculiar. Para el hombre de genio, el arte no es el arte; es facultad: él mismo es un arte, dice Nisard"¹⁵.

Por su parte, también Domingo Faustino Sarmiento, en Chile, sostenía puntos de vista semejantes de emancipación intelectual y, en mayo de 1842, escribía: "Un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso"¹⁶. Y a quienes le echaban en cara sus pretensiones de reformar el idioma, comentaba irónicamente: "Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo correcto que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa"¹⁷.

También Esteban Echeverría, expatriado desde 1840 en la Banda Oriental, prosiguiendo allí sus escritos y refutando al escritor español Alcalá Galiano (quien había publicado en "El Comercio del Plata", de Florencio Varela, un artículo en el cual todavía pretendía mantener la preponderancia española en nuestra literatura) manifestaba: "Los escritores americanos tampoco ignoran, como el Sr. Galiano, que están viviendo en una época de transición y preparación, y se contentan con acopiar materiales para el porvenir. Presenten que la época de verdadera creación no está lejana; pero saben que ella no asomará sino cuando se difundan y arraiguen las nuevas creencias sociales que deben servir de fundamento a las nacionalidades americanas.

"Las distintas naciones de la América del Sud, cuya identidad de origen, idioma y estado social democrático encierran muchos gérme-

14 J. Irazusta, *Ensayos...*, cit., p. 171.

15 J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. II, ps. 51 a 67.

16 Domingo F. Sarmiento, *Obras completas*, Bs. As., 1887, t. II, p. 11.

17 *Ibidem*.

nes de «unidad de progreso y de civilización», están desde el principio de su emancipación de la España ocupadas de ese penoso trabajo de difusión, de ensayo, de especulación preparatoria, precursor de la época de creación fecunda, original, multiforme, en nada parecida a la española, y no pocas fatigas y sangre le cuesta descairse de las ligaduras en que las dejó España para poder marchar desembarazadas por la senda del progreso»¹⁸.

1. — Esteban Echeverría, nacido en Buenos Aires, en 1805, a su regreso de Europa, después de una permanencia de cinco años, comenzó presentándose, aquí, como un figurín importado: «Llevaba com suma naturalidad el vestido que por su corte demostraba desde lejos la exquisita habilidad de los artesanos franceses en materia de modas —escribió su gran amigo y biógrafo Juan M. Gutiérrez—. Usaba lente (monóculo) de aro de oro labrado porque lo necesitaba, en realidad, para distinguir los objetos distantes, y nadie lo tachaba de afectado cuando en la calle y con frecuencia, llevaba la mano al ojo para reconocer a las personas que le llamaban la atención. Estos eran los aspectos externos bajo cuyos auspicios se presentaba en Buenos Aires el recién llegado»¹.

En seguida, también se presentó como poeta, cuando, en realidad, no había nacido con condiciones naturales para serlo y sólo lo impulsó a ello la lectura de los grandes líricos europeos, como él mismo habría de confesarlo. Y, desde luego, esa inclinación también la satisfizo con la más servil imitación de sus modelos. «Los Consuelos», publicado en 1834, era un plagio de «Les Consolations», de Sainte Beuve. En este libro se incluían producciones como el «Himno al dolor», imitación del «Himno a la douleur» de Lamartine. No obstante, a través de tales obras, como hemos dicho, comenzó a manifestarse el romanticismo entre nosotros y aún en nuestro idioma, con lo que las *novísimas expresiones europeas entraban ahora directamente, sin pasar por España, como antes*.

Luego, en «Rimas», trató de reflejar a designio el paisaje nacional, sin sentirlo ni conocerlo bien, como hubiera sido necesario. Por eso en su poema «La Cautiva», que ocupa buena parte de este volumen y donde materializó su propósito, Echeverría aparece falso

¹⁸ E. Echeverría, *Obras completas*, cit., p. 511 a 514.

¹ E. Echeverría, *Obras...*, cit., p. 549.

desde el comienzo hasta el fin. Su francesismo se extravió por las rastreadas de la Pampa virgen, donde su monóculo de oro era un adimniculo poco adecuado para orientarse y captar esa naturaleza bravia. Y todo lo demás fue sólo un remedo de los más conocidos poetas europeos.

Ricardo Rojas se exime, dice, «de repetir aquí la prueba de *cuántas frases, recursos y «maneras» tomó Echeverría a Victor Hugo, Musset, Chateaubriant, Lamartine, Goethe, Leopardi, Schiller, Byron;* y cuántas tentativas de grandes poemas narrativos al modo de «Childe Harold», o cuántos cantos al modo de «Lamentaciones», se malograron en la producción de nuestro poeta»². «Fácil es reconocer en esa trama indistinta mucho de la procedencia extraña —escribe a su vez R. A. Arrieta— aún tratándose de Hugo, contribuidor principal de sus prefacios, desde «Odes et Ballades» (1826), hasta «Lucrece Borgia» (1833). Las provechosas lecturas del estudiante en París, continuadas por el estudioso en Buenos Aires, *travasan el texto francés al castellano en traducciones directas*, unas veces, otras parcialmente modificado o mechado»³.

Más tarde, también fue sociólogo y economista a designio, labor que llevó a su punto culminante en el «Credo» de la Joven Generación Argentina, que escribió en su casi totalidad —Alberdi contribuyó con un capítulo— al organizar ésta sobre el modelo de la «Joven Italia», de Mazzini, la «Joven Suiza», etc. *En él reproducción también, sin identificarlas, innumerables citas de pensadores europeos aparecidas en documentos andlogos de aquellos movimientos del Viejo Mundo*. Parecería que se propuso mencionarse a sí mismo cuando, en el Salón Literario, dijo: «Cada cual se juzgó capaz de hablar con magisterio, porque podía articular algunas frases pomposas que no entendía» (o plagiaba).

Paul Groussac, que hizo un descarnado análisis de los escritos de Echeverría, escribió: «Siempre necesitaba ser discípulo de alguien. Se inspiró sucesiva y simultáneamente en la Joven Italia, la Joven Europa, Saint Simon, Lammenais, Pedro Leroux y algunos otros... Echeverría juega con las palabras más abstrusas como prestidigitador con sus anillos: entran, salen, se mezclan, penetran todos en uno, forman una rosa, una cadena, un llavero, se hacen circular entre el honorable público. Toda esta primera parte del «Dogma» es la prueba de los anillos. Suelta metáforas y las toma por teoremas; presenta la igualdad como condición de la libertad, y poco después todo lo contrario: su raciocinio tiene la lógica de una mariposa y la rigidez de una pluma al viento... Este fanático de la igualdad se nos aparece profesando el culto al héroe; y este apóstol de la li-

² Ricardo Rojas, *Historia de la Literatura Argentina*, «Los prososcriptos», t. I, p. 197.

³ R. A. Arrieta, *Historia...*, cit., t. II, p. 96.

bertad nos dirá que toca al Estado legislar en materia de ciencia, arte y filosofía... En el «Dogma» la palabra patria está tomada en tres o cuatro sentidos diferentes: de ahí el no entenderse a sí propio —lo que es, según Voltaire, excelente metafísica—. Echeverría confunde la patria con el Estado, el pueblo, la constitución; y de ahí nacen nuevos errores e incoherencias⁴. Y luego, en una nota de su estudio «Las Bases de Alberdi y el desarrollo constitucional», Groussac alcanza a decir: «Si se quitara al Dogma todo lo que pertenece a Lammenais, Leroux, Lerminier, Mazzini, y tutti quanti, sólo quedarían las alusiones locales y los solecismos». Agregando: «¡Que tal atolondrado pase por un pensador!»⁵.

Un caso interesante respecto a la «originalidad» de Esteban Echeverría se menciona en el prólogo a sus «Obras completas», reeditadas en 1951. Bajo el subtítulo «Desde los elogios de Orgaz a la abjuración de Orgaz», se dice respecto al sociólogo Reul A. Orgaz, entonces profesor de la Universidad de Córdoba, y autor de varias obras en las que se hacían análisis ecomiásticos de los escritos de Echeverría. «De pronto esa admiración de Orgaz se desvanece —dice el prologuista— y sus juicios son rectificadas. Las vacilaciones que experimenta con respecto a su ídolo ya habían sido anticipadas al algunos artículos que escribiera al promediar 1929. ¿Qué es lo que acontece en el espíritu, en la mentalidad del gallardo y ensimismado profesor de Córdoba? Un día, mientras camina errante por París, penetra en la biblioteca del Arsenal y se engolfa en la lectura de la «Revista Enciclopédica», de Leroux y Carnot, y de «El Globo», el periódico de Leroux y Dubois. En la inquisición realizada en las páginas que el soñador amigo de Georges Sand había escrito sobre las cuestiones sociales, descubre cómo ciertos párrafos tienen parentesco más o menos visibles con expresiones del poeta argentino. Apenas retorna a Córdoba, redacta su ensayo «Echeverría y el saint-simonismo», para demostrar, en un cotejo forzado, que algunos conceptos de la «Revista Enciclopédica» y otros de Mazzini, de Saint Simon, de los estatutos de la Joven Europa y de la Joven Suiza, estaban reflejados en el Dogma. Ante esa comprobación, en una discriminación injusta, Orgaz, siempre tan fino, tan armónico, llega a hacer sobre el arquetipo de su admiración juvenil esta manifestación irreverente: «La fama de Echeverría, piadosamente embalsamada por Gutiérrez y por Alberdi, empieza a alterarse sin remedio»⁶.

El profesor Alberto Palcos, en el prólogo de la edición crítica y

⁴ Paul Groussac, *Esteban Echeverría* («La Biblioteca», Bs. As., mayo de 1896, N° 12).

⁵ Paul Groussac, *Estudios de historia argentina*, Bs. As., 1918, ps. 269 y 284.

⁶ J. P. Barreiro, *Prólogo a Obras completas*, de Esteban Echeverría, cit.

documentada del «Dogma», editada por la Universidad de La Plata, aspira, inocentemente, a salir al encuentro de tales constataciones y expresa: No «es dable sostener con fundamento que Echeverría, al trazar el credo social y político de la época, plagie sin orden ni discernimiento a determinados autores. Nada de eso. Hace una síntesis, a la cual no le falta fuerza ni brillo. A ratos, es cierto, toma textualmente ciertas frases de Leroux o de Mazzini. En el apuro *olvid* de vez en cuando las comillas y la correspondiente cita, graves omisiones salvadas incompletamente en la segunda edición... Semejante olvido frente a lo ajeno puede velar u oscurecer más de lo autorizado los elementos originales de la obra. Sobre esa base sería fácil publicar a doble columna trozos del Código y de sus fuentes europeas, y denunciar plagios de documentos mentados a cada instante en aquella publicación... Quizás haya en el Código un número de citas mayor que los habituales en esa clase de trabajos. Es un alarde juvenil y, además, achaque de países nuevos, sin sólidas tradiciones culturales»⁷.

Y agrega: «Lo único cierto es que, en determinados momentos son lanzadas al espacio las ideas como ondas. En seguida se extienden y ensanchan; acaban polifurcándose en los más diversos y hasta encontrados matices. Y en el caso considerado, un argentino, a manera de sensibilísima antena, *las capta entre los primeros en el mundo* (!!)... Cuando Don Esteban se despoja de las influencias extranjeras y medita con su propia cabeza en los problemas nacionales, produce páginas de una calidad, dignas de figurar en las antologías más exigentes. Inscriben su nombre con letras de oro en la lista de los genuinos sociólogos y pensadores políticos del siglo XIX» (!!). Y aún agrega estas afirmaciones poco dignas de aparecer en un documento emanado de una Universidad de la categoría de la de La Plata: Echeverría, según el ingenuo profesor Palcos, sería «un pensador que, en su ansia de progreso, camina a la vanguardia de la época en el orbe»⁸.

Vienen bien al respecto los juicios de José Ingenieros, quien, sin embargo, tampoco se distinguió por la profundidad de los suyos: «Desde el punto de vista del Derecho Político —escribió—, la Creen-

⁷ E. Echeverría, *Dogma*... cit., ps. XXXVII a XXXIX.

⁸ *Ibidem*, ps. LII, LXII y LXXXV. Hay, sin embargo, quien en esa ingenuidad, llega a más: «Sean cuales fueran —escribe otro ex profesor de esa misma universidad— las corrientes intelectuales europeas y los escritores que hallaron eco en la obra de Esteban Echeverría, fuerza es reconocer a éste condición de líder de un socialismo que va empezaba a dejar de ser utópico, asentado sobre algunos principios fundamentales que sirvieron para dar fisonomía propia al socialismo científico que Marx y Engels enunciaron en el manifiesto de 1848» (C. Sánchez Viamonte, «Historia institucional argentina», Bs. As., 1957, p. 17).

cia no soporta crítica. Echeverría demuestra tener pocas ideas definidas: generalidades sobre democracia, igualdad, sufragio. Cada vez que desciende a los detalles se nubla su visión del asunto, naufragando sus ideas en la retórica de la frase, no siempre de buen gusto⁹. Y añade: "Lógico es buscar en las doctrinas europeas de su tiempo los orígenes del pensamiento sociológico de Echeverría; ignorándolas se llegaría a juzgar como originalidades absolutas sus adaptaciones más o menos felices, a la sociabilidad argentina"¹⁰.

2. — Esteban Echeverría, pues, no fue una expresión auténtica y original argentina, que buscara el pensamiento europeo para orientarse, sino un importador intelectual, así como Bernardino Rivadavia había sido un importador comercial e institucional, y como éste, trató de trasplantar Europa al Río de la Plata. R. Rojas habla de su "estética intelectual e importada". Por su parte, el profesor Palcos expresa: "Rivadavia y Echeverría traen consigo a Europa para fundirla con la Argentina"¹¹. Hecho que también anotó Ingenieros: "Desde 1826 los restauradores definían a Rivadavia como un teoricista y utopista que había pretendido legislar para la Argentina, aplicando ciertos principios abstractos pensados en Europa y para Europa... En 1837 se repitió otro tanto con los sansimonianos, con mayor motivo, si cabe, que de los precedentes"¹². Para completar el símil entre Echeverría y Rivadavia, Ingenieros hace notar que el primero llamaba "nuestro país", sólo a la provincia de Buenos Aires, al igual que el segundo. Y nosotros también lo completaríamos, haciendo notar por nuestra parte, que a ambos, que fueron pobres imitadores, sus discípulos y panegiristas han llegado a presentarlos como precursores de las ideas de que precisamente se hicieron eco.

¡Y era Echeverría quien declaraba que la mediocridad sólo se alimentaba del plagio y se hacía abanderado de la emancipación de la inteligencia argentina!¹³.

3. — El año 1846, para actualizar y reverdecer su fama, Echeverría reeditó en Montevideo el Código, Credo o Creencia de la "Joven

⁹ José Ingenieros, *Evolución de las ideas argentinas*, Bs. As., 1920, t. II, p. 636.

¹⁰ José Ingenieros, *El pensamiento sociológico de Echeverría* ("Sociología argentina", Bs. As., 1918, p. 327).

¹¹ E. Echeverría, *Dogma...*, cit., p. LXXXV.

¹² *Ibidem*, p. XVII.

¹³ Esta actitud de imitación y plagio continuó durante toda la existencia de Echeverría, no obstante su repulsión, según decía, a toda "reputación usurpada", manifestándose, no solamente en el texto, sino también en el título de sus obras. Al "Dogma Social", de Saint Simón, opuso su "Dogma socialista"; a un poema de Lamartine sobre "La chute d'un ange", su "Angel caído"; ante la obra de Tocqueville, la "Democracia en América", proyectó otra suya "La democracia en el Plata", que nunca llegó a escribir.

Generación" con algunas modificaciones, y precediéndola de una "Ojeada retrospectiva del movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837". En ella mencionaba uno por uno a todos los integrantes o simpatizantes, del primitivo movimiento de la Joven Generación Argentina, de 1838, haciendo un somero análisis de su suerte y de sus obras hasta el momento, como correspondía al jefe de un movimiento que aspiraba a continuar siéndolo. Y publicó todo con el nombre de "Dogma socialista de la Asociación Mayo", nombre que aparece por primera vez y que correspondería a una Asociación que, para entonces, pretendía haber constituido en Montevideo.

El 14 de octubre de 1846, Echeverría escribía al respecto a Alberdi y Gutiérrez, en Chile: "Amigos queridos: presumo que a la fecha habrán recibido ustedes dos obras que he publicado recientemente. Una y otra se completan y forman, en cierto modo, un cuerpo de doctrina social fundado sobre el dogma de Mayo... Mi obra ha sido recibida con aplauso universal por argentinos y orientales. He dicho el secreto de todos, y todos han aplaudido. Pronto circulará por Entre Ríos, Corrientes y Buenos Aires, y espero que allí encontrará profundas simpatías... Hemos reconstruido la «Asociación» con el nombre que ustedes habrán visto. Hagan ustedes otro tanto allá; laboreen, desparramen el libro; procuren lo juzgue la prensa chilena y manden lo que se diga... Esto importa mucho: ya saben que la causa que defiende es común, es la causa de la Patria... Es necesario formar un partido nuevo (subrayado en el original), un partido único y nacional, que lleve por bandera la bandera democrática de Mayo"¹⁴.

Esteban Echeverría, pues, anunciaba la reconstrucción de la antigua "Joven generación", "con el nombre que ustedes habrán visto". Y ese nombre, como nosotros hemos aclarado anteriormente, de acuerdo con las reproducciones facsimilares, era Asociación Mayo, nombre que reaparece con posterioridad como de Mayo para aplicarse indebidamente a la primitiva "Asociación de la Joven Generación Argentina", que nunca lo tuvo, según antes señalamos. Además, esa "Asociación Mayo", tampoco se fundó sino en la imaginación de Echeverría, por lo que José Ingenieros pudo hablar de "la leyenda de la Asociación de Mayo", debiendo haber dicho mejor "el engaño de la Asociación Mayo".

Porque la situación de Echeverría en Montevideo era del mayor aislamiento e inacción. Además el estado de su salud no lo favorecía. "Echeverría, desde que vino a Montevideo —escribía Luis L. Domínguez a F. Frías en setiembre de 1843— se ha relegado a una inefrable inacción... Está enrollado en la pasiva"¹⁵. Apenas salió de

¹⁴ E. Echeverría, *Obras...*, cit., p. 554.

¹⁵ A. A. Tonda, *Don Félix Frías*, cit., p. 201.

esa pasividad, años después, para escribir la "Ojeada retrospectiva" como prólogo del "Dogma", el "Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias del Estado oriental" (1846) y las profusas e incongruentes "Cartas a don Pedro de Angelis. Editor del «Archivo Americano»" (1847). Más tarde sus dos artículos sobre la "Revolución de 1848 en Francia".

No obstante ese total aislamiento, remitió el "Dogma" al gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, diciéndole, también con manifiesto engaño: "Como compatriota de V. E. me tomo la libertad de enviarle la obra adjunta que acabo de publicar a nombre y como presidente de una vasta Asociación de Argentinos que profesan las ideas que contiene"¹⁶.

Asimismo engañaba Echeverría a sus amigos de Chile respecto al "aplauzo universal de argentinos y orientales", que su publicación había provocado, pues se la recibió con el mayor silencio. "Los escritos que dio a luz en Montevideo como publicista —expresa el mismo J. M. Gutiérrez—, el Dogma, el Manual de enseñanza republicana, las Cartas al redactor del Archivo, tuvieron poco eco en la prensa periódica de la ciudad"¹⁷. El silencio de Montevideo se extendería a Chile. Es que la hora de Esteban Echeverría, como le dijera Rivera Indarte, definitivamente había pasado. Ahora no tenían más vigencia remedos europeos como los suyos, pues otros representantes de la "Joven Generación" también habían ido a Europa, y pudieron beber en las fuentes directas. Para ellos estaba muy lejos el año 1838, en el que parecía vivir aún Echeverría.

En una de las "Cartas a Pedro de Angelis" en las que su autor cayó en las más absurdas incongruencias y contradicciones (De Angelis le había echado en cara "el carácter contradictorio de sus opiniones, que dejan al lector indeciso sobre la verdadera profesión de fe política del que las expuso"), Echeverría se declaró "hambriento por demás de celebridad", e hizo el mayor elogio de Bernardino Rivadavia, "el promotor ilustre de las reformas y fundador de instituciones de Buenos Aires durante la administración Rodríguez, hombre muy superior a todos los de su partido como organizador, dotado de una inteligencia rara y de una integridad y firmeza de carácter estoicas"¹⁸. Lo cual constituía una decisiva definición histórica en quien pretendía expresar lo que llamaba el "Dogma de Mayo".

¿Y cuál era este Dogma? "¿A nombre de qué dogma se hizo la revolución de Mayo? —preguntaba Echeverría tanto en el "Dogma socialista", como en las "Cartas a De Angelis"— ¿Cuál fue su principio de legitimidad, de fuerza y de triunfo? *La soberanía del Pueblo, es*

¹⁶ E. Echeverría, *Obras...*, cit., p. 271.

¹⁷ *Ibidem*, p. 142.

¹⁸ *Ibidem*, p. 308.

decir, la Democracia" ("Obras", p. 310). Y repetía: "El objeto de la Revolución de Mayo fue fundar la Democracia sobre el principio eterno y providencial de la soberanía del pueblo, a nombre del cual se levantó la bandera revolucionaria de Mayo". Agregando: "El modo como el pueblo delega la autoridad es por medio del sufragio" (p. 369). Y aún recalco: "A llevar las miras de la Democracia deben dirigirse todos los esfuerzos de nuestros gobiernos y de nuestros legisladores" (p. 261).

Y a continuación demandaba: "Ahora bien, ¿en qué erró el partido Unitario? Veamos señor Editor... Erró porque desconocía la tradición democrática de la revolución... Porque no concebía todo el sistema social con arreglo a la ley del desarrollo democrático de la sociedad argentina" (p. 303).

Y, en seguida, en los mismos escritos, respondía: "Lo diremos francamente. El vicio radical del sistema unitario, el que minó su edificio social, fue la ley de elecciones: el sufragio universal" (!!!) (p. 168) y lo repetía: "El Partido Unitario erró porque dio el sufragio y la lanza al proletario, y puso los destinos del país merced de la muchedumbre" (!!) (p. 301). Preguntamos al lector si no se muestra dispuesto a repetir con P. Groussac: "¡Que tal atolondrado pase por un pensador!".

Respecto a sus artículos sobre "La Revolución de 1848 en Francia", tema que, al suscitar su interés, podría hacer pensar en una comprensión particular de tal acontecimiento, Echeverría escribió: "Acaba de realizarse en Francia una revolución sin ejemplo en la historia y de incommensurable medida". Y, luego de recordar a Saint Simon, a la "escuela Sansimoniana", a Pedro Leroux y su "magnífica y profunda obra «La humanidad, su principio y su porvenir»" y de referirse al "proletariado, forma postrera de la esclavitud del hombre por la propiedad", expresaba: "Dios acaba de inaugurar en el mundo la Era de su completa emancipación por boca del primer pueblo del mundo... Los pueblos fuertes y más adelantados ampararán a los débiles y atrasados, salvarán a los oprimidos, y respetando el derecho y la justicia, ejercerán en el mundo la iniciativa legítima de la propaganda del progreso y la libertad. Esta es la grande, la benéfica misión que Dios les impuso cuando los hizo grandes" ("Obras", ps. 419 a 422).

Echeverría en lugar de ver en la revolución de 1848 el surgimiento de la fuerza del proletariado europeo, en lugar de condenar la propiedad, a la que declaraba "forma postrera de esclavitud del hombre", vio en aquellos acontecimientos el "dedo de Dios", colocó la propiedad entre "las manifestaciones necesarias de la virtualidad del hombre con relación con sus semejantes y el universo", y escribió sobre la misión que aquel asignaba a los "pueblos fuertes y más adelantados", de amparar "a los débiles y atrasados" en la misma

época en que se presentaban en gran parte de los pueblos del mundo, para cumplir la "benéfica misión que Dios les impuso cuando los hizo grandes".

Reflejando la infatuación de quien se viste con galas ajenas y llega a creer que son propias, Echeverría escribió asimismo: "Me esforcé en sentar sobre el fundamento histórico, indestructible, de la tradición de Mayo, los rudimentos de una doctrina social, científica y argentina" (p. 315). "Tengo, además, estilo propio, estilo que me ha valido reputación algo sólida entre mis compatriotas" (p. 316). Agregando: "Dicen por ahí que tengo talento y escribo como nadie y lo que nadie por acá ¡zonería!" (p. 545). Para terminar con esta confidencia: "Sólo la deplorable situación de nuestro país ha podido compeleme a malgastar en rimas estériles la sustancia del cráneo" (p. 541).

4. — Respecto a esta figura, de innegable influencia en el desarrollo intelectual argentino, podemos decir que hay poco rescatable frente al plagio constante, a menudo burdo, que hizo de las producciones europeas, particularmente reprochable, como señalamos, en quien se hacía abanderado de la emancipación de la inteligencia argentina: Frente a sus absurdas contradicciones e incongruencias, que están hablando de liviandad de conocimientos, o que los asimiló mal; frente a actitudes suyas tan lamentables como la polémica con Rivera Indarte, y la reacción que provocó en él el juicio de Sarmiento, al pasar por Montevideo y hablar de sus "lucubraciones" (Echeverría, ofendido, contestó que Sarmiento era un "palabrero"); frente a ficciones como la Asociación Mayo, que pretendió haber fundado en Montevideo, en 1846, no cabe sino una actitud de menosprecio al hacer la estimación de su figura.

Por eso nosotros, que somos su posteridad crítica a más de un siglo de su desaparición, nos colocamos en el terreno de ver en Echeverría, independientemente de sus condiciones intrínsecas, casi todas fundadas en ficciones, un agente catalítico en la evolución del pensamiento argentino, a través de la influencia de pensamiento europeo introducido por él directamente. Y, aunque nos mostremos inclinados a considerar que tenía más oro en el monóculo que "sustancia en el cráneo", en el entendimiento de que el verdadero talento se expresa por sí mismo y no plagia, dos cosas nos desconcertan: "El madero", un cuadro soberbio, y el aprecio de Juan Bautista Alberdi.

De todos modos recordemos que Leopoldo Lugones lo llamó "prosaico rimador, lánguido prosista que nunca llegó al concepto definido de sus propios ideales", encontrando que "La cautiva" era un "mero ensayo de color local... sencillamente lamentable"¹⁹. Y que

¹⁹ Leopoldo Lugones, *El payador*, Bs. As., 1944, p. 225.

José Ingenieros, después de hablar de su obra "semiculta y confusa", escriba que Echeverría "hizo literatura con la política romántica"²⁰, mientras Ricardo Rojas expresó: "Hay en Esteban Echeverría una cosa contradictoria y misteriosa que nos turba como si fuera la grandeza. El soplo de su inspiración penetró la sociedad argentina, movió los más bellos espíritus de su generación, engendró émulos y discípulos". Aunque sostiene que "su gloria [es] superior a su mérito intrínseco"²¹.

1. — El año 1838, en el periódico "El Iniciador", de Montevideo, con el seudónimo Figarillo, que utilizaba en sus artículos, y bajo el título "La generación presente a la faz de la generación pasada", Juan Bautista Alberdi hizo decir a un representante de la primera, las siguientes palabras que conviene reproducir "in extenso" por su particular significado: "¿Están ustedes ciertos de que no hacen lo que esos niños de Rousseau, que ven construir un edificio y se creen arquitectos, oyen tocar la caja y se creen generales? Ustedes leen lo que escribe Lermínier, y se inflan de orgullo exactamente como esos negros que se llenan de vanidad porque sus amos van cubiertos de oro.

"¿A qué se reduce el saber decantado de ustedes, sino a un saber de plagiaros y copistas? Hablan de emancipación, de libertad inteligente, y no tienen idea que les sea propia: hablan de originalidad, y no son sino trompetas serviles de los nuevos escritores franceses: arrojan corriendo sus propias creencias, en el momento en que ven otras contrarias en los nuevos escritores: libres del pasado, esclavos del presente, libertos de Aristóteles, siervos de Lermínier: se rien de «el Maestro lo dijo», de la edad media, mientras no avanzan un juicio, sin tener un nombre a mano; cobardes que en vez de armas buscan escudos: insolentes como los niños y las mujeres cuando un poder extraño protege su impotencia. Hablan de filosofía, y profanan este nombre aplicándolo a una pueril chicana de desatinos propios, y medias verdades ajenas. Hablan de historia, y no conocen la de su país. Hablan de cristianismo, y han estudiado teología en el «Citador». Hablan de economía, y se quedarían mudos si se les pidiese una no.

²⁰ José Ingenieros, *Sociología argentina*, cit., p. 328.

²¹ R. Rojas, *Historia de la literatura*, cit., "Los proscritos", t. I, pp. 192 y 205.

ción del Banco, del crédito, del impuesto, de la renta. Hablan de enciclopedia, y prescindén de la mitad de la ciencia humana, a punto de no saber, ni acordarse de que existan ciencias físicas y naturales, cálculo, astronomía; hablan de filosofía, y no saben leer el griego. Hablan de legislación y no conocen ni las leyes de su país: incapaces en todo saber de aplicación, en todo procedimiento positivo en que Cicerón, esta cabeza inmensa, hacía el primer título de la gloria.

"¿Qué harían ustedes si el día menos pensado se viesén llamados a redactar un código para el país? Yo bien sé lo que harían: conozco bastante la resolución de ustedes para prestarse corriendo, ¿a qué?, a redactar lugares comunes en frases nuevas. Aquí está el fuerte de ustedes —la frase— y no tienen más. La frase es toda la ambición, toda la gloria, toda la ciencia de ustedes. Generación de frases y nada más que de frases; época de frases, reforma de frases, cambio de frases, porvenir de frases. El porvenir es nuestro, dicen ustedes, ¿y la llave?, es el estilo, contestan con Víctor Hugo, de quien poseen la manía de las frases, sin tener su genio ni su frase. Hombres de estilo, en todo el sentido de la palabra: estilo de pensar, estilo en todo y nada más que estilo: he ahí la vocación, la tendencia de la joven generación: el estilo, la forma; hombres de forma, forma de hombres.

"Hablan como hombres, y no son más que niños. Hablan como patriotas y no son más que esclavos; hablan de nacionalidad, y son el egoísmo encarnado; hablan de humanidad, y la palabra patria no se les cae de la boca; decantan desprendimiento, y venderían diez veces al amigo que les mordiese una frase. Enseñan el dogma del desinterés, del sacrificio, y sacrificarían la patria a su envidia, a su orgullo, a su vanidad, a su amor propio, únicos móviles de sus actos. Predican solidaridad y asociación, y se venden y burlan los unos de los otros; insultan a la generación pasada, y se asocian con ella para reirse de ustedes mismos; prescriben la moral en política, y su íntima conducta no es sino intriga y chicana; proclaman igualdad, y se hacen llamar «merced»; gritan democracia, y tienen asco a los pobres; adulan por delante y asesinan por detrás, y todavía hablan a boca llena de «camaleonismo». ¡Hipócritas, débiles, llenos de grandeza en la boca y flojedad en las manos!

"Ahí tienen ustedes a la joven generación, la gran generación, la esperanza, el porvenir de la patria, como ella misma se dice modestamente. Ahí tienen ustedes los hombres que ya no hacen caso, que tienen en menos, que han echado al olvido: a los gigantes de Mayo. Ven laureles sobre sus cabezas, y como esos niños soberbios, hijos de los ricos, se infatúan y desprecian a los mismos que los han conquistado, y adornado con ellos sus cabezas ineptas. A la edad en que sus padres habían levantado una cruzada inmortal, no cuentan

todavía; si los conocen en el mundo es porque son hijos de los grandes de Mayo: su gloria es un reflejo de las glorias de sus padres"¹.

Este descarnado autorretrato de la "Joven Generación", de 1938, hecho por uno de sus principales exponentes, es de un gran valor y realidad, a pesar de que su autor lo presenta tras un velo de irónica ficción. Era así como ellos mismos se veían, aunque no lo confesaran, tratando de superarse.

Pero había algo más. En todos sus documentos, la "Joven Generación" había proclamado, como vimos, el anhelo de volver a Mayo, es decir, a los principios y propósitos de la Revolución de 1810, "Mayo", el "pensamiento de Mayo", la "causa de Mayo", la "herencia de Mayo", el "espíritu de Mayo", el "ideario de Mayo", el "problema de Mayo", los "hombres de Mayo", el "dogma de Mayo", etc., etc., había sido la bandera que levantaron los jóvenes de 1837 y 1838 en todas sus manifestaciones.

Pero, en la realidad de los hechos, todo eso eran, según dijimos, y como lo señalara Alberdi, sólo frases, porque esos jóvenes ni continuaban, ni interpretaban ni aún conocían los verdaderos principios de Mayo que, además, nunca fueron analizados ni definidos por ellos mismos, que se decían sus prosectores.

Y, sino, veamos detenidamente: Mayo, a través de Mariano Moreno, había proclamado la soberanía del pueblo, y los hombres de la "Joven Generación", a pesar de escribir Democracia con mayúscula, renegaban de ella, manifestándose contrarios al sufragio universal y partidarios de las minorías selectas. Mayo había planteado la igualdad y libertad del indio, y ellos blasonaban de su raza caucásica, que declaraban superior a todas, teniendo a las otras por inferiores y llegando hasta predicar su exterminio. Mayo había sido una apelación al criollaje, y Moreno había aconsejado obtener su adhesión, así como recomendó a José Artigas para caudillo de la Banda Oriental, y ellos rechazaban a las masas nativas, a las que deseaban eliminar, y calificaban a Artigas de "bandolero". Mayo, con Moreno, aspiró a que la sociedad argentina siguiera sendas auténticamente propias, orientadas, desde luego, por la cultura europea, y ellos se constituyeron en repetidores mecánicos del pensamiento francés. Mayo era el anuncio del surgimiento de una nación, y ellos terminaron por renegar de la idea de nacionalidad, destruyendo la propia. Mayo había tenido un profundo sentido americano, y ellos terminaron también diciéndose europeos trasplantados a América.

Además, aunque hubieran querido identificarse íntegramente con el pensamiento de Mayo, no lo hubieran logrado en su plenitud, ya que desconocían uno de los documentos que lo encarna en forma más concreta y destacada: el "Plan", de Mariano Moreno, descubierto

¹ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. I, ps. 385 a 387.

recién a fines del siglo pasado en el Archivo de Indias, de Sevilla, y al cual, aunque citado por el historiador hispano Cosme Torriente, el año 1829, según dijimos, sólo fue publicado en su totalidad, por primera vez, en Buenos Aires, el año 1896.

De manera que, por su propia idiosincracia y por los hechos, todo el anhelo de los jóvenes de 1838 de volver a los principios de 1810, en lugar de conducirlos a Mariano Moreno, los llevó a Bernardino Rivadavia, del que todos se manifestaron apasionados admiradores y apologistas, en tanto que ignoraban o tergiversaban a Moreno.

Así fue como, en vez de volver a Mayo, como expresamos, lo hicieron a Antimayo, con los resultados consiguientes.

Por eso todo el movimiento intelectual de los jóvenes de 1837, a pesar de los gritos de emancipación que lanzaron, no tuvo otra consecuencia que emanciparlos de la influencia cultural de España, para hacerlos caer, en seguida, bajo la de Francia. A la importación de ideas de París, vía Madrid, sucedió la importación directa de la capital francesa, así como a la importación de mercaderías de Liverpool y Manchester, vía Cádiz, había sucedido la importación directa desde aquellas ciudades.

Sin embargo, como hemos dicho, los integrantes de la "Joven Generación", por un momento, llegaron a considerar que, al emanciparse intelectualmente de la ex metrópoli, se habían emancipado de la cultura europea. Además, la figura de Juan Manuel de Rosas, midiéndose, al parecer, de igual a igual, colaboró a inducirlos en error respecto a su verdadera fuerza intelectual y hacerlos sentir, brevemente, superiores a sus auténticas posibilidades.

Pero, en el fondo, es lo cierto que ellos mismos, como hemos visto, reconocían su "miserable desnudez". Y, para cubrirlos con una "vestidura hecha de pedazos diferentes y de distinto color", comprendiendo que "todo el saber e ilustración que poseían no les pertenecía", terminaron por hacer labor de "plagiarios y copistas", utilizando su "fuerte: la frase".

En una de sus obras, Alberdi había escrito: "Nuestras simpatías con la Francia no son sin causas. Nosotros hemos tenido dos existencias en el mundo, una colonial, otra republicana. La primera nos la dio la España; la segunda, la Francia: desde la República somos hijos de la Francia. Cambiamos la autoridad española por la autoridad francesa, el día que cambiamos la esclavitud por la libertad. A la España le debemos cadenas, a la Francia libertad"².

Y ahora, debido a su lucha contra Rosas, no sólo esa generación se confesaba hija directa de la cultura francesa, sino que declaraba la guerra a todo lo autóctono y nacional, renegando, como señalamos, del "americanismo", que había sido su bandera, para pa-

sar a considerarlo como expresión de atraso y barbarie. "He necesitado entrar en estos pormenores —escribió Domingo F. Sarmiento en el capítulo final de la primera edición de "Facundo" (1845), que suprimió en las posteriores— para caracterizar un gran movimiento que se operaba entonces en Montevideo y que ha escandalizado a la América dando a Rosas una poderosa arma moral para robustecer su gobierno y su principio americano (subrayado en el original). Hablo de la alianza de los enemigos de Rosas con los franceses que bloqueaban a Buenos Aires, que Rosas ha echado en cara eternamente como un baldón a los unitarios. Pero en honor a la verdad histórica y a la verdadera justicia, debo declarar, ya que la ocasión se presenta, que los verdaderos unitarios, los hombres que figuraron hasta 1829, no son responsables de aquella alianza; los que cometieron aquel delito de lesa americanismo [subrayado en el original], los que se echaron en brazos de la Francia para salvar la civilización europea, sus instituciones, sus hábitos e ideas en las orillas del Plata, fueron los jóvenes; en una palabra, ¡fuimos nosotros! [subrayado en el original]. Sé muy bien que en los Estados americanos halla eco Rosas, aún entre hombres liberales y eminentemente civilizados sobre este delicado punto, y que para muchos es todavía un error afrentoso el haberse asociado los argentinos a los extranjeros [subrayado en el original] para derrocar a un tirano.

"Pero cada uno debe reposar en sus convicciones —continuaba— y no descender a justificarse de lo que cree firmemente, y sostiene de palabra y de obra. Así, pues, diré en despecho de quien quiera que sea, que la gloria de haber comprendido que había alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa, nos perteneció toda entera a nosotros. Los unitarios más eminentes, como los americanos, como Rosas y sus satélites, están demasiado preocupados de esa idea de la nacionalidad, que es patrimonio del hombre desde la tribu salvaje y que le hace mirar con horror al extranjero... La juventud de Buenos Aires llevaba consigo esta idea fecunda de la fraternidad de intereses con la Francia y la Inglaterra; llevaba el amor a los pueblos europeos asociado al amor a la civilización, a las instituciones y a las letras que la Europa nos había legado, y que Rosas destruía en nombre de América, sustituyendo otro vestido al europeo. Esta juventud, impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea, iba a buscar en los europeos enemigos de Rosas, sus antecesores, sus padres, sus modelos, apoyo contra la América tal como la presentaba Rosas, bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria como la Turquía, persiguiendo y despreciando la inteligencia como el mahometismo".

Y terminaba: "La idea que tanto combatieron los unitarios al principio y que llamaban traición a la Patria, se generalizó, y los dominó y sometió a ellos mismos; y cunde hoy por toda la América, y se

² J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. I.

arraiga en los ánimos. En Montevideo, pues, se asociaron la Francia y la República Argentina para derrocar el monstruo del *americanismo* [subrayado en el original], hijo de la Pampa"³.

Es decir, que el *americanismo* ahora, no sólo era barbarie, sino que *aún la idea de la nacionalidad, que antes habían declarado "sagrada" era privativa, según ellos, de la tribu salvaje.*

En el comentario que Sarmiento logró, tan trabajosamente y después de tantas humillaciones, que se publicara sobre su libro en la "Revue des Deux Mondes", de París, muy significativamente, entre otras cosas, se decía: "Un pensamiento tiende hoy a prevalecer y que todo podrá ser menos que civilizador; que amenaza invadir todas las regiones del Sur, y convertirse en blanco de su política. Este pensamiento es el *americanismo* [subrayado en el original], *palabra tan bárbara como la cosa misma que representa.* ¡Engañosa satisfacción dada a las necesidades de nacionalidad que experimentan aquellos países nuevos! ¡Ilusiones de un patriotismo mezquino, rudo, brutal! Los instintos selváticos y las preocupaciones exclusivas de la naturaleza española se mezclan para formar este tipo nacional, cuyo rasgo más señalado es la antipatía declarada contra los demás pueblos: cuanto más ha crecido el número de los emigrados europeos, más se ha desenvuelto esa aversión. El *americanismo* [subrayado en el original] ha probado su existencia con prohibiciones comerciales, con testativas reiteradas por impedir el cruce de las razas... Sin duda que es el [Estado] Argentino en donde con más energía se agitan los elementos del problema decisivo, de cuya solución dependen los destinos americanos, en donde son más variados, espontáneos y dramáticos los fenómenos peculiares a semejante movimiento...

"...La civilización argentina entonces se hallaba en su aurora; y, sin embargo, vista desde lejos, derramaba en aquella época un brillo tal que seducía los ojos de Europa y se atraía sus miradas... en especial bajo la presidencia del hombre eminente que corona aquella era brillante, *el señor Rivadavia*, se palparon los más legítimos esfuerzos por rehacer la República... El señor Rivadavia es la personificación de este arrebatado poético; los hombres alistados bajo la misma bandera no muestran menos candor y sinceridad que él. Sus doctrinas sin relación con los hechos que le rodean, se componen de cuanto se ha pensado en otros países: son el reflejo de las teorías de Bentham o de Smith, de las doctrinas de Montesquieu y de Rousseau. La República Argentina era entonces saludada grande y capaz de realizar todas las especulaciones de los pensadores del antiguo mundo..."

En cambio... "la dictadura de Rosas es la más enérgica y franca

³ D. F. Sarmiento, *Facundo*, edición crítica y documentada de la Universidad de La Plata, 1960, ps. 258 y 259.

manifestación del *americanismo* [subrayado en el original]; es el triunfo de un sentimiento que con diversos grados de energía agita a todo el Nuevo Mundo español... El *americanismo* [subrayado en el original] *representa la ociosidad, el desenfreno, la pereza, la puerilidad salvaje, todas las tendencias estacionarias, todas las pasiones hostiles a la civilización, la ignorancia, y la degradación física de las razas por la corrupción moral*". Y, para terminar, anotaba: "El libro del señor Sarmiento es una de esos obras excepcionales de la América nueva, en las que brilla alguna originalidad"⁴.

Y, aunque esa originalidad la debiera tal obra precisamente al *americanismo*, que el mencionado artículo combatía, se lo pasaba por alto para dar lugar al concepto de que todo lo autóctono carecía de valor y debía desaparecer, cuanto antes mejor. No había posibilidad de civilización en América sobre la base de lo propio: el gaucho debía ser liquidado y el indio destruido: *el americanismo, después de todo, era sólo un símbolo de la barbarie.*

Por su parte, Juan Bautista Alberdi (que había actuado como inspirador del general Juan Lavalle, decidiéndolo a levantarse contra Rosas con el apoyo francés, como la Joven Generación lo sugiriera, actitud que terminaron por aceptar también los unitarios, que antes lo consideraban traición a la patria), quien, sin embargo, había de abandonar Montevideo el año 1843, apenas las tropas de Oribe se acercaron para poner sitio a aquella ciudad, como antes dijimos, partiendo con destino a Europa, el mismo Juan Bautista Alberdi que apenas unos años antes había pronunciado su discurso en el Salón Literario y publicado luego su "Fragmento preliminar", para propiciar y enaltecer la liberación de la inteligencia argentina, ahora, con motivo de ese viaje, escribiría: "*La América no es ni será por largos siglos el país del arte.* Como pueblos jóvenes y ardientes, los nuestros tienen amor a sus producciones y son sensibles a sus bellezas. Pero el cultivo del arte, en alto grado, supone algo más que entusiasmo y pasión; supone progresos de civilización material y cultura inteligente en un grado y extensión a que la América meridional está lejos de aproximarse"⁵.

Y este pensador, que años antes había llegado hasta propiciar en "La Moda", el reemplazo del idioma castellano por el francés entre nosotros, para independizarnos de España, expresaba ahora de esta nación: "*Allí está y estará por largo tiempo nuestra capital: no nos gobiernan ya sus reyes, tampoco el ejemplo de su actual vida pública, si se quiere; pero el yugo de su acción anterior, la influencia*

⁴ Ch. de Mazade, *Civilización y barbarie* ("Revue des Deux Mondes", París, setiembre 15 de 1846) (Reproducido en "Facundo", La Plata, 1960, ps. 311 a 348) (Se dice que Ch. de Mazade es un seudónimo del mismo Sarmiento).

⁵ J. B. Alberdi, *Veinte días en Génova* ("Obras...", cit., t. II, p. 316).

de su poder pasado, nos es tanto más difícil de sacudir, cuanto que se hallan radicados hasta en la forma de nuestros cráneos y la sangre de nuestras venas: *somos la España, en una palabra, ¿cómo emanciparnos de España?* La calma de la reflexión nos dará a conocer que la independencia de América no es más que la desmembración del poder político de la España: la división de esta nación en dos familias independientes y soberanas⁶.

Y, a su regreso del Viejo Mundo, escribirá en "El Mercurio", de Valparaíso, el 10 y 11 de agosto de 1845, bajo el título: "Acción de la Europa en América. Notas de un español americano. A propósito de la intervención anglo-francesa en el Plata": "*Todo en la civilización de nuestro suelo es europeo. Podríamos definir la América civilizada diciendo que es la Europa establecida en América...* La América es un descubrimiento europeo. El europeo Colón la descubrió; la europea Isabel, fomentó el descubrimiento; los europeos Cortés, Pizarro, etc., la poblaron de esta gente que hoy la posee, que no es indígena, ciertamente... El nombre de América que lleva es europeo... Todas las ciudades son levantadas por la mano del europeo, desde la piedra más fundamental, hasta el último de sus monumentos de arte; y apellidadas con nombres europeos. A este respecto la obra de Europa en América se mantiene sin rival hasta hoy. Los europeos llamados americanos por haber nacido de padres españoles, nada han hecho en el tiempo de su independencia que merezca compararse a lo que dejó la Europa. Hemos historiado con mucho talento el mal que nos dejó. Pero hemos silenciado, no sé si con talento, el bien que nos hizo por la mano de la España... *Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América.* Nuestro cráneo, nuestra sangre son de molde europeo... Nuestros nombres son nombres europeos... Nuestro idioma es europeo... Nuestra religión es europea... Nuestras leyes civiles son europeas... Nuestra administración económica e interna es europea... Nuestras instituciones políticas son adopción de leyes, de sistemas europeos... *Somos, pues, europeos por la raza y el espíritu y nos preciamos de ello...* Somos lo que llamamos América independiente, *la Europa establecida en América.* Nuestra revolución es la desmembración de un poder europeo en dos mitades que hoy se semejan entre sí... A la Europa debemos todo lo bueno que poseemos, incluso *nuestra raza, mucho mejor y más noble que las indígenas*, aunque lo contrario digan los poetas, que siempre se alimentan de la fábula".

Y proseguía: "*Lamento Humboldt cuanto quiera la pérdida de la civilización primitiva de los mexicanos. El gran Montezuma, al fin, era un gran salvaje, monarca de salvajes, como él, sin religión ver-*

⁶ *Ibidem*, p. 316.

dadera, sin ciencias, sin leyes, sin instituciones cultas. *El mejor de sus monumentos arquitectónicos, no valía una cornisa o un arco gótico, o arabescos de los que debemos a España. Los americanos de hoy, no somos sino europeos que hemos cambiado de maestros; a la iniciativa española, ha sucedido la inglesa y francesa. Pero siempre es la Europa la que impera en América: siempre es europeo cuanto aquí existe*".

Terminando: "Cada europeo que viene nos trae más civilización en sus hábitos, que luego comunica a estos países, que el mejor libro de filosofía... ¿Queremos ser grandes Estados en poco tiempo? *Traigamos sus elementos ya preparados y listos de afuera. Haced pasar al «roto» unidad elemental de nuestras masas, por todas las transformaciones del mejor sistema de educación: en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume y vive digna y confortablemente*"⁷.

Era la negación absoluta de todo lo nacional, de lo americano y la calificación más descarnada de la inferioridad de lo autóctono, así como la constatación de la necesidad de su reemplazo por lo europeo.

1. — Hemos visto que Juan Bautista Alberdi, según lo cuenta en su "autobiografía", llegó a Buenos Aires después de un viaje de dos meses en carreta, como estudiante becado por su pariente, el gobernador de Tucumán, provincia donde había nacido catorce años antes, hijo de español y vinculado por su madre con la prominente familia de los Aróz.

Sin embargo, incapaz de soportar la disciplina del Colegio de Ciencias Morales, donde había ingresado, débil físicamente, menudo y enfermizo, lo abandonó para desempeñarse como empleado de tienda durante tres años. Pero, arrepentido luego, reingresó al Colegio con la protección de otro gobernador de Tucumán, Alejandro Heredia, federal y también pariente suyo, terminando sus estudios previos a una edad en que ya otros habían obtenido títulos universitarios. Esto lo hizo apelar a medios expeditivos y quizá poco lícitos para obtener el título de bachiller, rindiendo un examen tachado de favoritismo en la Universidad de Córdoba, de paso por esa ciudad, en 1834.

⁷ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. III, ps. 80 a 88.

¹ Antonino Salvadores, *Alberdi*, Bs. As., 1948, p. 21.

De regreso a Buenos Aires, habiendo enfermado y siguiendo la orden de un facultativo, que le indicó la conveniencia de distraerse, se dedicó a la vida frívola, "lo que lo hizo pasar por estudiante des-aplicado"².

Prosiguió, mientras tanto, sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, de la que se decía "hijo", y en esa ciudad se vinculó, como hemos visto, con la juventud intelectual de la misma, especialmente con dos de sus miembros, Esteban Echeverría y Juan María Gutiérrez.

"Durante mis estudios de jurisprudencia —escribió— que no absorbían todo mi tiempo, me daba también a estudios libres de derecho filosófico, de literatura y materias políticas. En ese tiempo contraje relación estrecha con dos ilustrísimos jóvenes, que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Nuestro trato, nuestros paseos y conversaciones, fueron un constante estudio libre, sin plan ni sistema, mezclado, a menudo, de diversiones y pasatiempos de mundo. Por Echeverría, que se había educado en Francia, durante la restauración, tuve las primeras noticias de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en las Universidad por Condillac y Locke. Me había absorbido por años las lecturas de Helvecio, Cabanis, Holbach, de Bentham, de Rousseau. A Echeverría debí la evolución que se operó en mí espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó el espiritualismo. Echeverría y Gutiérrez propendían, por sus aficiones y estudios, a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales. A mi ver, yo creo que algún influjo ejercí en este orden sobre mis cultos amigos. Yo les hice admitir, en parte, las doctrinas de la «Revista Enciclopédica», en lo que más tarde llamaron «Dogma Socialista»³.

Para esta fecha, 1837, publicó su "Ensayo preliminar al estudio del Derecho", según señalamos, en el que parecen haber tenido abrumadora influencia sus lecturas europeas, el cual, de todos modos, alcanzó innegable repercusión en su época. "Como el curso de Derecho Civil, de Somellera, señala la época de la importación de las ideas de Bentham por medio del profesorado de la Universidad, este libro señala la de las ideas de la nueva escuela filosófica de Alemania por medio de los discípulos, en lo relativo al Derecho estudiado

en los escritos de Lermnier y otros filósofos de la época", escribió J. M. Gutiérrez⁴.

Sin embargo, Florencio Varela, que había tenido decisiva intervención en la reanudación de los estudios de Alberdi, juzgó su "Ensayo" prematuro, escribiendo a Gutiérrez: "Se ha apresurado muchísimo a escribir y publicar antes de estudiar; y ha perdido completamente, en mi sentir, el sendero bueno; y el lugar que hoy debía ocupar para subir a otro más alto. Tengo que reprochar a Ud., entre otros, el haber contribuido a extraviar a aquel joven, en cuya capacidad yo tenía grandes esperanzas"⁵.

En 1837, Alberdi envió a su admirador Lermnier, por intermedio de Florencio Balcarce, que se encontraba en París, una carta, pero aquel no se dignó contestarla, según comunicó Balcarce a Alberdi⁶.

Abjuró, entonces, de sus ideas nacionalistas, según expusimos: "Para los espíritus vastos y serios —escribía— que saben no estacionarse en el círculo estrecho de la nación, para los Rousseau, los Felón, los Saint Pierre, los Lermnier, los Bentham, los Saint Simon, los Leroux, los Lammenais, la patria es la humanidad: el pueblo es el género humano"⁷.

En 1840, fundó "El Corsario", donde dijo que reconocía "por patria al mundo; por religión, la libertad; y por ley, el odio a los tiranos". Y pasó a ser quien puso mayor empeño en la alianza con los franceses que entonces estaban bloqueando a Buenos Aires, apareciendo como el verdadero jefe de la "Joven Generación". "Somos, no lo negamos —escribía él mismo— los que más poderosamente han influido en la intervención generosa del Río de la Plata para organizar una cruzada de la civilización contra la barbarie"⁸. "No se puede exagerar la influencia de Alberdi en esos acontecimientos. Ella fue decisiva"⁹.

Asimismo, escribió en esa época una sátira sobre Rosas, "El Gigante Amapolas", y una crónica dramática de la Revolución de Mayo, que no alcanzó a completar en los cuatro actos que proyectaba, la que dedicó a los revolucionarios riograndeses.

Pero, habiendo fracasado Lavalle, en el esperado levantamiento en Buenos Aires, e invadido, por último, por tropas rosistas el propio territorio oriental, amenazando a Montevideo, Alberdi abandonó clandestinamente la ciudad, partiendo para Europa, junto con Juan

⁴ J. M. Gutiérrez, *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, Bs. As., 1917, p. 582.

⁵ Leoncio Gianello, *Florencio Varela*, Bs. As., 1948, p. 562.

⁶ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, p. 231.

⁷ *Ibidem*, t. XIII, p. 34.

⁸ Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Bs. As., 1963, p. 366.

⁹ J. Irazusta, *Ensayos históricos*, cit., p. 191.

² Juan B. Alberdi, *Autobiografía*, Bs. As., 1927, p. 51.

³ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, pp. 294 y 295.

María Gutiérrez, como hemos dicho, por lo cual fue vivamente criticado. Luis L. Domínguez escribía al respecto, desde Montevideo, a Félix Frías, desterrado en Sucre (Bolivia): "Echo la vista alrededor de mí buscando aquellos jóvenes del juramento del 9 de julio de 1838 [el de la "Joven Generación"], y apenas cinco encuentro entre nosotros. Ninguno de los que más de nota parecían, permanece al pie de su bandera. Alberdi, sobre todo. Yo tengo para todos disculpa... Pero Alberdi no tiene disculpa. El que tenía la audaz pretensión de llamarse *Jefe de la Joven Generación*, es el único de la joven generación que deserta con cobardía de las filas del honor... ¡Si por lo menos se hubiera ido solo! Pero arrastró consigo a Juan María [Gutiérrez] que, te aseguro, no calculó el pésimo efecto que iba a producir su ida... Alberdi, el hombre de las proclamas... Alberdi, que en los primeros días de la invasión [de Oribe] escribió tanto artículo gritando «a las armas», pidiendo medidas vigorosas contra los traidores, contra los desertores, contra todo el que tomase un fusil en esta lucha... se enroló en la milicia pasiva... y mientras nosotros sufríamos los balazos de los soldados de Rosas, él estaba en su casa preparándose para irse a Italia a hacer un viaje de un año"^{9 bis}.

Más tarde Esteban Echeverría había de escribirle: "A Juan María [Gutiérrez], y a usted, especialmente, se hace una guerra a muerte"¹⁰. También Sarmiento, en Chile, cuando hubo roto lanzas con él, había de echarle en cara su actitud en Montevideo. Años después, en una biografía de Juan M. Gutiérrez, que había fallecido, Alberdi trató de justificar esa conducta, adjudicando la iniciativa a su amigo, y también haciendo saber que su alejamiento de Montevideo se había realizado con la colaboración de la famosa Mariquita Sánchez, que lo facilitó.

De todos modos, llegados entonces los viajeros a Europa, Alberdi, como antes vimos, cambió totalmente los puntos de vista que hasta entonces había sostenido, llegando al convencimiento de que no éramos sino europeos trasplantados a América¹¹. Y, sin embargo, poco después, antes de partir de regreso, escribiría: "¡Qué bella es la América...! Ahora lo conozco... *Valemos mucho y no lo conocemos: damos más valor a la Europa, que el que merece*. En cuanto a celebridades, ¡ah! ¡qué equivocaciones padecemos!"¹².

2. — En el viaje de retorno, desde Río de Janeiro, pasando de largo por Montevideo, para evitar el ambiente adverso que allí había

^{9 bis} Américo A. Tonda, *Don Félix Frías. Secretario del general Lavalle. Su etapa boliviana* (1841-1843), Córdoba, 1956, p. 211.

¹⁰ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, p. 780.

¹¹ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, ps. 873 a 875.

¹² *Ibidem*, p. 876.

dejado ("Existen prevenciones en el Río de la Plata contra el señor Alberdi", había de escribir Echeverría en su "Ojeada retrospectiva", en 1846), se dirigió directamente a Chile, habiendo estado a punto de naufragar en el Cabo de Hornos. "¡Qué suerte la mía —anotó entonces en su diario íntimo—. A los 33 años de edad, después de tantos preparativos, de tanto ruido, de tanto negocio: pobre, viniendo de Europa a América, sin saber a qué destino, como uno de los muchos parias que vienen a buscar fortuna y colocación! Llegar a Chile, y encontrar un abogado que admita mi colaboración mediante un estipendio que me dé para vivir, esto es, habitar y comer, es toda la felicidad que yo ambiciono. He aquí en lo que ha parado el mundo de ambiciones que abrumaba mi cabeza de 25 años"¹³.

Al llegar a Chile, encontró la bulente colonia de los emigrados argentinos, muchos estrechamente vinculados a las esferas gubernativas, a la prensa, a la Universidad y a todas las actividades intelectuales. Allí estaban numerosos miembros de la "Joven Generación" de 1838, diseminados por Santiago, Valparaíso, así como por Copiapó y otras ciudades mineras: Vicente F. López, Félix Frías, Manuel Quiroga Rosas, los Rodríguez Peña, Antonino Aberastain, Domingo F. Sarmiento, etc. A ellos pronto vendrían a agregarse Juan Carlos Gómez, Enrique Lafuente, Carlos Tejedor, y, más tarde, Juan María Gutiérrez. También vivían en Chile muchas personalidades de actuación política destacada en los pasados acontecimientos del Río de la Plata, encabezadas por el general Las Heras.

En Chile predominaba una sociedad "pelucona, aristocrática y reaccionaria", que se había afianzado con Diego Portales, y donde ejercía su magisterio intelectual el venezolano Andrés Bello. De manera que el ambiente de la capital trasandina no era el más adecuado para la inquietud de los emigrados. Un escritor chileno lo pinta de esta manera: "Santiago vivía una existencia tranquila, de añeja ciudad colonial, cuya paz no era perturbada más que, de tarde en tarde, por las agitaciones políticas de una elección, por algún conato de motín, o por una amenaza de conflicto con tal o cual nación vecina. En su seno repasaba el hilo de sus horas un pueblo tranquilo, sin ambiciones; una juventud levantisca y la sociedad pelucona, aristocrática y reaccionaria, cerrada a toda innovación que pudiera perjudicar el orden establecido, y continuadora en todo y por todo de su prosapia española. Para ella sólo se habían hecho los rosarios largos y monótonos rezados en familia al calor de la lumbre, las procesiones de las grandes solemnidades, las semanas santas, los días de recogimiento y de ayuno, y los raros saraos que poco a poco iban perdiendo su curioso aspecto colonial. Malos valores

¹³ *Ibidem*, p. 901.

venidos de Europa anunciaban, de cuando en cuando, un no lejano peligro para su estabilidad"^{13 bis}.

La presencia de los emigrados argentinos de la "Joven Generación" vino, pues, a conmovier, como ocurrió en Montevideo, el ambiente intelectual de Chile. "El teatro, las tertulias, los paseos cobraban animación —recuerda J. V. Lastarria— y en todas partes, principalmente en las reuniones privadas de hombres que se mantenían en algunos salones particulares, se hablaba de letras, de política, de progresos industriales. Pero en este comercio de francas y cordiales relaciones resaltaba siempre el elegante despejo y la notable ilustración de los hijos del Plata, causando no pocos celos que ellos provocaban y excitaban, haciendo notar la estrechez de nuestros conocimientos literarios y el apocado espíritu que los más distinguidos de nuestros jóvenes debían a su rutinaria educación"¹⁴. Y comparaba el movimiento intelectual que habían provocado en Chile los jóvenes argentinos con el oleaje ocasionado treinta años antes por un inmenso aerolito caído en las primeras horas de la noche en el mar de las Antillas.

Para Alberdi, sin embargo, el comienzo de su existencia en el país trasandino no fue fácil, y debió pasar un período de acomodamiento al nuevo ambiente en las provincias del Sur. Pero, luego, volvió a Santiago, para desempeñarse como redactor de "El Mercurio". Allí se vinculó con las esferas sociales y culturales y conoció a Domingo F. Sarmiento, con el que ya había tenido desde Buenos Aires vinculación epistolar y quien cuenta que una vez, en 1844, le arrebató de su estante el "Fragmento preliminar al estudio del Derecho", "pues no quería que ese libro ligero, obra de la niñez, circulase"¹⁵. Lo que no le impidió escribir el año 1849, en "El Comercio", de Valparaíso, respecto a dicha obra: "Este libro produjo una revolución en las ideas dominantes de la juventud de aquellos países, y del cual data el movimiento intelectual en el Plata, como de «Los Consuelos», de Echeverría, data su revolución literaria"¹⁶.

Para recibir el grado de licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile, escribió una "Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano", en la que proponía la convocatoria de una reunión, sucesora del Congreso de Panamá, de 1826, pero ahora con otros propósitos. "Antes de 1825 —decía— la causa americana estaba representada por el principio de su independencia territorial; conquistado este hecho,

^{13 bis} Armando Donoso, *Bilbao y su tiempo*, Santiago de Chile, 1913, p. 74.

¹⁴ José V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, 1885, p. 93.

¹⁵ Domingo F. Sarmiento, *Las ciento y una*, Bs. As., s/d., p. 37.

¹⁶ J. M. Mayer, *Alberdi y su época*, cit., p. 366.

hoy se representa por los intereses de su comercio y prosperidad material. La actual causa de América es la causa de su población, de su riqueza, de su civilización y provisión de rutas, de su marina, de su industria y comercio... A la Santa Alianza de las monarquías militares de Europa, quiso Bolívar oponer la Santa Alianza de las repúblicas americanas, y convocó a este fin el Congreso de Panamá... La época política y militar ha pasado... *El mal que la gran junta curativa es llamada a tomar bajo de su tratamiento no es el mal de la opresión extranjera, sino el mal de la pobreza, de despoblación, de atraso y miseria*. Los actuales enemigos de la América están abrigados dentro de ella misma; son sus desiertos sin rutas, sus ríos esclavizados y no explorados; sus costas deshabitadas por el veneno de las restricciones mezquinas, la anarquía de sus aduanas y tarifas; la ausencia de crédito, es decir, de la riqueza artificial y especulativa, como medio de producir riqueza positiva y real. He aquí los grandes enemigos de la América, contra los que el nuevo Congreso tiene que concertar medidas de combate y persecución a muerte... *Los pueblos de América habitamos un desierto incommensurable*. Es necesario escapar a la soledad, poblar nuestro mundo solitario. La colonización es un gran medio de llegar a este resultado... Otros pueblos podrán tener en su seno gérmenes de prosperidad: *los de América desgraciadamente los poseen fuera, y de afuera deben penetrar los manantiales de su vida*. La Metrópoli no plantó en ella semillas de progresos, sino de estabilidad y obediencia. La vida exterior nos debe absorber en lo futuro [ya] que el espíritu de aldea nos ahoga por todas partes"¹⁷.

Luego, se instaló como letrado en Valparaíso, cuyo ambiente era totalmente distinto del de Santiago por la influencia comercial del puerto. Allí escribió una "Biografía del general Bulnes", "Acción de Europa en América", "La República Argentina 37 años después de su Revolución de Mayo", etc., y diversos alegatos de carácter jurídico.

En su artículo "La República Argentina 37 años después de su Revolución de Mayo", además de apreciaciones sobre Rosas, Alberdi decía: "En todas las épocas la República Argentina aparece al frente del movimiento de esta América... De aquí a veinte años, muchos Estados de América se reputarán adelantados porque están haciendo lo que Buenos Aires hizo treinta años ha... Todo esto es tanto más capaz de lisonjear a la República Argentina, cuanto que, por el número de su población, es el Estado más pequeño de toda la América española, si se exceptúa la República del Uruguay". Sin embargo, agregaba, "Ningún país de la América Meridional cuenta con medios más poderosos de orden interior, que la República Argentina".

¹⁷ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. II, p. 389 y ss.

Además, había dos aspectos que Alberdi destacaba especialmente: respecto a Rosas y respecto a la democracia. De Rosas decía, después de proclamarlo neta expresión argentina: "¿Qué ha hecho Rosas hasta aquí de provechoso al país, hablando con imparcialidad y buena fe? Nada. Un inmenso ruido y un gran hacinamiento de poder: es decir, ha echado los cimientos de una cosa que todavía no existe, y está por crearse". Esa cosa, según sugería Alberdi, era la nacionalidad argentina.

Y, respecto al segundo punto, escribía: "¿Ignora alguno que la América del Sud, desde la proclamación de la democracia ilimitada, se halla en una falsa posición?... Esos jóvenes (se refería a los de la Joven Generación), abordando esta cuestión, que es la vida misma de esta parte del Nuevo Mundo, pensaron que mientras prevalece el ascendiente numérico de la multitud ignorante y proletaria, revestida por la revolución de la soberanía popular, sería siempre reemplazada la libertad por el régimen del despotismo militar de un solo hombre, y que no había más remedio que asegurar la preponderancia de las minorías ilustradas de estos países, que dándoles ensanchamiento por vínculos y conexiones con influencias civilizadas traídas de afuera"¹⁸.

También, elogiando la acción de William Wheelwright, un hombre de empresa norteamericano, constructor de ferrocarriles y organizador de líneas de navegación, había de escribir: "Sud América parece ser víctima de un pánico curioso nacido del peligro de absorción, que no cesa de ver en las tendencias de la América del Norte. [Sin embargo] un yankee ha dado a Sud América por el vapor la unidad que Bolívar no pudo darle por el Congreso de Panamá"¹⁹.

Considerado como publicista de nota, letrado de prestigio, director de "El Mercurio", Alberdi había logrado en Chile una situación respectable y envidiable. "Su viaje a Europa marca la plena sazón de su pensamiento. Quedan en el viejo mundo sus ensueños juveniles; vuelve «sin literatura». Desde entonces piensa y escribe como hombre de Estado, con ese liberalismo gubernamental que todos los opositores radicales suelen llamar espíritu conservador"²⁰.

Además, es el abogado de las más importantes firmas británicas ("Es el abogado favorito de las empresas extranjeras", puntualiza un autor chileno)²¹, y entiende en resonantes juicios. Goza de buena situación económica y adquiere una quinta en las afueras de Valparaíso, donde tiene un cuadro con la efigie de San Martín y

¹⁸ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. III, ps. 219 a 242.

¹⁹ J. B. Alberdi, *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sud* ("Obras...", cit., t. VIII, p. 17).

²⁰ José Ingenieros, *Las doctrinas sociológicas de Alberdi* ("Sociología Argentina", Bs. As., 1918, p. 324).

²¹ Sergio Gutiérrez Olivos, *Alberdi*, Bs. As., 1962, p. 27.

un busto de Rivadavia. El busto una vez fue derribado por una avalancha que anegó la quinta, y la cabeza de Rivadavia rodó, separada del cuerpo.

Al mismo tiempo, como escritor, es de extraordinaria eficacia. Juan María Gutiérrez, su amigo, le escribiría aplaudiendo en sus producciones "el brillo ondante de las frases esbeltas con que Ud. viste ideas frescas, independientes, y las relaciones secretas que Ud. encuentra sin esfuerzo entre las cosas". Y Domingo F. Sarmiento habría de confesarle, un poco más tarde, "la fascinación que sus escritos me causan".

Tal es el hombre que, junto con Rivadavia, y siguiendo principalmente el camino de éste, más debía influir en la organización de la República Argentina.

1. — "Yo me incorporé en 1830 a la clase de filosofía y bellas letras o retórica que regentaba el inolvidable doctor Diego Alcorta —escribió Vicente F. López en su "Autobiografía"—. En el curso del doctor Alcorta comenzó a tomar forma y carácter mi personalidad"¹. Y, después de citar algunas expresiones encomiásticas de Alberdi en Chile, respecto a Alcorta, agregaba: "Lo transcribo porque es un testimonio que comprueba mi opinión, y para que los que han podido penetrar mi personalidad como pensador, se den cuenta del origen que ella tiene"².

En las breves páginas de su mencionada "Autobiografía", V. F. López, se refiere a las reuniones en casa de Miguel Cané, que dieron origen a la "Asociación de estudios históricos y sociales", de la que antes hablamos, cuyo reglamento "imponía la obligación de escribir una disertación cada sábado por la noche", y de la organización del "Salón Literario", de Marcos Sastre.

De todo eso nos informa López en sus reminiscencias, escritas en su ancianidad, en general, de poca sustancia, fuera de lo reproducido y algunas otras páginas, plenas, de detalles nimios, por lo que no es de extrañar que su propio autor arrojará al fuego la segunda parte, en un acto de rigurosa autocrítica.

Junto con su participación en el movimiento de la "Joven Generación", V. F. López prosiguió sus estudios de Derecho en la Uni-

¹ Vicente F. López, *Evocaciones históricas*, cit., p. 32.

² *Ibidem*, p. 34.

versidad, y, asimismo, el año 1837, sucedió a su maestro, el doctor Alcorta, en la cátedra de Filosofía y Retórica.

Pero la situación política se hacía cada vez más difícil para los jóvenes románticos. Se había producido ya el conflicto con Francia, así como la campaña de Lavalle y el levantamiento de los estancieros del Sur. Y, siguiendo los pasos de Alberdi, la mayoría de ellos comenzó a emigrar a Montevideo. Vicente F. López, en cambio, luego de recibirse de abogado, en diciembre de 1839, en lugar de tomar aquel camino, partió para Córdoba, en enero de 1840, pues allí vivían los parientes de su novia y esperaba hallar el apoyo que pudiera proporcionarle la Coalición del Norte contra Rosas. Lo mismo que otros compañeros antes emigrados, había contado con que su ausencia duraría pocos meses. Ninguno tuvo la menor sospecha de que habría de prolongarse más de diez años.

En Córdoba, el círculo en el que participaba Vicente F. López, se levantó contra el gobierno del federal Manuel López, y logró derrocarlo. Entonces el emigrado porteño comenzó a editar el periódico "El Estandarte Nacional", sosteniendo una posición antirrosista acorde con la posición de la "Joven Generación Argentina" ahora. Pero el triunfo de Oribe sobre Lavalle en Quebracho Herrado, en noviembre de 1840, restableció en Córdoba el gobierno federal de Manuel López, obligando al desterrado porteño a emigrar hacia Chile, cruzando la cordillera hasta Copiapó, donde se embarcó para Valparaíso, pasando luego a Santiago. Aquí entró a actuar junto a Sarmiento y otros emigrados argentinos, que luego fueron llegando, cabiéndole en esa labor una de las actuaciones más destacadas.

Lo primero que anotó López en Chile fue que "respecto de nosotros este país está en un gran atraso". Y como creyó, además, comprender que allí existía un concepto completamente erróneo en relación con los sucesos argentinos, se puso a escribir un opúsculo con el título: "Vindicación de la República Argentina en sus guerras civiles y en su revolución".

Respecto al ambiente que encontró en Chile y su situación en él, escribió a Félix Frias, que se hallaba en Bolivia: "Figúrate tú lo que será Chile cuando yo he llamado la atención: tú te quejas de Bolivia y yo acuso a Chile lo mismo que tú; las ideas modernas ni por el ruido; los libros y los autores, no hay uno solo; los libros más nuevos en toda la república son los míos y los de un paisano nuestro, el señor Sarmiento, joven de un mérito muy distinguido, de quien te hablaré mucho ahora... Somos muy amigos y lo seremos siempre, aunque nuestra amistad es reciente, esto es, de un año y medio"³.

³ Ricardo Piccirilli, *Los López. Una dinastía intelectual*, Bs. As., 1972, p. 38.

Mientras tanto, también había tenido oportunidad de escribir, en junio de 1842, a Juan Bautista Alberdi, que aún permanecía en Montevideo, las siguientes líneas que muestran el alto aprecio en que todos lo tenían: "La esquelita que Ud. tuvo la fineza de dirigirme me llenó de gusto: aunque corta, ella llenaba de abundantes meditaciones mi alma y en sus pocos renglones estaba encerrada la historia de nuestros primeros años, de nuestros primeros pasos. Le pido a usted que nunca olvide las simpatías que desde entonces nos ligaron y sigamos mirándonos reciprocamente como amigos y operarios de la misma obra. Yo me jactaré siempre de que haya habido armonía en nuestros trabajos y deseos; esto será para mí, cuando sea viejo, una garantía de haber andado siempre por el buen camino". Y le remitía "gacetas y revistas de las que es redactor"⁴. Esta correspondencia habría de repetirse meses más tarde, en noviembre del mismo año, con cierta cautela de parte de López, considerando que "es tan superior la posición que usted ocupa en Montevideo a la nuestra", y le enviaba "un abrazo de su afectísimo amigo y compañero"⁵.

En su labor periodística en Chile, López desempeñó la redacción de "La Gaceta de Comercio", de Valparaíso. También de la "Revista", de esa ciudad, y colaboró en "El Mercurio", que redactaba Sarmiento. Esa labor la realizaba al mismo tiempo que pertenecía a la organización de una sociedad literaria de jóvenes chilenos. Pero, después de haberse reunido todos, "López, que había sido el primer motor de esa reunión, no fue invitado a pertenecer a ella por ser argentino, en tanto era nombrado presidente José Victorino Lastarria"⁶. Al respecto, él mismo escribía a su amigo F. Frias: "Muchos no querían saber de mí sino que era argentino y romántico, y esto les bastaba para mirarme mal". Y añadía: "Para qué te he de explicar lo que estas palabras significaron cuando tú también las has tenido encima"⁷.

Por su parte, José V. Lastarria, en sus "Recuerdos literarios", describe así a López: "Era un joven de veinticinco años, hijo de la revolución, que en su fisonomía de árabe y en sus ardientes ojos negro revelaba la seriedad de su carácter, la firmeza de sus convicciones y la energía de sus pasiones. Dotado de un espíritu eminentemente filosófico e investigador, había hecho vastas lecturas y se inclinaba siempre a contemplar la razón de los hechos, de los sucesos y de los principios, despreciando las formas y las exterioridades. Pero su ilustración política no estaba aún dominada por un criterio fijo que diera claridad a sus juicios y a su expresión; y ese

⁴ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, p. 757 y ss.

⁵ *Ibidem*.

⁶ R. Piccirilli, *Los López...*, cit., p. 39.

⁷ *Ibidem*, p. 38.

era entonces el achaque general de todos los escritores progresistas, porque las nuevas ideas no entraban todavía en la evolución científica". Y también expresaba: "Los escritores argentinos —es cierto— no hacían misterio de su superioridad; pero no es exacto que nos trataran con desdén y con provocaciones insultantes"⁸.

Sin embargo, para contrarrestar la influencia de los argentinos, los jóvenes chilenos comenzaron a editar el "Semanario", con el fin de "demostrar que en Chile había ingenios y que sus hijos podían rivalizar con sus censores"⁹.

Más tarde, junto con Sarmiento, López inició la publicación de "El Progreso", el primer diario que se editó en Santiago. Pero antes de un año tuvieron que abandonar la empresa, debido a suspicacias nacionalistas. "Dejamos de escribir «El Progreso» —informaba López a F. Frías, que se hallaba en Bolivia—. ¿Sabes por qué? Porque el periódico era muy bueno y, como era publicación de argentinos, se sublevó contra ellos la sociedad y tuvieron que dejarse vencer por lo que aquí (y probablemente ahí) se llama honor nacional"¹⁰.

El fracaso del periódico llevó a López y Sarmiento a fundar un Liceo con intención de dedicarse a la enseñanza de jóvenes, para lo cual también les llamaba su vocación. La empresa se inició bajo los más promisorios auspicios y, a propósito de la misma, Miguel Piñero, otro exiliado argentino que redactaba "El Mercurio", en el puesto que antes desempeñaba Sarmiento, escribió en ese periódico: "El Sr. López es conocido en el país como escritor público, y en su carácter tiene muchos apasionados. Nosotros no somos de ellos, lo decimos francamente, porque no profesamos sus doctrinas literarias, ni tenemos ese espíritu vehemente de partido que siempre dirige su pluma, ni esa preferencia que da por lo general a lo brillante y a lo nuevo sobre intereses verdaderos de una sociedad... Hay quienes se quejan del ascendiente literario que ha tomado el Sr. López sobre algunos jóvenes amigos suyos y cuyos estudios lo acusan de haber extraviado; mas no se fijan estos censores que este ascendiente arguye algo bueno, ni tampoco que las luces literarias que parecen ser el elemento del Sr. López, tienen en su seno los más saludables gérmenes, siendo ellas de donde, por lo general, sale la verdad y la guerra a las preocupaciones. En fin, creemos que si el Sr. López ha encontrado oposición y contradicciones como escritor, no hallará sino aplausos y reconocimiento como profesor y como director de un establecimiento de educación"¹¹.

Pero, pronto, también esta empresa, iniciada tan promisoriamen-

⁸ José V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago de Chile, 1885, ps. 88 y 139.

⁹ *Ibidem*, p. 139.

¹⁰ A. A. Tonda, *Félix Frías*, cit., p. 189.

¹¹ *Ibidem*, p. 139.

te, habría de fracasar por la acción de organizaciones religiosas, que pasaron a competir con el Liceo y hacerle una campaña adversa, que lo derrumbó.

Mientras tanto, a pesar de tales vicisitudes, tanto López como Sarmiento prosiguieron su labor intelectual. López ya había escrito polémicamente sobre "Clasicismo y romanticismo". Y, luego, el 19 de octubre de 1845, leyó en la Universidad de Chile una "Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad", con el objeto de ser nombrado miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, como lo fue. También escribió un "Manual de historia de Chile", que dedicó al ministro Montt, y un "Curso de bellas artes", todo lo cual, no obstante su edad, le logró un amplio prestigio. Un historiador chileno expresó al respecto: "López se ajustaba el chaleco rojo de Gauthier y terciaba en una ruidosa polémica sobre el romanticismo, acallada la cual, era recibido en público concurso por la Facultad de Humanidades de nuestra Universidad. Allí leía una «Memoria» en que este joven pensador de veinticinco años envolvía los grandes ciclos del pasado en una síntesis filosófica de altas perspectivas"¹².

Todos estos antecedentes interesa recordarlos, no sólo para completar el análisis de la acción de los escritores argentinos en Chile, sino también porque esa acción influyó grandemente en figuras del pensamiento de ese país como Francisco Bilbao (que tenía a V. F. López como "su maestro muy amado")¹³, quien, junto con Santiago Arcos, impulsaron, algunos años más tarde, 1850, la famosa "Sociedad de la Igualdad", que tanto había de conmoven, en su época, a la sociedad chilena, y que ha quedado como un hito en la historia de su desarrollo social. "En abril de 1850 —escribe otro autor chileno— quedó constituida la «Sociedad de la Igualdad», organismo que durante siete meses libró una verdadera contienda contra el gobierno feudal dominante, hasta que fue aplastada por éste... La «Sociedad de la Igualdad» despertó un considerable fervor en las masas de la época. Tuvo su himno de guerra «La Igualdad», sus diarios «El Amigo del Pueblo» y «La Barra»... Sus concentraciones políticas reunieron a miles de ciudadanos, hecho inusitado para su tiempo"¹⁴.

Asimismo debemos destacar la circunstancia de que los dos dirigentes de la "Sociedad de la Igualdad", que hemos nombrado, no

¹² Hermelo Arabena Williams, *Los emigrados argentinos en la cultura chilena* ("II Congreso Internacional de Historia de América"), Bs. As., 1938, t. III, p. 622.

¹³ Armando Donoso, *Bilbao y su tiempo*, Santiago de Chile, 1913, p. 29.

¹⁴ Julio C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1955, p. 37.

sólo estuvieron estrechamente vinculados a los emigrados argentinos, sino que, más tarde, se trasladaron a la República Argentina siguiéndolos, y poniendo una participación activa en sus luchas y en el desenvolvimiento intelectual argentino de entonces: respecto al primero, hemos visto que Francisco Bilbao se consideraba un devoto discípulo de V. F. López; y, en cuanto a Santiago Arcos, "el primer escritor nacional que haya estudiado en forma sistemática la existencia de la lucha de clases en el seno de nuestra sociedad"¹⁵, considerado "un demócrata burgués avanzado [que] aspiró a la destrucción del régimen aristocrático dominante en Chile"¹⁶, fue el amigo y compañero de viajes y aventuras de Sarmiento en los Estados Unidos, y éste lo menciona destacadamente con tal motivo. También Bartolomé Mitre prologó una publicación de Arcos referente a su actividad política¹⁷.

2. — Finalmente, el año 1846, poniendo fin a su etapa chilena, Vicente F. López se trasladó a Montevideo, donde se casó y se dedicó a su profesión de abogado, prosiguiendo también su labor intelectual, que incluyó algunas novelas históricas, género que ya había iniciado en Chile y para el que manifestaba particulares aptitudes. Estas obras fueron: "El capitán Vargas", "La novia del hereje" o "La inquisición en Lima", y, más tarde, "La loca de la guardia".

En Montevideo se volvió a encontrar con Echeverría, quien lo incluyó en la "rápida reseña del trabajo de la inteligencia argentina" con que precedió la reedición del "Dogma socialista": "El Sr. López, redactor un tiempo de la Gaceta y de la Revista Mensual de Valparaíso, y asociado al Sr. Sarmiento en la del Herald Argentino y del Progreso —decía—, ha publicado algunos opúsculos sobre literatura y política". Y, después de hacer la reseña sucinta de esas publicaciones, agregaba: "Sabemos que el Sr. López se ocupa de una historia de nuestra revolución, y a juzgar por algunos prolegómenos de ella que hemos leído en el Progreso, podemos felicitarle de antemano por tan grande y difícil empresa. Agregamos que el Sr. López

¹⁵ *Ibidem*, p. 39.

¹⁶ Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile* (siglo XIX), Santiago, 1956, p. 92.

¹⁷ Después de Caseros tanto Arcos como Bilbao, según dijimos, pasaron a la Argentina, Bilbao siguió detrás de V. F. López, J. M. Gutiérrez y J. B. Alberdi en el bando provinciano. Fundó en Buenos Aires la "Revista del Nuevo Mundo" y, luego, colaboró en Paraná con Urquiza. En cuanto a Santiago Arcos, continuó aquí en estrecha colaboración con Sarmiento y Mitre, adhiriéndose al bando porteño. Fue el introductor del mimbre en el Delta, a raíz de una excursión en que acompañó a ambos, en 1855. Escribió luego sobre la guerra contra los indios araucanos en la frontera de Mendoza, y a él estaban dirigidas las cartas del coronel Lucio V. Mansilla, en las que relató su famosa "Excursión a los indios ranqueles".

ha merecido la distinción, singular para un extranjero, de ser elegido miembro de la Universidad de Chile, por muerte del joven Bello"¹⁸.

Caído Rosas, Urquiza, como expresamos, designó a Vicente López y Planes, padre de Vicente Fidel, como gobernador interino de la provincia de Buenos Aires, y fue con tal motivo que éste lo nombró, por sugestión del mismo Urquiza, ministro de Instrucción Pública, cargo que se creó con él. En tal carácter le tocó defender en la Cámara de Representantes de Buenos Aires, según lo veremos, el Acuerdo de San Nicolás, en el cual los gobernadores de las provincias, reunidos en dicha ciudad bonaerense, concedieron a Urquiza poderes especiales para proceder a la organización nacional, los que fueron impugnados por los diputados porteños, encabezados por Bartolomé Mitre, quien se constituyó en su más enconado adversario. Esos debates que, en su época, fueron célebres, precedieron al levantamiento del 11 de setiembre de 1852, que trajo como consecuencia la separación de la provincia de Buenos Aires del resto de la Confederación, cuyos representantes se reunieron en Santa Fe, al año siguiente, redactando una constitución para el país y organizando el gobierno nacional, presidido por Urquiza, el que se estableció provisoriamente en Paraná.

A consecuencia de estos hechos, Vicente F. López volvió a emigrar, pasando nuevamente a Montevideo, donde permaneció varios años. "Fatigado de las gentes, se refugió en los libros —dice el historiador Piccirilli— y desembocó plenamente en la historia y en la literatura, donde sin la paciencia para la reconstrucción documental, solamente la pasión creadora le infundió aliento para forjar sus criaturas"¹⁹.

De regreso al país, fue diputado nacional, rector de la Universidad de Buenos Aires, ministro de Hacienda del presidente Carlos Pellegrini, y aún se lo mencionó como posible candidato a la Presidencia de la República, a raíz de los acontecimientos del 90. Era un hombre vehemente, violento y polémico, y evidentemente, de los más talentosos de la "Joven Generación". En su desempeño en la Cámara manifestó ideas nacionalistas, por lo que se declaró partidario del proteccionismo, como veremos más adelante.

El año 1868 su antiguo discípulo Francisco Bilbao le escribió: "Cada día veo más claro en la cuestión nacional. Ay, amigo, son unos cuantos pícaros los que retardan y quizá comprometen la nación. Nadie mejor que yo sabe cuánto me falta para poder servir como deseara a esa gran causa americana. Apenas sé la historia de la república. ¿Por qué no ha escrito usted su historia? No hay un solo

¹⁸ E. Echeverría, *Dogma socialista*, edic. cit., ps. 115 y 116.

¹⁹ R. Piccirilli, *Los López...*, cit., p. 113.

libro completo de historia argentina"²⁰. Esta fue la tarea en que Vicente F. López se empeñó y tuvo como resultado su obra principal: "Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852". Esta obra comenzó a publicarse en 1883 y se terminó diez años más tarde, constituyendo, según R. Rojas, "el mayor monumento a su fama y una de las piedras fundamentales de la cultura nacional"²¹. El trabajo, que se extendió a diez volúmenes, lo completó con un "Manual de historia argentina". También ejerció la dirección, con Juan M. Gutiérrez, de la "Revista del Río de la Plata". Respecto a su conducta, expresaba: "Yo he tenido siempre el valor de renunciar a los favores de la posición, unido al no envidiar a los hombres que la gozan, de ahí la tranquilidad de espíritu, el contento interior y doméstico, la vocación al trabajo personal, con que he pasado toda mi vida en la emigración"²².

Sin embargo, el método para la realización de su obra capital, no parecía muy convincente, pues para él no eran fundamentales las transcripciones de documentos, "como si se tratase de un pleito —decía—. Lo que se necesita traer de ellos es el colorido y el movimiento de los sucesos que se quieren narrar... Creemos que una vez informado, el escritor, ante todo, debe ser artista y compositor, y manejar los colores de su paleta de una manera que su obra reproduzca el drama del pasado por la adaptación y por la oportunidad de su estilo, dejando la documentación como se dejan debajo de tierra los cimientos de todos los monumentos"²³.

Es evidente que, con tal concepto, el resultado podrá ser muy bello, pero también, a veces, inexacto. Por eso P. Groussac lo calificó de "brillante y espontáneo escritor que cultiva la inexactitud como un don literario". Pero nosotros podemos decir que la obra histórica de Vicente F. López, escrita en buena parte en base de reminiscencias de su padre, no obstante aquellas deficiencias, además de algunas partes de particular belleza, es útil, y nosotros hemos hecho uso de ella en nuestros estudios históricos, pues da importancia al desarrollo económico, como que López era profesor de Economía Política de la Universidad de Buenos Aires.

En su posición frente a los sucesos del país, que narra, López se singulariza por ser el único representante de la "Joven Generación" que ataca a Rivadavia. Pero, en cambio, defendiendo fervorosamente a una figura más nefasta que ésta: Manuel J. García —que era amigo de su padre— y justifica todas las malandanzas de este triste personaje de nuestra historia. También se manifiesta como admirador del general Carlos M. de Alvear y, en la época de la caída

de Rosas, le escribió a Washington, donde éste se desempeñaba como ministro argentino, invitándolo a regresar al país, para intervenir en su política.

Con Mitre, sostuvo el más sonado debate de nuestra historiografía, debate que se realizó, más que nada, por cuestiones personales. Esto se puso en evidencia y debía reconocerlo el mismo López, con motivo de haberle enviado Mitre su "Historia de San Martín", recién aparecida, a lo que contestó aquél: "Y, después de todo, ¿qué es lo que hemos disputado el general Mitre y yo? ¿No hay acuerdo completo en lo substancial de nuestros juicios?". A lo que Mitre contestó: "Me dice usted que después de leer mi libro sobre San Martín, se ha preguntado a sí mismo, ¿qué es o que hemos disputado? Pienso que ha sido el modo de ponernos de acuerdo"²⁴.

Sobre él podemos citar algunos juicios: "Es el hombre de pensamiento más notable... de la Argentina —escribió el ex gobernador D'Amico—. Es un espíritu cultísimo, no sólo ha sido un novelista lleno de imaginación y de interés, sino que es, sin disputa, el primero sino el único historiador argentino, y economista tan distinguido, que ha sido muchos años catedrático de esa rama en la Universidad"²⁵. "Uno de los historiadores que más influencia intelectual tuvo en nuestro país"²⁶. Aristóbulo del Valle le adjudicaba, aparte de su competencia, "sus buenas amistades con los señores Baring Brothers", que "nos ayudarían a salvar al país"²⁷.

3. — Si a Vicente F. López se lo podía considerar poco como político, menos es posible hacerlo con Juan María Gutiérrez, otro de los más destacados miembros de la "Joven Generación Argentina", de 1838, quien, según Sarmiento, era "un hablista poco dado a la política". (Mientras Gutiérrez consideraba a Sarmiento un "pedante dómine de aldea".)

Juan M. Gutiérrez era el mayor de toda la generación romántica, fuera de Echeverría, habiendo nacido antes del hito de 1810, es decir, en Buenos Aires, en 1809. Agrimensor e ingeniero, fue uno de los creadores del Salón Literario, de 1837, y vicepresidente de la "Joven Generación". En aquel Salón propició, como vimos, la creación de una literatura original americana, posición en la que se mantuvo, más o menos, no obstante la apostasia de sus conmitones, en primer término de su gran amigo Juan B. Alberdi. Fue poeta, como Echeverría, y el primer investigador de las letras americanas. Y, en el aspecto puramente literario en que concentró su esfuerzo intelectual, alcanzó una importancia que llevó a José E. Rodó a encabezar con

²⁰ Ibidem, p. 117.

²¹ R. Rojas, *Historia de la literatura*, "Los proscriptos", t. II, p. 643.

²² R. Piccirilli, *Los López...*, cit., p. 116.

²³ Ibidem, p. 120.

²⁴ R. Piccirilli, *Los López...*, cit., p. 139.

²⁵ C. D'Amico, *Buenos Aires...*, cit., p. 289.

²⁶ E. M. Barba, Estudio preliminar a "Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López", cit., p. 9.

²⁷ *La Revolución del 90*, Ed. Claridad, Bs. As., 1940, p. 115.

su nombre el movimiento del que fue partícipe, titulado su ensayo al respecto: "Juan María Gutiérrez y su época". "La armoniosa y serena figura de este escritor —expresó Rodó— concentra en sí, de algún modo, esa vehemente aspiración de sus contemporáneos... Sólo el nombre de Alberdi podría disputárselo, entre los escritores de su tiempo, el más completo dominio de esa función de análisis y reflexión... Nadie como él realizó en su medio incipiente, esa seriedad superior, que parece ser el secreto de las civilizaciones maduras"²⁸.

Habiendo emigrado a Montevideo, abandonó esa ciudad en 1843, embarcándose para Europa en compañía de Alberdi. Luego pasó también a Chile, donde publicó "América poética", una antología de poetas americanos, la primera en su género. Asimismo investigó en archivos de Santiago y de Lima, recuperando para la cultura de nuestros países a escritores que permanecían en el olvido.

Luego de Caseros y de los sucesos del 11 de setiembre de 1852 en Buenos Aires, fue uno de los porteños que, junto con Vicente F. López y otros que antes mencionamos, se colocó de parte de la Confederación, presidida por Urquiza, cuyo gobierno en Paraná integró como ministro de Relaciones Exteriores. Desde este cargo colaboró con Alberdi, que había sido designado ministro en Francia e Inglaterra.

Su obra abarca géneros tan diversos como la poesía, el cuento, el relato, bibliografías como "La imprenta en América", ensayos sobre literatura colonial y literatura argentina, principalmente sobre Juan Cruz Varela; un estudio: "Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires", publicado en 1868; una biografía de San Martín y otra, con un panegirico de Rivadavia, en la que decía: "Nadie ha hecho más que él a favor de la civilización y de la legalidad en estos países. Nadie ha amado con más desinterés y más sin lisonja, más de veras al pueblo. Nadie ha respetado más que él la dignidad de los compatriotas"²⁹.

Estrecho amigo de Juan Bautista Alberdi —quien lo consideraba "la primera mentalidad literaria de la República Argentina"— retornó, sin embargo, a Buenos Aires aún antes de Pavón, siendo designado por Mitre, con motivo de esta deserción, rector de la Universidad de Buenos Aires. En tal carácter, había de escribir a éste des.pués de aquella batalla, con lamentable obsequiosidad porteñista: "Necesito asociarme con todos mis paisanos para darle las gracias por el triunfo completo que nos ha dado sobre los perversos. ¡Abajo brutos! Si fuese otro el vencedor, yo no tiraría cohetes celebrando

²⁸ J. E. Rodó, *El mirador de Próspero*, cit., t. II, p. 115.

²⁹ Juan M. Gutiérrez, *Bernardino Rivadavia*, Bs. As., 1945, p. 67.

la victoria"³⁰. Pero en 1874 debía volver a escribir juzgándolo severamente³¹.

Ejerció luego la codirección de "La Revista del Río de la Plata", y nombrado miembro correspondiente de la Real Academia Española, como premio a su labor literaria, en 1876, renunció ruidosamente a tal cargo con el fin de preservar, según adujo, su carácter nacional, dando lugar su renuncia a una enconada polémica. "La literatura y las letras —escribió— al mismo tiempo que son la imagen de una sociedad en cada momento de su historia, influyen en esa sociedad para que adelante y se desarrolle según la índole de sus instituciones y de la naturaleza física que geográficamente le ha cabido. La L primera ley a que debe obedecer es la de la originalidad (subrayado en el original), porque sin ella contraen la más vulgar de las facciones, que es la imitación (subrayado en el original). Los americanos del sud tienen igualmente el deber de crearse una literatura capaz de servir estas obligaciones legadas en un testamento escrito con sangre de héroes, so pena de mostrarse débiles, apocados, degenerados"³².

No obstante, en su "Carta al señor secretario de la Academia Española", también había escrito: "Desde principios de este siglo, la forma de gobierno que nos hemos dado, abrió de par en par las puertas del país a las influencias de la Europa entera, y, desde entonces, las lenguas extranjeras, las ideas y las costumbres que ellas representan y traen consigo, han tomado carta de ciudadanía entre nosotros". Es decir, que aceptaba mansamente el profundo cambio que ello suponía en detrimento del espíritu nacional. Además, Juan María Gutiérrez firmó sus cartas polémicas como "Un porteño", en lugar de "Un argentino", aunque, por otra parte, prosiguió sus estudios sobre escritores americanos.

Podríamos decir que, no obstante su vasta y proficua labor, hoy la figura de Juan M. Gutiérrez pesa poco. Sarmiento le concedía "buena prosa, para negarle ideas". Lo recuerda R. Rojas, quien agrega: "La silenciosa penumbra del gabinete de estudio, fue el ambiente habitual de su vida. Y si a esto se agrega la dulzura de su carácter y la índole puramente literaria de sus escritos, no es difícil comprender por qué su gloria está más cerca del mérito que de la fama... Que las ideas de Gutiérrez fueran menos trascendentales que las de otros en el progreso general del país, no cabe dudarlo... Pero en cambio han sembrado en los campos de la cultura superior, ideas cuya originalidad puede discutirse, pero cuya importancia no puede negarse"³³.

³⁰ Archivo del general Mitre, *Correspondencia literaria*, t. XXI, p. 177.

³¹ J. M. Mayer, *Alberdi...*, cit., p. 814.

³² Juan M. Gutiérrez, *Cartas de un porteño*, Bs. As., 1942, p. 65.

³³ R. Rojas, *Historia de la literatura...*, cit., t. II, ps. 659 y 661.

Al conocerse la noticia de su muerte, en 1878, su gran amigo Juan B. Alberdi, después de referirse al "núcleo que se llamó Asociación de Mayo [hemos visto que nunca llevó ese nombre, sino "Joven Generación Argentina"], en la que Gutiérrez y Echeverría fueron figuras prominentes, y de cuyo seno partieron los trabajos literarios iniciadores de un nuevo período de la historia argentina", escribió de él: "No había nacido para hombre político, pero le tocó serlo y ejerció tanto influjo en la política como en las letras de su país... Teniendo el poder de producir, se limitó muchas veces a compilar, al revés de otros que, en vez de limitarse a compilar, lo que eran incapaces de producir, se hicieron autores de obras que otros escribieron... Gutiérrez valía más que sus obras. Hizo escribir a otros, más bien que escribir él mismo, pero no para apropiarse lo ajeno, sino para dar lo suyo. Formó talentos, sino compuso libros... Bueno o malo, yo soy una de sus obras. Hemos podido influir mutuamente uno sobre otro, pero él ha ejercido en mí diez veces más influencia que yo en él... El fue, en más de un sentido, el autor indirecto de las «Bases» de la organización americana"³⁴.

4. — También en la "Ojeada retrospectiva", de Echeverría, figuraban otros nombres, como Félix Frías, Carlos Tejedor, Demetrio Peña, Benjamín Villafañe, Luis L. Domínguez, miembros o asociados de la "Joven Generación".

De Félix Frías, que es el primero que menciona, escribió: "El Sr. Frías, secretario del general Lavalle durante toda su campaña, redactó en Sucre el «Fénix Boliviano»; pasó después a Chile, donde trabajó algún tiempo en el «Mercurio», de Valparaíso, y publicó un interesante folleto titulado el «Cristianismo Católico». Hoy cónsul de Bolivia en Santiago, ha dado a luz una memoria sobre la navegación de los ríos, que le ha valido aplausos generales, tanto en Chile y Bolivia, como en el Río de la Plata"³⁵.

Digamos solamente que Félix Frías, nacido en Buenos Aires, en 1816, había abandonado sus estudios en la Universidad, en 1839, para seguir, como todos sus amigos, el camino del destierro. Montevideo fue su primera escala, en un exilio que debía llevarlo, como secretario de Lavalle a Bolivia. Luego pasó a Chile. Se distinguió por su ferviente fe católica, y era, como todos ellos, un apasionado admirador de Rivadavia, "Rivadavia comprendió que la gran necesidad de la América Meridional era ser explotada por la civilización europea; y tal fue el pensamiento verdadero de los hombres de 1810"⁽¹⁾³⁶. Así escribió en su opúsculo "La gloria del tirano Rosas" que pu.

³⁴ J. B. Alberdi, Introducción a "Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior" de J. M. Gutiérrez, cit., ps. 16 a 21.

³⁵ E. Echeverría, *Dogma...*, cit., p. 114.

³⁶ Félix Frías, *La gloria del tirano Rosas* y otros escritos políticos y polémicos, Bs. As., s/d., p. 12.

blicó en Santiago de Chile, en 1847, y que dedicó a J. B. Alberdi con estos términos: "Señor Juan Bautista Alberdi: Permítame usted, querido amigo, poner su nombre al frente de los pobres renglones que componen este panfleto. Me encontraba en la campaña de Buenos Aires, el año 1838, cuando llegó a mis manos una hoja escrita por usted con el título «Profecías del Plata». Leí esas líneas llenas de bellezas, como todas sus producciones, con el vivo entusiasmo que, en aquella época de calurosas ilusiones, despertaba en mi ánimo la voz del patriotismo y el honor. Inmediatamente resolví imitar el ejemplo que usted nos había dado, de pasar a la otra orilla del Plata para asociarme a la cruzada de los que allí se preparaban a invadir el despotismo y la barbarie. Sus palabras influyeron sin duda en aquella resolución, de que me felicitaré constantemente, como sus escritos políticos anteriores habían contribuido a alimentar mis creencias liberales y mi amor a la patria"³⁷.

(Debemos recordar que, también pocos años antes, Marco M. Avellaneda, otro miembro de la "Joven Generación Argentina", se había dirigido a Alberdi, desde Tucumán, aludiendo a "la inmensa distancia que separa su cabeza de la mía", y añadiéndole: "No hay en este país cuatro hombres capaces de leer su obra, ni dos con aptitudes para comprenderla".)³⁸

Vemos, en suma, que todos rendían homenaje a lo que consideraban la superioridad de Alberdi. Y veremos lo que todos ellos, capitaneados por el mismo Alberdi, una vez caído Rosas, hicieron de la República Argentina.

³⁷ Ibídem, p. 1.

³⁸ Juan B. Alberdi, *Escritos póstumos*, cit., t. XV, ps. 672 y 673.

I. AL PROMEDIAR EL SIGLO XIX SE INICIA EN EUROPA UNA NUEVA ERA INDUSTRIAL. EL CAPITAL MERCANTIL Y FINANCIERO BRITANICO, OLVIDANDO EL DESCALABRO DE 1825-27, PONE OTRA VEZ SUS OJOS EN EL RIO DE LA PLATA, EN COINCIDENCIA CON LA CAIDA DE JUAN MANUEL DE ROSAS, DERROTADO EN CASEROS POR JUSTO JOSE DE URQUIZA.

1. — Hemos visto anteriormente cómo, a raíz de la crisis de 1825-27, que conmovió a la City londinense, a consecuencia del fracaso final del esquema mercantil y financiero planeado sobre la base de las posibilidades económicas del recientemente emancipado imperio colonial hispano en el Nuevo Mundo, el interés del capital británico se apartó casi totalmente de las repúblicas, que la misma Gran Bretaña había impulsado a emanciparse de España —permitiendo una ofensiva frustrada de los intereses de Francia— y se concentró en el desarrollo de los Estados Unidos, que prometía más seguridad y beneficios. Eso ocurrió hasta mediados del siglo XIX, en que, otra vez, el nombre de nuestras repúblicas dejó de ser una mala palabra.

Para esa época escribía Carlos Marx: Inglaterra "que convierte en proletarias suyas a naciones enteras, que abraza el mundo con sus ejércitos gigantescos, que ya una vez pagó de su bolsillo los gastos de la restauración europea, el país en cuyo seno más se han agudizado los antagonismos de clase, en que estos antagonismos revisiten la forma más acusada y escandalosa del mundo: Inglaterra, parece una roca contra la que se estrellan los embates revolucionarios, en cuya matriz palpita ya la sociedad nueva. Inglaterra domina el mercado mundial. Una conmoción que sólo subvierta las condiciones económicas de un país del continente europeo, y aún el continente entero, sin comunicarse a Inglaterra, es una tempestad en un vaso de agua. Las condiciones industriales y comerciales que rigen dentro de las fronteras de una nación, hállanse informadas por sus relaciones con otros países por su conexión con el mercado mundial.

Ahora bien, el mercado mundial se halla bajo la hegemonía de Inglaterra¹.

También por entonces escribía Federico Engels: "En aquel tiempo el mercado mundial consistía principalmente, o en forma exclusiva, en cierto número de naciones agrícolas agrupadas alrededor de un gran centro comercial: Inglaterra. Esta consumía la mayor parte de sus materias primas y les suministraba, en cambio, la mayor parte de los productos industriales que necesitaban... *La reanimación de los negocios después de la crisis de 1847, señaló el despertar de una nueva época industrial. La abolición de las leyes sobre el grano y las más vastas reformas financieras, ligadas necesariamente a ellas, crearon a la industria y el comercio de Inglaterra el ambiente requerido*"².

Asimismo, a nuestro respecto, expresaba un autor británico: "Después de una generación durante la cual los banqueros, negociantes y público inversor se alejó totalmente de los préstamos a Sud América, *recobraron la confianza en la década de 1850, y otros iban a agregarse a ellos en los tempestuosos años que siguieron*"³. Y confirma otro autor norteamericano: "Con la deposición de Rosas y el nuevo estímulo de la navegación a vapor, *el interés por las naciones del Río de la Plata comenzó a surgir de nuevo. Los inversionistas volvieron una vez más la vista hacia esas regiones como un lugar de posibles ventajas comerciales. Por otra parte, el aumento de la capacidad industrial de las fábricas inglesas hacía necesaria la constante búsqueda de nuevas fuentes productoras de materias primas... El renovado interés comercial dio como resultado una nueva ola de viajeros hacia los países del Río de la Plata. Una vez más el Plata se convirtió en foco de interés*"⁴.

Por lo demás, ya en 1850 llegaban a Buenos Aires los primeros vapores que reducían a la mitad la anterior duración de los viajes a Europa. También, después de 25 años, arribaban otra vez inmigrantes. En Inglaterra se inauguraba, en 1851, la primera exposición industrial, que se consideraba uno de los acontecimientos del siglo, coincidiendo con la iniciación de la era de los ferrocarriles. Todo eso contribuía a presentar la dictadura de Rosas, que prefería un coche de caballos al ferrocarril, como un verdadero anacronismo. Concluida su tarea, pues, todo señalaba la necesidad de su caída.

Al producirse ésta, el valor de los títulos argentinos en la Bolsa

¹ Carlos Marx, *Nueva Gaceta del Rhin* (citado por Franz Mebring, "Carlos Marx", Madrid, 1931, p. 200).

² Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Bs. As., 1965, p. 8.

³ David Joslin, *A Century of Banking in Latin America*, London, 1963, p. 8.

⁴ Samuel Trifilo, *La Argentina vista por viajeros ingleses (1810-1860)*, Bs. As., 1959, p. 48.

de Londres tuvieron un brusco aumento. Baring Brothers había concentrado su atención en los Estados Unidos, que entonces, según Marx, constituían "un país colonial de Europa"⁵. Desde que Dorrego, en 1827, dejó de pagar la amortización y los intereses del empréstito de 1824, por no poder hacerlo, trataron de cobrarlos infructuosamente, haciendo diversos tratos con Rosas, ya que el gobierno inglés se negaba a intervenir por considerar dichos empréstitos, en esa época, un asunto privado.

Rosas, aunque fue remiso a pagar los intereses del empréstito, mantuvo buenas relaciones con Baring Brothers, ofreciéndoles las tramitaciones que hemos visto en nuestro tomo II, obligándose a abonar una pequeña cuota anual, que significaba el reconocimiento de la deuda que, no obstante, consideraba "ínicua" y contraría a los intereses del país, siendo dicha deuda también cuestionada en la misma Inglaterra por fraudulenta. "Ningún gobierno sudamericano —decía el "Morning Herald", de Londres, del 3 de noviembre de 1852— ha estado más legítimamente autorizado a repudiar un empréstito contraído bajo tales circunstancias; y este gobierno muestra con el reconocimiento del empréstito una leal adhesión a un negocio corrompido, en primer lugar, y a un licencioso desembolso, en segundo"⁶. Pero ahora Baring Brothers parecían dispuestos a encarar seriamente su cobro, de acuerdo con la marcha de las actividades financieras de la firma. "En muchos aspectos Baring Brothers y Co., *alcanzaron la cumbre de sus negocios en los Estados Unidos en 1852. Al mismo tiempo que los negocios norteamericanos disminuían, los Baring aumentaron el volumen de sus operaciones en otras partes del mundo*"⁷. Así fue como enviaron a Buenos Aires un comisionado especial, al tiempo que los bonos del empréstito subían de 50 a 73 en la Bolsa londinense.

2. — Días después de su victoria sobre Rosas, al frente del Ejército Grande, compuesto de 16.000 nacionales y 4.000 brasileños. Urquiza ingresó con gran pompa, desfilando por las calles de Buenos Aires. Lo hizo vestido de poncho blanco y galera de felpa, instalando luego su cuartel general en la residencia de Rosas, en Palermo, y, desde allí, desde el primer día, encaró las medidas necesarias para la organización del país. En la provincia de Buenos Aires nombró gobernador provisorio a Vicente López y Planes, el autor del himno nacional, quien había permanecido en el país durante el régimen de Rosas como miembro de la judicatura. Y, aunque no lo necesitaba, pues sus derechos derivaban de su victoria, para dar base legal a

⁵ Carlos Marx, *El capital*, Madrid, 1931, t. I, p. 567.

⁶ Ernesto J. Fitté, *Historia de un empréstito* (La emisión de Baring Brothers en 1824), Bs. As., 1962, p. 278.

⁷ Ralph W. Hidy, *The house of Baring in American Trade and Finance* (English Merchant Bankers at Work), Cambridge, 1949, p. 419.

sus acciones, convocó a los gobernadores de las provincias en San Nicolás, quienes lo designaron Director Provisorio de la Confederación Argentina y lo autorizaron a legislar sobre los medios conducentes a la reunión de una asamblea que dictara una Constitución al país, tomar disposiciones respecto a la eliminación de las barreras aduaneras interiores y encarar la libre navegación de los ríos.

Sin embargo, Buenos Aires no dejaba de sentirse humillada en sus infulas de ciudad rectora (es decir, de los intereses comerciales foráneos que predominaban en ella) y, desde un principio, con un pretexto u otro, objetaba la presencia de Urquiza. Por eso la Sala de Representantes, que se había elegido después de Caseros, discutió y, finalmente, rechazó el Acuerdo de San Nicolás, en acaloradas sesiones conocidas como "jornadas de junio", y que fueron el prólogo del levantamiento del 11 de setiembre. Después de este suceso, Urquiza había tratado de separarse de la Confederación para constituir con Corrientes, la República de la Mesopotamia. Pero el representante inglés se opuso a tal proyecto. Lo dice H. S. Ferns: "Cuando en setiembre de 1852, Buenos Aires arrebató a Urquiza la dirección de los negocios de esa provincia y se declaró independiente de la Confederación y del Congreso Constituyente de Santa Fe, Urquiza, desesperado, comenzó a sondear al gobierno británico a través de su hijo, el Encargado de Negocios argentino en Montevideo, sobre cuál sería la actitud de Gran Bretaña en el caso de que la Confederación se dividiera en pequeñas repúblicas, una de las cuales sería la provincia de Entre Ríos con Corrientes, Hotham declaró su firme oposición a tal eventualidad. «Estamos interesados en mantener la Confederación Argentina sobre su base actual —declaró en su informe— y nos oponemos por todos los medios que pueda proporcionarnos nuestra influencia moral en su desmoronamiento y separación. Brasil podía acoger favorablemente el desmembramiento de la Argentina, pero Gran Bretaña no»" ⁷ bis.

El rechazo del Acuerdo de San Nicolás por parte de la Legislatura, produjo la reacción de Urquiza, que la disolvió, tomando directamente el mando de la provincia, del que ya había renunciado López y Planes. Esta actitud, y otras medidas consideradas impolíticas que adoptó, como el restablecimiento de la divisa punzó, dieron motivo para que, tan pronto como se alejó de Buenos Aires con el fin de inaugurar el Congreso Constituyente que se había reunido en Santa Fe, el 11 de setiembre de ese año 1852, se produjera en la ciudad un levantamiento que derribó las autoridades que él había dejado y declaró a la provincia separada de la Confederación. Pero también había otras razones de más peso para adoptar esa actitud: era la de.

⁷ bis H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, cit., p. 304.

claración que había hecho Urquiza de la libre navegación de los ríos, que perjudicaba al comercio de Buenos Aires. "Urquiza reglamentó la navegación de los ríos mediante tratados con las potencias extranjeras —dice J. Oddone—, aseguró la libre navegación por el Paraná y el Uruguay, lo que produjo la inmediata protesta del gobierno de Buenos Aires, y, por fin, el levantamiento del 11 de setiembre y la separación de la provincia de la Confederación" ⁸.

Pero, Buenos Aires no solamente se separó, sino que trató de disputarle a Urquiza la organización del país, despachando comunicaciones a las provincias, fuerzas armadas contra Entre Ríos, al mando del general Hornos, y enviando como emisario al interior al general José M. Paz. Tales pasos, sin embargo, fracasaron, rechazados por las provincias. De esas manifestaciones adversas queremos destacar la respuesta de Corrientes que decía: "Establecido el precedente de que la provincia de Buenos Aires puede por sí y ante sí, destruir los poderes creados por el resto de las demás, resultaría el inconcebible absurdo de que éstas reconozcan en la de Buenos Aires la facultad legal de rechazar y desconocer la existencia de un gobierno que ellas habían constituido y al que debían sujetarse; resultaría negar a las pobres provincias hasta la facultad de convocarse y reunirse en congreso, si no es cuando Buenos Aires y su gobierno quiera que así sea y en la forma y tiempo que le parezca; resultaría concederle a Buenos Aires el derecho de impedirles que establezcan un centro de acción, único medio de contrabalancear el inmenso poder, influencia y riquezas con que Buenos Aires las ha sofocado durante sus administraciones buenas y malas; resultaría, en fin, que las trece provincias no saldrían jamás del vergonzoso pupilaje en que hay interés en conservarlas, so pretexto de estados independientes soberanos" ⁹.

Rechazada en sus pretensiones por las provincias y frustrado su propósito de desplazar a Urquiza, a Buenos Aires, no le quedó más pendiente que recluirse en sí misma, en particular cuando se produjo el levantamiento federal del coronel Lagos, en diciembre de 1952, que la puso en conflicto con su propia campaña. Y, como en

⁸ Jacinto Oddone, *El factor económico en nuestras luchas civiles*, Bs. As., 1937, p. 257. Como un antecedente podríamos hacer notar que ya el cónsul inglés Parish "se manifestó en desacuerdo con la proyectada libre navegación de los ríos, creyendo que esta medida reduciría considerablemente los ingresos de la aduana porteña, con grave perjuicio de la economía provincial" (E. J. Fitte, *Historia de un empréstito*, cit., p. 227). En realidad, la mención de los derechos de aduana no era más que una forma de disimular el verdadero perjudicado, que sería el comercio inglés de Buenos Aires, ya que la libre navegación de los ríos permitía a los barcos extranjeros dirigirse directamente a los puertos de las provincias ribereñas, eludiendo el de la capital.

⁹ Julio Victorica, *Urquiza y Mitre* (Contribución al estudio de la organización nacional), Bs. As., 1918, p. 64.

oportunidad de haber sido derrotada en Cepeda por las montoneras de Artigas, Ramírez y López, en 1820, bajo el gobierno de Rodríguez-Rivadavia-García, se organizó como "República de Buenos Aires", ahora, en 1853, trató de hacerlo como "República del Plata". "Los progresivos ingresos de la aduana porteña —escribe J. Alvarez— alienan aspiraciones separatistas, pareciendo acreditar que Buenos Aires vivirá mejor organizada como país independiente. Hasta se habla de erigirla en «República del Plata». Afluyen del exterior capitales en busca de colocación fructífera"¹⁰. Al efecto, Mitre escribió un artículo auspiciando tal república, con ese título, mientras que el uruguayo Juan Carlos Gómez proponía la formación de los "Estados Unidos del Plata", reuniendo la provincia de Buenos Aires con la República Oriental del Uruguay, con capital en Montevideo.

3. — Debemos recordar que la casa Baring Brothers había hecho un pacto de caballeros con la casa Rothschild para repartirse los negocios en la América del Sur, atendiendo la primera los del Río de la Plata y la segunda los del Brasil. "No había muchas firmas dedicadas al negocio de las emisiones —expresa L. H. Jenks— Baring Brothers y Nathan Rothschild [luego Rothschild and Son] eran, naturalmente, de la mayor importancia y sus emisiones las primeras en calidad, tanto como en volumen... Su histórica conexión con la Argentina y Brasil, respectivamente, se remontan a esta época"¹¹. Eso no quiere decir que tal "acuerdo de caballeros" se respetara religiosamente, como se había demostrado en la anterior guerra de puertos entre la "República de Buenos Aires" y la "República de Montevideo", como entonces se decía. Y señala el mismo Jenks: "No puede ser numéricamente afirmado que en estos asuntos [los de Montevideo] Aberdeen no escuchara a los Rothschild, mientras Palmerston actuara bajo los consejos de Baring y los intereses de Buenos Aires"¹².

Y también Rothschild parece haber intervenido en la caída de Rosas, por intermedio del banquero brasileño Ireneo Evangelista de Souza, después Barón de Mauá, que estaba estrechamente vinculado a esta firma londinense ("Era un aliado financiero de los Rothschild"¹³), quien fue el sostenedor del gobierno de la Defensa, de Montevideo, con sus aportes económicos, cuando Francia cesó en los suyos, y colaboró activamente en el derrocamiento del dictador porteño: "Su participación es enorme en la campaña contra Rosas —es-

cribe una autora brasileña— y sólo gracias a él pudo ser llevada a cabo la destrucción del gobierno federal"¹⁴.

Conocidos en Londres los resultados de la batalla de Caseros, como vimos, la casa Baring Brothers despachó un comisionado para tratar el asunto del empréstito de 1824. La elección recayó en el mayor Ferdinand White, ex oficial del ejército, que, al llegar a Buenos Aires se encontró mezclado en los acontecimientos que señalaron la historia de Buenos Aires en ese año, y que como vimos correspondió exactamente al del abandono de la atención preferente por los Estados Unidos de esa firma en 1852. Ferdinand White llevó un diario personal en el que anotó sus impresiones a medida que se desarrollaban los hechos, el que nos proporciona informaciones de gran interés.

Desde luego no simpatizó con Urquiza a quien llamó "Un hombre de poca educación y fuertes impulsos, constantemente listo a seguir la opinión del último con quien habla, y no preparado para dirigir este gran movimiento... Yo percibo claramente —escribe— que por ahora esta poderosa provincia desea marchar adelante por sí sola... Siente como cosa cierta que la provincia aprovechará la primera ocasión para rebelarse, y Urquiza, siendo de otra región, tendrá finalmente que alejarse".

Respecto al levantamiento del 11 de setiembre, que siguió, anotó, revelando quiénes lo hicieron: "Cuando vi en sus filas a comerciantes de elevada reputación y riqueza, y en general, de mucha prudencia, quedé impresionado y con la convicción de que este movimiento no revestía un carácter ordinario... Yo en mi corazón no puedo encontrar razones para condenar a Buenos Aires... Digan lo que ellos quieran, por el momento y por algún tiempo todavía, la Provincia de Buenos Aires es la verdadera República del Plata... El naciente Estado caerá, sin duda, muchas veces en sus progresos hacia la madurez, pero cuando llegue a madurar será un Gigante"¹⁵.

Las preferencias del envío de la casa Baring expresaban las preferencias de ésta, y de los negociantes locales de Buenos Aires, pero no las del gobierno británico. R. Scalabrini Ortiz, en su conocido libro al respecto, afirma: "En la República Argentina, Gran Bretaña apoyó enérgicamente al puerto de Buenos Aires. Le dio armas, le abrió créditos. A pesar de ser tanto o más rica que la provincia de Buenos Aires, la Confederación cayó ahogada por la sofocación comercial y financiera con que Inglaterra la estrechó... Cuan-to esfuerzo se irguió a favor del interior, fue ahogado sin misericordia y estigmatizado con el sello de barbarie... Con la protección inglesa se constituyó en el puerto de Buenos Aires una aristocracia

¹⁰ Juan Alvarez, *Guerra económica entre la Confederación y Buenos Aires (1852-1861)* ("Historia de la Nación Argentina", t. VIII, p. 144).

¹¹ L. H. Jenks, *The Migration of British Capital*, cit., p. 48.

¹² *Ibidem*, ps. 122 y 123.

¹³ David Joslin, *A Centuring of Banking*, cit., p. 70.

¹⁴ Lidia Besouchet, *Mauá y su época*, Bs. As., 1940, p. 117.

¹⁵ Ernesto J. Fitte, *Historia de un empréstito*, cit., p. 258 y ss.

de administradores que manejó el país sin contralor ni más norma que la decisión de los embajadores y comerciantes ingleses"¹⁶.

Es evidente que tal afirmación está equivocada. Después de Caseros, Gran Bretaña apoyó abiertamente a Urquiza, contra la secesión de Buenos Aires, llegando el representante inglés hasta a subvencionar la sublevación del coronel Lagos, en diciembre de 1852. Y, desde luego se negó a apoyar la idea de la formación de la República del Plata, cuando la proyectaban los políticos porteños. Es posible asegurar que el apoyo del gobierno de Londres a la Confederación durante la presidencia de Urquiza, por lo menos en la primera etapa de ésta, fue total, seguramente para el mantenimiento de la apertura de los ríos, proclamada por el vencedor de Rosas, y protestada por Buenos Aires. El mismo Juan Bautista Alberdi, que había sido designado ministro de la Confederación en Europa, escribía a Urquiza para referirse a "la Inglaterra, cuya política nos es tan favorable", señalando "el esfuerzo constante de los tenedores de bonos ingleses por cambiar la política del gobierno inglés. Todo el comercio inglés establecido en Buenos Aires y Montevideo trabaja en el mismo sentido. El «Times» es su órgano, porque pertenece en la tercera parte a la casa Baring, negociadora del empréstito de Buenos Aires"¹⁷.

Y al respecto, agrega H. S. Ferns: "Algunos miembros de la comunidad británica de Buenos Aires, representantes de los intereses mercantiles de Liverpool, criticaron acerbamente la política de Gran Bretaña de apoyo a Urquiza. El mayor Ferdinand White, agente de Baring Brothers en Buenos Aires, se declaró en su diario abiertamente opuesto al «decidido y a mi juicio muy cuestionable papel que las autoridades británicas están desempeñando en las disensiones internas aquí»... La opinión de White se limitaba a su interés inmediato. Como la clase urbana de Buenos Aires compartía el mismo entusiasmo de la clase comercial británica, los miembros de ésta creían que sólo aquella podía gobernar en la Argentina... White y la clase comercial pensaban que siendo Buenos Aires la provincia más rica y económicamente más importante de la Argentina, Gran Bretaña debía asumir una política de apoyo a Buenos Aires contra Urquiza y la Confederación. Pero el Foreign Office tenía una opinión diferente. El Secretario del Foreign Office convino en enviar a Buenos Aires un Vicecónsul en la persona de Frank Parish, hijo de Sir Woodbine; pero se resistió en forma decidida a la sugestión de reconocer la independencia de Buenos Aires, o de aceptar la pretensión que Buenos Aires tenía de representar a la República Argentina en

¹⁶ Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Plata*, Bs. As., 1940, p. 124.

¹⁷ Ramón J. Cárcano, *Urquiza y Alberdi* (Intimidades de una política), Bs. As., 1937, ps. 416 y 448.

la comunidad internacional. En el servicio diplomático británico se reconocía en forma palmaria que el objeto de Gran Bretaña era obligar a Buenos Aires a ingresar en la Confederación"¹⁸.

¹⁸ H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, cit., p. 305 y 314.



II. SITUACION DEL PAIS A LA CAIDA DE ROSAS. BUENOS AIRES COMO FACTORIA DEL CAPITAL EUROPEO, PARTICULARMENTE EL INGLÉS, EN EL RIO DE LA PLATA. URQUIZA: UN INTENTO FRUSTRADO DE DESARROLLO DE UN CAPITALISMO NACIONAL. LA ASAMBLEA REUNIDA EN SANTA FE VOTA UNA NUEVA CONSTITUCION.

1. — Juan Manuel de Rosas había logrado aglutinar el conjunto de las provincias que constituyeron la Confederación Argentina y dominar el caos que existía en ellas. Pero se había pagado muy caro el atraso y el estancamiento en que había quedado el país a su caída. La situación era verdaderamente dramática. "Nueve décimas partes del territorio hallábanse despobladas, los indios penetraban hasta los suburbios de las ciudades, las provincias apenas disponían de fuerzas menesterosas, los gobiernos con poderes discrecionales, los grandes ríos cerrados a todas las banderas del mundo, la travesía al interior requería la custodia de las armas, los correos regulares suprimidos, las escuelas cerradas, los campos incultos y los ganados disminuidos por las guerras. Únicamente Buenos Aires acusaba alguna prosperidad: era el centro del comercio del Río de la Plata"¹.

La situación de esta ciudad, única zona próspera de todo el ámbito de la Confederación Argentina, y gozando de las rentas de aduana que debían corresponder a la totalidad de las provincias, era muy especial, y cabe señalarla en detalle como particularísima entre las repúblicas constituidas dentro del antiguo imperio colonial hispano en el Nuevo Mundo. Y nosotros deseamos recalcarlo porque en dicha situación está la clave de todo el proceso de la historia argentina: en esta ciudad, y solamente en ella, estaba concentrado todo el capital foráneo en el país, y su población se componía mayormente de extranjeros. Por tal situación, dicho capital y esos extranjeros, dominaban en ella. Y ella aspiraba a dominar el país.

¹ Ramón J. Cárcano, *De Caseros al Once de Septiembre*, cit., p. 17.

El dominio en Buenos Aires del capital extranjero fue declarado explícitamente en las discusiones del Congreso Constituyente de 1826. Luego la situación se atenuó durante el gobierno de Rosas debido a la crisis que se desencadenó en el período 1826-29, que produjo la quiebra de las inversiones inglesas en el Río de la Plata y la posterior preponderancia de los estancieros. Pero, tan pronto como cayó el dictador porteño —y debemos destacar una vez más las fechas, porque coinciden exactamente con este acontecimiento— habiendo aquel capital, renovado su atención hacia los negocios del país, la situación anterior se reprodujo en forma acentuada.

Por entonces, había hecho notar Woodbine Parish: "En 1850 se calculaba que únicamente los franceses que había en Buenos Aires y en los suburbios pasaban de 20.000, en su mayor parte artesanos, obreros y otros trabajadores industriuosos... Los ingleses no habían aumentado en igual proporción, aunque mantenían todavía su superioridad en punto a capital, y en el número e importancia de sus establecimientos mercantiles"².

Un viajero que por entonces visitó Buenos Aires, escribió al respecto: "Los negocios de la ciudad, en gran proporción, están en manos de firmas inglesas, francesas, alemanas e italianas; y un inglés, especialmente, puede estar seguro de encontrar compatriotas en todas las calles principales. Además, muchos de ellos poseen, con buenos títulos, cientos de miles de acres del mismo suelo, con enormes cantidades de ovejas, vacas y caballos, y galopan como señores indiscutidos en posesiones iguales, por su extensión, a muchos distritos territoriales de Inglaterra. *Extranjeros de toda clase son dueños de la mayoría de las casas de comercio, y en el orden inferior es de notar que las ocupaciones y oficios más enteramente nacionales están pasando de manos de argentinos a otras manos*". Añadiendo: "Buenos Aires sufre la falta de una amplia y sólida opinión pública. Al presente la cuestión aparece muy dificultosa, pero la solución ha de encontrarse, muy posiblemente, en el resultado del hecho indudable de que la población extranjera crece ahora en mucha mayor proporción que la de los nativos... Cerca de la Catedral, en la calle San Martín, está el Club de Residentes Extranjeros... En este Club, además de los diarios del país, pueden encontrarse los mejores periódicos de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia... Y si cada residente de Buenos Aires no tiene el «Punch», «Charivari» y el «Times», como si viviera en Londres o en París, es porque no lo desea"³. El Club de Residentes Extranjeros, fundado en 1841, había venido a sustituir al antiguo "British Commercial Room", que se había disuelto en la época de Rosas.

² Woodbine Parish, *Buenos Aires y las provincias...* cit., p. 181.

³ T. Woodbine Hincliff, *Viaje al Plata en 1861*, Bs. As., ps. 33, 58 y 59.

Según J. Scobie, en esa época estaban concentrados en Buenos Aires "por lo menos las nueve décimas partes de todos los capitales radicados en la Argentina, y que, durante veinte años, ni siquiera el uno por ciento de las rentas públicas fue gastado más allá de los suburbios de esa ciudad". Y agrega: "Buenos Aires era la única ciudad de la Argentina a la que podía considerarse un centro metropolitano. Su población de casi cien mil habitantes, la mayoría nacida en el extranjero, controlaba gran parte de las inversiones, del capital y del comercio del país"⁴.

La preponderancia de la situación del extranjero se notaba ya en la época de Rosas, quien había señalado la posición de privilegio en que se encontraban sus amigos británicos a raíz del tratado con Inglaterra, de 1825, "por el cual gozaban de mayores ventajas que los nativos"⁵.

Esa dominación extranjera directa, que se reproducía agravada después de Rosas, provocaba estos comentarios a su sobrino Lucio V. Mansilla: "Sólo había un Club [en Buenos Aires], el de Residentes Extranjeros, especie de Sancta Santorum, de donde el criollo estaba legalmente excluido. Me acuerdo muy bien que cuando por sus ventanas pasábamos, aquella casa nos hacía el efecto de una mansión de gente privilegiada, extrahumana. Hasta recuerdo un dicho de mi padre al respecto: «El secreto de la felicidad en esta tierra consiste en ser extranjero»". Y añade: "Las «facultades extraordinarias» no se ejercían contra el extranjero, que tenía siempre detrás el cónsul, el ministro, los cañones de su bandera. El «gringo», como regla casi sin excepción, ocupaba una posición favorecida... Ser inglés, verbigracia, ¡qué pichincha entonces!"⁶.

Es decir, que el dominio del extranjero en Buenos Aires era total. Por eso, hablar de la "causa de Buenos Aires", era hablar de la "causa" del capital y de la influencia extranjera que allí dominaba. Domingo F. Sarmiento escribía a Mitre, desde Chile, después de Caseros: "Hasta hoy tuve el orgullo de pertenecer a la causa de Buenos Aires en sus desgracias y en sus triunfos"⁷. También el gobernador Manuel Taboada, de Santiago del Estero, le escribía, en 1852: "Sírvese indicarme lo que estos pueblos debemos hacer para completar la causa de Buenos Aires"⁸. Respecto a lo cual Alberdi comentaba: "Sólo en el Plata se ha visto el ejemplo de una causa de Buenos Aires, en contraposición a una causa de la Nación. La bella ciudad de Buenos Aires no lo es tanto como París, Londres o Nueva York; sin

⁴ J. Scobie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina*, Bs. As., 1964, ps. 18 y 119.

⁵ William MacCann, *Viaje a caballo*, Bs. As., 1939, p. 158.

⁶ Lucio V. Mansilla, *Mis memorias*, Bs. As., 1955, ps. 103 y 106.

⁷ "Correspondencia Sarmiento-Mitre", Bs. As., 1911, p. 62.

⁸ "Archivo del General Mitre", cit.

embargo, nadie ha oído hablar de la causa de París, la causa de Londres, la causa de Nueva York, en contraposición a la causa de Francia, la causa de Inglaterra, la causa de los Estados Unidos". Y agregaba: "Hoy se llama «causa de Buenos Aires», la absorción egoísta y bárbara que esa provincia hace de todo el tesoro y poder de las demás"⁹. Agregando aún: "Es en la ciudad, no en la campaña de Buenos Aires que está su omnipotencia, es decir, la suma total de los recursos del poder de la Nación"¹⁰.

Y debemos recordar que, en diciembre de 1852, con motivo de la sublevación de Lagos, la ciudad de Buenos Aires, con su preponderancia del capital y sus habitantes extranjeros, fue defendida por las fuerzas de desembarco de los buques de diversas nacionalidades es-tacionados en el puerto.

3. — En una de las cartas que se cruzaron con motivo de la polémica levantada alrededor del Acuerdo de San Nicolás, en 1858, Vicente F. López se refería a "la triste situación en que se hallaban, al tiempo de la caída de Rosas, la industria, la producción y el comercio de las provincias del interior... Cada una de las provincias argentinas tenía entonces una aduana independiente. Cada una de ellas hacía tarifas y promulgaba impuestos y fiscalizaciones de todo género sobre productos nacionales y extranjeros que transitaban por su territorio... La República no tenía más aduana exterior que la de Buenos Aires, donde los efectos de introducción pagaban altísimos derechos, y todos esos efectos que habían sido ya impuestos, iban pagando derechos nuevos que variaban del 15 al 40 por ciento, en cada una de las provincias por donde transitaban... Agréguese que este sistema de ventas, basado así sobre la explotación, se había convertido... en un monopolio que, a la vez que profundizaba el mal, corrompía todas las relaciones mercantiles. Y no era esto todo, sino que los efectos de la producción interior y nacional eran mil veces más maltratados que los otros"¹¹.

Por eso, una vez derrotado el dictador porteño, su vencedor en Caseros tenía grandes proyectos para transformar y poner el país en el camino del progreso. Fue así como, cuando el representante inglés Roberto Gore, lo visitó en Palermo —donde Urquiza había establecido su cuartel general— a los pocos días de aquel acontecimiento, se lo comunicó con entusiasmo: "Urquiza llevó aparte a Gore —escribe H. S. Ferns— y le expuso un resumen de sus futuros planes tendientes a desarrollar los recursos de este país, magníficamente rico: la apertura de los ríos a todas las naciones, a fin de que

⁹ Juan B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. VII, p. 439.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Ramón J. Cárcano, *De Caseros al Ocho de Septiembre*, cit., p. 263.

los barcos puedan libremente remontar los ríos y cargar y descargar las mercaderías, sin tocar con anterioridad en Buenos Aires. La exposición de los planes políticos de Urquiza podían considerarse una simple repetición de las trilladas promesas y esperanzas formuladas en dimensiones más amplias por Rivadavia, un cuarto de siglo antes. Pero tal estimación sería incorrecta. Rivadavia era el vocero de los planes y las esperanzas de las clases mercantiles y profesionales urbanas de Buenos Aires, las cuales, según lo había demostrado la experiencia, no eran los elementos más fuertes en la comunidad argentina. *Ahora, quien expresaba el deseo del desarrollo económico era uno de los más grandes estancieros y caudillos de la Argentina, y el miembro más poderoso de la clase más poderosa de la Nación Argentina.* El hecho de que ahora ningún interés importante de la comunidad se opusiera al libre tráfico, a las inversiones de capital y a la importación de mano de obra, era la nueva e históricamente importante consecuencia de la caída de Rosas¹².

¿Quién era el caudillo de Entre Ríos Justo José de Urquiza? Nacido en esa provincia del litoral, de padres que allí se habían trasladado desde Buenos Aires, ciudad a la que luego retornaron y donde habían de morir, había seguido estudios primarios en esta capital, regresando después a su provincia donde se dedicó al comercio y fue diputado a la legislatura provincial, representando a la corriente federal. Establecido como estanciero, participó en un movimiento contra el centralismo porteño, por lo que pudo ser calificado por Estanislao López como "unitario declarado enemigo y perseguidor de todo federal"¹³. Pero, en la realidad de los hechos, siempre fue federal y defensor de los intereses de su provincia.

Su fortuna como estanciero comenzó a fundarla tempranamente. "Cuando el general inició sus actividades públicas en Entre Ríos, en 1820, nada valían los campos y las haciendas... Fue comprando campos y animales a precios de época, es decir, menos que regalados. Hombre de empresa, de carácter férreo, disciplinado, con ideas nuevas y la cabeza llena de proyectos, fue ensanchando sus dominios y estableciendo estancias bajo un régimen racional y moderno, desconocido en ese entonces, que lo destacaba de todos los demás. Así alabó sus campos, refinó sus ganados y creó saladeros, transformando la selva agreste y terrible en verdaderos emporios de riquezas, ya que no se contentó con matar al animal y aprovechar sólo la carne (como era costumbre establecida), sino que industrializó al animal, sacando todas las ventajas que eso significaba. Fue el primero en Entre Ríos que adelantó en forma extraordinaria la ganadería y el campo, hasta entonces virgen e improductivo... Y extrajo

¹² H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina...*, cit., ps. 292 y 293.

¹³ Beatriz Bosh, *Urquiza y su tiempo*, Bs. As., 1971, p. 37.

las fantásticas utilidades que luego repartiría a manos llenas por todo el ámbito de la República"¹⁴.

Urquiza poseía estancias en Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y la República Oriental del Uruguay. Para industrializar la carne que producían creó un gran saladero. "El 23 de mayo de 1847 funda el general su saladero al que da el nombre de pila de su madre, doña Cándida García, que fue considerado hasta su muerte, como el más importante establecimiento del mundo en su género... Su dinero y su influencia se puso al servicio del progreso en todas las manifestaciones sociales, realizando una obra de tal magnitud que, cuando se conozca en su total realización, ha de causar sensación y respeto, lo que este hombre hizo y produjo en su fecunda vida"¹⁵. "Fue extraordinario el volumen que tomaron sus negocios —expresa otro investigador— así como el monto de su fortuna que los respaldaba... calculaba, en 1859, en cinco a seis millones"¹⁶. En Santa Cándida se llegaba a faenar cerca de 2.000 animales por mes.

Fundó el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay y otro de niñas en Paraná. A aquel lo transformó en uno de los centros de cultura del Río de la Plata. "La instrucción y la educación que se daba en el Colegio del Uruguay, en su época, lo utilizaron jóvenes de todas las provincias incluso de Buenos Aires; algunos de la República Oriental y del Paraguay"¹⁷. También estableció colonias, como la de San José, en Entre Ríos, la que financió de su propio peculio.

En medio del campo, cerca de Concepción del Uruguay, levantó una residencia palaciega, que adornó con todo lujo, superando en magnificencia a la que en Mercedes (Uruguay) había edificado el Barón de Mauá. "La suntuosidad del edificio, sus comodidades, las manifestaciones artísticas que él encierra, escultura, pintura, entre otras; sus parques y jardines, porcelanas, moblaje y platería, son otras tantas manifestaciones que hoy sirven para conocer el auténtico espíritu superior del hombre, reflejado en su vida privada, muy en contraposición a la creencia popular sobre su mediocridad. De aquí la importancia que reviste el conocimiento de San José, puesto que de él surge un aspecto de la verdadera personalidad de Urquiza"¹⁸. Digamos que en esa residencia de San José, que había sido decorada con frescos de las batallas de Urquiza en Vences, India Muerta, Caseros, por el famoso pintor uruguayo Blanes, tenía aquél los bus-

¹⁴ Antonio P. Castro, *Nueva historia de Urquiza* (Industrial, comerciante, ganadero), Bs. As., 1942, ps. 11 y 12.

¹⁵ *Ibidem*, ps. 16 y 17.

¹⁶ Manuel E. Macchi, *Urquiza, el saladerista*, Bs. As., 1971, p. 251.

¹⁷ Martín Ruiz Moreno, *El general Urquiza en la Instrucción Pública*, Bs. As., s/d., p. 38.

¹⁸ Manuel E. Macchi, *Urquiza, última etapa*, Santa Fe, 1955, p. 59.

tos de mármol de Alejandro, César, Hernán Cortés y Napoleón¹⁹. Y agrega uno de esos investigadores: "En el pensamiento del hombre deben haber desfilado las ideas sobre las grandes posibilidades económicas que se abrirían a su provincia y a sus hombres de em. presa con la liberación de las trabas que imponía Buenos Aires al comercio exterior"²⁰.

Pero, esas posibilidades se abrían no sólo para Entre Ríos, sino para todo el país, como vimos en las manifestaciones de Urquiza al representante británico Gore, después de Caseros. Y él trató de impulsarlas. "En el transcurso de cuarenta años se convierte en propiciador de cuanto empeño útil se le presenta... Fue el principal accionista del primer ferrocarril de Entre Ríos y del proyectado en su gestión presidencial de Rosario a Córdoba... Auspicia la fabricación de azúcar de remolacha, primera tentativa que se sucede en tal sentido; en 1859 incorpora equipos modernos, importados de Inglaterra, para el ingenio de azúcar de caña que tenía en Tucumán, en sociedad con Baltasar Aguirre; suscribe acciones para la construcción del primer dique de embalse de río que se realiza en nuestro país, en el Potrero de los Funes, en San Luis, instala una fábrica de paños en Concepción del Uruguay, en sociedad con José Ubach; participa en sociedades para la explotación de minas, para el aprovechamiento del gusano de seda, importación de animales de raza, explotación de la palma, etc.... Para el cumplimiento de tan vasto plan de realizaciones se necesitaba una gran fortuna. Urquiza la poseyó, invirtiéndola íntegramente en todas aquellas empresas"²¹. "Al proyectarse el ferrocarril de Rosario a Córdoba, Urquiza encabezó la lista de accionistas argentinos, suscribiéndose con cien mil pesos fuertes, suma por demás respetable para aquella época"²².

Nosotros dijimos en nuestro tomo I que la única forma de desarrollar el país con capital nacional, una vez agotadas las reservas metálicas existentes en la época colonial (que pensaba utilizar Mariano Moreno), era por la acumulación de las rentas del comercio exterior, o los beneficios que podían reunir los grandes estancieros. Las rentas derivadas del comercio exterior, se las apropiaban los comerciantes extranjeros. Y en cuanto a la capitalización derivada de la industria ganadera, hemos visto, y lo veremos más, más adelante, que los estancieros porteños, los únicos que en general, podían hacerlo, no estaban interesados en invertir sus ganancias en el desarrollo del país. Grandes estancieros como Rosas y Facundo Quiroga no

¹⁹ Martiniano Leguizamón, *Rasgos de la vida de Urquiza*, Bs. As., 1920, p. 202.

²⁰ Manuel E. Macchi, *Urquiza, el saladerista*, cit., p. 7.

²¹ Manuel E. Macchi, *Urquiza, última etapa*, cit., ps. 11 y 12.

²² "Urquiza propulsor de los ferrocarriles del país", Bs. As., 1945, p. 18.

lograron hacerlo, aunque el primero lo comenzó en la etapa saladeril, y debió abandonarlo, luego, para encarar la formación de la Confederación Argentina. Y en cuanto al segundo, dilapidó su fortuna en el juego y otras actividades, aunque también trató de fomentar la explotación minera.

Urquiza fue el primer gran estanciero que trató de utilizar su fortuna para impulsar la evolución de la República. Por eso dice bien Luis Alberto de Herrera cuando escribió a uno de los descendientes del caudillo entrerriano: "Discrepo con el antagonismo que Ud. establece entre los generales Rosas y Urquiza. Me permite pensar que es este un antiguo mal entendido que ya llega hora de disipar. La acción constructiva del uno es la prolongación, es la coronación de la acción constructiva del otro. Los veinte años de dominación fuerte de Rosas prepararon el advenimiento de un régimen organizador que encarnó Urquiza, salido de la entraña federal. Aunque la novela unitaria diga lo contrario, lo cierto es que la solución sabía la dio el federalismo. Urquiza es su representante genuino, su fiel encarnación en un momento nuevo. Suscribe documentos contra la situación que acaba de derribar, pero en seguida se apoya en ella, que lo engendró y donde militan sus afectos hondos, sus memorias gloriosas y todos sus compañeros"²³.

¿Cómo era Urquiza? "En ese entonces —escribe Vicente G. Quesada que lo conoció bien en Paraná— era reservado y taciturno. Se encontraba en presencia de extraños y curiosos, fuera de su teatro, de su medio, de sus hombres. Se había hecho precavido, puesto que sabía que estaba rodeado de enemigos y de émulos que espiaban sus movimientos y guardaban para comentarlas sus palabras. Revelaba a pesar suyo preocupaciones profundas... Era de estatura regular, fuerte y vigoroso de músculos. Tenía anchas las espaldas y levantado el pecho: su aspecto revelaba fuerza física, valor, audacia. Vestía entonces siempre de frac, unas veces azul con botones de metal amarillo, chaleco blanco y pantalón claro; otras todo negro. Calzaba botas de charol, y el pie era pequeño, como la mano. En su mirada penetrante había algo fascinador, su cara era imponente. Cuando estaba en calma y sereno, podía adivinarse que tenía un alma susceptible de firmezas y borrascas. Tenía poco pelo, y cuidadosamente ocultaba la calvicie con el peinado. Era pulcro en su aspecto. Aparecía empero autoritario, no era muy afectuoso"²⁴.

Thomas J. Page, contrariamente al delegado de Baring Brothers, dice: "Urquiza es una persona gruesa, bien plantada, de mediana estatura, penetrantes y bellos ojos, y semblante franco. Sus maneras

²³ Coronel Alfredo F. de Urquiza, *Campañas de Urquiza* (Rectificaciones y ratificaciones históricas), Bs. As., 1924, p. 324.

²⁴ Víctor Gálvez, (Vicente G. Quesada), *Memorias de un joven* (citado en B. Bosh, "Urquiza y su tiempo", cit., p. 249).

dignas y altamente corteses me impresionaron inmediatamente en forma favorable. El que fuera «sin educación» y «un simple gaucha», como muchos me dijeron, lo encontré de una inteligencia natural, e intrépida capacidad que lo habilitan para administrar con suficiente responsabilidad los deberes que el pueblo de la Confederación le impusiera»²⁵.

Julio Victorica, a quien Urquiza encargó varias misiones, incluso una en el Paraguay, escribió a su respecto: "El general, así como oía todas las opiniones, no era pródigo en emitir las suyas, y, cuando adoptaba una resolución, guardaba profundo silencio sobre las razones que lo habían guiado". Y reproduce una opinión de Alberdi sobre Urquiza: "Después del general Bolívar, que representa sumariamente la revolución que trajo a la América del Sur a la comunidad de los pueblos libres y civilizados, ningún hombre público ha producido esa parte del nuevo mundo más acreedor a las simpatías de América y de Europa, que el general Urquiza, pues ninguno representa hechos más grandes y benéficos que él"²⁶.

En cambio, Vicente F. López, hijo del gobernador que Urquiza había designado después de Caseros para la provincia de Buenos Aires, y que, como ministro de éste, defendió frente a Mitre el Acuerdo de San Nicolás, dijo de él: "Hombre liviano, ligero, insustancial, grande hablador, vano, ignorante, lleno de vacilaciones y de volubilidad, no tenía para compensar estos defectos, más que un corazón nobilísimo en cuanto a las intenciones políticas. Pero, escaso de inteligencia y pueril para empeñar arbitrios mequinos, en una marcha en que se necesitaban los grandes y rectos recortes de la política, él hacía un día lo que otro día le parecía malo, al ver los resultados; ofendía a los individuos con interrupciones brutales de pasión y de enojo, hablada de todos y con todos, llamaba ladrón a uno a quien después llamaba amigo, y viceversa, sin llegar a hacer la menor diferencia entre las calidades morales de los hombres. Y, para colmo de error, puesto entre los restos de los secuaces del partido de Rosas y los emigrados, usó de su fuerza para entregar la administración a éstos, eludiendo a los otros, y mandando en compensación contra el sentimiento público de todos, llevar las mismas divisas de Rosas, produciendo un encono sin ejemplo por esto sólo"²⁷.

"Los errores de Urquiza —comenta Mariano A. Pelliza— fueron los errores de la época, y debemos admirarnos, no de que se equivocara en algunas ocasiones, sino de que acertara tantas veces y tan bien en los altos problemas de la organización; de que tuviera tanto

²⁵ Thomas J. Page, *La Confederación Argentina*, Paraná, 1954, ps. 21 y 43.

²⁶ Julio Victorica, *Urquiza y Mitre*, cit., ps. 63/64 y 333.

²⁷ Ricardo Piccirilli, *Los López* (Una dinastía intelectual), Bs. As., 1972, p. 91.

patriotismo para sobreponerse a sus pasiones personales y violentas de caudillo victorioso"²⁸.

Los "rosistas" lo consideran "traidor", aunque Urquiza ayudara a Rosas desterrado, en lo que pudo, teniendo en cuenta la "firmeza", según dijo, con que había defendido las posiciones argentinas. El peso que alcanzara en su época es fácilmente apreciable visitando su residencia de San José, y comprendiendo que él debió ser mucho para haber hecho de la misma, situada en un lugar poco estratégico del país, lejos de cualquier ciudad, en medio del campo sólo poblado por vacas, un centro, sino el centro de la política argentina ("en San José estaba la capital de la Confederación", dice R. J. Cárcano), y, aún, de esta región de la América del Sur.

4. — Mientras tanto se había reunido en Santa Fe, sede de la antigua Comisión Representativa, un Congreso Constituyente que discutió y votó la Constitución —el "cuadernito", como la llamaba Rosas— que había de regir la Nación Argentina. Para ello se siguió el molde de la de los Estados Unidos y las directivas de Juan Bautista Alberdi, quien, en Valparaíso había escrito "*Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en América del Sud*". Por dicha Constitución se adoptaba el régimen federal, declarándose como capital a la ciudad de Buenos Aires. Mientras ésta estuviera separada, se federalizaba la provincia de Entre Ríos y se establecía la ciudad de Paraná como capital provisoria. Urquiza fue designado presidente y Salvador del Carril, el antiguo unitario, quien según decía, después de haber leído a Tocqueville, se había transformado en federal, vicepresidente.

La asamblea constituyente se reunió el 20 de noviembre de 1852, ocasión en que Urquiza, que se había visto obligado a abandonar Santa Fe para enfrentar la invasión de Hornos y Madariaga a Entre Ríos, según señalamos, hizo leer un discurso inaugural, al parecer redactado por Juan María Gutiérrez, en el que, entre otras cosas, dijo: "Al asumir el mando el día 28 de julio, despojé la autoridad de todas aquellas prerrogativas cuyo abuso había causado tantas desgracias... Abrí los ríos a todas las banderas, habilité sus puertos, abolí las aduanas interiores y reconocí como hecho consumado la independencia del Paraguay... La situación actual de la Provincia de Buenos Aires y la ausencia de sus representantes en nuestro seno, la perjudican sobremanera... Porque amo al pueblo de Buenos Aires, me duele la ausencia de sus representantes en este recinto. Pero su ausencia no quiere significar apartamiento para siempre, es un accidente transitorio. La geografía, la historia, los pactos vincu-

²⁸ Mariano A. Pelliza, *La organización nacional*, Bs. As., 1951, p. 222.

lan a Buenos Aires al resto de la Nación. Ni ella puede vivir sin sus hermanas, ni sus hermanas sin ella. En la bandera argentina hay espacio para más de catorce estrellas; pero no puede eliminarse una sola".

Al mismo tiempo, también la provincia de Buenos Aires se había dado una Constitución en la que decía: "Buenos Aires es un Estado con el libre ejercicio de su soberanía interior y exterior, mientras no la delegue expresamente a un gobierno federal".

La Constitución de Santa Fe fue sancionada el 1º de mayo de 1853, significando el triunfo completo de las directivas de Juan Bautista Alberdi. "Las «Bases» fueron la Biblia de los constituyentes —dice R. J. Cárcano— y la verdad revelada al país por el espíritu de Alberdi. En las provincias no se admitía otro autor ni comentario, y sus ideas eran familiares y consistentes hasta en gente ilustrada. Su autoridad fue tan popular, tan grande y dominadora, que constituyó un despotismo mental hasta nuestros días. Nada prestigioso podía hacerse sin la autoridad de Alberdi, y todo se podía con su opinión"²⁹.

III. EN LAS "BASES", EL LIBRO ARGENTINO QUE TUVO MAS INFLUENCIA PARA HACER DE LA REPUBLICA ARGENTINA LO QUE FUE, JUAN BAUTISTA ALBERDI, QUE HABIA ABANDONADO SUS IDEAS DE NACIONA-LIDAD Y DE AMERICANISMO, DECLARO QUE "EN AMERICA LO QUE NO ES EUROPEO ES BARBARO", PLANTEO LA NECESIDAD DE SUPLANTAR LA FAMILIA CRIOLLA POR OTRA EUROPEA, HACIENDO LA POBLACION PARA EL SISTEMA PROCLAMADO Y NO EL SISTEMA PARA LA POBLACION, SE DECLARO APOSTOL DEL LIBRECAMBISMO, ACONSEJANDO, ADE-MAS, EMPENAR LAS RENTAS, CONTRAER EMPRES-TITOS Y COLMAR DE INMUNIDADES Y PRIVILEGIOS AL CAPITAL EXTRANJERO, ENTREGANDOLE, ASI, LOS PUNTOS CLAVES DE NUESTRA ECONOMIA.

1. — Cuando parecía acercarse el momento en que los hechos los llamarían a entrar en acción, cuando todos los augures anunciaban que la hora de Rosas estaba por fenecer, varios representantes de la "Joven Generación Argentina" se habían hecho presentes para postularse como jefes de la etapa que se acercaba. El primero fue Esteban Echeverría, quien, en el año 1846, según vimos, con el título de "*Dogma socialista de la Asociación Mayo*", reeditó en Montevideo el antiguo Código de aquella "Joven Generación", retocado y actualizado en el deseo de renovar marchitos laureles. Y se lo remitió a Urquiza. Pero, aquellas transcripciones literales del pensamiento europeo sonaban ahora en falso, resultando anacrónicas, además, y nadie las tomó en cuenta, no obstante las ilusiones de su divulgador.

El segundo fue Domingo Faustino Sarmiento, quien, después de llamar "lucubraciones" a los escritos de Echeverría y declarar a éste "enfermo de cuerpo y de espíritu" (Echeverría, a su vez, habría de llamarlo "palabrero"), editó en Chile, el año 1850, "*Argirópolis, o la capital de los Estados confederados del Río de la Plata*", proponiendo una Confederación de las provincias argentinas con el Paraguay y el Uruguay, cuya capital debía situarse en la isla Martín García. Su



²⁹ Ramón J. Cárcano, *Del sitio de Buenos Aires al campo de Ce. peda* (1852-1859), Bs. As., 1922, p. 236.

éxito fue relativo, a pesar de haber lanzado el libro en una edición de 2.000 ejemplares, cantidad, seguramente, excepcional para su época.

El tercero había de ser Juan Bautista Alberdi —al cual Echeverría, al morir, dijo haber legado su pensamiento—, quien, ya derrocado Rosas, en mayo de 1852, publicó en Valparaíso, después de redactarla en un mes, “para alcanzar al tiempo en su carrera”, según declaró, su obra “*Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud*”, la cual lo transformaría en la figura cumbre de su generación y en el orientador principal para la futura construcción de la República.

(Hubo un cuarto: Mariano Fraguero, quien, en agosto de 1852 publicó en Copiapó (Chile), donde vivía, su obra “*Cuestiones argentinas*”. Pero esta obra no alcanzó la repercusión de la de Alberdi, no obstante que Fraguero fue el primer ministro de Hacienda de Urquiza.)

“La victoria de Monte Caseros por sí sola —escribía Alberdi— no sólo la coloca a la República Argentina en posesión de cuanto necesita. Ella viene a ponerla en el camino de su organización y progreso, bajo cuyo aspecto considerada, esa victoria es un evento tan grande como la revolución de Mayo, que destruyó el gobierno colonial español... Nos hallamos como en 1810 en la necesidad de crear un gobierno general argentino, y una constitución que sirva de regla de conducta a ese gobierno”.

Y, para “ayudar a los diputados” en su tarea, fue planteando las ideas y puntos de vista que extracto en las páginas que siguen, con toda la extensión necesaria, ya que ellas orientaron el proceso de la organización y desarrollo de la República Argentina.

“La Constitución que no es original, es mala —decía en esas “Bases”—. La originalidad constitucional es la única a que se puede aspirar sin inmodestia ni pretensión: ella no es como la originalidad en las bellas artes...”.

Y comenzaba planteando: “*Es preciso conceder la ciudadanía sin exigir el abandono absoluto de la originaria*. Pueblos desiertos, que se hallan en el caso de mendigar población, no deben exigir ese sacrificio... Una República esencialmente comercial y pastora como la Confederación Argentina... debe mucho a los nobles corazones y espíritus altamente cultivados en ciencias morales; pero más deberá en lo futuro, en materias económicas, a modelos comerciantes y a economistas prácticos, salidos del terreno de los negocios... Nuestros contratos o pactos constitucionales en la América del Sud deben ser especie de contratos mercantiles de sociedades colectivas formadas especialmente para dar pobladores a estos desiertos que bautizamos con los nombres pomposos de *Repúblicas*... Hoy debemos constituirnos, si nos es permitido este lenguaje, para tener pobla-

ción, para tener caminos de hierro, para ver navegados nuestros ríos, para ver opulentos y ricos nuestros Estados... ¡Ojalá toque a la República Argentina, iniciadora de cambios fundamentales en este continente, la fortuna de abrir la era nueva por el ejemplo de su constitución próxima!”.

Y continuaba: “La República deja de ser una verdad de hecho en la América del Sud, porque el pueblo no está preparado para regirse por este sistema, superior a su capacidad... El problema del gobierno posible en la América antes española no tiene más que una solución sensata, que consiste en *eleva nuestros pueblos a la altura de la forma de gobierno que nos ha impuesto la necesidad*... en mejorar el gobierno por la mejora de los gobernados... ¿Cómo hacer de nuestras democracias en el nombre, democracias en la realidad? ¿Cómo cambiar en hechos nuestras libertades escritas y nominales? ¿Por qué medios conseguiremos elevar la capacidad real de nuestros pueblos a la altura de sus constituciones escritas y de los principios proclamados? Por los medios que dejo indicados y que todos conocen: por la educación del pueblo, operada mediante la acción civilizante de Europa, es decir, por la inmigración, por la legislación civil, comercial y marítima sobre bases adecuadas... Pero la educación no es la instrucción... *La instrucción primaria dada al pueblo más bien fue perniciosa. ¿De qué sirvió al hombre del pueblo el saber leer?*... No pretendo que deba negarse al pueblo la *instrucción primaria*, sino que es un medio importante de mejoramiento comparado con otros, que se han desatendido... Nuestra juventud debe ser educada en la vida industrial y para ello ser instruida en las artes y ciencias auxiliares de la industria. El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser el hombre formado para vencer el grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente. A este fin debe propenderse a sacar a nuestra juventud de las ciudades mediterráneas, donde subsiste el antiguo régimen con sus hábitos de ociosidad, presunción y disipación... y atraerla a los pueblos litorales para que se inspire en Europa... Los pueblos litorales, por el hecho de serlo, son liceos más instructivos que nuestras pretensiosas Universidades... En cuanto a la mujer, artifice modesto y poderoso, que desde su rincón hace las costumbres privadas y públicas, organiza la familia, prepara al ciudadano, echa las bases del Estado, *su instrucción no debe ser brillante*”.

Y, reproduciendo párrafos enteros de sus artículos anteriores sobre la acción de Europa en América, repitió: “*Lo que llamamos América independiente no es más que Europa establecida en América; y nuestra revolución no es otra cosa que la desmembración de un poder europeo en dos mitades*... Todo en la civilización de nuestro suelo es europeo... Hoy mismo, bajo la independencia, el indl-

gena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil. *Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América.* Cráneo, sangre, color, todo es de fuera... ¿Qué llamamos buen tono, sino lo que es europeo? Cuando decimos «confortable», conveniente, «bien», «comme il faut», ¿aludimos a cosas de los araucanos? ¿Quién conoce caballero entre nosotros que haga alarde de ser indio neto? ¿Quién casaría a su hermana o a su hija con un infanzón de la Araucanía, y no mil veces con un zapatero inglés?

"En América todo lo que no es europeo es bárbaro: no hay más división que esta: 1º el indígena, es decir, el salvaje; 2º el europeo, es decir, nosotros, los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Jesucristo y no en Pillán (dios de los indígenas)... Desde el siglo XVI hasta hoy no ha cesado Europa un sólo día de ser el manantial y origen de la civilización de este continente... Los americanos de hoy somos europeos que hemos cambiado de maestros: a la iniciativa española ha sucedido la inglesa y francesa. Pero siempre es Europa la obrera de nuestra civilización... Ya América está conquistada: es europea y, por lo mismo, incontestable... El salvaje está vencido: en América no tiene dominio ni señorío. Nosotros europeos de raza y civilización, somos los dueños de América. Es tiempo de reconocer esta ley de nuestro progreso americano, y volver a llamar en socorro de nuestra cultura a esa Europa, que hemos combatido y vencido por las armas en los campos de batalla, pero que estamos lejos de vencer en los campos del pensamiento y de la industria... La Prensa de iniciación y propaganda del verdadero espíritu de progreso debe preguntar a los hombres de nuestro pueblo si se consideran de raza indígena, si se tienen por indios pampas o pehuenches de origen, si se creen descendientes de salvajes y gentiles, y no de razas extranjeras que trajeron la religión de Jesucristo y la civilización de Europa a nuestro continente... Recordemos a nuestro pueblo que la patria no es el suelo... La patria es la libertad, es el orden, la riqueza, la civilización organizados en el suelo nativo, bajo su enseñanza y en su nombre... Europa nos ha traído la noción de orden, la ciencia de la libertad, el arte de la riqueza, los principios de la civilización cristiana. Europa, pues, nos ha traído la patria. Nuestros patriotas de la primera época no son los que poseen ideas más acertadas del modo de prosperar esta América que con tanto acierto supieron substraer al poder español. Las nociones del patriotismo, al artificio de la causa puramente americana de que se valieron como medio de guerra conveniente a aquel tiempo, los dominan y poseen todavía. Así hemos visto a Bolívar hasta 1826 provocar ligas para contener a Europa, que nada pretendía, y del general San Martín aplaudir la resistencia de Rosas a reclamaciones accidentales de algunos Estados europeos...

"...Europa nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización, en las inmigraciones que nos envía. Cada europeo que viene a nuestras playas trae más civilización en sus hábitos que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía... ¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y de Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí... La planta de la civilización no se propaga de semilla. Es como la viña: prende de gajo... Si queremos ver agrandados nuestros Estados en corto tiempo, traigamos de fuera sus elementos ya formados y preparados... Haced pasar el roto, el gaucho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción: en cien años no haréis de él un obrero inglés, que trabaja, consume, vive digna y confortablemente... Firmad tratados con el extranjero... No temáis enajenar el porvenir remoto de nuestra industria a la civilización, si hay riesgo de que la arrebatan la barbarie o la tiranía interiores...

"...Es preciso traer las capitales a las costas, o bien llevar el litoral al interior del continente... El ferrocarril innova, reforma y cambia las cosas más difíciles, sin decretos y asonadas. El hará la unidad de la República Argentina mejor que todos los congresos... Negociad empréstitos en el extranjero, empeñad vuestras rentas y bienes nacionales para empresas que los harán prosperar y multiplicarse. Sería pueril esperar que las rentas ordinarias alcancen para gastos semejantes; invertid ese orden, empezad por los gastos y tendréis rentas... Proteged al mismo tiempo empresas particulares para la construcción de ferrocarriles. Colmadlas de ventajas, de privilegios, de todo el favor imaginable, sin deteneros en medios. Preferid este expediente a cualquier otro... ¿Son insuficientes nuestros capitales para esas empresas? Entregadlas entonces a capitales extranjeros. Dejad que los tesoros de fuera, como los hombres, se domicilien en nuestro suelo. Rodead de impunidad y de privilegios el tesoro extranjero, para que se naturalice entre nosotros...

"...La Aduana es la prohibición: es un impuesto que debiera borrarse de las rentas sudamericanas. Es un impuesto que gravita sobre la civilización y el progreso de estos países, cuyos elementos vienen de fuera... No temáis tampoco que la nacionalidad se comprometa por la acumulación de extranjeros, ni que desaparezca el tipo nacional. Ese temor es estrecho y preocupado... Y ante los reclamos europeos por inobservancia de los tratados que firméis, no corráis a la espada ni gritéis: ¡Conquista!... La victoria nos dará laureles; pero el laurel es una planta estéril para América. Vale más la espiga de la paz, que es de oro, no el de la lengua del poeta, sino en la lengua del economista... La Europa del momento no viene a tirar

cañonazos a esclavos. Aspira sólo a quemar carbón de piedra en los altos de los ríos, que hoy sólo corren para los peces. Abrid las puertas de par en par a la entrada majestuosa del mundo, sin discutir si es por concesión o por derecho; y para prevenir cuestiones, abridlas antes de discutir...

"...La religión debe ser hoy, como en el siglo XVI, el primer objeto de nuestras leyes fundamentales. Ella es a la complejión de los pueblos lo que es la pureza de la sangre a la salud de los individuos... Debe la Constitución asimilar a los derechos civiles del extranjero, de que tenemos vital necesidad, a los derechos civiles del nacional, sin condiciones de una reciprocidad imposible, ilusoria y absurda... Con un millón escaso de habitantes por toda población en un territorio de doscientas mil leguas, no tiene de nación la República Argentina sino el nombre y territorio. *El origen antiguo, presente y venidero de nuestra civilización y progreso reside en el exterior...* Paradoja y utopía es el propósito de realizar las concepciones audaces de Sieyès y las doctrinas puritanas de Massachusetts con nuestros peones y gauchos que apenas aventajan a los indígenas... Utopía pensar que podemos realizar la república representativa... si no alteramos o modificamos profundamente la masa o pasta de que se compone nuestro pueblo americano... *No son las leyes las que necesitamos cambiar: son los hombres, las cosas, necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella; suplantamos nuestra actual familia argentina por otra igualmente argentina, pero capaz de libertad, de riqueza y progreso...* Lo que hay es poco y malo. Conviene aumentar el número de nuestra población, y, lo que es más, cambiar su condición en sentido ventajoso para la causa del progreso. Con tres millones de indígenas, cristianos y católicos, no realizáis la república, ciertamente... *Si hemos de componer nuestra población para nuestro sistema de gobierno, si ha de sernos más posible hacer la población para el sistema proclamado que el sistema para la población, es necesario fomentar en nuestro suelo la población anglosajona...* Así, *En América gobernar es poblar...* Sin mejor población para la industria y para el gobierno libre, la mejor constitución política sería ineficaz... *La libertad es una máquina que, como el vapor, requiere para su manejo maquinistas ingleses de origen...*

"...No es el alfabeto, es el martillo, es la barreta, es el arado, lo que debe poseer el hombre del desierto, es decir, el hombre sudamericano... Nuestra política para ser expresión del régimen constitucional que nos conviene, deberá ser más atenta al régimen exterior del país que al interno... Nuestra política debe despertar el gusto por las empresas materiales favoreciendo a los más capaces de acometerlas con estímulos poderosos prodigados a mano abierta... Por no favorecer a los especuladores, hemos privado al país de be-

neficios reales... No prolongaré... los principios contenidos en todo este escrito, y presentados como las bases aproximadas en que deben apoyarse la Constitución y la política argentinas, si aspiran a darnos un progreso de que no tenemos ejemplo en la América del Sud"¹.

Una vez listo su libro, J. B. Alberdi se lo remitió al general Justo José de Urquiza, jefe de las fuerzas que habían triunfado en Caseros. En carta aparte le decía respecto a su libro: "*En él no hay nada mío sino el trabajo de expresar débilmente lo que pertenece al buen sentido general*"².

2. — Más tarde, Alberdi debía completar su obra anterior con otra: "*Sistema económico rentístico de la Confederación Argentina, según la Constitución de 1853*", donde también expuso ideas que, asimismo, se tomaron en cuenta para la organización del país. De ella extractamos lo siguiente:

"¿Cuál es la necesidad argentina de carácter público que no dependa de una necesidad económica? —escribió— El país carece de caminos, de puentes, de canales, de muelles, de escuadra, de palacios para las autoridades. ¿Por qué carece de todo esto? ¿Por qué no lo adquiere, por qué no lo posee? Porque le faltan medios para obtenerlo, es decir, capital, caudales, riqueza. ¿Por qué no se explotan en grande escala las industrias privadas? Por la misma causa. ¿Por qué duerme en sueño profundo y yace en oscuridad tan próxima a la indigencia esta tierra que produce la seda, el algodón y la cochinilla sin cultivo, que tiene vías navegables que no se harían con cientos de millones de pesos; centenares de leguas de estas mismas Cordilleras de los Andes que han dado nombre fabuloso a México, al Perú, a Copiapó? Por falta de capitales, de brazos, de población, de riqueza acumulada. Luego es menester que empiece a salir de pobre para tener hogar, instrucción, gobierno, libertad, dignidad y civilización, pues todo eso se adquiere y conserva por medio de la riqueza. Luego es económico su destino presente; y son la riqueza, los capitales, la población, el bienestar material, lo primero de que debe ocuparse por ahora y por mucho tiempo...

"...Igualando al extranjero con el nacional en el goce de los derechos civiles para ejercer todo género de industria, trabajo y profesión, la Constitución argentina da a la producción nacional un impulso poderosísimo, porque el trabajo del extranjero, más adelantado que nosotros, a la par que fecundo en productos por ser más inteligente, activo y capaz, contribuye por su ejemplo a la educación del productor nacional... La agricultura es la industria por excelencia

¹ Juan B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* ("Obras...", cit., t. III, p. 371 y ss.).

² *Ibidem*, p. 10.

para la República Argentina de la época presente, por la actitud prodigiosa de sus tierras para la producción agrícola en todos los ramos mencionados...

"...La ley que da al Estado el poder exclusivo o no exclusivo de fundar casas de seguros marítimos o terrestres, de negociar compras y ventas de especies metálicas, en descuentos, depósitos, cambios de plaza a plaza, de explotar empresas de vapor terrestres o marítimas, convierte al gobierno del Estado en comerciante... *Tal sistema desnaturaliza y falsea por sus bases el del gobierno de la Constitución mencionada* y el de la ciencia, pues lo saca de su destino primordial, que se reduce a dar leyes, a interpretarlas y a ejecutarlas. *Para esto ha sido creado el gobierno del Estado, no para explotar industrias con la mira de obtener lucro*, que es el fin de todas las actividades industriales. *La idea de una industria pública es absurda y falsa en su base económica...* En Buenos Aires, el banquero del gobierno es el Gobierno de la Provincia; hace todas las funciones de un comerciante, y además hace la moneda que sirve de instrumento obligatorio a los cambios. Ese Banco es un barreno perpetuo abierto a sus libertades públicas...

"...La Constitución federal argentina es la primera en Sud América que, habiendo comprendido el rol económico de ese agente de prosperidad en la civilización de estos países, *ha consagrado principios dirigidos a proteger directamente el ingreso y establecimiento de capitales extranjeros...* Se ve que la Constitución considera como cosas conducentes a la prosperidad del país la industria, la inmigración, los ferrocarriles y canales, la colonización de las tierras nacionales. Y como todas estas cosas conducentes a la prosperidad no son más que transformaciones del capital, la Constitución cuida de colocar a la cabeza de esas cosas y al frente de los medios de promoverlas, *la importación de capitales extranjeros* [subrayado en el original]. Ella señala como medio de provocar esta importación de capitales, la sanción de leyes protectoras de este fin y las concesiones de privilegios y recompensas de estímulo...

"...Ninguna ley de aduana... puede hacer de la aduana un medio de protección, ni mucho menos de exclusión y prohibición, sin alterar y contrariar el temor expreso de la Constitución. Cifiendo la aduana a una mera contribución, la Constitución ha querido ponerla en armonía con la libertad de comercio, consagrada por sus arts. 14 y 20, de la cual son enemigos ruinosos todos los impuestos aduaneros, que tienen por objeto prohibir la introducción o extracción de ciertos productos, *con miras de protección de la industria nacional*, o a determinadas producciones... El impuesto aduanero, mal inevitable por estar admitido por todas las naciones, es doblemente desventajoso para todo el país que *debe formarse con elementos venidos de afuera*, en cuyo caso se le puede mirar como un impuesto que

gravita sobre la civilización. Tal es el papel del impuesto aduanero en la des poblada República Argentina y en general en toda la América del Sur. Por lo mismo es necesario debilitar su influjo, ya que no es posible suprimirlo totalmente... *La aduana proteccionista es opuesta al progreso de la población*, porque hace vivir mal, comer mal, beber mal vino, vestir ropa mal hecha, usar muebles grotescos, todo en obsequio de la industria local, que permanece siempre atrasada por lo mismo que cuenta con el apoyo de un monopolio que la dispensa de mortificarse en mejorar sus productos. ¿Qué inmigrado será tan estoico para venir a establecerse en país extranjero en que es preciso llevar vida de perros, con la esperanza de que sus bisnietos tengan la gloria de vivir brillantemente sin depender de la industria extranjera? *Independencia insocial y estúpida de que sólo puede ser capaz el salvaje... ¿Qué nos importa a nosotros que la bota que calzamos se fabrique en Buenos Aires o en Londres?*

"El pueblo que ha de realizar hasta su última consecuencia el régimen que la Confederación acaba de darse, está por existir, no es el presente; y justamente es sabia la Constitución moderna por haberse combinado para formar la futura República Argentina. Darle la insignia, el tipo nacional, el nombre argentino, será el medio de salvar la posteridad de la Patria de los peligros que ofrece a los nuevos Estados de Sud América el progreso invasor y absorbente de razas viriles y emprendedoras de origen septentrional... El tiempo, colaborador inevitable para la formación del álamo, del buey, del hombre y de todas las cosas, lo es igualmente para formar la ley, y con doble razón para formar ese ser colectivo de vida perdurable en la tierra que se llama Nación"³.



³ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. IV, p. 143 y ss.

IV. LAS IDEAS DE JUAN BAUTISTA ALBERDI, QUE FUERON RECIBIDAS CON ALBOROZO POR LOS ANTIGUOS MIEMBROS DE LA "JOVEN GENERACION ARGENTINA", DE 1838, TERMINARON, AL PARECER, POR CONQUISTAR AL PROPIO GENERAL UROQUIZA, QUIEN CUANDO QUISO ORGANIZAR LA REPUBLICA, SE LEVANTO BUENOS AIRES, PARA DISPUTARLE LA TAREA, DISPUTA QUE LLEVO A LA SEPARACION DE LA PROVINCIA DE LA CONFEDERACION PARA CONSTITUIR UN ESTADO INDEPENDIENTE, EN CUYO SEÑO BARTOLOME MITRE SE FUE ABIRIENDO CAMINO HASTA QUEDAR EN PRIMER TERMINO. ¿QUIEN ERA MITRE?

1. — Las publicaciones de Alberdi fueron recibidas con aplauso general. De las "Bases" pronto hubo que hacer una segunda edición. Eran la síntesis de las ideas y puntos de vista de la "Joven Generación Argentina", de 1838, tal como ahora las entendían sus propios dirigentes, las que quedaban condensadas en un cuerpo de doctrina como hasta entonces no había existido en el país. El mismo Alberdi parecía considerarlo así cuando, cerrando su "Sistema económico y rentístico", expresaba:

"La República Argentina ha vivido cuarenta años en las discordias de la prensa periódica en que se han agotado talentos infinitos, sin dejar al pueblo la doctrina limpia, tranquila, clara, como la ciencia de sus intereses y doctrinas. El país de los publicistas, de los oradores, de los escritores ruidosos, en Sud América, no ha tenido un solo libro en que su juventud pudiera aprender los elementos del derecho público argentino, los principios y doctrinas, en vista de los cuales debía organizarse el gobierno político de la República toda. Ni los unitarios, ni los federales habían formulado la doctrina respectiva de su creencia política en un cuerpo regular de ciencia. Pedid las obras de Varela, de Rivadavia, de Indarte, de Alsina, y os darán periódicos y discursos sueltos, alguna compilación de documentos, una que otra traducción anotada; pero ni un solo libro

que encierre la doctrina más o menos completa del gobierno que conviene a la república. No pretendo que no haya habido hombres capaces de formarlos, sino que tales libros no existían. Un tercer partido, representado por hombres jóvenes, inició trabajos de este orden en 1838, en los cuales están tal vez los elementos principales de la organización que ha prevalecido por fin para toda la Nación en 1853"¹.

Por algo Alberdi, en alguna oportunidad, se referiría a "la bandera que enarbolamos los jóvenes de 1837 en Buenos Aires: bandera que considero única nacional, patriota, por ahora y hasta veinte años más, pues no hemos dado un paso adelante desde ese día"².

Quien manifestó mayor entusiasmo ante las publicaciones de Alberdi fue Domingo Faustino Sarmiento, "Su Constitución es un monumento —escribió a aquél—. Es la realización de las ideas de que me he constituido apóstol... Usted es el legislador del buen sentido bajo las formas de la ciencia. Usted y yo, pues, quedamos inexorablemente ligados, no para los mezuquinos hechos que tienen lugar en la República Argentina, sino para la grande campaña sudamericana que iniciaremos o, más bien, terminaremos dentro de poco... Su Constitución es nuestra bandera, nuestro símbolo. Así lo toma hoy la República Argentina... Sentiría por su gloria que su persona se pusiese en oposición a su libro... Su libro, pues, va a ser el Decálogo Argentino... la bandera de todos los hombres de corazón... Por la inmensa notoriedad que le dará a usted y por el talento y principios que revela, temo que el general Urquiza no se lo perdone a usted. A mí tiene en cuenta "Argirópolis", del cual jamás me habló, ni para decirme lo he visto... Usted ha hecho peor: ha dictado una constitución y dejado frustradas las pretensiones candorosas a la originalidad y absorción de toda iniciativa"³. Esta carta estaba fechada en Yungay (Chile), el 16 de setiembre de 1852.

Y todavía, días más tarde, había de volver a escribirle sobre "su obra que, en general, acaso en detalle, hallo perfecta y digna de obrar una revolución en América... Yo he escrito a San Juan, a Río de Janeiro, a Buenos Aires, a Copiapó, poniendo su trabajo de usted como *El Código de nuestras ideas*"⁴. Y, en efecto, a Mitre en Buenos Aires, le había comunicado, con fecha 9 de julio de 1852: "Ya le habrá llegado a usted la preciosa obra de Alberdi sobre la Constitución Argentina. Tendrá este libro el mérito histórico de ser la única manifestación espontánea del pensamiento de nuestros inteligentes estadistas; pero mayor es, a mi juicio, el mérito intrínseco de ella. Alberdi ha puesto la zapa en todo el sistema colonial, aldeano, igno-

1 J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. IV.

2 J. P. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, cit., p. 388.

3 J. B. Alberdi, *Cartas quillotanas*, Bs. As., s/d., p. 121.

4 *Ibíd.*, p. 122.



rante, godo y rudo de las constituciones sudamericanas, que hacen arrastrarse en el fango a esta parte de América hace medio siglo. Yo adhiero al pensamiento formulado por Alberdi, y que, como el mismo se complace en reconocerlo, es sólo el resumen de doctrinas de lo que podemos llamar "escuela de Chile"; pues este pensamiento ha tomado entre los pensadores argentinos establecidos aquí, el carácter de "piedra angular" del edificio de nuestras constituciones". Y le recalaba: "*Sostenga las ideas de Alberdi que son las de todo americano que tenga ojos*"; que son las que triunfarán en despecho de cuanta necedad en contrario hagan, y las únicas que nos han de hacer nación rica"⁵.

Por su parte, en un principio, el general Justo José de Urquiza —vencedor de Rosas en Caseros con el apoyo del Brasil y la colaboración de muchos prohombres unitarios, así como de los miembros de la antigua "Joven Generación", de 1838— a quien Juan Bautista Alberdi había remitido sus "Bases", como dijimos, aspiró a constituir y, luego, desarrollar el país dentro de un terreno parecido al que ya había puesto en práctica para llevar a la provincia de Entre Ríos, que gobernaba, al grado de importancia que demostró al enfrentar a la de Buenos Aires. Urquiza aparecía como representante de los intereses ganaderos de su provincia, que trataban de superar, se, así como de las oligarquías del Interior.

Cuando se vio dueño del poder, Urquiza nacionalizó la Aduana de Buenos Aires, y recibió los poderes especiales necesarios para iniciar los trabajos de organización del país que se proponía. Y, no obstante su hondo sentido nacional, decía hacer suyas las ideas de Alberdi. "Su bien pensado libro —le contestó Urquiza al recibir las "Bases"— es, a mi juicio, un medio de cooperación importantísimo... Usted hallará siempre en mí un apreciador de sus talentos y de su patriotismo"⁶.

"Apenas anunciado del triunfo de Caseros —escribe una apología de Urquiza—, el escritor tucumano redactó «Bases»... y las remitió al vencedor al 30 de mayo de 1852, el que supo apreciar la oportunidad del obsequio al punto de aceptar como guía en su acción próxima al grupo de ideas vertebrales del libro... Alberdi fue el teórico del gobierno de la Confederación"⁷. Por eso pudo escribir con razón Lucio V. Mansilla respecto a Alberdi: "Como el espíritu del Creador sobre las aguas, su doctrina flotaba por toda la redondez de las trece provincias"⁸.

Y, cuando Urquiza se disponía a actuar, la "aristocracia mercan-

til" (como la denominó Juan Manuel de Rosas) portecía, recuperada en sus posibilidades y apoyada, momentáneamente, por los intereses ganaderos de Buenos Aires, le salió al paso, pues no podía admitir que nadie sino ella controlara las rentas de la Aduana, negociara con los intereses extranjeros y organizara el país.

Así fue como se hizo el movimiento del 11 de setiembre de 1852, teniendo por cabecilla al viejo rivadaviano Valentín Alsina —habiendo sido asesinado algunos años antes, en Montevideo, Florencio Varela, "el primer escritor de Buenos Aires", según Alberdi, y, de acuerdo con el juicio de Sarmiento, "el espíritu más cultivado de su época en América", a quien indiscutiblemente le hubiera correspondido el liderazgo— acompañado por Bartolomé Mitre, Carlos Tejedor, por los cordobeses José M. Paz y Dalmacio Vélez Sársfield, así como por algunos antiguos rosistas, como Lorenzo Torres, movimiento que había de llevar al aislamiento momentáneo de Buenos Aires, en circunstancias en que Bartolomé Mitre se fue imponiendo hasta quedar al frente.

2. — ¿Quién era Bartolomé Mitre? Portecía, hijo de un funcionario público de menor importancia, había pasado su primera juventud en el lejano Fuerte de Carmen de Patagones, sobre el Río Negro, y, luego, en la campaña de la provincia de Buenos Aires. Más tarde, fue a Montevideo, de donde era originario su padre, estudiando en la Academia Militar establecida en el Fuerte de esta ciudad, en los años 1836 y 1837. A pesar de su poca edad —era diez años menor que todos ellos— se vinculó con el grupo de la "Joven Generación", y colaboró con sus poetas en "El Iniciador". Posteriormente intervino en la campaña contra los ejércitos rosistas al lado del "pardeón" Rivera, participando como alférez en Cagancha.

Su iniciación en la actividad literaria tuvo lugar con motivo de un artículo de Juan B. Alberdi, hecho conocer por "El Nacional", de Montevideo, a poco de desterrado éste voluntariamente a esa ciudad. El artículo se titulaba "Las tres banderas", y en él se exaltaba la unión con Francia para la lucha contra Rosas. Parece que este escrito provocó tal entusiasmo en el joven Mitre que, sin conocer personalmente a Alberdi, le dedicó una poesía que apareció también en "El Nacional". Esta producción se titulaba "Las cuatro épocas y las tres banderas" (Bartolomé Mitre a Juan Bautista Alberdi)^{8 bis}.

En esta forma, también como admirador de Alberdi ingresó el joven poeta Bartolomé Mitre a la vida literaria de la proscripción.

A la par que militar y poeta, Mitre manifestaba interés por la historia, y se transformó en el niño mimado de la "Joven Generación". Desde Buenos Aires, Juan María Gutiérrez escribía a Alberdi, en Montevideo, con fecha 28 de diciembre de 1838: "Hágale unos ca-

^{8 bis} Juan B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, ps. 457 y 458.

⁵ Museo Mitre, "Correspondencia Sarmiento-Mitre (1846-1868)", Bs. As., 1911, ps. 21 y 22.

⁶ J. B. Alberdi, *Bases...*, cit., p. 11.

⁷ Beatriz Bosh, *Presencia de Urquiza*, Bs. As., 1953, ps. 55 y 56.

⁸ Lucio V. Mansilla, *Retratos y recuerdos*, Bs. As., 1927, p. 155.

riños a Mitre: adelanta mucho y mezcla bien los sentimientos íntimos a la idea de la Patria"⁹.

Establecido el sitio de Montevideo por el ejército de Oribe, fue ayudante del general Paz y colaboró activamente en la defensa de la Nueva Troya. De esta actuación dejó un extenso diario, hecho conocer en 1944 por Ricardo Levene. También llevaba otro diario íntimo en el que anotaba sus impresiones y sus lecturas, del que extractamos estos conceptos: "Me siento con grandes aspiraciones y tengo pretensiones de creer que existe en mí el germen de alguna cosa. ¡Dios quiera que no me engañe!... Me sobra facilidad para expresarme en verso, pero encuentro dificultad para hacerlo en una prosa que me llene, porque me falta estilo propio". Además, también escribía: "¡Qué haremos nosotros, pobres americanos, descendientes de españoles, en ciudades tan pobres que encierran en su aspecto y espectáculos muy pocas cosas que puedan elevar el espíritu!". Agregando: "Mis apuntes tenderán con preferencia a la historia de estos países, y muy especialmente de su inmortel revolución. Hace tiempo que me ocupo de este trabajo"¹⁰.

En esa época de su juventud, Bartolomé Mitre era un gran admirador de Mariano Moreno, de quien decía que "bebió en la historia el entusiasmo de los grandes hechos", calificándolo de "apóstol político de la Revolución", y pensó escribir un libro sobre su vida, así como luego lo hizo sobre la de otros próceres, dejando al respecto, unos "borradores de apuntes para inutilizar". Asimismo aspiró a escribir una vida de Artigas, legándonos un manuscrito con conceptos más bien laudatorios sobre él, que contrastan con sus juicios posteriores.

Vinculado estrechamente a Andrés Lamas, con quien compartía sus inquietudes históricas, escribió entonces sobre temas militares en el periódico "Nueva Era", editado por aquél, en cuyo número inicial publicó un interesante artículo sobre "La montonera y la guerra regular". En él, después de diversas consideraciones, sostenía: "Ha sido necesaria la experiencia de seis años de revolución y el sitio de Montevideo, para demostrar el poder incontestable de la guerra regular, y la impotencia absoluta de la montonera... Opongamos la fuerza bruta a la fuerza de la montonera"¹¹.

Esteban Echeverría, en su "Ojeada retrospectiva", dijo de él: "El señor Mitre, artillero científico, soldado en Cagancha y en el sitio de Montevideo, ha adquirido, aunque muy joven, títulos bastantes como prosador y poeta. Su musa se distingue de las contemporáneas

⁹ *Ibidem*, t. XIII, p. 19.

¹⁰ Institución Mitre, "Diario de la juventud de Mitre (1843-46)", Bs. As., 1936, ps. 13 a 16.

¹¹ Ricardo Levene, *Mitre y los estudios históricos en la Argentina*, Bs. As., 1944, p. 253.

por la franqueza varonil de sus movimientos, y por cierto temple de voz marcial, que nos recuerda la entonación robusta de Calímaco y de Tirteo. Se ocupa actualmente de trabajos históricos que le granjearán, sin duda, nuevos laureles"¹².

Con motivo de la revolución riverista del 1º de abril de 1846, Bartolomé Mitre, así como todos los otros integrantes de la Legión Argentina, debió abandonar Montevideo, donde dejó su familia, emprendiendo viaje para unirse a las fuerzas que preparaba el general José M. Paz, en Corrientes. Pero, la anulación de éste, lo obligó a dirigirse a Río de Janeiro.

Pasó luego al Pacífico y llegó a Bolivia, en 1847, donde se encontró con Benjamín Villafañe, Wenceslao Paunero, Domingo de Oro y otros. También aquí los desterrados argentinos desarrollaban una intensa labor intelectual en un medio que no les resultaba muy apto, no obstante que cuarenta años antes había sido el que atraía a los estudiosos del Río de la Plata. "Esta sociedad es lo más pobre que puede imaginarse quien haya sido partícipe de los círculos porteños y montevideanos, escribía Félix Frías, desde Sucre (Chuquisaca) a Juan M. Gutiérrez residente en Valparaíso, el 1º de mayo de 1842^{12 bis}. Sin embargo, la actuación de aquéllos en ese ambiente, tuvo la virtud de darle también cierto impulso. Mitre se destacó entre ellos por su contribución intelectual. Fue redactor de "La Epoca", de Sucre, y "desarrolló una importante labor periodística y literaria". Protegido por el presidente de Bolivia, general José Ballivián, allí escribió una novela, "Soledad", la primera aparecida en el país "cada sobre «Indianas», de Jorge Sand"¹³. La contribución de los emigrados argentinos, entre los cuales se cuenta Mitre, a la cultura boliviana ha sido valiosa, escribió un autor del altiplano, refiriéndose a ella¹⁴.

Pero haber participado también en actividades políticas, Mitre tuvo que dejar el país y partió para Chile, donde Juan Bautista Alberdi le había ofrecido un puesto de redactor en "El Comercio", de Valparaíso, que regentaba. Contestando a este ofrecimiento, Mitre había escrito a Alberdi: "He recibido su apreciable carta... que me mirado como una prueba de la fiel amistad que viene a buscarme en medio de la desgracia... Sólo desearía que en el próximo vapor me anticipase las bases positivas bajo las cuales podría entrar en la redacción del Comercio. Entre tanto, me hago un grato deber en decirle que desearía en el alma que esto se realizase, pues *asi estre-*

¹² E. Echeverría, *Obras...*, cit., p. 185.

^{12 bis} A. A. Tonda, *Don Félix Frías*, cit., p. 60.

¹³ Fernando Márquez Miranda, *Mitre en Bolivia* (B. Mitre, "Las ruinas de Tiahuanacu", Bs. As., 1954, ps. 21 y 26).

¹⁴ Humberto Vázquez Machicado, *Bartolomé Mitre y la cultura boliviana* ("Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia",

charia más nuestra amistad nacida de la simpatía y la identidad de causas e ideas"¹⁵.

Lo que deseaba Mitre tan ardentemente se realizó y, luego, ya en Chile, en 1848, pudo participar en la vida intelectual de ese país, junto, no sólo con Alberdi, sino con Sarmiento, López, Gutiérrez, Cané, Tejedor y otros que ya vimos, integrantes todos de la antigua "Joven Generación", de 1838.

Allí, en Chile, se pusieron un mote: el "jote Mitre". "Respondía este apelativo — escribe su nieto Adolfo— a la supuesta semejanza con un ave de los valles andinos, de color sombrío y larga cola, de la cual hacía posiblemente las veces las del frac un tanto lacio"¹⁶. Sus ideas eran bien diversas de las que había de sostener más tarde. Lo hemos visto como admirador de Mariano Moreno, y había escrito elogiosamente sobre Artigas. Respecto a la vinculación americana, bajo el título de "Escritores extranjeros", escribió en "El Mercurio" que no era sensato aplicar este nombre a un argentino, como sería aplicarlo a cualquier "individuo de las distintas secciones de América, miembros de la misma familia... profanando las mismas creencias políticas, teniendo las mismas costumbres y proclamando el principio del americanismo"¹⁷.

Pasó a redactar, por un tiempo, "El Progreso", de Santiago de Chile, fundado por Sarmiento en 1842, y como la tribuna era poco adecuada, un emigrado argentino adquirió para él "El Comercio", de Valparaíso, y una imprenta nueva que utilizó para su propaganda. Entonces, emprendió "la defensa de las clases desamparadas, la defensa del «ranchero», del «guaso», del «roto». ¿Es un tribuno de la plebe quien así habla? No. Es el estilo de la vehemencia juvenil, que el tiempo aplacará"¹⁸.

Esa actitud respondía al hecho de que Mitre, en Chile, parecía haberse adherido a las ideas "socialistas" que profesaban Francisco Bilbao y Santiago Arcos, quienes, junto con otros políticos de ese país, habían fundado en marzo de 1850 la "Sociedad de la Igualdad", que alcanzó repercusión en el medio trasandino. El primero, discípulo de Vicente F. López y ferviente partidario de Lammenais, a los 20 años había escrito una obrita "Sociabilidad chilena", muy comentada entonces. Por su parte, Santiago Arcos, hijo de un banquero español, aparentemente se inspiraba en Saint Simón, Luis Blanc, Owen y Fourier.

Un folleto publicado en diciembre de 1850, titulado "La contribución y la recaudación", debido a la pluma de Santiago Arcos, llevó un prólogo de Bartolomé Mitre, donde éste decía: "El libro que po-

nemos en manos del público, escrito por don Santiago Arcos, es el voto de un corazón republicano, es el espíritu de la nueva generación que se levanta proclamando la reforma pacífica, es el último golpe dado a las instituciones coloniales, y es más que todo el eco de una gran revolución que en este momento agita al mundo". Sin embargo, le objetaría a Arcos, no "haber encontrado la fórmula práctica que he de elevar su teoría a la categoría de hecho consumado"¹⁹.

Pero la "Sociedad de la Igualdad" que, más que ideas socialistas, las sostenía antifeudales ("Arcos se nos presenta como un demócrata burgués avanzado — escribe un autor chileno—. Aspiró a la destrucción del régimen aristocrático dominante en Chile... Son pues equivocadas e inducen a error las tesis de quienes pretenden ver en Arcos un socialista utópico")^{19 bis}, duró poco, después de haber, sin duda, conmovido a la sociedad santiaguina, y comenzó para ella la represión y persecución. También el periódico de Mitre fue clausurado, y este se vio obligado a abandonar Chile. "Mitre sale en este vapor desterrado por sus ideas socialistas [subrayado en el original] que ha estado propagando aquí — escribía Alberdi a Félix Frías, en mayo de 1851—. Pobre, es un niño"²⁰.

Pronto fue amnistiado, sin embargo, y regresó. Pero, al poco tiempo, junto con Sarmiento y Wenceslao Paunero, dejó definitivamente Chile para dirigirse al Río de la Plata, haciendo un viaje por el Estrecho de Magallanes, para unirse al gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, que se había levantado contra Rosas. Al alejarse escribió en su diario estas líneas: "Llamado por deberes imperiosos y sagrados a sostener por la espada lo que en Chile y otras repúblicas americanas ha sostenido por la pluma, abandona con dolor a sus amigos políticos, después de haberlos acompañado por dos años en la lucha tenaz de la democracia contra la oligarquía, de la reforma contra la resistencia, del pueblo contra el gobierno"^{20 bis}.

3. — Otra vez en el Río de la Plata, Mitre participó en la campaña del Ejército Grande y, después de Caseros, donde conquistó el grado de coronel, tomó parte activísima en los sucesos que se iban desarrollando en la ciudad de Buenos Aires, comenzando por editar "Los Debates", el 1º de abril de 1852 — dos meses después de aquella batalla— siendo, asimismo, electo diputado a la Legislatura.

En el primer número de "Los Debates" publicó una extensa "Profesión de fe" en la cual expuso los principios que guiarían su acción

¹⁹ Gabriel Sanhueza, *Santiago Arcos, comunista, millonario y ca. lavera*, Santiago, 1956, p. 182.

^{19 bis} Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Siglo XIX*, Santiago, 1956, p. 92.

²⁰ Jorge M. Maver y Ernesto A. Martínez, *Cartas inéditas de Juan B. Alberdi a Juan M. Gutiérrez y a Félix Frías*, Bs. As., 1953, p. 249.

^{20 bis} A. Mitre, *Mitre periodista*, cit., p. 96.

¹⁵ J. M. Mayer, *Alberdi...*, cit., p. 353.

¹⁶ Adolfo Mitre, *Mitre periodista*, Bs. As., 1943, p. 76.

¹⁷ *Ibidem*, p. 85.

¹⁸ *Ibidem*, p. 91.

futura, sosteniendo que "la idea es la que gobierna al mundo" y manifestando su intención de "llamar a todas las opiniones a batirse en el terreno de la inteligencia". Y en los sucesivos números de su órgano fue delineando los puntos fundamentales de su concepción política y económica para la futura organización de la República Argentina: constitución federal, capitalización de Buenos Aires, según la idea de Rivadavia, en 1826; fomento de la inmigración europea, "como medio de regenerar nuestra sociedad"; liquidación del indio [que aún ocupaba casi toda la Pampa y toda la Patagonia], "puesto que el argumento acerado de la espada tiene más fuerza para ellos, y éste se ha de emplear al fin para exterminarlos o arrinconarlos en el Desierto"; libertad de comercio; libre navegación de los ríos, etc.²¹ "Se puede afirmar que esta «Profesión de fe» de Mitre —sostiene R. Levene— es una de las páginas más profundas de la literatura política argentina. Coincide con las «Bases», de Alberdi, como militante de la Asociación de Mayo, y es expresión fiel de su vida de escritor y de soldado... No es de extrañar que al conocer Alberdi la «Profesión de fe», de Mitre, hiciera su alabanza"²².

Por eso, en lo más álgido de su actuación, Mitre recibió una carta de Chile acompañada de un libro. La carta estaba fechada en Valparaíso, el 30 de mayo de 1852, y decía: "Mi querido Mitre: No he tenido aún el placer ofrecido por Ud. de leer una carta suya, pero, me he complacido mucho en leerlo en los «Debatess», a cuyo diario desearía estar subscripto bajo cualquier condición que ustedes establezcan para el extranjero... Lo felicito de corazón por su próspera situación en Buenos Aires; con un poco de calma y aplomo la sabrá Ud. conservar sin daño de justas miras de prosperidad personal. Le envío mi libro «Bases para las construcciones argentinas». Las «Bases» no son más, porque ni el escritor ni el diputado «hacen» las bases; las hace Dios... Lea despacio mi libro; nadie es más capaz de comprenderme y de completar y suprir lo que me falta, que Ud.". Y firmaba: "Su viejo camarada, Alberdi"²³.

Pero, mientras la carta y el libro de Alberdi —que había aparecido un mes antes— llegaban a Buenos Aires, comenzaron a desarrollarse en esta ciudad importantísimos sucesos derivados del creciente desacuerdo de esa ciudad con Urquiza, en los que se destacó Mitre como uno de los voceros. Por supuesto que las "ideas socialistas" y el "americanismo" del "jote" Mitre ("¡pobre, es un niño!") se habían perdido en el viaje que realizó desde Chile por el Estrecho de Magallanes, y en Buenos Aires pasó a apoyar los intereses de más

²¹ Bartolomé Mitre, *Profesión de fe y otros escritos*, Edic. de la Universidad de Buenos Aires, 1956.

²² R. Levene, *Historia de las ideas sociales...*, cit., p. 139.

²³ Ramón J. Cárcano, *Urquiza y Mitre. Intimidades de una política*, Bs. As., 1938, p. 7.

peso, movidos por la masonería y Baring Brothers, que le dieron todo su apoyo. Y tales circunstancias debían colocar a los dos "viejos camaradas" en campos distintos y adversarios. "Mitre no ha podido contestar la alentadora carta de Alberdi —escribe R. Levene— pues, como se sabe, en junio se produjo la apasionada pero patriótica discrepancia de criterio que separaría violentamente a hombres representativos de Buenos Aires y las Provincias con motivo de la celebración del Acuerdo de San Nicolás, defendido por Alberdi y rechazado por Mitre"²⁴.

Y así fue como Alberdi y Mitre quedaron separados para siempre por una de las enemistades personales más enconadas y profundas de la historia argentina, aunque la identidad de sus puntos de vista, como Alberdi lo recalcará, fuera completa en lo que se refiere a la organización del país: uno y otro eran hijos de Rivadavia, aunque uno porteño y otro provinciano.

Mitre, según expresamos, como la mayoría de la legislatura de Buenos Aires, se había pronunciado impugnando el Acuerdo de San Nicolás, en el que Urquiza había convenido con los gobernadores de las provincias la primera medida para llegar a la organización nacional que se buscaba, a través de la promulgación de una constitución. Al discutirse en un célebre debate el Acuerdo de San Nicolás, en la Legislatura de Buenos Aires, acuerdo que fue defendido por el ministro de Instrucción Pública, Vicente F. López, hijo del gobernador y también miembro de la antigua "Joven Generación", de 1838, Mitre oponiéndose, había dicho: "He pasado mi vida en los campamentos y mi oficio es echar abajo a cañonazos las puertas por donde se entra a los ministerios"²⁵. Y, en otra sesión, expresó: "Por ventura, ¿no soy argentino? ¿No soy miembro de esta gran familia argentina? ¿No pertenezco a esa opinión que tiende a organizarse en un cuerpo de nación, y cuya sangre ha corrido unida a la sombra de una misma bandera en todos los campos de batalla de la independencia? Cuando se trata de intereses nacionales, ¿no me es permitido hablar en nombre de la nación?"²⁶.

Producido el levantamiento del 11 de setiembre de 1852, el cual provocó la segregación de la provincia de Buenos Aires como Estado semiindependiente, según dijimos, Bartolomé Mitre, ministro de Guerra, publicó un libro de poesías, "Rimas", donde decía respecto a esas composiciones de sus veinte años: "Entonces soñaba con la inmortalidad, y los laureles de Homero me quitaban el sueño. Pronto comprendí que no podía aspirar a vivir en la memoria de más de

²⁴ Ricardo Levene, Prólogo a "Profesión de fe" de B. Mitre, cit.

²⁵ "Debatess de la Sala de Representantes de la Provincia de Buenos Aires al tratarse el Acuerdo de San Nicolás", San Nicolás, 1951, p. 102.

²⁶ José M. Niño, *Mitre*, Bs. As., 1906, t. II, p. 347.

una generación como poeta, ni nuestra sociedad estaba bastante madura para producir un poeta laureado". Lamentándose, de todos modos, de no "poder seguir mi vocación literaria"²⁷.

Y así fue como, de aspirar a la gloria como poeta, Mitre pasó a aspirar a la gloria como militar y como político. Con el resultado que, como militar, fue jalando su vida con una cadena de derrotas que inexplicablemente, en lugar de hundirlo, lo fueron elevando —lo mismo que como político— a medida que se afianzaban los intereses económicos que servía. ¿Y cuáles eran éstos? Los mismos que había servido Rivadavia, del que Bartolomé Mitre se constituyó en el sucesor más conspicuo, realizando todo lo que en aquél se había frustrado.

Por eso, cuando el año 1857, Buenos Aires, entonces separada de la Confederación, repatrió con "honras casi divinas", los restos de Rivadavia, ante un público de 60.000 personas, el más grande que hasta entonces se había reunido en la ciudad, Bartolomé Mitre, ex admirador de Mariano Moreno, hablando en nombre del ejército, dijo: "Decidme, ciudadanos, si al elevar vuestra mente a las regiones serenas de las ideas del gran hombre, decidme si al ver eslabonarse misteriosamente la cadena de oro de los destinos de Rivadavia con los destinos del pueblo que lo vio nacer, no sentís desprenderse de estas frías cenizas una chispa de inmortalidad que ilumina las profundidades de vuestra alma con súbito resplandor? ¿Decidme si el alma de Rivadavia no agita sus alas invisibles sobre vuestras cabezas? ¿Decidme, decidme, si no vivís de la vida de ese muerto?".

Y continuaba: "Sí, don Bernardino Rivadavia vive entre nosotros de la vida inmortal de los espíritus, que se transmite de generación en generación, inoculándose como un perfume en el alma de los pueblos. El, que fue carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos, es hoy alma de nuestra alma. Por eso gobierna hoy más que cuando era gobernante; por eso obedecemos hoy sus leyes más que cuando era legislador; por eso derramamos todavía con afán la semilla en el surco que abrió a lo largo de su vida. Es que sus mandatos están en nuestra conciencia; es que sus ideas forman hoy el fondo común del buen sentido del pueblo, como las ideas de Franklin vulgarizadas por el tiempo; es que su ser natural identificado con el nuestro, como los nervios a la carne, forma parte de nuestra propia esencia, es un elemento que obra en nosotros mismos con el dolor irrisistible de las inspiraciones íntimas"²⁸.

Y, pocos años más tarde, designado Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, no obstante haber sido derrotado por Urquiza en Cepeda —como lo había sido por los caciques araucanos Catriel y Calfulcurá en Sierra Chica, cuatro años antes— fue el máximo expo-

nente del centralismo porteño, manteniendo a Buenos Aires apartado de la Confederación, mientras ese centralismo no pudiera hacerse efectivo desde la provincia que gobernaba. "La separación de Buenos Aires, su constitución particular en Estado semisoberano —escribió el historiador M. A. Pelliza— no respondía en el orden político a ningún elevado propósito. Era la obra de un partido que, conservando tradiciones vetustas del centralismo de Rivadavia, no quería entregar la provincia al problema de la organización nacional, sin que sus hombres públicos tuvieran la dirección suprema de los proyectos constitucionales"²⁹.

Algo análogo ocurría en las filas de la Confederación, donde Urquiza decía seguir las inspiraciones de Alberdi, idénticas, en el fondo, a las de Mitre, según vimos. Y, para confirmar aquel acerto, Urquiza había hecho público en "El Progreso" su asentimiento con las "Bases" de Alberdi y, de acuerdo con esta identidad y mutua comprensión, Alberdi, después de haber rechazado el cargo de representante en Chile, fue designado ministro de la Confederación en Europa. Allí, el vencedor de Caseros, le escribía, en 1855: "El cargo que usted desempeña es una prueba clara de que yo aceptaba las ideas que usted había expresado por la imprenta en sus interesantes y juiciosos escritos, y que las instrucciones que se le dieron a usted están en consonancia con esas ideas que está encargado de hacer prevalecer en los gabinetes más influyentes de Europa"³⁰.

De manera que se trataba de una cuestión de hombres, no de ideas. Por eso, la disputa que llevó a Cepeda, en 1859, y a Pavón, en 1861, fue, en cierto modo, para dilucidar quién haría lo que ambos bandos se proponían, sobre las huellas, no de Mariano Moreno, a quien nadie recordaba, sino de Bernardino Rivadavia, endiosado por todos.

Por eso, si en el gobierno de la Confederación, establecido por Urquiza en Paraná —donde tuvo como colaboradores, según dijimos, a viejos unitarios como Salvador M. del Carril, antiguo ministro de Rivadavia y uno de los instigadores del asesinato de Dorrego, Mariano Fraguero, primer ministro de Hacienda de Urquiza, que tenía ideas muy particulares sobre el desarrollo del país, Facundo Zuviria, etc.—, también había numerosos porteños, como Vicente F. López, Juan M. Gutiérrez, Miguel Cané, Emilio de Alvear, etc. Lo mismo ocurría en el campo porteño, donde abundaban los provincianos, como el general José M. Paz, Dalmacio Vélez Sársfield, Domingo F. Sarmiento, Juan Madariaga, Manuel Hornos, etc.

²⁷ Bartolomé Mitre, *Rimas*, Bs. As., 1916, ps. LVI y LVIII.

²⁸ "Arenas" de Bartolomé Mitre, Bs. As., 1902, t. I, p. 169.

²⁹ Mariano A. Pelliza, *La organización nacional*, Bs. As., 1951, p. 143.

³⁰ B. Bosh, *Presencia de Urquiza*, cit., p. 57.

Bien escribía Juan Bautista Alberdi a Félix Frías: "Mis Bases y proyecto de constitución... han pasado casi a programa en nuestro país. Todos —Sarmiento a la cabeza— los aceptan. *Las divisiones sólo versan sobre cuestiones de hechos y personas*"³¹.

V. LA LUCHA ENTRE BUENOS AIRES Y LA CONFEDERACION LLEVO A CEPEDA, DONDE URQUIZA VENCIO A MITRE, Y A PAVON, DONDE AQUEL SE DEJO VENCER, Y CON ELLO SOMETIO LA REPUBLICA A LA "CAUSA DE BUENOS AIRES", QUE ERA LA DEL CAPITAL EXTRANJERO QUE PREDOMINABA EN ELLA.

1. — La lucha entre Buenos Aires y la Confederación se desarrolló con crudeza, entre invasiones mutuas y medidas de agresión económicas. Fueron nueve años de exaltada sensibilidad, por una y otra parte. La situación económica de la Confederación era sumamente precaria, y solamente tenía como base a la provincia de Entre Ríos y la fortuna de Urquiza para enfrentar la plétora de las finanzas de Buenos Aires, dueña de la aduana del puerto, que le permitía desenvolverse con amplitud.

La acción de Rosas, como dijimos, había aglutinado a las provincias, pero era evidente que, cada una de ellas era todavía un feudo que, en los hechos, tiraba para sí misma, lo que imponía un accionar difícil al presidente Urquiza. "A despecho del poder teórico de un gobierno central —dice Scobie— creado por la Constitución de 1853, en la práctica la autoridad de la Confederación era extremadamente limitada. Urquiza, por consiguiente, siguió confiando en el juego político. La autonomía local de los gobernadores de provincias, se respetó en gran parte. La lealtad de los caudillos hacia la Confederación se mantuvo confiando en los contactos personales y en las amenazas de contrapeso y de reemplazo por un rival. Únicamente así pudo Urquiza hacer de la Confederación una realidad que, en términos de fuerza bruta, sólo descansaba en su provincia de Entre Ríos"¹.

Además, las provincias resistían la dominación porteña de la nación argumentando que, "si Buenos Aires deseaba formar parte de la unión, lo tendría que hacer en términos de igualdad con las provincias hermanas. La riqueza y el poder de Buenos Aires serían bien

¹ J. Scobie, *La lucha entre Buenos Aires y la Confederación*, cit., p. 112.

recibidos y se necesitaban para la tarea de construir una Argentina fuerte y unida. Pero para lograrlo habría que domeñar el poder porteño y no permitirle que controlase y dirigiese el gobierno nacional". Por otro lado, "los que apoyaban al gobierno porteño insistían en que la ciudad de Buenos Aires conservase su posición dominante en la Argentina y no quedase sometida a un gobierno dominado por las provincias, especialmente un gobierno encabezado por Urquiza"².

En su campaña de agresión mutua, que llevó a la Confederación a decretar los llamados "derechos diferenciales", con el propósito de desviar el tráfico marítimo directamente al Rosario, sorteando el puerto de Buenos Aires, ambas partes buscaban afanosamente aliados, buscándolos principalmente en el Paraguay y el Brasil. Pero fue la Confederación la que halló los aliados más efectivos, una alianza que los historiadores comúnmente eluden, quizá por considerarla denigrante para la historia argentina, pero que tuvo los mayores resultados para disminuir al adversario: los indios araucanos del Desierto. Al respecto expresa correctamente Estanislao S. Zeballos: "La guerra sin cuartel de la dinastía de los Piedra (se refiere a la tribu de Calfulcurá) había sido para Buenos Aires de desastres y de horror, y es forzoso señalarla como uno de los elementos primordiales de la crisis social y política que produjo la derrota de Cepeda"³.

Mientras tanto, el representante inglés había tratado infructuosamente de mediar entre Urquiza y Valentín Alsina, gobernador de Buenos Aires, quien acusaba a aquél de "estar complicado en las invasiones de indios a Buenos Aires"⁴. Y dicho representante escribía a Inglaterra respecto a sus gestiones: "Dos años de experiencia me han convencido completamente que los dos bandos [Buenos Aires y Paraná] han cometido más o menos las mismas faltas, y que el gobierno de Paraná no puede pretender intrínsecamente un mayor respeto y más favores que el de Buenos Aires". Y añadía: "En ambos lados es la misma raza: servil y adulatora cuando tiene algo que ganar, y

² *Ibidem*, ps. 18 y 142.

³ Estanislao S. Zeballos, *Calfulcurá y la dinastía de los Piedra*, Bs. As., 1954, ps. 80, 81 y 82.

Una de esas derrotas, y de las más resonantes, fue la del entonces coronel Bartolomé Mitre, ministro de Guerra del Estado de Buenos Aires, quien abandonó Buenos Aires, en 1855, marchando a la frontera, ante el cariz que tomaban los acontecimientos, expresando: "Respondo hasta la última cola de vaca que en adelante roben más los salvajes". Pero fue ignominiosamente vencido por Catriel y Calfulcurá, en Sierra Chica, teniendo que abandonar el campo de noche, bajo la llovizna, dejando su caballería para ocultar su fuga, cargando los heridos y las monturas hasta el pueblo del Azul, en una de las "retiradas gloriosas" que debían hacerlos célebres. Otro que siguió parecida suerte fue el famoso general Hornos, quien debió "apretarse el gorro", según la gráfica expresión de entonces, huyendo angustiosamente de los indios, que lo habían derrotado en Tapalqué.

⁴ J. Scobie, *La lucha entre Buenos Aires y la...*, cit., p. 174.

altanera cuando lo ha ganado; pronta para pedir o aceptar cualquier cosa, pero demasiado orgullosa para sentir algún reconocimiento, a la que se puede manejar sólo por la vanidad, la esperanza y el temor"⁵.

En el interín, Francia, y también intereses ingleses, habían protestado por la implantación de los derechos diferenciales. "Era un hecho a fines de 1857 —agrega Scobie— que las naciones extranjeras ya empezaban a vacilar en su apoyo a la Confederación, y presionaron aún más al gobierno de Paraná para que resolviese el problema de la nacionalidad antes que se otorgase el pleno reconocimiento de nación soberana a Buenos Aires"⁶.

Desde Europa, Juan Bautista Alberdi escribía a Urquiza: "Yo no creo ni creeré que la Inglaterra abandone la política que ella misma ha contribuido a hacer aceptar por las otras naciones, respecto a nuestro país. Con todo no debemos dormirnos, porque estas Naciones todo lo someten a las conveniencias de su comercio y de la opinión dominante. Necesitamos marchar con mucha reserva, tacto y prudencia hacia la Inglaterra; no disgustarla de ningún modo por nuestras palabras y actos, oficiales o en la prensa"⁷.

Y, más tarde, desde Londres, refiriéndose a la petición hecha allí para que el gobierno inglés interviniera para poner fin a la desintegración argentina, con fecha 8 de setiembre de 1859, también escribía a Urquiza: "Los que han pedido la mediación inglesa en nuestras cuestiones, son los tenedores de bonos de Buenos Aires, que hace un año, solicitaron el reconocimiento indirecto de la independencia de esa provincia. Ahora como antes, han obrado a impulsos de Alsina... Los acreedores y comerciantes ingleses de Buenos Aires, pueden hacernos y nos han hecho mucho mal por el influjo de la casa Baring, que es la que capitanea esos movimientos... Yo creo que si algún día la Confederación aceptase como suya esa deuda, en cambio de otras concesiones rentísticas de Buenos Aires, una de las condiciones debe ser que se retire a la casa Baring la comisión que hoy usa en daño de la Confederación, y que se pase a la casa Rothschild, que es mucho más respetable"⁸. Y calificaba como "sueño" el deseo de esas peticionantes de que la Confederación se incorporara a Buenos Aires, ya que Alberdi sostenía lo contrario: es decir, que Buenos Aires se incorporara a la Confederación. Quería ver a "Buenos Aires a la cabeza de la Nación, bajo la condición de que sea la Nación la que gobierne en Buenos Aires"⁹.

Pero, ocurría que ahora "el oportuno arreglo de la deuda inglesa

⁵ *Ibidem*, p. 179.

⁶ *Ibidem*, p. 180.

⁷ Ramón J. Cárcano, *Urquiza y Alberdi*, cit., p. 183.

⁸ *Ibidem*, ps. 553 y 555.

⁹ *Ibidem*, p. 618.

hecho por Buenos Aires, hacía que Inglaterra mirase con simpatía a esa provincia¹⁰.

Mientras tanto, Urquiza expresaba: "Todo lo que se necesita para conseguir la organización es dinero. Y una nación, si es que seriamente piensa asumir tal rango, hallará en su propia energía fondos públicos para montar su administración, organizar la distribución y percepción de las rentas que se hayan creado, y para pagar las fuerzas materiales necesarias a su conservación. Con medios pecuniarios, la capital puede designarse en cualquier parte, y allí el Gobierno Federal tendrá responsabilidad y una acción eficaz para reanimar la industria general del país bajo la seguridad y la garantía del orden"¹¹.

Pero Urquiza estaba descontento del resultado de su gestión y de su propósito de organizar el país, por lo que volvía a su idea de separar su provincia de la Confederación. Lo comunicaba a su gobierno el ministro de Inglaterra: "A despecho de las declaraciones del general Urquiza, muchas personas inteligentes y bien informadas me han expresado la opinión de que Su Excelencia está muy desearo de separarse enteramente del resto de la República, y de formar una nación independiente, que estaría compuesta por las dos provincias de Entre Ríos y Corrientes"¹².

Y, al respecto, Urquiza escribía: "Porque fui libertador en Caseros, Buenos Aires ha escupido al cielo con los beneficios de la libertad. Promovedor de la organización diseñada en mi programa de Mayo, Buenos Aires ha desconfiado de la humanidad, suscitando contra el Acuerdo de San Nicolás todas las susceptibilidades y todos los temores, como si Dios pudiera dar licencia a ningún mortal para hacer una inmensa revolución política y social, quedando con el poder de matarla en un solo día. Organizador, el Congreso ha presentado una Constitución intachable y el pueblo de Buenos Aires la ha entregado a la risa de los cantores, y sus representantes la han mandado botar a la calle. Cuando el odio llega a tales extremos, no es insensatez, es cálculo. Para los pueblos conquisté la libre navegación de los ríos. Para el país promoví la reconstrucción de la nacionalidad argentina, bajo el régimen de una Constitución que garante una libertad e independencia nacional a la Provincia, y que ha realizado una inmensa revolución en el derecho público y privado de la Confederación; tratados solemnes con las mayores potencias del mundo han afianzado estas adquisiciones. La historia ha de buscar mis designios y los ha de encontrar en estos grandes hechos. Mas cuando todos mis esfuerzos hayan fracasado, y la nacionalidad que por tantos títulos debe sernos cara, se disuelva para no reunirse jamás, en-

¹⁰ C. Heras y E. Barba, *Relaciones entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires*, ("H. N. A.", t. VIII, p. 275).

¹¹ Beatriz Bosh, *Urquiza y su tiempo*, cit., ps. 320 y 321.

¹² J. Scobie, *La lucha entre Buenos Aires y la...*, cit., p. 339.

tonces me encontrará Ud. pronto para formar un cuerpo político independiente, fuerte y compacto de las Provincias Entrerrianas"¹³.

Mientras tanto, para defender sus posiciones, financiaba algunos periódicos: "La Reforma Pacífica", en Buenos Aires y "El Progreso", en Córdoba.

2. — La situación de enfrentamiento entre Buenos Aires y la Confederación había llegado a un grado tal de exacerbación, fomentada particularmente por el tono insolente de la prensa de Buenos Aires, que no se vio, al final, otro camino que una confrontación por las armas. Finalmente, por ley del 20 de mayo de 1859, el Congreso de Paraná autorizó a Urquiza a incorporar a la provincia de Buenos Aires por la paz o por la guerra.

A tal efecto, Urquiza había hecho una exhibición de sus fuerzas en Paraná, habiendo invitado a los diplomáticos extranjeros. Y el ministro de los Estados Unidos comentó ese desfile a Washington, escribiendo: "Después de haberlo observado atentamente, creo que 12.000 hombres del total eran «lanceros», formados por los campesinos «gauchos» de la comarca. Entre el total de hombres, no distinguí siquiera a un hombre blanco de pura raza, ¡ni a un negro de pura raza! La raza es esa peculiar del país, una cruz entre el español y el indio nativo, el primero absorbido por el último, conservando únicamente las características del idioma, de religión y algunas formas religiosas. Por lo general, es un hombre bien formado, sano y atlético, y no sería desacertado decir que es uno de los mejores jinetes del mundo"¹⁴.

Por su parte, un viajero inglés presenció en Buenos Aires el desfile de las fuerzas de esa provincia: "Los hombres eran de todo tamaño y color —dice— había blancos, amarillos, bronceados, pardos y negros. Algunas compañías vestían uniformes completos, otras solamente la blusa del uniforme, en otras los soldados llevaban camisas garibaldinas; en algunas se veía una mezcla de todo lo anterior. Yo vi una compañía de soldados uniformados principalmente con blusas y bajo el mando de un negro viejo, de mota gris, en uniforme y que parecía singularmente contento de su participación en la revista. Por momentos, un garboso oficial pasaba comandando las tropas más andrajosas; y pegada a esa compañía seguía otra que presentaba el reverso de aquel cuadro. Los tambores se batían y las banderas que flameaban aumentaban el entusiasmo. Los periódicos publicaron encendidos artículos sobre el «heroísmo» de las tropas de Buenos Aires". Y ese viajero comentaba: "La provincia de Buenos Aires, confiada en su riqueza y número, se mantuvo afuera, sola, contra el resto, no con el fin de separarse y declarar su propia in-

¹³ Beatriz Bosh, *Urquiza y su tiempo*, cit., ps. 320 y 321.

¹⁴ James Scobie, *Lucha por la consolidación...*, cit., p. 208.

dependencia, sino con el intento de someter al resto de la Nación a sus ideas y a lo que consideraba que debía ser la República. Este era el verdadero significado de la guerra que ahora comenzaba"¹⁵.

La situación se presentaba, pues, sin posibilidades de solución pacífica. "Muchos políticos de Paraná—dice Scobie— se daban cuenta que sin el dominio de la ciudad y puerto de Buenos Aires, la Confederación nunca sería capaz de asegurarse una existencia independiente... Mientras no lograse el dominio del puerto de Buenos Aires, carecería de lo esencial a un gobierno nacional. Políticamente, a despecho de la Constitución de 1853, la Confederación era una mera liga de provincias. Financieramente, estaba en bancarota". Añadiendo: "Hacia mucho que Gran Bretaña había abandonado su parcialidad por la causa de la Confederación, tal como lo había hecho la misión Christie tres años antes. El Foreign Office había dado órdenes a Faan [nuevo representante inglés] para que reconociera a Buenos Aires en su calidad de beligerante con todos los derechos internacionales pertinentes"¹⁶.

3. — El encuentro de ambas fuerzas tuvo lugar en la Cañada de Cepeda, el 23 de octubre de 1859, no obstante que algunos representantes diplomáticos habían tratado de mediar para evitarlo. Urquiza, presidente de la Confederación, se presentó con un ejército de 14.000 hombres, 10.000 de caballería y 3.000 infantes, llevando 35 piezas de artillería, manifestándose dispuesto a procurar militarmente la incorporación de Buenos Aires. Y Mitre, ministro de Guerra de la provincia, o Estado de Buenos Aires, con un ejército de 9.000 hombres, 4.000 de caballería y 4.700 de infantería, con 24 piezas de artillería. Como de costumbre, se expresaba con toda altanería y, al llegar a Cepeda, había dicho: "*Aquí nació el caudillaje* [aludiendo al triunfo de López y Ramírez, en 1820, cuando derribaron al Directorio] *y aquí morirá*".

Pero de resultados del encuentro, la caballería de Urquiza, en la que participaba una fuerte división de araucanos, de la tribu de Coliqueo, acompañada por Manuel Baigorria, ex residente entre los indios, de gran influencia entre ellos, quien mayormente había intervenido para acedirlos por la Confederación y al que Urquiza había hecho coronel, arrolló a la de Mitre, arrastrando a la infantería de éste, que sólo se pudo salvar abandonando de noche el campo de batalla, sigilosa y tristemente, en dirección a San Nicolás. A Buenos Aires le había alcanzado su tesoro para sobornar a la escuadra de la Confederación, al frente de la cual estaba el inglés Coe, cuando se encontraba sitiada, en ocasión de la sublevación de Lagos, en 1853, pero no para vigorizar su ejército, diezmado en los últimos años por

¹⁵ T. Woodbine Hinchcliff, *Viaje al Plata en 1861*, cit., p. 62.

¹⁶ James Scobie, *Lucha por la consolidación...*, cit.

los ataques de los araucanos. En la relación de la batalla, en la "Historia de la Nación Argentina", se habla de "la vergonzosa fuga de la caballería porteña"¹⁷.

Desde San Nicolás, donde arribó después de su derrota, Mitre, en carta al gobernador Alsina, le escribió: "Cuando el general Flores me dio parte de que no había podido dar con el parque, en medio de la oscuridad de la noche, cuando pasando revista de municiones, me encontré con cinco cartuchos por plaza y cuatro tiros por pieza, fue entonces que dije: «Ahora recién digo que hemos perdido la batalla». A las once y media de la noche emprendía la *retirada gloriosa* que, salvando el honor de nuestras armas, salvó también la situación"¹⁸. ¡Otra "retirada gloriosa"! ¡Otra vez el mismo cuadro nocturno de Sierra Chica! Mientras tanto la ciudad de Buenos Aires quedaba al cuidado de las fuerzas de desembarco de los buques de guerra extranjeros surtos en el puerto.

Por último, habiendo avanzado Urquiza con su ejército hasta San José de Flores, en su marcha hacia Buenos Aires, antes de seguir derramando sangre, entró en tratativas con el gobernador porteño Valentín Alsina, bajo el auspicio de Francisco Solano López, representante de la República del Paraguay, que había ofrecido su mediación. Allí, el 10 de noviembre de 1859, se firmó un "Convenio de Paz" que, en sus cláusulas principales decía:

"1°) Buenos Aires se declara parte integrante de la Confederación Argentina, y verificará su incorporación por la aceptación y juramento de la Constitución Nacional... (Sin embargo, se reservó el derecho de revisarla).

"7°) Todas las propiedades de la Provincia que le dan sus leyes particulares... seguirán correspondiendo a la Provincia de Buenos Aires.

"8°) Se exceptúa del artículo anterior la Aduana que, como por la Constitución federal corresponden las Aduanas exteriores a la Nación, queda convenido, en razón de ser casi en su totalidad las que forman las rentas de Buenos Aires, que la Nación garante a la provincia de Buenos Aires su presupuesto de 1859 hasta cinco años después de su incorporación, para cubrir sus gastos, incluso su deuda interior y exterior".

Y, por otras cláusulas, se obligaba a renunciar a Alsina, el ejército de la Confederación se comprometía a retirarse en 15 días de la provincia, y se convenía "un perpetuo olvido de las causas que han producido nuestra desgraciada desunión"¹⁹.

¹⁷ Enrique Rottjer, *La campaña de Cepeda* ("Historia de la Nación Argentina", t. VIII, p. 336).

¹⁸ "Archivo del general Mitre", t. I, p. 56.

¹⁹ C. Heras y E. Barba, *Historia de la Nación Argentina*, t. VIII, p. 351 y ss.

Pero estos deseos eran sólo aparentes. Los términos de la disputa entre los "hombres de Paraná" y los "hombres de Buenos Aires" prosiguieron en mutuas disidencias y suspicacias. Buenos Aires no podía aceptar una unión realizada bajo el predominio de las provincias, y éstas querían someter en forma definitiva a la provincia rebelde. Cualquier pretexto, por nimio que fuera, era motivo de discusiones interminables, como ser si Buenos Aires era Estado o provincia, discusiones que se profundizaron al hacer ésta el análisis previo de la Constitución de 1853, o al elegir diputados al Congreso de la Nación por su Constitución provincial, por lo cual fueron rechazados en Paraná, etc. Todo lo cual daba motivo para que Buenos Aires se mostrara morosa para cumplir los términos del Convenio de San José de Flores.

De todos modos, era evidente que Buenos Aires estaba descontenta con la derrota de Cepeda y, como dice el historiador Pelliza, "buscaba un pretexto para declarar la guerra". Y el general Mitre, por su parte, "estaba dispuesto, si de nuevo era vencido en una batalla campal, a encerrarse otra vez en la ciudad, como lo había hecho después de Cepeda, y negociar con el Brasil, el Paraguay y el Estado Oriental, la independencia absoluta de Buenos Aires"²⁰.

Mientras tanto, Mitre hacía la apología del capital inglés. El 7 de marzo de 1861, con motivo de inaugurarse los trabajos para la construcción del Ferrocarril del Sud, pronunció un vibrante discurso donde dijo: "Al tomar en mis manos los instrumentos del trabajo para levantar la primera palada de tierra del gran Ferrocarril del Sud, dije que sentía mayor satisfacción que la que experimentaré dirigiendo máquinas de guerra, aunque fuese para triunfar gloriosamente... Ahora, al contestar al cordial saludo que se me ha dirigido en nombre de los extranjeros aquí presentes, y principalmente de los ciudadanos de la Gran Bretaña, diré que *no los reconozco como tales extranjeros en esta tierra. ¡No! Reconozco y saludo a todos los presentes como hermanos*, porque todos lo somos en el campo de la labor humana... Démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de estos progresos y veamos cuál es la fuerza inicial que lo pone en movimiento. ¿Cuál es la fuerza que impulsa estos progresos? Señores, es el capital inglés... Verdaderamente, señores, el capital inglés es un gran personaje anónimo, cuya historia no ha sido escrita aún"²¹.

4. — Los "hombres de Buenos Aires", Valentín Alsina, Vélez Sársfield, Pastor Obligado Bartolomé Mitre, tenían por Urquiza un odio acérrimo, seguramente por tratarse del mayor obstáculo para la dominación de Buenos Aires sobre las provincias. En cambio, Alberdi,

²⁰ Julio Victorica, *Urquiza y Mitre*, cit., p. 240.

²¹ Bartolomé Mitre, *Arengas*, Bs. As., 1902, t. I, p. 191 y ss.

que manifestaría no haber sido él quien se acercara a Urquiza, sino éste a sus ideas, reproducía en su correspondencia desde Europa, con el presidente de la Confederación, casi los mismos términos de obsecuencia de sus cartas a Lavalle en Montevideo: "mi querido general", "mi glorioso señor presidente", "mi amistad apasionada por V.E.", "la amistad apasionada con que estrecha su mano su muy respetuoso compatriota y S.S.S.", "Estados Unidos, donde los primeros periódicos comparan a Vucelencia con Washington" etc.²² Mientras tanto, Urquiza, en una proclama fechada en San José, el 25 de mayo de 1859, había dicho: "La Provincia de Buenos Aires no puede ser unitaria, sino separándose de la Confederación, como lo desea el círculo que la domina, o conquistando las provincias federales para hacerlas unitarias a pesar suyo". Pero, ahora, las condiciones se iban presentando favorables para la provincia rebelde. El término del período presidencial de Urquiza había finalizado, habiendo sido electo presidente su ministro Santiago Derqui, sin ningún peso político particular, lo que había debilitado a la Confederación, que seguía con sus finanzas en bancarrota. Los indios araucanos habían dejado de ser sus eficacísimos aliados, debido a desinteligencias de Urquiza con el coronel Baigorria, quien le escribía, antes de acercarse a Mitre: "Con naides estov más resentido que con V.E... Señor, no me ha correspondido"²³. También Inglaterra se inclinaba cada vez más hacia Buenos Aires, provincia que siempre había sido apoyada por Francia.

Urquiza trataba en toda forma de evitar un nuevo encuentro, e invitó a Mitre, ahora gobernador de Buenos Aires, a visitarlo en San José, lo mismo que al presidente Derqui. A su vez él, que había quedado como gobernador de Entre Ríos, fue invitado por Mitre a visitar Buenos Aires, junto con Derqui, el 9 de julio de 1861, lo que dio lugar a grandes celebraciones, en las que se decía que había participado la masonería.

Pero, muy pronto, el desenvolvimiento de los sucesos de San Juan llevó a un nuevo desentendimiento, que condujo a una renovada situación bélica, culminada en la batalla de Pavón. El 17 de setiembre de 1861, las fuerzas de la Confederación, fuertes de 17.000 hombres, con Urquiza al frente, se encontraron otra vez con las de la provincia de Buenos Aires, con 15.000 hombres comandados por Mitre. Esta vez los indios araucanos de Coliqueo, con el coronel Baigorria, lucharon con las fuerzas de Buenos Aires. "Baigorria está con nosotros", escribía gozoso Sarmiento a Mitre.

Pero, en medio de la batalla, Urquiza, que se sentía enfermo, in-

²² Ramón J. Cárcano, *Urquiza y Alberdi*, cit.

²³ "Memorias del coronel José (Manuel) Baigorria" Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, tomo X, 1938.

explicablemente abandonó el campo y se dirigió a Rosario. Y de allí marchó a su residencia de San José.

Siempre se ha considerado un misterio la conducta de Urquiza, de parte de algunos historiadores. Julio Victorica, que se quejaba ahora de la participación de los indios en la batalla, pero que no lo hizo cuando éstos lucharon de parte de la Confederación, la explica como consecuencia de desinteligencias de Urquiza con el presidente Derqui —que había sido nombrado por designio de aquél— quien trataba de conquistar la adhesión de Buenos Aires para contrarrestar la influencia de San José. Y señala que en oportunidad de una reunión que se efectuó antes del encuentro, cuando diplomáticos extranjeros trataron de impedirlo, Derqui dejó olvidado un abrigo con cartas comprometedoras, recibidas de importantes políticos cordobeses.

Hay otros testimonios que ratifican esa información. "¿Qué explicación puede darse sobre la conducta del general Urquiza en Pavón? —se pregunta un protagonista de estos hechos—. La contestación nos la da un hombre de alta figuración en el Gobierno de Paraná, el Dr. Nicanor Molinas, a la sazón ministro del Interior del gabinete Derqui, encargado también provisoriamente de la cartera de Relaciones Exteriores, en un precioso artículo titulado «Intrigas en la política de la Confederación», que vio la luz pública en «La Prensa», con fecha 17 de julio de 1892. Manifiesta el Dr. Molinas que, habiendo por una circunstancia puramente casual, llegado a manos del general Urquiza unas cartas de los doctores cordobeses Don Eusebio del Campo y Don Mateo Luque, dirigidas al Dr. Derqui, en que lo incitaban a resistir la política de aquél, apoyándose en el prestigio del general Don Juan Sáa, y le hacían otras declaraciones comprometedoras, y todas contra el caudillo entrerriano, éste llamó al Dr. Molinas, nombrado delegado del Gobierno Nacional, para tratar de llegar con la provincia segregada a un arreglo pacífico, y le dijo: «que estaba traicionado por el Presidente; que *les convenía más ser derrotados que triunfar* y caer en poder de los traidores; que procurarse celebrar la paz a todo trance, porque viniendo Buenos Aires a la unión, las cosas cambiarían»²⁴.

También se atribuye la actitud de Urquiza a influencias de la masonería. Sea cual fuere la causa, por primera y única vez en su vida militar, Mitre quedó vencedor. "Si Urquiza no huye por causas misteriosas (que algunos atribuyeron a sus deseos de ver caer a Derqui, y otros, a previo convenio con Mitre) —dice el ex gobernador D'Amico—, sin duda que la batalla de Pavón, indecisa, habría resultado favorable a la Confederación... Mitre no supo hasta mu-

chos días después la importancia de su inesperada victoria, y esa tarde, y esa noche, y aún al día siguiente, creía en un segundo Cepeda... Lo prueba su retirada al día siguiente a San Nicolás, destruyendo todas las municiones encontradas, clavando toda la artillería enemiga abandonada, y la propia que no pudo arrastrar. Si se hubiera conceptualo victorioso, o habría permanecido en el campo, o habría avanzado resueltamente, para con el hecho, probar su victoria"²⁵.

Después de la desertión de Urquiza, el presidente Derqui, a quien se acusaba de querer llevar la capital a Córdoba, intentó proseguir la lucha. Pero debió, finalmente, renunciar a su cargo, y huir a Montevideo en un barco inglés, el "infaltable barco inglés de toda nuestra historia", según un historiador nacionalista. Quedó aún subsistente una fachada de gobierno, al frente de la cual aparecía el vice-presidente de Derqui, general Pedernera, que también luego desapareció, diciéndose que iría a buscar refugio entre los araucanos del Desierto.

5. — "¿Qué significa esta década en el desarrollo argentino? —pregunta J. R. Scobie en las "conclusiones" de su obra sobre el tema— ¿Qué conclusiones pueden sacarse de estos diez años de dramática lucha entre la ciudad de Buenos Aires y las provincias? La conclusión más obvia forma el núcleo a cuyo alrededor se construyeron los episodios de esta historia: a saber, que los acontecimientos políticos de esa década *determinaron finalmente el dominio porteño sobre la nación*. La ciudad y las provincias representaban dos órdenes diferentes, dos formas de vida distintas. La división entre los porteños y los provincianos era muy honda. Los intereses porteños se nucleaban en el intercambio comercial con Europa, el desarrollo y la prosperidad del agro de Buenos Aires, y la creación de un orden nacional que consagrara el predominio porteño. Las provincias, por otra parte, buscaban la protección y el apoyo a sus industrias locales y a su comercio. Deseaban el retorno a la relativa prosperidad económica que habían gozado durante el régimen colonial. Los intereses, por consiguiente, estaban divididos entre los que favorecían una economía de tipo pastoril y los partidarios de una industrialización rudimentaria, entre los que deseaban importar una cultura europeizada y los defensores de la tradicional herencia hispánica, entre los que apoyaban un fuerte gobierno central y los que preferían la autonomía de las provincias... *La lucha para alcanzar la unidad terminó con la victoria de los porteños sobre las provincias*. El equilibrio económico y político del poder se había desplazado de la costa al puerto. *Una época había llegado a su fin y otra comenzaba*. El

²⁴ Julio Olivencia Fernández, *Apuntes históricos*, Bs. As., 1910, p. 108.

²⁵ Carlos D'Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política*, cit., ps. 84 y 85.

vínculo con Europa estaba a punto de ser forjado: *una economía pastoril que buscaba los negocios, el capital y la cultura en el extranjero*"²⁶.

Después de Pavón, como para justificar su actitud, Urquiza escribía al general Guido: "Cuando consentí en caer con mis amigos en holocausto a la paz, para hacer cesar las calamidades de una guerra que debía perpetuarse, era un sacrificio a la patria que tengo aún la fe que no será estéril. He comprometido mi gloria, mi bienestar, mi vida, quizá, lo sé, pero no me arrepentiré si eso produce ese bien del país que está por encima de todas las cosas cuando se trata del porvenir de una gran nación. Las acciones de los hombres atacarán una conducta que tiene por causa una abnegación que, para no estimarla en todo su tamaño, es necesario desfigurarla y calumniarla. Este desahogo es una muestra de la delicada confianza que he hecho siempre de su leal y caballeresco carácter"²⁷. Y agrega el recopilador de esta carta: "Sin dejar de estimar algunas [suposiciones] se cree que Urquiza se retira del campo de Pavón porque *capta la realidad del país en lo que respecta a Buenos Aires como centro directriz*, con lo que permite que el equilibrio lo encauce nuevamente... Por ello, *porque cree que sus fines políticos de unidad y pacificación se cumplirán con el triunfo de Buenos Aires, se retira de Pavón el hasta entonces invicto general*"²⁸.

Lo que en realidad se retiraba, después de Pavón, era, en cierto modo, el capital nacional, representado por Urquiza, comprendiendo finalmente su impotencia frente al capital extranjero, representado por Mitre. "La nueva época anunciada por la triunfante inauguración de la presidencia del general Mitre —dice Ferns— fue una época de inversión de capital y de libre comercio. Esa época venía a res. ponder a un ritmo acelerado de desarrollo que se estaba verificando del otro lado del Atlántico. El comercio libre se había establecido plena y firmemente en Gran Bretaña. Bélgica y Holanda acababan de adoptar políticas comerciales liberales... Mientras en la Europa occidental se fomentaba de esta manera la expansión comercial, en la Argentina las nuevas autoridades proyectaban, mediante la acción y garantías del Estado, *alentar la formación de empresas extranjeras*"²⁹.

Pavón es una fecha clave importantísima en la historia argentina. Es la continuación directa del establecimiento del primer triunvirato; de la República de Buenos Aires, de Rodríguez-Rivadavia-García; de la frustrada presidencia del segundo. Como consecuencia principal

²⁶ J. R. Scobbie, *La lucha por la consolidación...* cit. ps. 391 y 393.

²⁷ Manuel E. Macchi, *Urquiza, última etapa*, Santa Fe, 1954, p. 116.

²⁸ *Ibidem*, ps. 116 y 117.

²⁹ H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina...*, cit., p. 327.

de Pavón, ahora el general Mitre, gobernador de Buenos Aires, se transformó en presidente de la República. Y, "*cuando Mitre asumió sus funciones de Presidente constitucional de la República Argentina —confirma Ferns— se había alcanzado uno de los objetivos de la política británica*"³⁰.

³⁰ *Ibidem*, p. 323.

VI. DESPUES DE PAVON, BARTOLOME MITRE, AL FRENTE DE LA "CAUSA DE BUENOS AIRES", SE LANZO A SANGRE Y FUEGO SOBRE LAS PROVINCIAS PARA HACER LA "UNIDAD A PALOS", QUE PROPICIABAN, AÑOS ANTES, RIVADAVIA Y SUS PRO-HOMBRES, Y, COMO ESTE, RECHAZO TODA RELACION CON HISPANOAMERICA.

1. — *"Las provincias interiores son nada, son mera entidad moral, poder en el nombre —escribía Alberdi en 1852—. El verdadero poder, el centro de vida y acción dirigente en la República Argentina, está en las cuatro provincias litorales. Son el proscenio de nuestro gran teatro; allí se desempeña el drama. El resto del país es platea que ve, oye, aplaude o silba"*¹. Sólo dejó de agregar que el centro de ese proscenio estaba en la ciudad de Buenos Aires, la ciudad destinada a ser "señora de grandes provincias", según Lavardén, y "llave de la América del Sud", de acuerdo con el juicio de Mariano Moreno.

Moreno, desde el centro de ese proscenio, había tratado de construir una nueva nacionalidad, por medios revolucionarios. Pero fue desalojado por los intereses extranjeros que allí se habían instalado. Estos pasaron a predominar en Buenos Aires con Bernardino Rivadavia y, más tarde, proclamaron y contemporizaron con Juan Manuel de Rosas, hasta terminar dejándolo caer después que hiciera la obra que de él se esperaba: el aglutinamiento de las provincias que habrían de formar la República Argentina, y el fomento de un producto autóctono, la ganadería, con el cual el país pudiera financiar la importación de mercaderías inglesas, una vez que se hubo terminado el metalúco que existía en el Río de la Plata.

En el centro del proscenio, en Buenos Aires, pues, estaban las fuerzas ocultas que gobernaban la República Argentina. "El que posee, ocupa y gobierna ese centro —escribía Alberdi— gobierna el país entero que recibe de ese centro su riqueza, su vida, su impulso pro-

¹ J. M. Mayer y E. A. Martínez, *Cartas inéditas de J. B. Alberdi a...*, cit., p. 264.

gresivo. *Ese centro será el centro-imperio de todo el país, a que pertenece o que le pertenece. Su jefe será el tirano neto y general de todo él"*². Ese centro era el capital foráneo.

Por eso las provincias, que rechazaron la Constitución de 1826, entre otras importantes razones, porque situaba la capital en Buenos Aires, de acuerdo con los anhelos de Rivadavia, ahora creyeron comprender que la única forma de dejar de ser platea, era ocupar ellas el centro del proscenio y, siendo como eran, mayoría, conducir el drama, no a la manera que lo hacía Buenos Aires, como única usufructuaria, manera que, por otra parte, le era indicada por aquellos intereses extranjeros que hacían de apuntador, sino por una en que las favorecidas fueran ellas. Pero, Buenos Aires se resistía a ser despojada de un privilegio que consideraba correspondérle.

Esa era toda la lucha que se desarrollaba en el país, ya que ambos bandos, desde el gobierno, una vez instalados en Buenos Aires, proyectaban desarrollar idénticos planes: "Lo exacto es que ambos grupos, los de Buenos Aires y los de Paraná —confirma un autor— no tenían una preocupación, en lo referente a la edificación del país, fundamentalmente distinta"³.

Durante un tiempo esa disputa pareció llevar al país a la constitución de dos separados. Urquiza proyectó, como vimos, una República en la Mesopotamia. Mitre planeó la organización de la "República del Plata", sobre la base de la separación de la provincia de Buenos Aires. "En faz de esta solución —escribía Alberdi— y en oposición a ella no hay más que una sería y eficaz, aunque triste: es la división de la República Argentina en dos Estados independientes. La República de Buenos Aires disputando a Chile la Patagonia desierta y salvaje para equilibrar el peso de la República Argentina, poblada, civilizada y rica, que le da hoy a Buenos Aires toda su importancia"⁴. "Buenos Aires y la Confederación son dos principios antagónicos —se decía en un diario porteño de la época—, no es posible ya que se fundan en un solo cuerpo, a menos que una de las partes no se resigna al suicidio"⁵.

En Pavón las provincias se suicidaron. En consecuencia, después de Pavón, Mitre, que aparecía como triunfador e investido de poderes nacionales —encargado del P.E. primero y presidente de la República después—, comenzó su campaña a sangre y fuego para someter a las provincias a Buenos Aires. Su partido se llamaba, paradójicamente, "nacional", pero era "nacional" como el de Rivadavia,

² J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. I, p. 338.

³ Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, Bs. As., 1955, t. I, p. 68.

⁴ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., p. 558.

⁵ J. M. Mayer, *Alberdi...*, cit., p. 558.

sólo porque aspiraba a abarcar a todo el interior bajo la batuta de Buenos Aires.

Un quinteto de jefes orientales: Flores, Paunero, Rivas, Arredondo y Sandes, fueron el instrumento mercenario de ese sometimiento. Y, como algunas provincias se resistieron, llegó la orden de que *esa guerra debía considerarse puramente de policía*, calificación que justificaba las mayores tropelías. Mitre había escrito: "Pavón no es sólo una victoria militar, es un triunfo de la civilización sobre los elementos de guerra de la barbarie"⁶. Y, en nombre de la civilización, se extendía la orden de exterminio de la población nativa.

"El vencedor de Pavón, y lo llamaremos así porque la gloria, aunque prestada, reclama títulos de respeto —expresó Olegario V. Andrade—, lanzó a las provincias sus legiones mercenarias pasando sobre los troncos mutilados del holocausto de Cañada de Gómez: eran las legiones de la conquista, encargadas de justificar la dominación de Buenos Aires con el silencio sepulcral de los pueblos. Entonces las provincias se convirtieron en un inmenso campamento. Durante dos años, sólo se vieron los fogaños de las batallas como los relámpagos de una pavorosa tempestad"⁷.

2. — "En 1861, la victoria de las armas de Buenos Aires sobre las autoridades de la Confederación —escribió Domingo F. Sarmiento— que habían rechazado a los diputados enviados al Congreso, después de enmendada y jurada la nueva Constitución, trajo por consiguiente, la necesidad de una reconstrucción general de la República, a fin de hacer prácticas las instituciones liberales que esa Constitución proclamaba. La caída de Rosas y el ensayo de una Confederación sin Buenos Aires, había tenido... mal éxito... Cuando en 1853 hubo de darse una Constitución federal, el Congreso se encontraba con un caudillo de provincia, dueño del poder que llamaban nacional, sostenido por los mismos caudillos que habían, como él, apoyado la larga tiranía de Rosas. La Constitución ni constituía la nación, ni regía a su propio ejecutivo, quedando la provincia más importante fuera de la nación y el presidente fuera de la Constitución..."

"...El término de la guerra y el fruto de la batalla de Pavón era, pues, despejar a las provincias del personal de las antiguas y modernas criaturas de aquella política bastarda, y hacer práctica en sus efectos la Constitución que ya regía en Buenos Aires. Un esfuerzo de los ciudadanos de la ciudad de Córdoba, derrocando al gobierno que aún adhería a los vencidos de Pavón, y la actitud armada que Santiago del Estero había conservado simpática a la causa ya victo-

⁶ "Archivo del general Mitre" (Campaña de Pavón), Bs. As., 1911, t. XI, p. 11.

⁷ Olegario V. Andrade, *Artículos histórico-políticos*, Bs. As., 1919, p. 62.

riosa, facilitaban la obra por esa parte, no requiriéndose el empleo de las armas, que sólo servían para dar confianza a los pueblos, mientras se organizaban nuevas administraciones. No sucedía lo mismo con respecto a las provincias situadas a las faldas de los Andes. Los Sás se mantenían en armas en San Luis; Mendoza estaba gobernada por un miembro de la familia de los Aldao; San Juan por un teniente de Benavidez; La Rioja virtualmente por el Chacho.

"El ejército que a fines de 1861 avanzó hacia Córdoba, no llevaba instrucciones para extender sus operaciones hacia aquella parte; pero retraídos hacia ese lado las únicas fuerzas confederadas que se mantenían en pie de guerra, una pequeña división fue siguiéndolas de estación en estación hasta la ciudad de San Luis. En previsión a los sucesos, el general en jefe del ejército había dado misión al Auditor de Guerra, por ser uno de los hombres públicos que habían traído el desenlace de aquella cuestión y por pertenecer a aquellas provincias, de dirigir los primeros actos civiles de los pueblos que el ejército fuese liberando del dominio de la caída Confederación"⁸.

Tal escribía Sarmiento, que era, precisamente, el Auditor de Guerra a que se refería, en la marcha del ejército de Buenos Aires, avanzando sobre las provincias a las órdenes del general Wenceslao Paunero, después de la batalla de Javón. Y, al hacerlo, se mencionaba a sí mismo como el "coronel Sarmiento".

Porque este personaje, inmediatamente después de la batalla de Pavón, había escrito al general Mitre: "Buenos Aires, septiembre 20 de 1861, Exmo. General Bartolomé Mitre —Mi querido coronel: Tiéndole desde aquí la mano de amigo que dice: ¡bien!... Tenemos patria y porvenir. Necesito ir a las provincias. Usted sabe mi doctrina... Un precursor necesita que digan: yo sólo vengo a prepararle el camino. Paz pudo hacer algo. Más puedo yo ahora. Me siento más hombre. Pero déjese de ser mezquino. ¿Valgo yo menos que los torpes que mandan regimientos de caballería?... ¿Por qué no me da el mando de uno de los regimientos de línea, que han quedado vacantes después de tanta vergüenza? No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos... Deme oficiales sanjuaninos y cordobeses, y yo llevaré la cruzada a los Andes... Deme un regimiento. No me desprecie como soldado. Valgo más que todos esos compadres que prefieren".

Y, después de proponerle la destrucción de Santa Fe, el avasallamiento de Entre Ríos, "ir a Paraná" y "quemar ordenadamente los establecimientos públicos", le repeta: "Vuelva al plan mío de poner en actividad a las provincias, pobres satélites que esperan saber quién

⁸ Domingo F. Sarmiento, *Vidas de Fray Félix Aldao y El Chacho*, Bs. As., 1947, ps. 96, 97 y 98.

ha triunfado para aplaudir". Y agregaba: "Necesito probar que fui más porteño, más hombre de Estado que los que hallan tan lógico que yo inspirase movimientos puramente sanjuaninos... Puedo en las provincias y deseo ser el heraldo autorizado de Buenos Aires. Contando con su apoyo, espero lo que usted ordene"⁹.

Sobre la base de tan rastreada obsecuencia, Sarmiento fue designado por Mitre para acompañar al "Primer cuerpo de ejército de Buenos Aires", a las órdenes del general Paunero, como Auditor de Guerra. El ejército contaba con 2.500 hombres, y llevaba como jefes a Venancio Flores, Ignacio Rivas, José M. Arredondo, Manuel Baigorria, Ambrosio Sandes, etc., siendo "el primer ejército argentino, después del de San Martín... que ha avuto adoptado las proporciones europeas entre las tres armas". Y el 20 de noviembre, es decir, dos meses después de Pavón, partió del campamento del Espinillo, a dos leguas del Rosario —donde había estado en ascho de una posible reacción de Urquiza, desde entre Ríos— disponiéndose el general en jefe "a lanzar en todas direcciones los rayos de la guerra, que hasta entonces había retenido en sus manos"¹⁰. Y, apenas dos días más tarde, sorprendiendo los restos del ejército de la Confederación, en Cañada de Gómez, logró "un éxito que excede todas las esperanzas. El enemigo, sorprendido lo suficiente para no poder rehuir el combate, ha sido acuchillado con horrible carnicería", según el parte que añade: "Tuvimos dos muertos y un herido; el enemigo 300 muertos y 1.750 heridos. No se dio cuartel".

Luego, el ejército de Buenos Aires continuó hasta Córdoba, estableciendo el general Paunero su cuartel general en Villanueva. Mientras tanto, en aquella ciudad, un movimiento provocó la caída del gobernador federal, y ocupó el cargo el coronel Marcos Paz. Desde Villanueva, Faunero escribía a Mitre, en noviembre de 1861: "La acción disolvente de nuestra presencia va obrando a cien leguas delante de nosotros... El poderoso ejército de Buenos Aires volverá, pues, sin haber cruzado una sola bala, dejando pacificada la República"¹¹. "La ascensión de Paz al gobierno de Córdoba —escribe un historiador riojano— fue para el porteñismo invasor, la toma de la llave del interior de la República. Ello facilitaba las comunicaciones con Santiago del Estero que, en poder de los Taboada, era un apreciable centro militar para la «regeneración», y lo ponía a las puertas de las provincias contrarias: La Rioja y Catamarca, en disposición de actuar sobre ellas inmediatamente"¹². Luego prolongó su acción ha-

⁹ "Archivo del general Mitre" (Campaña de Pavón), t. IX, ps. 360 a 362.

¹⁰ "Itinerario del Primer Cuerpo de Ejército de Buenos Aires, a las órdenes del general Wenceslao Paunero", Bs. As., 1862, p. 9.

¹¹ *Ibidem*, ps. 7 y 18.

¹² Dardo de la Vega Díaz, *Mitre y el Chacho* (La Rioja en la reordenación del país), La Rioja, 1939, p. 14.

cia las provincias de Cuyo, donde en San Juan, Domingo F. Sarmiento abandonó su cargo de Auditor de Guerra para asumir el de gobernador de la provincia.

La lucha, sin embargo, no fue tan rápida como lo esperaba Paunero, a pesar de tener como aliados a los hermanos Taboada, de Santiago del Estero, que se habían declarado de parte de la "causa de Buenos Aires". Se presentaron muchas escaramuzas. No obstante, el optimismo persistía, y desde Córdoba, el gobernador Paz pudo escribir a Mitre: "Creo que antes de un mes tendremos despejada toda la República. Sólo Peñaloza (a) Chacho, está soltando fanfarronadas porque ignora el estado lamentable de su amigo Urquiza, como él lo llama... Le sucederá lo que a Saá, apenas se acerque una pequeña fuerza. No han podido mandar auxilio alguno a Catamarca, a pesar de los esfuerzos que hacen"¹³.

Angel Vicente Peñaloza, que había sido nombrado general de la Nación por Urquiza, quien lo designó jefe de Ejército Tercero, en ocasión de la campaña de Pavón, no había, sin embargo, participado en esa lucha, y recién en enero de 1862, es decir, después de esa batalla, partió de los Llanos con 600 hombres, "la chusma más pobre, más indisciplinada y con más mal espíritu que pueda imaginarse", según carta de Paunero a Mitre¹⁴.

El Chacho se dirigió a Catamarca y, desde allí, escribió a los Taboada: "No he podido mirar con indiferencia los males que pesaban sobre estos pobres pueblos hermanos, a causa de la guerra en que, por desgracia, se hallan envueltos de algunos meses a esta parte; sí, señores, mi corazón de patriota y argentino se contristaba a la vista de pueblos que, perteneciendo a una misma república, a una misma familia, se empeñaban en destruirse mutuamente, en vez de estrecharse en un inmenso abrazo"¹⁵. Peñaloza invadió luego Tucumán y fue derrotado por los Taboada, por lo que regresó a La Rioja, "la única provincia donde aún no habían repercutido los trastornos políticos subsiguientes a Pavón"¹⁶. Y, desde allí, los sucesos se fueron desarrollando a través de marchas y contramarchas de los monotoneros, siempre "mal armados y peor vestidos", no sólo encabezadas por el Chacho, sino por sus lugartenientes Lucas Llanos, Carlos Angel, el indio Severo Chumbita, Potrillo, Berna Carrizo, Felipe Varela, Gregorio Puebla, etc., con sus bandas compuestas de "soldados hambrientos y menesterosos de todo recurso vital", que se temía que "se diseminasen en todo sentido, ocasionando saqueos, depredaciones y violencias de toda clase"¹⁷.

¹³ *Ibidem*, p. 14.

¹⁴ *Ibidem*, p. 40.

¹⁵ *Ibidem*, p. 41.

¹⁶ *Ibidem*, p. 59.

¹⁷ *Ibidem*, p. 93.

Por fin, Peñaloza con Carlos Angel y Lucas Llanos, fue derrotado totalmente por el coronel Sandes en "Las Aguaditas de los Valdenses", el 11 de marzo de 1862. Pero se rehizo y resurgió poniendo sitio a San Luis. También Gregorio Puebla sitió a La Rioja, en mayo de 1862, junto con Carlos Angel, "el acontecimiento militar más cargado de cuantos tuvieron lugar en la guerra contra Peñaloza", según de la Vega Díaz, sitio que duró nueve días y del que pudo salvarse la ciudad debido a "la bravura del teniente Liborio Bernal" (abuelo del autor de este libro), hecho que destaca también Marcelino Reyes en su obra "Bosquejo histórico de la Provincia de La Rioja"¹⁸.

Hasta que llegó a establecerse la paz, por medio del tratado de "La Banderita", bajo el auspicio del obispo de Córdoba, condolido de la "cruenta lucha entablada entre el poderío de Buenos Aires y la pobreza de la campaña de La Rioja".

3. — Pero el tratado de "La Banderita" pronto fue olvidado. Y, en carta fechada el 16 de abril de 1863, Peñaloza escribió a Mitre: "El General de la Nación. Cuartel General en marcha. Al Exmo. señor Presidente de la República, Brigadier general D. Bartolomé Mitre. Exmo Sr.: No ha podido el que firma dejar de ser tan franco y leal como siempre, y es por esto que se dirige a V.E. participándole la penosa situación en que han puesto a estos pueblos desgraciados sus gobernantes, y las consecuencias que han dado sus procedimientos... Es por esto Sr. Presidente, que los pueblos, cansados de una dominación despótica y arbitraria, se han propuesto hacerse justicia, y los hombres todos, no teniendo más ya qué perder que la existencia, quieren sacrificarla más bien en el campo de batalla, defendiendo sus libertades y sus leyes y sus más caros intereses, atropellados vilmente por los perjuros. Esas mismas razones, y el verme rodeado de miles de argentinos que me piden exija el cumplimiento de las promesas, me han hecho ponerme al frente de mis compatriotas y he ceñido nuevamente la espada, que había colgado después de los tratados con los agentes de V.E."¹⁹.

Ante lo cual, Mitre designó a Sarmiento, gobernador de San Juan, Director de Guerra, y le escribió: "La Rioja es una cueva de ladrones que amenaza a los vecinos, y donde no hay gobierno que haga ni la policía de la provincia... No quiero dar a ninguna operación sobre La Rioja, carácter de guerra civil. Mi idea se resume en dos palabras: *quiero hacer en La Rioja una guerra de policía*. Declarando ladrones a los montoneros, sin hacerles el honor de considerarlos

¹⁸ Marcelino Reyes, *Bosquejo histórico de la Provincia de La Rioja* (1543-1887), Bs. As., 1913, p. 190 y ss.

¹⁹ D. de la Vega Díaz, *Mitre y el Chacho*, cit., ps. 201 y 203.

partidarios políticos, ni elevar sus deprecaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo"²⁰.

Sarmiento comprendió perfectamente, y se puso en movimiento con todos los cuerpos del ejército de Buenos Aires, dirigidos por Paunero desde la provincia de Córdoba, comandados, a su vez, por Rivas, Arredondo y Sandes, el feroz Sandes, del que Sarmiento decía: "Su enajenación infundía espanto y terror en sus propios soldados... Era batallador, no militar. La sed de combates lo arrastraba sin plan, sin mesura en busca del enemigo... Era un almacén de pólvora, pronto a incendiarse al menor frotamiento, y miraba como tiempo perdido el consagrado a parar un golpe mientras había un pecho en donde hundir su terrible lanza"²¹. Y, al respecto, escribía a Mitre: "Sandes ha marchado a San Luis, y allá sabrá lo que haya hecho. El está saltando por llegar a La Rioja y darle una buena tunda al Chacho... ¿Qué regla seguir en estas emergencias? Si Sandes va, déjelo ir. Si mata gente, cálese la boca. Son animales bípedos de tan perversa condición que no sé qué se obtenga con tratarlos mejor"²².

Las montoneras del Chacho, que firmaba "*El general en jefe del ejército reaccionario*" (utilizando el término en el sentido de reacción federal), saliendo de los Llanos, de La Rioja, fueron siempre derrotadas por las tropas de línea. Pero rehaciéndose constantemente con nuevos contingentes, cruzaba las zonas desérticas de la región y aparecía sorpresivamente sobre Córdoba, que llegó a ocupar, sobre San Luis y sobre otros pueblos intermedios. Y, cuando quiso apoderarse de San Juan, fue derrotado una vez más en Caucete. Y, de allí, perseguido encarnizadamente por partidas de las fuerzas porteñas, fue alcanzado en Olta por el mayor Pablo Irrazábal, que comandaba una de las partidas, y se rindió. Pero Irrazábal le atravesó el pecho de un lanzazo, colocando luego su cabeza en la punta de una pica en la plaza de Olta.

La suerte de Peñaloza en tal forma, fue reprobada por el gobierno y también por gran parte de la opinión pública. Sarmiento, sin embargo, la aprobó. Y refiriéndose a las montoneras del Chacho, que utilizaban el nombre de Urquiza, buscando su apoyo, escribió: "Ningún hombre notable de la depuesta Confederación, se adhirió a su causa, ni escritor alguno trató de darle formas. Sus jefes eran salteadores, criminales notorios, soldados y sargentos desertores, y lo más abyecto o lo más rudo de los viejos partidos personales"²³. Y, refiriéndose a la muerte del Chacho, escribió a Mitre, desde San Juan, el 18 de noviembre de 1863: "No sé lo que pensarán de la eje-

²⁰ "Correspondencia Sarmiento-Mitre", cit., p. 182.

²¹ D. F. Sarmiento, *Vidas de F. F. Aldao y el Chacho*, cit., p. 176.

²² "Correspondencia Sarmiento-Mitre", cit., p. 179.

²³ D. F. Sarmiento, *Vidas de...*, cit., p. 222.

cución del Chacho. Yo, inspirado por el sentimiento de los hombres pacíficos y honrados aquí, he aplaudido la medida, precisamente por la forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado picaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado por seis meses"²⁴.

4. — Con fecha noviembre 10 de 1862, apenas instalado en Buenos Aires el nuevo gobierno surgido de Pavón, el ministro de Relaciones Exteriores del flamante presidente Mitre, el ex rosista Rufino de Elizalde, contestaba así al representante del Perú, que lo había impuesto del Tratado Continental, firmado entre Ecuador, Perú y Chile ante la amenaza que significaban las intervenciones europeas en México y Santo Domingo, y requiriéndole la adhesión de la República Argentina al mismo: "Señor Ministro: Estudiada la nota de esa Legación y el Tratado Continental con toda la atención que ha sido posible, el Gobierno Argentino ha formado el juicio que el abajo firmado tiene el honor de transmitir a V.E. por orden del Sr. Presidente. En la nota y el tratado encuentra el Gobierno Argentino un pensamiento y la indicación de medios para realizarlo que le es sensible no poder prestarle su asentimiento... El Gobierno Argentino no tiene motivos para admitir la existencia de esa amenaza... *La América independiente es una entidad política que no existe ni es posible constituir por combinaciones diplomáticas.* La América, conteniendo naciones independientes, con necesidades y medios de gobierno propios, *no puede nunca formar una sola entidad política.* La naturaleza y los hechos la han dividido, y los esfuerzos de la diplomacia son estériles para contrarrestar la existencia de esas nacionalidades con todas las consecuencias forzosas que se derivan de ellas...

"...La acción de la Europa en la República Argentina, ha sido siempre protectora y civilizadora, y si alguna vez hemos tenido des. inteligencias con algunos gobiernos europeos, no siempre ha podido decirse que los abusos de poderes irregulares que han surgido de nuestras revoluciones, no hayan sido la causa. Ligados a la Europa por vínculos de sangre de miles de personas que se ligan a nuestra familia y cuyos hijos son nacionales, fomentándose la inmigración de modo que cada vez más se mezcla y confunde con la población del país, robusteciendo por ella nuestra nacionalidad; recibiendo de la Europa los capitales que nuestra industria requiere; existiendo un cambio mutuo de productos, puede decirse que la República está identificada con la Europa hasta lo más posible. La población extranjera siempre ha sido un elemento poderoso con que ha contado la causa de la civilización en la República Argentina... No hay un elemento europeo antagonista de un elemento americano; lejos de

²⁴ "Correspondencia Sarmiento.Mitre", cit., p. 251.

eso, puede asegurarse que más vínculo, más interés, más armonía hay entre las Repúblicas Americanas con algunas Naciones europeas, que entre ellas mismas"²⁵.

Y habiendo el año 1864, una escuadra española atacado y ocupado las islas Chinchas, en la costa del Perú —llegando más tarde a bombardear Valparaíso, en Chile—, hablandose de una pretensión europea de monarquizar los gobiernos de nuestras repúblicas, se formó en los países del Pacífico, y aún en Buenos Aires, una agrupación denominada "Unión Americana", que encaró la lucha contra esa acción internacional y buscaba defender las naciones hispanoamericanas. En ella figuraban conocidas figuras políticas e intelectuales del continente. Y, con el fin de tratar el problema, se reunió, en ese año 1864, en Lima, un Congreso Americano, ya que también se hablaba de un intento de España de reconquistar sus antiguas colonias en Sudamérica.

A ese Congreso concurrió Domingo F. Sarmiento, de paso para los Estados Unidos, donde había sido designado ministro argentino, después de su gobernación de San Juan. El presidente Mitre lo desautorizó terminantemente, escribiéndole una larga carta de la cual extractamos lo siguiente: "Usted sabe que es una de las bases fundamentales de la política argentina el no tomar parte en un congreso americano como el que se ha realizado en Lima, y que esta declaración fue el primer acto extenso y solemne de mi presidencia... Usted parece haber olvidado la historia del pretendido congreso americano. Bolívar lo inventó para dominar la América, y el móvil egoísta que le aconsejó, mató la idea cuarenta años... Al primer Congreso (inventado contra los Estados Unidos), no fuimos invitados; y al segundo, lo llamaremos así, que puede decirse que fue antimonarquista y contra el Brasil, tampoco lo fuimos, invitándose tan sólo a los vecinos del Pacífico... Quería partir de la verdad para llegar a la verdad. *Que la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían su vida propia, y debían vivir y desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades,* salvándose por sí mismas o pereciendo si no encontraban en sí propias los medios de salvación. *Que era tiempo ya de que abandonásemos esa mentira pueril de que éramos hermanos,* y que como tales debíamos auxiliarnos, enajenando recíprocamente hasta en nuestra soberanía. Que debíamos acostumbrarnos a vivir la vida de los pueblos libres e independientes, tratándonos como tales. Llenando nuestros deberes respectivos como tales, bastándonos a nosotros mismos, y auxiliándonos según las circunstancias y los intereses de cada país, en vez de jugar a las muñecas de las hermanas, juego pueril que no responde a ninguna verdad, que está en abierta

²⁵ J. R. Torres Caicedo, *Unión Latino Americana*, Paris, 1865, p. 259 y ss.

contradicción con las instituciones y la soberanía de cada pueblo independiente, ni responde a ningún propósito serio para el porvenir".

Y agregaba a esta extensa filípica: "Y lo que le digo a usted... respecto a la política americanista, se lo digo también respecto de las relaciones de las nacionalidades entre sí, sean o no americanas", hablando despectivamente, no sólo del Congreso de Lima, sino de "la gran corporación de la «Unión Americana», organizada para propagar el americanismo"²⁶.

VII. BUSCANDO LA CONSOLIDACION DEL "TRIUNFO" DEL PAVON, EL GENERAL MITRE HIZO INVADIR LA BANDA ORIENTAL CON EL GENERAL ORIENTAL VENANCIO FLORES, SU SUBALTERNO EN AQUELLA BATALLA Y JEFE DEL EJERCITO PORTEÑO QUE EJECUTO LA MASACRE DE CANADA DE GOMEZ, QUIEN OBTUVO, MAS TARDE, TAMBIEN, EL APOYO DEL BRASIL. INFLUENCIA DE LA MASONERIA EN LOS SUCESOS DEL RIO DE LA PLATA. CERCAMIENTO Y DOMESTICACION DE URQUIZA. PROSPERIDAD PORTEÑA.

1. — "El Uruguay, en todo tiempo, fue campo de batalla y de intriga de sus grandes vecinos —escribió Luis Alberto de Herrera—. Aún no apagadas las voces constituyentes, se rompe el periodo que pareció sin orillas, de las pendencias a base de ostracismo y de exterminio... La razón madre de los pasados infortunios [era] la injerencia de esos limitrosos en la vida nacional y la alianza de nuestros partidos con ellos... Blancos y colorados aceptaron, por turno, ese apoyo exterior, abocándonos ¡en cuántas ocasiones! a las mayores catástrofes. Nuestras armas sólo han salido del país para prodigar coraje en beneficio exclusivo de terceros; nuestras alianzas tuvieron siempre sello de partido, consecuencia directa de triunfos o derrotas de fracción; argumento normal de las intervenciones. Tengamos sin miedo el dedo en la llaga, ¿alguien ignora la preferencia de un partido oriental por la amistad argentina, y la preferencia del otro por la amistad brasileña?"¹.

Dentro de tales conceptos se realizó la intervención de Mitre, ex gobernador de Buenos Aires, transformado ahora en Presidente de la República Argentina, según lo quería Buenos Aires, que siempre había planteado: *dominar a las provincias o independizarse de ellas, constituyendo una república por sí misma.*

¹ Luis A. de Herrera, *La formación histórica rioplatense*, Bs. As., 1961, p. 27.

El resultado de la batalla de Pavón ponía a Buenos Aires en vías de realizar la primera disyuntiva, que se había planteado desde el establecimiento del primer triunvirato, en 1811, del que fue figura representativa Bernardino Rivadavia: hacer de sus autoridades locales, las autoridades nacionales; del gobernador de Buenos Aires, el Presidente de la República Argentina. Lo había logrado trabajosamente Rosas, y ahora se lograba nuevamente en Pavón. Pero para asegurar ese logro había que consolidarlo, destruyendo definitivamente a sus adversarios. ¿Y quiénes eran esos adversarios? Los federales de la Argentina, en primer lugar Urquiza, los "blancos" del Uruguay y, en términos más lejanos, la República del Paraguay.

En la antigua Confederación Argentina, los federales de las provincias del interior habían sido diezmados por los ejércitos porteños, que terminaron por asesinar a la figura más destacada de esas huestes rebeldes; el Chacho. Pero el sometimiento de dichas provincias no era definitivo. Además, en el litoral, quedaba Urquiza quien, a pesar de sus declaraciones de adhesión a la nueva situación, permanecía como un peligro en potencia e intacto en sus fuerzas, en Entre Ríos, vinculado a los "blancos" del Uruguay. Había que empezar el trabajo enfrentando a éstos.

2. — Recordemos que al independizarse, el Uruguay había sido calificado por Rosas como "una linda estancia"; por Sarmiento como "una aberración geográfica"; por Alberdi "un Estado en miniatura", y por el oriental Juan Carlos Gómez, como la "república de Andorra", por lo cual planeaba la constitución, con Buenos Aires, de los Estados Unidos del Sud, con capital en Montevideo. El primer censo nacional, realizado en 1852, "vino a aportar una imagen vacilante del Uruguay sobreviviente a la Guerra Grande — escribe un autor de este país—. El total de casi 130.000 habitantes acusa un receso aún más sensible en el interior rural, donde la emigración a Brasil y Argentina se plantea como alternativa a los rigores del conflicto"².

"La guerra sostenida durante más de ocho años por las fuerzas democráticas del Uruguay contra los ejércitos de la dictadura terrorista de Rosas — dice también otro historiador uruguayo — dejó a la República en un estado de postración indescriptible. Quedó destruida la mayor parte de la obra iniciada dificultosamente en el período comprendido entre la declaración de la independencia y el comienzo del sitio de Montevideo... Las rentas nacionales se encontraban enajenadas a particulares; hasta las plazas y edificios públicos habían sido hipotecados o vendidos para hacer frente a los gastos que de mandaba la guerra". Y agrega: "Sobre el país, económicamente en

² Juan Antonio Oddone, *Economía y sociedad en el Uruguay liberal*, Montevideo, 1967, p. 10.

ruinas, militarmente indefenso, pesaba como una plancha de plomo la monarquía feudal esclavista del Brasil"³.

El año 1850, los brasileños poseían en el Uruguay 428 estancias, con una superficie total de 4.739.992 hectáreas. "Los hacendados brasileños radicados en la República — continúa el mismo autor — eran los principales proveedores de los saladeros de Río Grande y actuaban como «puntas de lanza» en la economía nacional, esforzándose en incluir políticamente, colaborando con el gobierno imperial, en la presión que ejercía sobre el gobierno uruguayo, a través de centenares de reclamaciones por daños reales o supuestos producidos a sus intereses. Las estancias por propiedad de brasileños, por su posición estratégica en la frontera norte, fueron utilizadas con frecuencia como centros conspirativos contra los intereses nacionales que estorbaban los planes de la monarquía, contra los gobernantes que se negaban a someterse incondicionalmente a sus exigencias intolerables.

"Todo un aparato montado y organizado desde Río de Janeiro por la clase reaccionaria — continúa — se esforzaba en cerrar el paso a las fuerzas progresivas del capitalismo en su propio país. Por esa misma razón no se avenía a permitir la existencia de un Estado democrático, que había abolido la esclavitud y cuyas posibilidades de desarrollo, teniendo en base el trabajo asalariado, influían en el medio brasileño, creando peligros al sistema de producción esclavista"⁴.

Dentro de este contexto, el gobierno de Brasil había firmado con el representante oriental Andrés Lamas ("que desde su iniciación diplomática sólo encontraba la solución de conflictos y necesidades de su país en el protectorado del Imperio")⁵ los famosos tratados de 1851, en Río de Janeiro, imponiendo a la República Oriental, a cambio de un subsidio mensual, un acuerdo de límites, navegación y comercio completamente leonino, obligándola, además, a devolver los negros esclavos que huían del Brasil, y autorizándose, asimismo, a este país a intervenir en el Uruguay con el fin de "asegurar el orden" cuando lo encontrara conveniente.

Bajo tales imposiciones, después de levantado el sitio, se sucedieron varios gobiernos sin muchas diferencias partidarias, hasta ir definiéndose claramente éstas, que distinguían a "blancos" y "colorados". "El Partido Blanco representaba, en líneas generales, los intereses de los propietarios de tierras y ganaderos, y por eso aparecía vinculado, particularmente, al Partido Federal Argentino, y sus fuerzas principales se encontraban diseminadas en las campañas provinciales; el Partido Colorado representaba, en cambio, los intereses

³ Francisco R. Pintos, *Historia del Uruguay (1851-1938)* (Ensayo de interpretación materialista), Montevideo, 1946, ps. 15 y 16.

⁴ *Ibidem*, ps. 18 y 19.

⁵ Ramón J. Cárcano, *La guerra del Paraguay*, cit., p. 476.

de la burguesía comercial ciudadana, del artesanado y de los dueños de industrias incipientes, sintiéndose solidarios con los unitarios argentinos sostenedores de los intereses de la burguesía centralista de la provincia de Buenos Aires"⁶.

3. — Fechada en Buenos Aires, el 16 de abril de 1863, el general Bartolomé Mitre, nuevo presidente de la República Argentina, recibía un mensaje del general uruguayo Venancio Flores, su subalterno en la batalla de Pavón y jefe del ejército porteño que realizó la masacre de Cañada de Gómez, en el que le decía: "General y amigo: Hoy me entrego a mi destino, lanzándome al suelo de la patria para combatir el gobierno de los déspotas... Usted ha conseguido en ello lo que tal vez pretendía. Desde que se negó usted a hacer por la emigración oriental, lo menos que a su nombre podía yo exigir... no quedaba otro remedio que recurrir a las armas para reconquistar nuestros derechos arrebatados por actos arbitrarios; y a ese penoso sacrificio exigido por todos mis compatriotas, me he prestado porque he preferido la muerte a la oprobiosa esclavitud y servidumbre en que gimen mis conciudadanos, a cuya desgraciada suerte ni he sido ni puedo ser indiferente"⁷.

El general Venancio Flores se lanzaba desde Buenos Aires, acompañado de algunos amigos, a una aventura militar en su país, desembarcando en el Rincón de las Gallinas, cerca de la desembocadura del Río Negro, sobre el Uruguay. Y, aunque algunas historias dicen que el ministro de Guerra de Mitre, general Gelly y Obes, lo había acompañado hasta el puerto, el día de su partida; otras expresan que no hubo tal, por cuanto dicho ministro escribió también, entonces, al general Mitre: "Desde ya creo que el tal guaso de Flores nos va a traer una complicación muy seria con su invasión, pues, si no se va de cabeza pronto y llega a tomar cuerpo su plan, el taita de Entre Ríos ha de auxiliar a los suyos como mejor pueda, y de ahí el embarazo para nosotros. ¡Pobre partido de principios el que encabeza don Venancio!"⁸.

Inmediatamente el gobierno de Montevideo acusó a don Buenos Aires. "El gobierno oriental del presidente Berro ("el mejor de los gobiernos que ha tenido la República Oriental", según Mármol en su polémica con Mitre sobre la guerra de la Triple Alianza⁹), culpó al argentino de promover y alentar la revolución. Pero el general Mitre, por intermedio de su canciller Rufino de Elizalde, rechazó airadamente el cargo, y pronto las relaciones entre Buenos Aires y Montevideo estuvieron al borde de la guerra. Los blancos imputaban al

⁶ Francisco R. Pintos, *Historia del Uruguay*, cit., p. 21.

⁷ "Archivo del general Mitre", Bs. As., 1913, t. XXVII, p. 130.

⁸ *Ibidem*, t. XXVII, p. 132.

⁹ José M. Niño, *Mitre*, cit., t. I, p. 249.

gobierno de Buenos Aires el designio de reconstruir el virreinato del Río de la Plata"¹⁰. También se alarmó Urquiza "por las intenciones atribuidas a Mitre de utilizar al Estado Oriental, una vez triunfante Flores para imponer el señorío de Buenos Aires en Entre Ríos [insinuando] Urquiza que provocaría la separación absoluta de Buenos Aires, para reunir las provincias nuevamente bajo su mando, re-construyendo la Confederación y de acuerdo con el Paraguay, encarar las cuestiones del Río de la Plata"¹¹.

Así se dio comienzo a una aventura que debía alcanzar trascendentes consecuencias en el continente sudamericano.

Porque pronto un nuevo factor había de intervenir en los acontecimientos de la Banda Oriental: el imperio del Brasil que, luego de retirar su ejército, con posterioridad de la guerra contra Rosas, había visto desarrollarse los sucesos de la República uruguaya sin interferirlos. Pero las últimas elecciones en el Brasil, a fines de 1863, *habían consagrado el triunfo del partido liberal* y, al constituirse los nuevos poderes, en enero de 1864, nuevas perspectivas se abrieron en la diplomacia del país. "Ahora sí cabía adoptar en los negocios del Río de la Plata la política recia, dinámica, activa que los liberales venían propugnando, que mejor se adecuaba a la tradición del imperio y que poco concedia con la ausencia del Brasil en el pleito oriental y con su inexplicable tolerancia frente a la intromisión argentina"¹².

Fue así que el gobierno brasileño, representado por el emperador Pedro II, resolvió intervenir en los acontecimientos del Río de la Plata, escuela tradicional de la diplomacia de Río de Janeiro, y para ello salió en defensa de reales o supuestas vejaciones que sufrían los pobladores brasileños establecidos en el territorio de la provincia Oriental, que sumaban 20.000 sobre una población de 130.000, aunque también se hacía llegar esa cantidad a 40.000. Tales reclamos eran hechos desde tiempo atrás por los dirigentes riograndeses, que veladamente amenazaban, si el gobierno de Río de Janeiro no los tomaba en cuenta, con reproducir su anterior campaña separatista. Y engrosaban el ejército de Flores, en consecuencia.

Con estos antecedentes, el gobierno brasileño destacó a uno de sus más renombrados diplomáticos, José Antonio Saraiva, con una serie de exigencias para el gobierno de Montevideo, acompañado de una escuadra al mando del almirante Tamandaré, para reforzar su demanda, al mismo tiempo que un ejército de observación se mantenía en la frontera.

El emisario brasileño, en la emergencia, apoyaba al general Flo-

¹⁰ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil y el Río de la Plata*, del Bs. As., 1961, p. 107.

¹¹ *Ibidem*, p. 108.

¹² *Ibidem*, p. 121.

res, y, habiendo luego pasado, asimismo, a Buenos Aires, prácticamente acordó con el gobierno de Mitre para actuar en común buscando pacificar, según se decía, la Banda Oriental. Más tarde, otra vez en Montevideo, con la participación del ministro de Relaciones Exteriores argentino, Rufino de Elizalde, que había viajado allí, acompañado del ministro británico Edward Thornton, Saraiva se trasladó al cuartel general de Flores, en las Puntas del Rosario, y firmaron un acuerdo de paz que, finalmente, no fue ratificado por el gobierno del ahora presidente uruguayo Aguirre, y que se señala como el antecedente de la futura Triple Alianza contra el Paraguay. "De las conferencias sin testigos en las Puntas del Rosario —escribió Luis Alberto de Herrera— salió la triple alianza, aunque tarde seis meses en reducirse a documento reservadísimo"¹³.

El entendimiento argentino-brasileño y la neutralidad de Buenos Aires producía la mayor perplejidad en los observadores. Al respecto comentaba Alberdi, después de declarar al Brasil "*rival histórico y natural del pueblo argentino*": "Necesitamos explicar los motivos misteriosos de esa neutralidad, porque sin esa explicación es imposible comprender las complicaciones de que es teatro en estos momentos, el Río de la Plata"¹⁴. Y, mientras el Barón de Mauá hablaba de una "alianza monstruosa", también en el Paraguay, la actitud del gobierno de Mitre, complaciente ante la intervención del Brasil en la Banda Oriental, resultaba completamente "extraña". "Los avances del Imperio, como anteriormente los de Portugal, en el Río de la Plata, habían encontrado siempre un antemural recio en Buenos Aires... Pero he aquí que después de tanto tiempo de rivalidades sangrientas, por primera vez el imperio del Brasil se disponía a plantar sus tiendas en el Uruguay sin conciliar la menor aprensión de parte de Buenos Aires. La Argentina era garante de la independencia oriental. ¿Por qué se cruzaba de brazos ante el Brasil? Para el vocero de López, la complacencia argentina no reconocía *razones confesables*"¹⁵. Por su parte "El Semanario", periódico oficial de Asunción, comentaba: "No deja de haber algo extraordinario, alguna acción mágica que ha influido fatalmente sobre los cerebros argentinos y ha insinuado las pasiones mezquinas... ¿O hay un sistema nuevo y oculto por el cual, desconociendo todos los derechos y rechazando juntos pretensiones, se pretende fundar nuevas bases de equilibrio en el Plata?". Y señalaba a "los dos viejos rivales, ahora en *sospechosas convivencias* [considerando que] en las altas esferas del gobierno, en

¹³ Luis A. de Herrera, *El drama del 65. La culpa mitristra*, Montevideo, 1921, p. 75.

¹⁴ Juan B. Alberdi, *El Brasil ante la democracia de América*, Bs. As., 1946, p. 79.

¹⁵ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil...*, cit., p. 353.

el pensamiento de Mitre y de Elizalde, artífices de la «nueva política», había *manifestaciones ocultas*"¹⁶.

Y, mientras tanto, rechazadas por el gobierno oriental las exigencias de Saraiva, el ejército de Brasil desbordaba la frontera de la Banda Oriental y el almirante Tamandaré atacaba los puertos del país sobre el río Uruguay. Al defenderse heroicamente Paysandú, sitiada casi diez días al mando de Leandro Gómez, fue cañoneada y casi destruida por la acción de los barcos brasileños. Y, al bajar sus banderas, falta de víveres y municiones, la ocuparon las fuerzas invasoras, y Leandro Gómez fue fusilado.

4. — ¿Qué había llevado a la alianza de los liberales porteños con los liberales brasileños, alianza que contradecía la rivalidad extrema entre Argentina y Brasil en la tradición diplomática de esta parte de la América del Sur? ¿Cuáles eran esas "manifestaciones ocultas"? ¿Cuáles las "razones misteriosas" a que se referían los órganos del dictador del Paraguay? Todo hace suponer, aunque muchos historiadores no lo mencionen, que allí estaba la influencia decisiva de la masonería, que, desde tiempo atrás, actuaba tanto en Buenos Aires como en Río de Janeiro.

Ya para la época del acercamiento que siguió a la batalla de Cepeda, cuando se encontraron en Buenos Aires, el 9 de julio de 1860, Derqui, entonces presidente de la República, Mitre, gobernador de Buenos Aires, y Urquiza, ahora gobernador de Entre Ríos, se atribuyó a la masonería el episodio. "Todos los actos que se han realizado en medio del fervor patriótico de un pueblo generoso, bajo la advocación de una fecha sagrada para todos los argentinos —escribió el biógrafo de una destacada figura masónica— habían sido gestados y programados por los miembros conspicuos del Gran Oriente Argentino, como supremo esfuerzo a consolidar definitivamente la unión nacional"¹⁷.

Respecto a estos sucesos, escribe también otro historiador vinculado a la masonería: "El 9 de julio de 1860, y a invitación del general Bartolomé Mitre, gobernador de Buenos Aires, se encontraba en esta ciudad el presidente de la Confederación, Sr. Santiago Derqui y el gobernador de Entre Ríos, general José de Urquiza. La presencia de ambos magistrados tenía dos finalidades: una política, ratificar, ante el pueblo de Buenos Aires, que los aclamaba, la sinceridad de los pactos acordados, y otra moral: ofrecer al Gran Oriente Argentino el homenaje de su reconocimiento por su persistente intervención pacífica, y de unión de la familia, como base de la Unidad Nacional... El 27 de julio, el Gran Oriente Argentino, revestido de sus simbólicas galas, abría la ancha portada del Templo

¹⁶ *Ibidem*, ps. 355 y 421.

¹⁷ Félix A. Chaparro, *José Roque Pérez* (Un héroe civil argentino), Bs. As., 1951, p. 149.

de la Logia, para recibir a tan importantes miembros. En el momento en que los generales Mitre con sus manos posadas sobre la Escuadra y el Compás, en solemne acto de juramento requerido por el Soberano Gran Comendador, Dr. J. Roque Pérez, de «obligarse por todos los medios a la pronta y pacífica constitución definitiva de la Unidad Nacional», que, por insinuación de Urquiza, ambos se obligaron bajo juramento «no iniciar la guerra, caso de hacerse inevitable, sin mutuo y previo aviso»¹⁸.

También un investigador de la vida de Urquiza, expresó: «No hay duda que la masonería argentina, manejada por los unitarios desde Buenos Aires, fue la palanca que en todo momento atacó al prócer de la Organización, produciendo sucesos tan trascendentales como el rechazo del Acuerdo de San Nicolás, piedra angular de la Constitución de 1853, en 31 de mayo de 1852; el motín del 11 de setiembre de ese mismo año; el desmembramiento de Buenos Aires; la batalla de Pavón el 17 de setiembre de 1861; el ataque a Paysandú con fuerzas brasileñas y orientales, apoyadas, aparentemente, por el gobierno de Buenos Aires»¹⁹. «Mucho se ha dicho acerca de la influencia de la masonería en la política desarrollada por Mitre y Urquiza antes y después de Pavón —escribe un historiador—. Hasta la presidencia de Avellaneda, la gravitación política de la masonería parece decisiva»²⁰.

La intensidad de esa influencia de la masonería en el Brasil, ha sido expuesto también por numerosos autores. Al hacer la biografía de José María Paranhos, vizconde de Río Branco, figura tan destacada de la diplomacia de su país y de tan importante actuación en los acontecimientos del Río de la Plata, una autora carioca escribe: «Paranhos es al mismo tiempo, representante de su gobierno y de una Asociación, la masonería. Debe darse a este hecho toda su importancia, porque, en el curso de los acontecimientos, veremos frecuentes actitudes políticas incomprensibles si no se tienen en cuenta los choques, dentro de la masonería, de las corrientes liberal y conservadora»²¹.

Según otro autor brasileño, ningún suceso importante de su país tuvo lugar sin intervención de la masonería, sosteniendo: «Tudo quanto foi ilustre no Brasil ha pertencido a Maçoneria», destacando la acción de este sociedad en el cambio de frente de las fuerzas que

¹⁸ Martín P. Lazcano, *Las sociedades secretas, políticas y masónicas en Buenos Aires*, Bs. As., 1927, t. II, p. 352.

¹⁹ Antonio P. Castro, *Urquiza y la masonería* ("Historia", N° 2, Bs. As., 1955).

²⁰ Ataulfo Pérez Aznar, *Esquema de las fuerzas políticas actuales hasta 1890* ("Revista de Historia", N° 1, Bs. As., primer semestre 1957).

²¹ Lidia Besouchet, *José María Paranhos* (Vizconde de Río Branco), Bs. As., 1944, p. 72.

combatían la revolución "farroupilha", en el levantamiento separatista del Río Grande del Sur²².

También, respecto al Brasil, debemos destacar su situación muy particular, en la época de su intervención en la Banda Oriental, que llevó a la ruptura de relaciones con Gran Bretaña. Esa situación derivaba de las actividades de la marina inglesa, como consecuencia del llamado "bill Aberdeen", referente a la supresión del tráfico negrero, de acuerdo con el cual dicha marina intervenía para combatir, aún en aguas jurisdiccionales brasileñas. Además, por entonces, Gran Bretaña acusaba al Brasil por el saqueo de una fragata de su bandera, encallada en las costas de Río Grande, y el maltrato a marineros de su nacionalidad, por todo lo cual tomaba represalias que atentaban contra la soberanía del Brasil, afectando el "honor del Imperio" lo que provocaba reclamaciones oficiales que no eran atendidas por Londres.

"El 31 de diciembre de 1862 —dice Efraim Cardozo— la escuadra inglesa aprehendió a cinco navíos mercantes brasileños a vista y paciencia de las fortalezas de Río de Janeiro. Lo hizo por orden del ministro William Christie, a título de represalias por el saqueo de la fragata inglesa «Prince of Wales», naufragada en la costa de Río Grande del Sud, y por apresamiento de dos oficiales. A este hecho, Christie agregó desaires personales al monarca... El Foreign Office desahució las reclamaciones brasileñas y las relaciones fueron rotas... Pero los vejámenes al honor imperial y la flagrante violación de la soberanía brasileña quedaron sin desagrarivo... *Los ingleses trataban al Brasil como un país de cafres*"²³.

Así es como, cuantas más humillaciones recibía, impotente ante Gran Bretaña, parecía que el Brasil buscaba desquitarse agrediendo un país débil como la República Oriental del Uruguay.

5. — Mientras tanto, ¿qué había sido del general Urquiza? Ya antes de Pavón había recibido la visita de Vélez Sársfield, "otrora asiduo concurrente al besamanos de la hija del dictador"²⁴ que lo incorporó a la masonería, lo cual tuvo influencia, quizás, en su actitud en esa batalla. Después de ella, su hijo Diógenes, en carta a Alberdi, desde Montevideo, el 16 de diciembre de 1861, le decía: "El gobierno nacional, empobrecido, no contaba para la guerra con otra cosa que con el poder y la fortuna particular del general Urquiza. Pero éste está con su crédito arruinado y su fortuna muy comprometida... Las solas campañas de Cepeda y Pavón le cuestan más de un millón de pesos. Luchaba desesperadamente con el Banco hasta

²² A. Tenorio D'Albuquerque, *A maçoneria e a grandeza do Brasil*, Río de Janeiro, s/d.

²³ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil...* cit., p. 129.

²⁴ Beatriz Bosh, *Urquiza y su tiempo*, cit., p. 217.

que fue vencido. En esta situación, entre hacer una guerra de vandalaje y de exterminio, ha preferido entregarse a sus enemigos para que ellos respondan del porvenir del país. Está cansado y horrorizado"²⁵.

También el propio Urquiza escribió a Mitre el 23 de diciembre de 1861: "Las ambiciones estériles del poder no halagan mi vida fatigada: lo he comprobado el 16 de noviembre y lo compruebo ahora cuando me alistó en la misma obra nacional. Huélgame la esperanza de que me será dado todavía manifestar al pueblo de Buenos Aires que amo su porvenir y su gloria, y a la República, que deseo ser el último de sus servidores, buscando, bajo el imperio de la ley y de la libertad, que en otro tiempo me fue dado fundar, reposo a mis cansados miembros y el gozo de que mis hijos disfruten en tranquilidad sus preciosos bienes; esa dicha pura será el honor para mi patria"²⁶.

También una carta de su yerno y secretario Benjamín Victoria a Salvador M. del Carril, del 20 de enero de 1862 hacía ver que "el caudillo entrerriano no consideraba ya ninguna otra alternativa, sino apoyar decididamente a Mitre, en quien confía plenamente; él cree hoy que los enemigos de Mitre son sus propios enemigos"²⁷.

También, con motivo del levantamiento de las montoneras de El Chacho, que invocaban su nombre, se había visto obligado a emitir un "Manifiesto", que difundió entre sus amigos, en el que decía: "Mis enemigos pueden gritar cuanto les plazca para mostrarme complicado en las montoneras del Interior, pero estoy seguro que no podrán alucinar ni a su propia conciencia, porque en este caso niego la sinceridad a los mismos adversarios en quienes antes he podido suponer honradez política"²⁸. Y, al respecto, Sarmiento había escrito: "Urquiza, cuyo nombre invocaban, pero de cuyo egoísmo e inacción se quejaban altamente en correspondencias interceptadas, lo que probaba que tomaban su nombre en vano"²⁹.

Sin embargo, no todos parecían aceptar como sincera su conducta, de acuerdo con los comunicados del gobernador Manuel Laña, de Corrientes, quien, con fecha 11 de octubre de 1863, escribía al presidente Mitre: "No puedo reposar en la fe del gobernador de la provincia de Entre Ríos, en presencia de sus constantes y diarios trabajos subversivos en ésta, la intervención de hecho y sin embargo que ha tomado en apoyo del gobierno blanco oriental, y, últimamente, del desenfreno de su prensa y agitación de sus sesiones... El general Urquiza, señor Presidente, ha de morir antes de

abandonar su antiguo pensamiento de formar con estas dos provincias una república, y, en caso de no poder conseguirlo, reaccionar otra vez la Nación, y dominarla; a ese fin se dirigen sus trabaos, más activos hoy que nunca"³⁰.

"Urquiza sabe —dice Cárcano— que al secundar la obra de Mitre, la exaltación federal lo acusará de traidor, atacándolo duramente. Sabe que la prensa y los extremistas de Buenos Aires, le negarán espontaneidad"³¹. Y alega un investigador de su obra: "Desde Pavón habían venido desarrollándose los sucesos que servirán para desvincular a Urquiza de su pueblo. Su acercamiento a Mitre [que consideraba ese resultado "una gran política"] resultaba contradictorio con ese sentir popular, ya que el gobernador de Buenos Aires, y luego presidente de la República, era el representante del centralismo porteño, especialmente para los entrerrianos que venían rivalizando con Buenos Aires desde 50 años atrás"³². Y Alberdi, que antes había escrito "desde la caída de la dominación de España en Sud América, no ha tenido esta región gobierno que haya hecho más grandes servicios a la causa de la riqueza pública, que la presidencia de Urquiza"³³, ahora expresaba respecto a la actitud del gobernador de Entre Ríos: "Todo esto se ha llamado «recoger los frutos de una gran política», es decir, conseguir que Urquiza deshaga su propia obra, su propio poder, su propia importancia"³⁴.

Repetiendo: "Urquiza acaba su vida como la empezó, por ser un satélite de Buenos Aires. Ha cancelado cuentas con la posteridad, se ha rehabilitado con Buenos Aires, deshaciendo uno por uno sus trabajos y títulos de libertad en favor de la nación y del mundo civilizado. En Caseros derrocó el ascendiente tiránico de Buenos Aires sobre las provincias... En diez años se lo ha devuelto todo y duplicado, cuanto le quitó en 1852. Firmó los tratados de libertad fluvial; él los dejó sin resultado revocando los derechos diferenciales, que devolvieron a Buenos Aires todo el tráfico directo de las provincias, hoy desiertas. Dio una Constitución; él proclamó la reforma que la anuló... Creó un gobierno nacional; él decretó su disolución y lo botó de su provincia en odio a Derqui, que él mismo elevó a presidente... Ganó la batalla de Cepeda; pero devolvió a Buenos Aires todo el fruto de ella, firmando el Convenio de Noviembre, por el que se incorporó Buenos Aires en la unión a condición que la unión le dé todo lo que tiene. Ganó la batalla de Pavón, y le regaló a Buenos Aires la victoria yéndose a su casa y dejando el campo de batalla en manos de los vencidos. Capitanéó al

²⁵ Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, cit., p. 644.

²⁶ Beatriz Bosh, *Presencia de Urquiza*, cit., p. 301.

²⁷ Germán A. Tjarks, *Revista histórica*, Bs. As., 1977.

²⁸ Beatriz Bosh, *Urquiza y su tiempo*, cit., p. 591.

²⁹ Domingo F. Sarmiento, *Vidas de...*, cit., p. 222.

³⁰ "Archivo del general Mitre", t. XXV, p. 165.

³¹ Ramón J. Cárcano, *Guerra del Paraguay*, cit., p. 428.

³² Manuel E. Macchi, *Urquiza...*, cit., p. 122.

³³ Juan B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. I, p. 197.

³⁴ Juan B. Alberdi, *Brasil ante la democracia...*, cit., p. 130.

Brasil para sacudir el ascendiente tiránico de Buenos Aires; hoy se pone a las órdenes de Buenos Aires y del Brasil para reponer el ascendiente de los dos contra los países interiores. Trabajó por la causa de las provincias; hoy trabaja contra ella por la causa de Buenos Aires. Representó el nacionalismo argentino; hoy es el brazo zurdo del localismo de Buenos Aires contra la República Argentina... Se puede decir, según esto, que hay dos Urquizas: el que ha hecho Dios, que es el entrerriano, y el que ha hecho a medias su propia avaricia y la avaricia de sus cómplices de Buenos Aires, esto es el general Urquiza porteño, el Urquiza hechizo extra oficial, fruto de la política grande de Mitre, que ha consistido en lograr que el falso Urquiza mate al Urquiza natural; que el Urquiza porteño mate al Urquiza entrerriano, con lo cual mueren los dos en beneficio de Buenos Aires y en daño de las provincias"³⁵.

Y finalizaba: "¿Para qué ha dado tres batallas? Caseros para ganar la presidencia. Cepeda para ganar una fortuna. Pavón para convertirla".

5. — En tanto, la situación porteña era de lo más floreciente. Según Juan Carlos Gómez (ese "patriota sin patria, ciudadano de una nación sólo por él concebida: Buenos Aires y Montevideo constituían unidas la política grande de su fantasía", decía R. J. Cárcano), "Buenos Aires hoy presenta la misma animación que Nueva York o Filadelfia en los Estados Unidos". Y Mitre, en un discurso en el Congreso Nacional, como Presidente de la República, el 12 de mayo de 1864, expresaba: "Al cumplir por tercera vez los deberes que la Constitución me señala en este acto solemne, me siento poseído de las mismas emociones que hace dos años, cuando me tocó el honor y la fortuna de inaugurar esta nueva era de unión, declarando instalada la representación nacional en toda su integridad, reunida entonces por primera vez, en paz y libertad, bajo el amparo de una ley común..."

"...Tenemos una población que por una ley demostrada por la estadística, combinadas las fuerzas de la reproducción con la de la inmigración, debe doblarse cada veinticinco años, siendo nuestra inmigración actual mayor que la que reciben las repúblicas sudamericanas juntas, y superior a la que Estados Unidos recibían cincuenta años después de su fundación. Apenas organizado por primera vez nuestro tesoro común, podemos presentar una renta un cuarto mayor que la que posee la más próspera de las repúblicas americanas, después de largos años de paz..."

"...Este asombroso fenómeno económico, se repite parcialmente, en más o menos extensión, en casi todas las provincias, en todas

³⁵ Juan B. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, París, s/d., p. 278 y ss.

las cuales ha mejorado el bienestar material y la condición moral, a consecuencia de la mejora que experimenta el gobierno político y social, de las nuevas riquezas naturales que hoy se explotan por la primera vez, y de las industrias nuevas que se establecen a la par que el sistema de viabilidad tiende a complementarse, para ponerse al nivel de las exigencias del comercio... y de la robustez y de la vitalidad siempre creciente de los vigorosos miembros que forman el cuerpo argentino"³⁶.

Pero esa prosperidad parecía ser principalmente para el extranjero, según el coronel Benito Machado escribía a Mitre, en 1863: "Jamas gobierno alguno ha propuesto al hijo del país los beneficios, goces y concesiones que a manos llenas brinda al extranjero; pero en cambio le exige que preste su contingente de sangre cuando se lo precisa, exponiéndolo a que abandone su hogar, sus intereses y familia, para encontrar a su regreso como premio de sus sufrimientos y trabajos, su hogar destruido, sus intereses perdidos y, por último, lo más sagrado, cual es la familia e hijos, comiendo el pan de la indignación"³⁷.

³⁶ Bartolomé Mitre, *Arengas*, cit., t. I, p. 225.
³⁷ "Archivo del general Mitre", cit.

VIII. SIGUIENDO LA TRADICION DE ROSAS, DE UTILIZAR UNA GUERRA EXTERIOR PARA FORZAR EL SOMETIMIENTO DE LAS PROVINCIAS, BAROLOME MITRE INTERVIENE, JUNTO CON BRASIL Y LA PROVINCIA ORIENTAL EN LA CAMPAÑA DE LA TRIPLE ALIANZA CONTRA EL PARAGUAY, QUE APARECE COMO RESULTADO DE LA ACCION DE LA MASONERIA, Y HALLO UN CAMPO FERTIL EN LAS MINUSCULAS ASPIRACIONES DEL DICTADOR PARAGUAY FRANCISCO SOLANO LOPEZ.

I. — "Tuvo la guerra del Paraguay tan decisiva importancia en nuestros destinos y en los de toda la región del Río de la Plata —escribió el brasileño Joaquín Nabuco— que puede considerársela como una línea divisoria de dos períodos de nuestra historia contemporánea. ¿Cómo se llegó a tal suceso? ¿Qué causas lo provocaron? ¿Quiénes lo condujeron? ¿Cuáles fueron sus antecedentes?"

En realidad el problema que había de provocar el Paraguay habría que comenzararlo con la figura de José Gaspar Rodríguez de Francia, "dictador perpetuo", a quien se llama "el Supremo", y que mereció una biografía de Thomas Carlyle, en la que dijo que su actuación había sido "uno de los fenómenos sudamericanos más notables"². Utilizando las fuerzas autóctonas, que tendían a llevar al país a un aislamiento en el fondo de los grandes ríos del sistema del Río de la Plata, cerrado el camino a una fluida relación con el resto del mundo, por la actitud de Buenos Aires, que lo bloqueaba en la desembocadura de aquéllos, el Dr. Francia, después que el Paraguay rechazó la expedición que había despachado la Junta de Buenos Aires al mando del general Belgrano, recluyó a su país dentro de sí mismo, separándolo del resto de las Provincias Unidas, surgidas del movimiento de 1810.

Elegido Supremo Dictador, dice Parish, "su primer objeto fue

¹ Joaquín Nabuco, *La guerra del Paraguay*, Bs. As., 1977, p. 57.

² Thomas Carlyle, *El Dr. Francia*, Bs. As., 1908, p. 26.

sofocar toda oposición, lo que llevó a cabo del modo más eficaz, arrestando, desterrando o dando muerte a todas las personas de fortuna o de influencia que de un modo u otro, pudieran cruzar el ejercicio de su despótica dominación. No había casa donde no tuviera espías; la expresión más trivial de descontento era tomada por traición, y antes de poco nadie se atrevió a hablar a su vecino por temor a ser denunciado. De este modo hizo Francia callar por el terror toda oposición interior y, temeroso que se le hiciese alguna desde el exterior, procedió a limitar la comunicación con las provincias adyacentes, estableciendo finalmente un sistema de aislamiento que, durante veinticinco años, hasta su muerte, fue rigurosamente guardado"³.

Para realizar su obra, cerrado el camino del comercio exterior, que él buscó y trató de concretar con los ingleses Robertson sin conseguirlo por la acción porteña, se empeñó en mantener al Paraguay en una total autarquía, apoyándose en los campesinos y en un ejército que era más bien una guardia pretoriana, "comandada por sargentos" y donde el grado más alto era el de capitán. Su acción autárquica se apoyaba en el monopolio de la yerba mate y de la madera, además de las "estancias de la Patria" que producían en beneficio de la población. Negándose a aceptar el predominio de Buenos Aires, ya que ello significaba, según decía, únicamente "mudar de amo", rechazaba a los porteños, "más odiados que los sarracenos". Sin embargo, nunca pudo conciliar con Artigas, que trató de atraerlo para luchar contra Buenos Aires, sin lograrlo, y a quien llamaba "caudillo de ladrones y salteadores", por lo que éste trató de relacionarse con sus adversarios, que ambicionaban "la formación de un gran Estado constituido por el Paraguay, la Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos y Río Grande del Sur"⁴.

Aunque él mismo, más tarde, aspirara, también, a organizar una gran Confederación, de la cual sería centro y cabeza el Paraguay, "Ninguna duda cabe [según un emisario brasileño] que el gobierno paraguayo estaba en inteligencia con el mariscal riograndés Barreto, y que no abandonaba el proyecto de revolucionar Río Grande del Sur y confederarlo a Montevideo contra Buenos Aires, en cuanto no pueda contar con la alianza del Brasil para oponerse a las temerarias pretensiones porteñas"⁵. Como dice P. Horton Box: "La nación paraguaya es el trabajo de su vida y un legado suyo"⁶.

A su fallecimiento, en 1840, "el sistema social —que dejó— era

³ Woodbine Parish, *Buenos Aires y las provincias...*, cit., p. 342.

⁴ Julio César Chaves, *El presidente López* (Vida y gobierno de Don Carlos), Bs. As., 1955, p. 20.

⁵ Julio C. Chaves, *El supremo dictador*, Madrid, 1964, p. 36.

⁶ Pelman Horton Box, *Los orígenes de la guerra de la Triple Alianza* (traducción y notas de P. M. Ynsfran), Bs. As., 1958, p. 13.

implacablemente igualitario... Demoler los prestigios, nivelar a la población fueron el medio de aniquilar cualquier resistencia económica o política a su férreo sistema... La prolongada dictadura había consolidado la independencia, vigorizado el sentimiento patrio, sustraído al país a la terrible anarquía. Libre de las sangrientas convulsiones de la guerra civil, el Paraguay era un verdadero oasis, aunque la paz reinante fuera la paz de los cementerios"⁷.

Al desaparecer Francia, un Congreso general eligió dos consules para gobernar el Paraguay, uno de ellos Carlos Antonio López. El Congreso estaba, en general, influenciado por las ideas de Francia, siendo sus ministros partidarios acérrimos del aislamiento y tenían aversión ciega a todo lo que no fuera paraguayo. Como otras provincias del ex Virreinato, el Paraguay se declaró "libre e independiente". Esta declaración, hecha el 25 de noviembre de 1842, fue aplaudida por el representante inglés en Buenos Aires, "quien felicitó al gobierno paraguayo por la ratificación de independencia"⁸. El próximo reconocimiento de la independencia paraguaya, sería hecho por el Brasil, en 1844, que había iniciado hostilidades con Rosas, que la rechazaba. Y en la misma fecha Carlos Antonio López fue proclamado presidente de la República.

La estabilidad del Estado paraguayo fue consolidada por López decretando también el estanco del tabaco y declarando propiedad nacional las tierras del clero, con lo que dicho Estado quedó como el dueño más importante de tierras y yerbales. Y trató de sacar al país de su aislamiento, abriéndose camino para el comercio exterior, del que tenía prácticamente, el monopolio.

"El Estado del Paraguay —escribe un autor paraguayo— había heredado los bienes raíces de la Corona española, los bienes muebles, inmuebles y semovientes de la Iglesia Católica y los bienes de los adversarios políticos de Francia y de algunos españoles. Las estancias de ganados de la Iglesia y de los particulares adjudicados al Estado constituyeron los comienzos de las famosas estancias «La Patria». El Estado tenía diez y seis estancias de ganado vacuno y caballar. Francia había organizado un Estado sin más necesidades que las de orden policial... Este Estado desarrolló un régimen económico sin mercado interno, con una población completamente rural, en que la circulación de mercaderías estaba prácticamente paralizada. Cada familia limitaba su producción a su propio consumo ante la falta de mercado interno y la imposibilidad de negociar con el exterior". El producto de las estancias del Estado "servían para abastecer de carne, montados y equipos al ejército, de cueros a la

⁷ Julio C. Chaves, *El presidente López*, cit., p. 20.

⁸ *Ibíd.*, p. 48.

industria de la curtiembre y para distribuir ganado entre la gente sin recursos"⁹.

"El régimen imperante en el país al promediar el siglo XIX —escribe por su parte J. C. Chaves— era lo que pudiera denominarse una dictadura legalizada. El ejecutivo era dueño de facultades discrecionales y omnímodas; no existía equilibrio. El poder judicial carecía de autoridad; el legislativo, por el mecanismo de las elecciones, no era sino hechura del Presidente. Anulados los derechos cívicos esenciales, no existía libertad de prensa, de palabra o de reunión. López fiscalizaba la única imprenta del país y ni un simple anuncio podía ser publicado sin su previa consulta. Por consiguiente, no existía opinión pública libremente expresada. El poder era ejercido con carácter personalísimo, sin colaboradores en el sentido noble del vocablo. Los ministros eran meros amanuenses, les estaba vedado tratar y resolver asunto alguno... Para completar el cuadro, imponía un centralismo exagerado; funcionario alguno deliberaba sobre las órdenes recibidas... Aquel régimen de vida asfixiaba a la nación. Dado el sistema de opresión y anonimato, vivían coartados, sin posibilidad de surgir, los hombres de algún valor que constituyen el decoro y la reserva de un pueblo"¹⁰.

Respecto a su visita al Paraguay, con el fin de tratar de obtener la liberación del sabio Amado Bonpland, que Francia tenía prácticamente secuestrado en su país —por lo que Bolívar, desde el Alto Perú, llegó a proyectar incursionar sobre el Paraguay para liberarlo—, un enviado por el Instituto de Francia, escribía a Humboldt desde Itapúa: "Por todo lo que veo aquí, los habitantes del Paraguay gozan desde hace 20 años de una paz perfecta, bajo una buena administración. El contraste es en todo punto sorprendente con los países que he cruzado hasta ahora. Se viaja por el Paraguay sin armas; las puertas de las casas apenas se cierran, pues todo ladrón es castigado con pena de muerte... No se ven mendigos; todo el mundo trabaja... Los nativos pueden dirigirse al Dictador para educar sus niños a expensas del Estado... Casi todos los habitantes saben leer y escribir... Este magnífico país puede llegar a ser un día de la mayor importancia para el comercio europeo"¹¹.

Y se pueden agregar otros informes sobre el Paraguay: el del cónsul británico Henderson, en el que decía: "Las masas, no sólo están resignadas, sino satisfechas con su suerte, y se les ha dado a creer que el Supremo Gobierno es el legítimo dueño y dispensador de todo cuanto poseen. Y así, sin ningún esfuerzo, pero con el apoyo

⁹ Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, Montevideo, 1979, ps. 102 y 103.

¹⁰ Julio César Chaves, *El presidente López*, cit., p. 192.

¹¹ Juan F. Pérez Acosta, *Francia y Bonpland*, Bs. As., 1942, ps. 26 y 27.

del clero, que depende enteramente de él, el Gobierno puede ejercer libremente su poder de vida y muerte, prisión, destierro y confiscación. El servicio militar, el trabajo y la propiedad privada están bajo sus órdenes¹². También este: "El déspota es detestado por los comerciantes y propietarios, pero es el ídolo del obrero, del campesino y del soldado, porque ha aumentado el jornal del trabajador, ayuda al campesino y los sueldos del ejército se pagan regularmente". Agregando: "Esta provincia es la más poblada de toda la América del Sur"¹³.

La población del Paraguay se calculaba en setecientos u ochocientos mil habitantes, con gran preponderancia de mujeres.

2. — Desde la proclamación de su independencia, el gobierno paraguayo, desempeñado luego por Carlos Antonio López, mantuvo numerosos conflictos externos, por diversos motivos, con los Estados Unidos, con Inglaterra, con la Confederación argentina (ya que Rosas no aceptaba aquella independencia, seguía llamando al Paraguay provincia y no reconocía el título de presidente en quien la presidía, teniendo, además, autorización de la Cámara de Representantes de la provincia de Buenos Aires, para obligar al país a integrarse a dicha Conferencia), y con el Brasil. Sus conflictos con este último se referían fundamentalmente a cuestiones de límites y a la navegación del río Paraguay, indispensable al llamado Imperio para llegar a su provincia de Mato Grosso. Frente a las dificultades que se le presentaban en el exterior, "el viejo López empezó a armarse. Fortificó Humaitá; aumentó el efectivo del ejército permanente; fueron contratados expertos militares e ingenieros europeos; se incorporaron armas y municiones"¹⁴. Sus divergencias habían sido mayores con el Brasil y, según comunicaba el ministro norteamericano Washburn al Departamento de Estado, "el Presidente odia cordialmente a los brasileños, los desprecia como soldados y, al hablar de ellos, acostumbra a llamarlos «macacos»"¹⁵. Sin embargo, con los beneficios que le reportaba el monopolio de la yerba mate y también el del comercio exterior, el gobierno había podido solventar los gastos que le demandaba la defensa nacional, abrir caminos, fomentar la instrucción pública y adquirir vapores, según informaba el órgano oficial "El Semanario".

Recordemos la alianza que el Paraguay había concertado con Corrientes, por el acuerdo firmado en 1845, contra Rosas, por la cual el presidente López destacó un cuerpo de ejército al mando de sus

¹² P. Horton Box, *Los orígenes de la guerra de...*, cit., ps. 53 y 55.
¹³ Ricardo Piccirilli, *La Francia de Luis XVIII y la monarquía en el Plata*, Bs. As., 1964, p. 94.

¹⁴ P. Horton Box, *Los orígenes de la guerra de...*, cit., p. 51.

¹⁵ *Ibidem*, p. 52.

hijo de 19 años, al que había nombrado general. Pero que pronto ese ejército se reveló poco útil, según el general Paz, en sus "Memorias", debido a su escasa instrucción militar. Además, se contagiaba de ideas recogidas en un ambiente que resultaba perjudicial para el absolutismo de su país, por lo que López lo retiró, dejando sin efecto la alianza. Pero el resultado de esta experiencia y la opinión del hijo, frente a sus divergencias exteriores, colaboraron para que López pusiera más atención en la militarización del Paraguay.

Posteriormente, el presidente López envió a su hijo a Europa, en misión diplomática, acompañado de una numerosa comitiva, y allí fue recibida por altos mandatarios, como Napoleón III, el emperador francés, con pompa, lo que parece haber llenado la cabeza del emisario, de grandes ambiciones, hecho al que lo predisponía su idiosincrasia, afecta a las exteriorizaciones superficiales. Juan Bautista Alberdi, entonces representante de la Confederación en el Viejo Mundo, escribía a J. M. Gutiérrez, desde París, en marzo de 1857: "*He oído aquí a hombres graves, que el tal «general» López, que anduvo por acá, es un mozalbeta malísimo y calavera, que no promete al Paraguay más que derrotas, en lugar de una prenda de progresos*"¹⁶.

Luego, también hemos visto la intervención del representante del Paraguay como mediador entre Buenos Aires y la Confederación, a consecuencia de la batalla de Cepeda, misión desempeñada por Francisco Solano López con beneplácito de ambos contendientes. Y, con la garantía de ese país, se firmó el Pacto del 12 de noviembre, por el cual Buenos Aires se incorporaba a la Confederación en las condiciones que allí se estipulaban.

Al morir López I, como lo llama Horton Box, en setiembre de 1862, designó para que lo sucediera, a su hijo, que era el vicepresidente, lo que fue confirmado por un Congreso. Sus últimas recomendaciones, según el padre Maiz, que le administró la extremaunción, fueron aconsejar a su hijo diciéndole: "*Hay muchas cuestiones pendientes a ventilarse; pero no trate usted de resolverlas con la espada, sino con la pluma, principalmente con el Brasil*"¹⁷.

No obstante los trabajos de López padre en relación con la militarización del Paraguay, su hijo parece haber encontrado la situación deficiente, según lo expuso en la "Memoria de Guerra y Marina", de 1862, en la que dijo: "Un ejército numeroso, pero sin jefes ni oficiales en número adecuado; buena parte de la tropa sin instrucción ni disciplina; armamento anticuado constituido en gran parte por fusiles de chispa y cañones de hierro de ánima lisa y avant carga; carecía de escuadra de guerra, con un solo barco armado y ninguno acorazado; de artillería inadecuada y oficialidad también insuficiente".

¹⁶ J. M. Mayer y E. A. Martínez, *Cartas inéditas de J. B. Alberdi a J. M. Gutiérrez y F. Frías*, cit., p. 62.

¹⁷ P. Horton Box, *Los orígenes de la guerra...*, cit., p. 55.

ficiente y escasamente adiestrada, pues no había ninguna escuela militar. La fortaleza de Humaitá, llave maestra de la defensa del suelo paraguayo, aunque bastante para contener escuadras de madera, ya no lo era frente a los modernos y veloces acorazados, por falta de artillería apropiada. La fundición de hierro y el excelente arsenal eran el orgullo del Paraguay, pero fabricaban cañones y balas de modelos antiguos. Los astilleros, bien provistos, tampoco estaban en condiciones de construir verdaderos barcos de guerra y, mucho menos, acorazados. La extraordinaria cantidad de técnicos ingleses que habían dado impulso a esos tres importantes establecimientos, no podrían, aunque lo quisieran, ponerlos a la altura de sus similares de Europa, tanto por la falta de materia prima adecuada, como por que las patentes de las modernas armas no estaban a su alcance. El general López, en su memoria de 1862, aunque rindió justicia a la industria nacional, reconoció que el mejoramiento del equipo militar y naval, dependía exclusivamente de las provisiones europeas... El poder militar del Paraguay, tan admirado y comentado, se basaba exclusivamente en el gran número y la calidad de sus soldados. Prácticamente todo el Paraguay era un gran cuartel"¹⁸.

Sin embargo, en los primeros tiempos del gobierno de Francisco Solano López, sus preocupaciones parecen haber estado en otros aspectos del gobierno. "Estableció premios para los agricultores, envió estudiantes pobres a Europa, otorgó préstamos a los comerciantes modestos e implantó la costumbre de grandes y continuados festivales en las fechas nacionales, a las cuales agregó el de su propio natalicio y la fecha de su ascensión al poder. Al mismo tiempo, dio gran impulso a la construcción del ferrocarril, inició el tendido del telégrafo, hizo ensanchar los arsenales y la fundición de Ibicuy, y planeó una completa transformación edilicia de Asunción. Los recursos del Estado fueron insumidos principalmente en estas obras. La preconizada modernización del armamento militar y naval quedó postergada"¹⁹.

El presidente López, agrega Efraim Cardozo, veía venir la guerra, pero en lugar de emplear íntegramente aquellos recursos en solucionar sus deficiencias en armamentos, en la primera parte de su administración —y ese quizá fue su único mérito— los utilizó en obras de infraestructura, como la construcción del ferrocarril, que fue de los primeros del continente, del telégrafo, etc. Pero que en su ánimo bullían intenciones bélicas, está manifestado por todas sus actitudes. Ansiaba sacar al Paraguay de su retiro, en el escenario político del continente, para que desempeñara en él el rol que, a su juicio, debía tener, y ser reconocido como tal. "El Paraguay podía y debía ser el mantenedor del equilibrio en el Río de la Plata, como en los años

¹⁸ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil y...*, cit., p. 89.

¹⁹ *Ibidem*, p. 93 y 94.

de su permanencia en Francia pretendía serlo, en Europa, el emperador Napoleón III. De ese viaje había regresado precisamente con este ambicioso plan, según la confidencia que, a su paso por Río de Janeiro, vertió en los oídos de Andrés Lamas"²⁰.

Ese plan comenzó a ponerlo en práctica tratando de intervenir en la política del Río de la Plata. Empezó por solicitarle a Mitre explicaciones sobre la participación argentina en la expedición de Flores, en la Banda Oriental, explicaciones que Mitre eludió, provocando la contenida ira de López, mientras la prensa de Buenos Aires lo atacaba y ridiculizaba.

También, por entonces, aspiraba a transformar al Paraguay en un imperio y proclamarse él mismo emperador. El Encargado de Negocios británico en Buenos Aires, escribía a su gobierno en octubre de 1863: "Se me ha informado que el Presidente de la República del Paraguay ha solicitado saber de los gobiernos de Inglaterra, Francia y Brasil si, en caso de que se lo pida la nación, que asuma el título de Emperador y él acepte para su familia la sucesión hereditaria al trono, los tres gobiernos arriba mencionados lo reconocerían en su nueva posición... De lo que yo he observado en el carácter de Su Excelencia, mientras estuve en Asunción, me he formado, asimismo, la creencia de que la información no carece de fundamento"²¹.

También el ministro norteamericano en Buenos Aires escribía: "Acabo de saber de buena fuente que parece fidedigno que López intenta declararse Emperador el primero de Enero, y que será reconocido por Francia y Brasil". Y, por su parte, el ministro norteamericano Washburn, en Asunción, comunicaba: "En Buenos Aires son tan corrientes los rumores de que pronto se cambiará la forma de este gobierno por la de un Imperio, que yo me apresuré a regresar lo más pronto de lo que me proponía. El Cónsul francés me informó que se habían pedido a París ciertas vajillas, adornos y arreos, que apenas harían falta, a menos que se tuviera en vista dicho cambio"²².

Joaquín Nabuco comentaba: "Las obras de López en Asunción indican la tendencia imperial de sus ideas". De regreso de Europa había venido acompañado de una irlandesa divorciada, Elisa Lynch, y, al respecto Nabuco citaba a Masterman, que conoció a López y a madame Lynch, y señala la influencia de ésta en el gobierno. Según él "tenía dos proyectos ambiciosos: el primero casarse con López, y el segundo hacer de él el Napoleón del Nuevo mundo. Para lograrlo, fue persuadiendo a López de que el Paraguay necesitaba una guerra para sacarlo de la oscuridad y le hiciese la principal potencia de la América del Sur. Dado el carácter varonil, aventurero y fantaseador de madame Lynch y su situación de soberana de hecho, tal versión

²⁰ *Ibidem*, p. 94.

²¹ P. Horton Box, *Los orígenes de la guerra...*, cit., p. 199.

²² *Ibidem*, ps. 199 y 200.

era verosímil"²³, Efraim Cardozo, por su parte, lo hace ambicionar, a López, el desposarse con una de las hijas del emperador del Brasil, quien tomó tal proyecto como un insulto.

De todos modos, Francisco Solano López, o López II, como también le llama Horton Box, ante los sucesos de la Banda Oriental y la intervención activa en ellos del Brasil, comenzó a concentrarse más en sus preparativos bélicos, encargando armas y buques a Europa, a través de la firma John y Alfred Blyth, que lo proveía, y protestó solemnemente, el 30 de agosto de 1864, *que, si las fuerzas de ese país, estacionadas en la frontera de Río Grande, la cruzaban para invadir la Banda Oriental, se consideraría en guerra con el Brasil*. A Julio Victorica, enviado por Urquiza con el fin de conocer sus propósitos y aconsejarle mantener la neutralidad ante los hechos, López le ofreció que Urquiza podía "contar con él para hacerse presidente y derrocarlo a Mitre". A lo que Victorica le contestó que tal ofrecimiento no podía ser aceptado por "el libertador de la República y fundador de su Constitución". A lo que López contestó, alzando el tono: "Entonces, si me provocan, lo llevaré todo por delante"²⁴.

De manera que, si el Brasil llevaba a cabo sus amenazas de tomar represalias contra los "blancos" del Uruguay, era llegada la oportunidad de desempeñar el papel continental a que aspiraba López. A este respecto, escribía su ministro de Relaciones Exteriores, Bergés, a uno de sus comisionados: "Ya conoce Ud. la actitud que mi gobierno ha creído debe tomar en esta cuestión. Si el Imperio ocupa el territorio del Uruguay, este gobierno hará efectiva su protesta, y entonces el conflicto es inevitable. También, como amigo, debo manifestar a Ud. que creemos llegado el tiempo de no aceptar el rol infimo que hemos jugado, y que en adelante queremos tomar parte en los acontecimientos del Río de la Plata"²⁵.

Y el 12 de setiembre de 1864, al saberse en Asunción que el Brasil desconocía la declaración paraguaya del 30 de agosto, ante una manifestación que fue a aclamarlo al palacio de Gobierno, López dijo: "La actitud que la República asume en estos momentos solemnes puede recurrir a nuestro patrimonio para hacer oír la voz de Paraguay. Es tiempo de hacerlo. *El Paraguay no debe aceptar por más tiempo la prescindencia que siempre se ha hecho de su concurso al agitarse en los Estados vecinos cuestiones internacionales, que han influido en menoscabo de sus más caros derechos*". Y ante otra manifestación, en la noche del día siguiente, añadió: "Los pueblos extranjeros nos comprenden mal, nos llaman apáticos, hasta nos concipían como un pueblo bárbaro; confunden nuestro carácter pacífico y nuestras costumbres sencillas con las actitudes de un pueblo

²³ Joaquín Nabuco, *La guerra del Paraguay*, cit., ps. 60 y 61.

²⁴ Julio Victorica, *Urquiza y Mitre*, cit., p. 279.

²⁵ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil y las...*, cit., p. 436.

degradado; tal vez sea ahora la ocasión de mostrarles lo que realmente somos, y el rango en que por nuestra fuerza y progreso, debemos ocupar entre las Repúblicas Sud Americanas"²⁶.

El primer acto de guerra con el Brasil fue apoderarse de una nave brasileña que había recalado en Asunción, remontando el río Paraguay, llevando a su bordo al gobernador de Mato Grosso, el 11 de noviembre de 1864. En seguida despachó una fuerza militar que se apoderó de esta provincia brasileña, la cual, por su aislamiento, no podía ser bien defendida por el gobierno de Río de Janeiro. Así comenzó la guerra que Francisco Solano López buscaba para hacer conocer al Paraguay en el mundo.

En seguida pidió permiso a Mitre para cruzar el territorio de Misiones con el fin de atacar Río Frande del Sur, lo que Mitre denegó alegando una neutralidad argentina que en los hechos poco existía. Entonces López declaró la guerra también a la República Argentina y se apoderó de dos barcos, prácticamente en desguase, que se hallaban anclados en el puerto de Corrientes, invadiendo dicha provincia. Así comenzó a llevarse "todo por delante", según su expresión al emisario de Urquiza. "Con esto —dice el historiador mexicano Carlos Pereyra— López subió al pináculo de la insensatez política"²⁷.

El hecho tuvo gran repercusión, al conocerse, en Buenos Aires. A una manifestación que fue a aclamarlo a su domicilio, Mitre contestó que la guerra traería grandes beneficios para la República Argentina, y lanzó una de sus más famosas consignas: "En veinticuatro horas al cuartel, en quince días a campaña, en tres meses a la Asunción". Y el 1° de mayo de 1865 se firmó en Buenos Aires el tratado de la llamada Triple Alianza, entre la República Argentina, el Brasil y la República Oriental del Uruguay, gobernada ahora por el general Flores, el que Carlos Pereyra llama de la "Triple Infamia".

Para el Paraguay, en cambio, parecía haber llegado el tiempo de ser protagonista en la alta política del Río de la Plata. "¿Únicamente con la voz de los cañones el Paraguay podía hacer sentir su presencia en el mundo?", se pregunta Efraim Cardozo. Y Alberdi había de comentar: "La Triple Alianza actual es la liga de tres enemigos, cada uno de los cuales desconfia más de su aliado que del enemigo común... Flores no tiene otro enemigo que los blancos; Mitre no tiene más adversario en vista que las provincias; don Pedro II no tiene más enemigo que la ex República de Río Grande"²⁸. Además,

²⁶ Mariscal Francisco Solano López, *Pensamiento político* (Estudio preliminar de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde), Bs. As., 1969, ps. 181 y 183.

²⁷ Carlos Pereyra, *Francisco Solano López y la guerra del Paraguay*, Bs. As., 1953, p. 75.

²⁸ Juan B. Alberdi, *El imperio del Brasil y la...*, cit., p. 144.

la monarquía brasileña tenía que lavar su dignidad imperial de las humillaciones a que la sometía Inglaterra. Nabuco habla de la "necesidad de fortalecer el prestigio del Imperio, lastimado por la cuestión inglesa"²⁹. "Si las represalias contra la poderosa Albión eran imposibles, la ocasión de lavar el honor brasileño se le presentaba ahora —agrega Cardozo—. En el sur podía desahogarse la refrenada indignación"³⁰.

3. — Hemos dicho que para entonces la población del Paraguay se calculaba en 700.000 a 800.000 personas, habiendo mucho mayor número de mujeres. En cuanto al Brasil, el número de sus habitantes era, a su vez, calculado en 6 millones. Respecto a la República Argentina, escribía Martín de Moussy: "según mis cálculos debía alcanzar de 1.300.000 a 1.400.000 habitantes"³¹. (Menos que Chile que consideraba tendría alrededor de 1.900.000 a 2.000.000.)

De acuerdo con Horton Box, López II (que en París, ante H. Varela había dicho: "Sepa usted que con mis paraguayos tengo bastante para brasileños, argentinos y orientales, aún con los bolivianos, si se meten a sonsos")³², tenía acuartelado un ejército de 60.000 hombres. Además de las fuerzas despachadas a Mato Grosso, López formó dos columnas que entraron por Corrientes, a lo largo del río Uruguay, invadiendo Río Grande del Sur, hasta ocupar una la ciudad de Uruguayana. Como estas columnas no encontraron las metas que tal vez buscaron, la colaboración de Urquiza —porque estaba decidido a no intervenir, o no se decidió a hacerlo—, y la otra, la cooperación de los blancos del Uruguay, que ya habían sido derrotados, debieron rendirse. Por ello López, se replegó a su país, donde opuso la mayor resistencia. Y la guerra que debía durar tres meses, se prolongó durante cinco años.

Que la guerra fue apoyada por los intereses británicos en el Río de la Plata, no cabe duda, aunque el diario "The Standard", de Buenos Aires atacara al Brasil. El representante inglés en la capital argentina acompañó al ministro Elizalde en su viaje al Uruguay, buscando, aparentemente, la pacificación del país, con motivo de la invasión de Flores, y asistió a la firma del acuerdo de Puntas del Rosario, que se presenta como antecedente de la Triple Alianza. Luego visitó el Paraguay, escribiendo un informe totalmente desfavorable al Foreign Office. "El despotismo implantado [en el Paraguay] era un obstáculo en el camino de la estabilización —decía—. Insignificante en sí mismo, el Paraguay podía impedir el desarrollo y progreso de todos los vecinos y su extinción como nación, o la caída

²⁹ Joaquín Nabuco, *La guerra del Paraguay*, cit., p. 47.

³⁰ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil...*, cit., p. 129.

³¹ "Archivo del general Mitre", cit., t. XXI, p. 110.

³² Efraim Cardozo, *op. cit.*, p. 89.

de la familia reinante, debía ser provechosa para su propio pueblo, como para todo el mundo"³³. Finalmente, como decano del cuerpo diplomático en Buenos Aires, dio un gran banquete de despedida al general Mitre, que partía designado "generalísimo" de las fuerzas aliadas.

En una publicación hecha en Londres, con motivo del conflicto, en la cual se presentaba a Mr. Thornton como "el capaz imparcial representante de Inglaterra ante la Confederación", se decía: "Abierto por la demolición de este obstáculo [la fortaleza de Humaitá] a la colonización y civilización europea, se puede tener esperanzas de la desaparición del sistema de coerción sobre la industria nativa, del monopolio de la producción agrícola y del comercio que ha caracterizado el despotismo del Paraguay desde los tiempos románticos de Francia hasta el gobierno vulgar de López, el joven... Mr. Thornton, el ministro inglés en Buenos Aires, en un primer momento del asunto, fue a Asunción para contener, en lo posible, la suicida impetuosidad [de López] y, por último, expresar públicamente su condena. Cita de sus manifestaciones finales". Y reproduce en el Apéndice una carta de: "Daily Herald", de Londres, donde transcribe las palabras de Thornton en el banquete el 2 de mayo de 1865, en Buenos Aires, donde dijo en su nombre y en el del cuerpo diplomático: "Estamos convencidos de que el gobierno argentino deseaba la paz, y observar la más estricta neutralidad en la guerra que se había declarado entre el Paraguay y el Imperio del Brasil. Es cierto que el tratado de 1856 entre Argentina y Paraguay, de no tomar las armas sin previo aviso de 6 meses, había expirado. Pero hubiera sido mejor si el Paraguay, no obstante ello, hubiera dejado que ese principio subsistiera. Y brindó por el rápido retorno de S.E. el Presidente de la República Argentina, de los distinguidos generales, oficiales y hombres, sus compañeros de armas". A lo cual, con fecha 24-VI-65, Earl Russell respondió aprobando sus palabras³⁴.

Con motivo de la guerra, en Londres, se colocaron empréstitos de Buenos Aires, por medio de Baring Brothers, y del Brasil, de Rothschild. También el Paraguay iba a colocar uno por 5.000.000 de libras, negociado por Rothschild, que quedó en suspenso, y al final de la guerra se realizó por una suma menor, a través de Baring Brothers, tramitado por Máximo Terrero, el yerno de Rosas, que se desempeñaba como cónsul general del Paraguay en Inglaterra. El resultado del empréstito fue desastroso, el Paraguay quedó endeudado sin recibir un centavo, por cuanto la suma del empréstito quedó a cuenta de intereses y comisiones. El empréstito fue calificado dentro

³³ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil...*, cit., p. 362.

³⁴ "War in the River Plate in 1865" (with a map of the countries affected by the war), London, 1865, ps. 21 a 35 (De la Biblioteca del Museo Británico).

del rubro de "operaciones criminales" por un Comité del Parlamento británico siendo condenado por Alberdi y Gregorio Benítez, agente del Paraguay en Europa³⁵.

La prolongación de la guerra, en que los ejércitos aliados sufrieron desastres como en la batalla de Curupayty, fue considerada por muchos como una forma de extender las ganancias que ella producía en los proveedores. Y hasta el Duque de Caxias, jefe del ejército del Brasil, acusó a Mitre de tal prolongación, además de negarle condiciones como general. El 12 de setiembre de 1867, decía Caxias: "Con quienes estamos aliados, no quieren acabar la guerra, porque con ella están lucrando y empobreciendo al Brasil. El M. [Mitre] ha procurado por todos los medios, después que yo he llegado aquí, embazarar la marcha de las operaciones, que, si se hubiesen continuado como en un principio, estaría a fines de agosto la guerra concluida... ¿Qué estoy haciendo aquí a las órdenes de un hombre que todo podrá ser menos general?"³⁶.

Además, ¿cuáles eran los verdaderos fines de la guerra? Según el tratado de la alianza, acabar con el dictador del Paraguay, que la había provocado. Sin embargo, el ministro Thornton comunicaba a Londres, el 24 de abril de 1865: "Mitre y Elizalde no me ocultan que cualquiera que sea su actual punto de vista sobre el asunto, en las actuales circunstancias, éstas pueden cambiar más tarde, y el señor Elizalde, que tiene alrededor de 40 años, me dijo una vez, en una conversación, que esperaba vivir para ver a Bolivia, Paraguay, Uruguay y la Argentina unidos en una Confederación y formando una poderosa República en Sud América"³⁷.

También Sarmiento, escribía a Elizalde desde Lima, el 5 de febrero de 1865, reproduciendo palabras del ministro brasileño en Perú: "Que el Imperio consentiría la anexión del Uruguay por la Argentina, si se le deja mano libre en el Paraguay para llevar adelante la guerra, con el propósito de obtener compensaciones de territorio en el Paraguay, quizás... el Paraguay mismo"³⁸.

Mientras tanto, el Brasil también tenía sus designios secretos respecto del Uruguay, así como del Paraguay. Pero siempre era la apetida Banda Oriental, la ex provincia Cisplatina, la preferida. El ministro norteamericano Washburn comunicaba al Departamento de Estado, en noviembre de 1864, que en una conversación con el ministro paraguayo Bergés, en Asunción, éste le había dicho "que el empera-

³⁵ Idalia Flores de Zarza, *Juan Bautista Alberdi y su defensa del Paraguay en la guerra contra la Triple Alianza*, Bs. As., 1975, p. 379 y siguientes.

³⁶ José M. Niño, *Mitre*, cit., t. I, ps. 219 y 220.

³⁷ "Correspondence respecting hostilities in the River Plate", London, 1865, p. 17.

³⁸ German Tjiarks, *Nueva luz sobre el origen de la Triple Alianza* ("Revista Histórica", N° 2, Bs. As., 1977).

dor del Brasil había despachado a un enviado especial a Europa con el fin de negociar con los gobiernos de Inglaterra y Francia, y obtener el asentimiento de los mismos para la anexión de la República Oriental a sus dominios. El ministro oriental Sr. Sagastume me ha dicho la misma cosa"³⁹.

Y, de parte del Paraguay, ¿cuáles eran esos fines? Aunque en una época se había hablado de que López pensaba apoderarse de Corrientes o de Mato Grosso, su propósito ahora fue "hacer oír su voz en los asuntos del Río de la Plata". "Es la revelación de una política completamente opuesta a la que permitió al doctor Francia, y a Carlos Antonio López la consolidación del Estado-nación... dice Horton Box—. Era, en una palabra, una política de aventura... en la pretensión de «un puesto al sol», de hacer oír la propia voz, de la «dignidad nacional»... No descansaba en la apreciación exacta de los intereses nacionales, sino en una estimación puramente romántica, podría decirse fascista, del mérito nacional, del poder nacional, de la situación avalada que una nación digna debería ocupar, importancia avalada en función del miedo y de la deferencia de los vecinos"⁴⁰.

El historiador paraguayo Efraim Cardozo repite lo mismo y manifiesta que López ni siquiera estaba preparado militarmente para la guerra. "Su armamento —dice— era anticuado y en cantidad insuficiente para equipar su ejército. La fundición de Ibicuy sólo podía fabricar cañones de hierro. También la preparación profesional era malísima. Le hacían falta oficiales y sus generales y coroneles apenas eran «cornetas de órdenes»". "El ejército era López", afirma. Y agrega que "según el relato de Washburn, el presidente López le confesó su persuasión de que sólo con una guerra el Paraguay podía llamar la atención y el respeto del mundo... Si López, en verdad, hubiera creído que estaba en inminente peligro la independencia nacional... hubiera postergado el momento de la crisis el mayor tiempo posible, por lo menos hasta que llegaran los armamentos y barcos contratados en Europa... Su improvisación fue causa principalísima del desastre militar y del tremendo aniquilamiento material de su patria"⁴¹.

"La guerra del Paraguay fue uno de los grandes crímenes de la América del Sur. Pero este crimen no lo cometió el vencedor; lo cometió López, que llegó a exigir el suicidio de su pueblo", escribió Joaquín Nabuco buscando, sin duda, justificar el genocidio hecho por las tropas de su país en el vencido Paraguay⁴².

³⁹ P. Horton Box, *Los orígenes de la...*, cit., p. 220.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 212.

⁴¹ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil...*, cit., ps. 362 y 553.

⁴² Joaquín Nabuco, *La guerra del Paraguay*, cit., p. 244.

Y, cuando la guerra terminó con la muerte de Francisco Solano López en Cerro Corá, perseguido a través de las selvas por las fuerzas del Brasil, el ministro de Relaciones Exteriores argentino Mariano Varela proclamó extemporáneamente "La victoria no da derechos", buscando frenar las ambiciones de su aliado. Lo que no le impidió al gobierno de Buenos Aires quedarse con todo el Chaco Central, hasta el Pilcomayo, y extender sus apertencias al Chaco Boreal, hasta bahía Negra, propósito en el cual, fue detenido, a su vez, por el Brasil. Sometida a arbitraje la cuestión, éste fue negativo.

4. — "Cuando Londres tiene la sensación de que el Paraguay está vencido [particularmente después de Yatayty Corá, en que López sondeó la paz], publica el texto del tratado, cuyo conocimiento provoca la reacción indignada de los pueblos y de las cancellerías del Nuevo Mundo"⁴³. Inglaterra había sido el primer país en felicitar al Paraguay por la declaración de su independencia. Lo había hecho, buscando a través de ello, según señalamos, la libre navegación de los ríos, lo mismo que había provocado la independencia del Uruguay, con el fin de evitar que ambas márgenes pertenecieran al mismo país y éste pudiera alegar que ese río era un curso interior. Si ahora permitía que el Paraguay fuera aniquilado y suprimido, ponía en peligro aquella libertad conquistada después de Caseros, por naciones que lo negaban. (El Brasil había buscado la libre navegación del Paraná-Paraguay porque le convenía, pero, al mismo tiempo, negaba la libre navegación del Amazonas.) De manera que Inglaterra fomentó la defensa del Paraguay cuando consideró que los fines principales de la guerra, de su parte, habían sido logrados: la libre apertura del mercado paraguayo, al que se concedía mucha importancia.

Todo esto en su esencia, está expuesto en un comunicado del gobierno del Perú: "A los Encargados de Negocios en Buenos Aires, Río y Montevideo", fechado en Lima, el 9 de julio de 1866, en el que se decía: "Parece que el gobierno de Gran Bretaña concibió algunos temores y los expuso por intermedio de su representante en Montevideo. Para tranquilizarlo, el ministro de relaciones exteriores del Uruguay dio una copia del tratado de alianza al ministro inglés, pero hay que suponer que estos temores se despertaron un día entre los otros gobiernos, sobre todo en los americanos... En una palabra, yo puedo afirmar que las reflexiones emitidas en esta Nota reproducen fielmente el pensamiento de las naciones del Pacífico que, para conservar su independencia y su soberanía, se han aliado contra la España [estaban en guerra con España] y desean hacer permanente su alianza precisamente para garantizar y asegurar en el porvenir la independencia y la soberanía de todas las naciones de Amé-

⁴³ Juan C. Herken Krauer y María I. Giménez de Herken, *Gran Bretaña y la guerra de la Triple Alianza*, Asunción, 1983, p. 88.

rica... Lo que tiene de particular es que, habiendo sido concertado en Buenos Ayres, donde Mr. Thornton era ministro inglés, este tratado haya sido comunicado al Foreign Office sólo dos meses más tarde por Mr. Letson, ministro inglés en Montevideo. Lo que probaría de parte de Mr. Thornton mucho tacto o mucha consideración para los aliados... El gobierno actual del Paraguay, en el que los aliados ven una amenaza para sus intereses, es el gobierno independiente y soberano del Paraguay, cualquiera que sea el hombre que lo desempeña; es el gobierno futuro lo mismo que el gobierno presente; es para el Paraguay constituido en Estado soberano, dueño y señor absoluto de sus propios destinos, y extendiendo así al borde de los grandes afluentes del Plata, cuya libertad es tan esencial a la independencia y a la riqueza del Paraguay, como amenaza a los monopolios que forman el bienestar actual de los aliados".

Acusa a estos aliados de querer arrasar el Paraguay para hacer de él una Polonia americana y establecer de nuevo el monopolio de la navegación de los ríos, que fue destruido por los tratados del Paraguay en 1853. "Todo el crimen del Paraguay —dice—, crimen que se le quiere hacer pagar con la vida, consiste en el simple hecho de existir como Estado independiente, siguiendo las condiciones geográficas que hacen de su existencia como Estado... un ejemplo de emancipación, una garantía de libre y directa comunicación con el mundo exterior... Para la Europa comerciante, la destrucción del Paraguay será la abolición indirecta y tácita de los tratados que le aseguran el libre acceso a esas comarcas misteriosas de la América donde Voltaire había colocado El Dorado"⁴⁴.

Como consecuencia de la guerra, el Paraguay, que no tenía deuda pública, se empeñó en el empréstito fraudulento que vimos. Su función fue destruida. Sus tierras públicas fueron vendidas a la marchanta por una buicosa. El país pasó de la independencia a la dependencia, como lo ha mostrado un reciente estudio de un autor paraguayo⁴⁵.

Pero consecuencias adversas tuvo también para el Brasil. "La declinación del Imperio coincidió con la guerra del Paraguay", dijo una autora brasileña⁴⁶. Asimismo, Caio Prado Junior escribe: "La guerra en que se empeña el Brasil junto a la Argentina y el Uruguay en contra del Paraguay, envuelve al país durante cinco años (1865-1870) en la más seria crisis internacional de su historia. Sin

⁴⁴ "Protestation du Percu et de ses alliés du Pacifique contre les tentences de la guerre que le Bresil, la Confederation Argentine et Uruguay font au Paraguay", Paris, 1866 (De la Biblioteca del Museo Británico).

⁴⁵ Domingo Laino, *Paraguay: de la independencia a la dependencia*, Asunción, 1976.

⁴⁶ Lidia Besouchet, *José María Paranhos*, cit., p. 78.

preparación suficiente y en plena crisis de formación y de crecimiento, el Brasil enfrentaba una guerra larga y ardua que puso a prueba todos sus recursos. Salió victorioso, pero muy abatido. En el terreno económico, los resultados de la victoria fueron malos; nada se podía pagar con la derrota de un vecino que, aunque militarmente fuerte, era económicamente débil y quedó reducido por la guerra al último extremo... Pero, si no produce resultados positivos de expansión económica apreciables, la guerra del Paraguay, inversamente, comprometió muy seriamente las finanzas del país, de tan funestas consecuencias durante un largo período posterior. El Imperio no podía equilibrar más su presupuesto, que ya antes estaba en precario estado, y ahora se encontraba irremisiblemente gravado. Se acentuaban los males resultantes de empréstitos, sobre todo externos, y grandes emisiones de papel inconvertible a que se debió recurrir a fin de costear los gastos de la guerra... Y el Imperio se extinguirá veinte años después de ella sin haber podido establecer aún en el país el orden financiero tan necesario a su condición económica. La guerra del Paraguay tiene gran responsabilidad de ello"⁴⁷.

También podría decirse que trajo la ruina del famoso banquero Barón de Mauá, quien frente al desarrollo de los últimos sucesos del Río de la Plata, se había comprometido con los "blancos" del Uruguay, y consideraba a Flores "un bandido", y la alianza que llevó a la guerra contra el Paraguay, "monstruosa", según antes dijimos.

En cambio, para la República Argentina, aparte de la oportunidad de afianzar el dominio de Buenos Aires sobre las provincias, como lo buscaba Mitre al intervenir en la guerra, la infusión del oro brasileño trajo una apreciable prosperidad. "Puede decirse —escribió Nabuco al respecto— que la alianza impuesta por las circunstancias, fue para la República Argentina un hecho providencial... la alianza fue uno de los principales factores de la prosperidad platenense"⁴⁸.

5. — "El Paraguay es el único país rioplatense que se hace efectivamente independiente, en lo político, como en lo económico —expresa un historiador y político paraguayo—. No se ha convertido en factoría de ninguna potencia extraña. Valoriza industrialmente al país y sus manufacturas amenazan con invadir el Río de la Plata"⁴⁹. Este es uno de los tantos conceptos exagerados a que ha dado lugar el nacionalismo superficial de muchos autores de nuestros países. Se habla de altos hornos, de fábricas, de invasión de mercaderías pa-

⁴⁷ Caio Prado Junior, *Historia económica del Brasil*, Bs. As., 1960, ps. 218 y 219.

⁴⁸ Joaquín Nabuco, *La guerra del Paraguay*, cit., p. 76.

⁴⁹ J. Natalicio González, *La guerra del Paraguay* (Imperialismo y nacionalismo en el Plata), Bs. As., 1968, p. 74.

raguayas, etc. Quienes han estudiado seriamente el problema, no llegan a esas conclusiones. "Resulta sumamente difícil hablar de un proceso de industrialización... El carácter de la producción de Iticuy [donde funcionaba una fundición] era fundamentalmente militar"⁵⁰.

En una publicación oficial para propaganda del Paraguay, editada en Londres, en 1867, entre otras cosas que se hacen conocer para mostrar el adelanto del país, se dice: "Se ha levantado una fundición y un arsenal, sin rival en Sud América... López invitó a muchos extranjeros y les dio cargos de confianza y remuneración, y creemos que en las diferentes obras públicas del Paraguay, hay más ingleses provechosamente empleados que en cualquier país de Sud América... Paraguay puede recibir cualquier cantidad de mercaderías, ya que nada se fabrica todavía en el país, excepto algunos de los más finos y hermosos encajes, cigarros, run y almidón. Necesita algodón, seda, trajes, vinos, brandy, cervezas, muebles, libros y ciertos artículos para lujo y confort"⁵¹.

Así como tantos autores uruguayos quieren hacer a Artigas un precursor de la Reforma Agraria moderna, los paraguayos aspiran a hacer a López un industrializador de su país. Pero la verdad es que éste, quería transformarse en emperador, desempeñar un gran papel político en la América del Sur, y tenía sometido al Paraguay bajo una exclusiva tiranía, al punto de declarar la guerra a los futuros integrantes de la Triple Alianza por su sola determinación; podríamos decir que destruyó tempranamente, con su vanidad liviana y atolondrada, un proceso de desarrollo nacional autónomo, único en la América del Sur, y con el total aniquilamiento de su pueblo. Por eso consideramos que las palabras de Alberdi, colocado decididamente detrás del Paraguay —lo mismo que Rosas, quien planeaba ceder a López la espada que le había donado el vencedor de Chaabuco y Mairipú— son completamente extemporáneas y sólo derivaban de su oposición a Mitre: "La obra que Bolívar tomó de San Martín para proseguir hasta la victoria de Ayacucho, viene hoy a manos del jefe supremo de Asunción"⁵². Agregando estos desafortunados juicios, que tanto contradicen los que transmitió desde Europa con motivo del viaje del aludido: "El tal López, mozalabete malísimo y calavera, que prometía a su país sólo prendas de derrotas", o cuando escribió: "El Paraguay, erigido en monarquía imperial, sería una segunda edición del Imperio de Haití, especie de burla del poder monárquico en América"⁵³. Ahora decía: "López no tiene igual en Amé-

⁵⁰ Juan C. Herker Kruey y María I. G. de Herken, *Gran Bretaña y la guerra...*, cit., ps. 39 y 46.

⁵¹ "Paraguay" (A concise history of its rise and progress: and the causes of the present war with Brazil), London, 1867 (Biblioteca del Museo Británico).

⁵² Juan B. Alberdi, *El Brasil ante la...*, cit., p. 96.

⁵³ Juan B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. IV, p. 551.

rica, ni en Bolívar, ni en San Martín, ni en los mejores tipos de constancia indomable y grande que presente la historia moderna de América. El Brasil es un triste país en no reconocerlo. Mitre y Sarmiento siguen la guerra desde sus sillones. López es un Aquiles delante de esos carneros"⁵⁴.

Nosotros consideramos que el proceso autónomo paraguayo, a la larga, hubiera sido destruido, como lo fue, o domesticado como Uruguay, dado que el poder del capital internacional era incontestable ante la debilidad de esos procesos en nuestro continente. El mismo Mitre, el representante más conspicuo de dicho capital, lo declaró con motivo de la polémica con Juan Carlos Gómez: "*La guerra entre el Paraguay y la República Argentina era un hecho más que probable, tal vez inevitable en lo futuro*, por la naturaleza del poder del Paraguay, por las cuestiones de límites pendientes y por el antagonismo creado por lo que respecta al comercio y a la libre navegación de los ríos"⁵⁵. Pero, de todas maneras, consideramos que Francisco Solano López, culpable de haber dado motivo para su destrucción, junto con la destrucción de su pueblo, en aras de satisfacer una, en cierto modo, grotesca vanidad, sólo puede ser un héroe para el dictador Stroessner, que le ha levantado un templo en el centro de Asunción, para fundamentar en la figura de López su régimen despótico.

Mientras tanto, al finalizar el conflicto, el presidente Mitre pronunció estas palabras el 21 de febrero de 1869: "En la guerra del Paraguay, que ha terminado ya, o puede darse por terminada, ha triunfado no sólo la República Argentina, en su capacidad política de nación, no sólo la Triple Alianza en reivindicación de sus derechos, sino también los *grandes principios del libre cambio*, que son los que vivifican el comercio. Para el comercio se han derribado también las fortalezas que amenazaban las costas; para él también se han roto las cadenas que obstruían el río Paraguay; para él y por él también se ha conquistado la franca navegación de los ríos superiores, la libertad de comercio y la derrota del monopolio y la explotación de los pueblos por sus tiranos"⁵⁶.

Pero, como escribió Elisée Reclus, en 1896: "*En adelante, ningún campesino paraguayo podrá cavar el suelo de su patria, sin pagar renta a los banqueros de Nueva York, Londres o Amsterdam*"⁵⁷.

⁵⁴ Idalia F. de Zarza, *Juan Bautista Alberdi...*, cit., p. 178.

⁵⁵ José M. Niño, *Mitre*, cit., t. I, p. 346.

⁵⁶ Bartolomé Mitre, *Arengas*, cit., t. I, ps. 276 y 277.

⁵⁷ Citado por Carlos Pastore, *La lucha por la...*, cit., p. 213.

IX. OTRA VEZ LAS MONTONERAS DEL INTERIOR. DEFINITIVA DOMESTICACION DE URUGUAYA. FIN DEL PERIODO GUBERNATIVO DEL GENERAL MITRE. MITRE Y LA FUNDACION DE "LA NACION".

1. — Alberdi había escrito que la invasión de Flores a la Banda Oriental y la guerra contra el Paraguay no eran un fin en sí mismas, sino que tenían un destino final: reforzar la dominación sobre las provincias. En cambio, para éstas, tales acciones bélicas no significaban sino la lucha del gobierno de Buenos Aires, aliado al Brasil, contra el gobierno "blanco" de Montevideo y contra Francisco Solano López, en el Paraguay. Por eso, no sólo se consideraban ajenas a tales sucesos, sino que se sentían solidarias con los adversarios de Buenos Aires. La campaña de Flores, apoyado por Mitre y el Brasil, logró una general repulsa en las provincias, especialmente en Entre Ríos, donde los cañones del almirante Tamandaré contra Paysandú tuvieron tan intensa repercusión, que numerosos y distinguidos argentinos cruzaron el río Uruguay para unirse a las fuerzas de Leandro Gómez, que tan heroicamente resistían el asedio de los barcos brasileños.

Cuando llegó el turno de la lucha contra el Paraguay, la situación se puso más álgida, ya que, de acuerdo con las disposiciones del gobierno de Buenos Aires, que había pasado a ser el gobierno nacional, cada provincia debía colaborar en la guerra contra López, enviando contingentes, cuyo monto se designaba de acuerdo a su población. Estos contingentes, una vez reunidos en sus provincias respectivas, continuamente se sublevaban, negándose a marchar a la guerra, y cuando no conseguían hacerlo, eran despachados en forma compulsiva, maneados. "Ahí va el contingente de voluntarios —para cece que dijo un gobernador—, devuelvan las manecas".

De todas maneras, frente a la apatía y aún la repulsión de las provincias, se citaban los términos de un editorial de "La Nación Argentina", órgano mitrista que se editaba en Buenos Aires: "López es el martillo bruto que forja el último eslabón de la nacionalidad argentina". O noticias particulares que llegaban de la capital expre-

sando: "Mitre está embriagado de júbilo ante las perspectivas que le ofrece la guerra, y nos decía en un té que nos dio: «Ganaremos con la guerra más que con la paz». Pero también se hacía notar que la impopularidad de la guerra, en las provincias, era total¹.

La situación que tal estado de ánimo creaba, se hacía más aguda como consecuencia de que, a pesar de las famosas predicciones de Mitre, la guerra se prolongaba indefinidamente. Y aún los ejércitos aliados sufrían contrastes, como en Curupayty, contrastes que las provincias celebraban con manifestaciones de júbilo, demostrando que la guerra no era de ellas.

Fue aprovechando uno de estos contrastes, que tuvo lugar la primera reacción de importancia contraria a la contienda, en ocasión de la llamada "revolución de los colorados", ocurrida en Mendoza, oportunidad en que se sublevó el contingente de esa provincia, derribando al gobierno mitrista y adornándose, sus componentes, con cintas coloradas, símbolo federal, por lo que debió su denominación a esta circunstancia. Eso fue el 9 de noviembre de 1866. También, por entonces, 6 de diciembre del mismo año, el caudillo Felipe Varela, ex lugarteniente del Chacho, cruzaba la cordillera con una pequeña fuerza, en buena parte compuesta por "rotos" chilenos, apoderándose de Jáchal, en San Juan, donde estableció su cuartel general. Luego, Simón Luengo, en Córdoba, se levantó derribando también al gobierno mitrista e imponiendo a Mateo Luque, amigo del ex presidente Derqui. Finalmente, la insurrección pareció extenderse a todo el interior, mientras Felipe Varela ampliaba su acción sobre la provincia de La Rioja, y el general Juan Saá, que acababa de llegar de Europa, se presentaba desde Chile, para ponerse al frente de las fuerzas que se habían sublevado en Cuyo.

Para encarar tal situación, el general Mitre, al comando en jefe del ejército aliado, que se batía en el Paraguay, no tuvo otro recurso que retirar de ese ejército a una parte de las tropas argentinas, al mandó del general Wenceslao Paunero, y enviarlas a enfrentar el levantamiento de las provincias.

De la importancia de este levantamiento es posible obtener una apreciación en la correspondencia cruzada entre Mitre y su ministro de Relaciones Exteriores, Rufino de Elizalde, en los momentos de apremio del mismo. En carta fechada en Buenos Aires, el 18 de enero de 1867, Elizalde le expresaba a Mitre: "He hablado detenidamente con Civit, he visto la correspondencia del general Paunero y lo que comunican de todas partes. *La situación de la República es seria*, y es preciso atender el peligro sin pérdida de tiempo. En mi opinión, no debe venir V., como insiste el vicepresidente. Pero es indispensable que venga el Gral. Emilio Mitre, y no sólo con los dos

¹ Raúl A. Orgaz, *Córdoba y la guerra del Paraguay* ("Páginas de crítica y de historia", Bs. As., 1927, p. 46).

mil hombres pedidos, sino con algunos más. Cada día que pasa sin que esas fuerzas vengan, es un grado más que aumenta el peligro. Nosotros vamos a mandar de aquí una división al mando de Conesa, a reforzar las fuerzas que vengan del ejército... Tenemos que empezar por asegurar la provincia de Santa Fe, para pasar de allí a la de Córdoba. Esto no se conseguirá sino el día que Emilio Mitre se presente en Frayle Muerto. Puesto allí, pedirá una división a Taboada [gobernador de Santiago del Estero y el único del interior que colaboraba con el gobierno de Buenos Aires] y juntos encarárán a Córdoba... En mi opinión, el Gral. Paunero no se quedará en San Luis, tendrá que retirarse a Río Cuarto, perdiendo algo de sus fuerzas... Recién se abrirá la campaña contra Cuyo... Ignoramos aún lo que pasará en La Rioja. Irrazábal pensaba desprenderse desde San Luis... Suponiendo que las fuerzas nuestras en La Rioja no puedan mantenerse, se retirarán o pedirán auxilio a Tucumán y Catamarca, y tal vez a Santiago... Quien está mal, muy mal, es Paunero, y su situación se hace más peligrosa porque confía en Córdoba, como nadie confía, a pesar de sus protestas... Si desgraciadamente el Gral. Paunero es batido y si Córdoba se pliega a la reacción, *tendrá que venir V. con todo el ejército*. Es preciso conjurar esta desgracia. Envíe pronto las fuerzas pedidas"².

Y, dentro de esa sensación de susto en que parecía vivir, con fecha 23 de enero Elizalde volvía a escribir a Mitre: "Empiezan a haber más razones a favor de la idea de que V. venga... Mi opinión es que si Córdoba se subleva o Paunero es derrotado, V. debe venir en el acto. El vicepresidente, cada vez más, insiste en su venida. Si esto sigue adelante, V. tiene forzosamente que venir... Yo creo que lo principal es la guerra. [Pero] su presencia aquí es más necesaria. ¡Que Dios lo ilumine!"³.

El 26 de enero le comunica: "*Las noticias del Interior son cada vez más alarmantes*. La posición de Paunero es peligrosísima. Si es atacado, todas las probabilidades están en su contra. La disposición de su espíritu, la naturaleza de sus elementos y el estado de la opinión de aquellos lugares hacen temer un desastre. La situación de Córdoba es mala. Si el Gral. Paunero es derrotado, se levanta, si no lo hace antes, a pesar de sus declaraciones... En Santa Fe, Entre Ríos y aquí mismo, se siente latir la reacción. La opinión, cada vez más decidida, del vicepresidente, es que V. venga. Yo vuelvo a insistir en lo que he dicho. V. debe tener todo listo y, en el acto de saber la derrota de Paunero, o la sublevación de Córdoba, venirse en el acto trayendo cuanto pueda... *El ministro Inglés me ha hecho*

² "Correspondencia Mitre-Elizalde" (Prólogo de Luis de Elizalde. Advertencia de James Scobbie y Palmira Bollo Cabríos), Bs. As., 1960, p. 363.

³ *Ibidem*, p. 364.

los mayores ofrecimientos... y yo le he agradecido a su nombre. He dicho a Octaviano [el representante brasileño] que es preciso se preparen a la eventualidad de tener que venir el Ejército argentino"⁴.

Dos días más tarde, el 28 de enero de 1867, vuelve a escribirle con más espanto, a las doce de la noche: "Hoy hemos recibido noticias del Interior que hacen absolutamente indispensable que, sin pérdida de tiempo, se venga V. a Rosario... Es preciso atacar, no a las fuerzas de los rebeldes, sino al espíritu de reacción que ha tomado cuerpo por las causas que usted conoce y que pueden tomar grandes y peligrosas proporciones si no se obra activamente. Poniéndose V. en el Rosario con fuerzas considerables, garante V. a la provincia de Santa Fe y a la de Buenos Aires, pudiendo utilizar sus elementos, e impone a Entre Ríos, trayéndose los Buques de Guerra. Inmediatamente puede hacer marchar una fuerte división a la ciudad de Córdoba, foco de la reacción, que es preciso sacar a raíz, y aumentaría con las fuerzas que de allí se saquen para acudir a las provincias de La Rioja o Catamarca, apoyadas por Tucumán y Santiago. Puede también mandarse la protección al Gral. Paunero, si aún no ha sufrido un contraste, protección que creo podrá llevar el coronel Arredondo en mi opinión, porque ya está sublevado desde Río 4^o adelante. Las comunicaciones con el Gral. Paunero están cortadas, y me parece difícil y peligroso mandar mil infantes que no llegarán a tiempo. Debemos partir de la base de que el Gral. Paunero será derrotado o que tendrá que hacer una retirada desastrosa, y que Córdoba y San Luis caerán en poder de los rebeldes, como están San Juan y Mendoza, y entonces se precisa un fuerte ejército en Santa Fe para batirlos. El Regimiento de Irrazábal y las fuerzas de San Juan que fueron a La Rioja, se han sublevado, matándose a sus oficiales... La Rioja está débil, a pesar de estar allí Irrazábal. Irán en su protección Catamarca, Santiago y Tucumán, pero sublevada Córdoba no podemos auxiliarnos sino abriéndonos paso y ocupando Córdoba. Desde que V. viene debe traer bastantes fuerzas, puesto que en el Paraguay no son tan necesarias como aquí". Y, al día siguiente, le repite: "Los enemigos han dado ya el escándalo de obligarnos a traer fuerzas del Ejército; traigamos, pues, con tiempo, aún más de las necesarias para evitar contingencias"⁵.

A todo lo cual, el general Mitre, desde el "Cuartel General Tuyutí", con fecha 31 de enero de 1867, contestaba acusando recibo de la anterior correspondencia, diciendo: "Esperar, como V. dice, a que Paunero sea batido, o que Córdoba se plegue a la reacción, o que el Gobierno sea casi imposible, es lo mismo que esperar que el enfermo esté en peligro de muerte para aplicarle el remedio más conveniente; y este remedio que, según V. sería ir yo con todo el Ejér-

⁴ *Ibidem*, p. 366.

⁵ *Ibidem*, p. 367 y ss.

cito, es nuestra derrota en la guerra exterior y nuestro descrédito ante la alianza. Por eso me he decidido, como le escribo al vicepresidente: 1^o) a enviar doce Batallones que formarán 3.600 hombres, y 2^o) ir yo mismo al Rosario, y después a Buenos Aires. V. comprende que desprendiéndome de una fuerza de esa importancia, que debilita al Ejército Argentino a menos de la cuarta parte del Brasileño, yo no puedo permanecer aquí inactivo, cuando puedo hacer algo muy útil y honroso en favor de mi país como gobernante"⁶.

Pero ocurrió que, inesperadamente, por lo visto, el ejército rebelde, al mando del general Juan Saá, fue completamente derrotado en Paso San Ignacio, sobre el río Quinto, en San Luis, el 11 de abril de 1867, por las fuerzas del coronel Arredondo. El general Saá huyó nuevamente a Chile, y la situación de aquellas provincias fue pronto conjurada por los ejércitos porteños. Quedaba el caudillo Felipe Varela, que se apoderó de La Rioja y, a poca distancia de esa ciudad, fue alcanzado y también completamente derrotado por las fuerzas del gobernador mitrista de Santiago del Estero, Manuel Taboada, en la batalla de Pozo de Vargas, el 10 de abril de 1867, obligándolo a retirarse al norte. Allí, después de una precaria posesión de algunas horas, de la ciudad de Salta, y luego de Jujuy, en busca de armas, según dijo, siguió a Bolivia, donde se internó, al amparo del presidente general Melgarejo.

De allí debía salir más tarde, lanzando un Manifiesto, que se atribuye al presbítero Castro Boedo, fechado en Potosí, el 1^o de enero de 1868 en el cual, después de reseñar su última trayectoria, se refería a los acontecimientos argentinos de 1866 y 1867, se decía representante de la Unión Americana, atacaba a los políticos de Buenos Aires, siguiendo las ideas de Alberdi y manifestaba que, al asilarse en la República de Bolivia, se ponía "bajo los auspicios y la magnanimidad de su gobierno, cuya política sabía y altamente americana había merecido siempre sus aplausos y los de todos mis compañeros"⁷. Poco tiempo después, habiendo ingresado nuevamente al país, fue otra vez derrotado, buscando refugio en Chile, donde murió oscuramente el 4 de junio de 1870, en Nantoco, cerca de Copiapó.

2. — Es curioso que, al comunicar a Mitre toda esa agitación en el Interior, el ministro Rufino de Elizalde culpara por ella a Urquiza. Con fecha febrero de 1867 escribe: "Creo conveniente decirle cómo veo las cosas para que V. medite sobre la resolución que conviene tomar. Recordará V. la denuncia que nos hicieron en julio del año

⁶ *Ibidem*, p. 370.

⁷ "Manifiesto del general Felipe Varela a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en los años 1866 y 1867" (Estudio preliminar de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde), Bs. As., 1968, p. 113.

pasado. Los hechos han probado que era cierta. Hay una gran conspiración que, aprovechándose de la duración de la guerra, de las combinaciones del Pacífico, de la malquerencia de los blancos, y que ofrece levantar a los enemigos internos, intenta una reacción. *La cabeza y alma de esta conspiración es el Gral. Urquiza.* El tiene inteligencias en todas partes y ha combinado el plan, ofreciendo ponerse al frente, llegada la oportunidad. El movimiento de Cuyo y la invasión a La Rioja, es hecho por sus agentes y con sus fondos. La protección a la reacción salida de Córdoba, para La Rioja y Cuyo, y la expedición de Saá para San Luis, es obra del Gral. Urquiza y de combinación con Luque; sus recursos han servido para esto; las armas que iban, él las mandaba. La revolución en Córdoba es y ha sido inminente, y no ha estallado porque la oportunidad no les llegó. De aquí le puedo dar datos muy seguros por revelaciones que me han hecho y que son evidentes. Está probado que Angel Plaza era quien dirigía la conspiración con otras personas... Ha dado las sumas y las recibía de manos de un agente del Gral. Urquiza. Uno de los presos me lo ha dicho en privado, asegurándome que el Gral. Urquiza es el director de esto... Al menor contraste que suframos, vuelve a estallar el movimiento, y sabe Dios lo que pasa en Entre Ríos, Corrientes y Córdoba, y aquí mismo". Y terminaba: "*Su presencia aquí es urgentísima*"⁸.

Hemos visto que parecía inquietud respecto a Urquiza experimentaban otros gobernantes, después de Pavón, sin fundamento. Sin embargo, Urquiza parecía mantener una línea de conducta, en cierto modo, ambigua, entre sus sentimientos y sus intereses. Señalamos, no obstante, que en su correspondencia con Mitre, se mostraba siempre amistoso con la política del jefe liberal, y que, ante la utilización de su nombre por parte de las montoneras de las provincias andinas, se vio obligado a dar un manifiesto, entre sus amigos, negando su participación en tales hechos.

También, con motivo de la invasión de Flores a la Banda Oriental, y la intervención brasileña a favor de éste, que culminó con el asedio a Paysandú y el fusilamiento de Leandro Gómez, Urquiza mantuvo una estricta neutralidad, debiendo apelar a toda su influencia para que sus partidarios de Entre Ríos la mantuvieran.

Más tarde, aunque había despachado un emisario al Paraguay y aceptado, aparentemente, proposiciones de Francisco Solano López, tan pronto como éste invadió Corrientes, en 1865, *Urquiza envió su adhesión a Mitre, ofreciéndole su espada*, y aún trasladóse a Buenos Aires para participar personalmente en reuniones con Mitre, el almirante Tamandaré y el representante de Flores, con el fin de combinar la estrategia de la Triple Alianza. Enseguida, como para comprar

meter su total adhesión, los representantes del Brasil le adquirieron 30.000 caballos, con destino al ejército que lucharía contra el Paraguay, a un precio que se consideró excesivamente favorable.

Pero, cuando quiso hacer efectiva la participación de la provincia de Entre Ríos en la guerra contra el Paraguay, los integrantes del contingente que había reunido, primero en Basualdo, y luego en Toledo, se desbandaron. Manifestaban, así, su voluntad de no ir "para arriba", como llamaban al campo de la lucha, haciéndolo al grito de "¡Muera Mitre! ¡Muera los macacos!", según lo recuerda el general Antonio Díaz⁹. "Usted nos llama para combatir al Paraguay — parece que dijo López Jordán—. Nunca, general; ese pueblo es nuestro amigo. Llámennos para pelear a porteños y brasileros. Estamos prontos. Esos son nuestros enemigos. Oímos todavía los cañones de Paysandú. Estoy seguro del verdadero sentimiento del pueblo entrerriano"¹⁰.

Respecto a las montoneras de Felipe Varela, Urquiza había escrito a Mitre: "Mi nombre era injustamente explotado; mi nombre no podía ser pendón de una montonera; mi nombre ha figurado siempre al frente de los ejércitos regulares y bien disciplinados al servicio del orden y de la ley"¹¹. Y en carta a Salustio Valaia, el 11 de febrero de 1868, le expresaba: "Varela y las montoneras, producto legítimo de excesos del poder, jamás puede ser expresión de mis ideas. La mejor prueba era que él abusaba de mi nombre, sin que hecho alguno mío lo autorizara... Mi respeto al gobierno que surgió de la preponderancia de mis enemigos, a quienes había allanado el camino con la esperanza de que fueran capaces de dar a mi patria días de paz y de ventura... ¿no basta a salvarme de la imputación absurda de alentar una lucha como la que ha hecho Varela?"¹².

"A partir de 1861 — escribe un autor nacionalista —, arriada ya la bandera de la Confederación, don Justo dedica ya toda su atención a sus negocios agrícola-ganaderos y sus actos políticos son, en gran parte, el producto de ese cuidado y de esos afanes... Si recorremos la correspondencia del «Archivo Urquiza» posterior a Pavón, veremos cómo los lazos comerciales entre don Justo y la burguesía comercial porteña se van estrechando hasta el punto de que los intereses privados inciden decisivamente sobre sus actos políticos. Por esos días, un agente de Lezama trataba de ubicar en el mercado inglés las carnes conservadas que el saladero de Santa Cándida iba produciendo". Y añade: "El jefe visible del partido federal, arriñonado en

⁹ Elías S. Giménez Vega, *Actores y testigos de la Triple Alianza*, Bs. As., 1961, p. 82.

¹⁰ Fermín Chaves, *Vida y muerte de López Jordán*, Bs. As., 1957, p. 140.

¹¹ "Archivo del general Mitre", cit., t. I, p. 102.

¹² Beatriz Bosh, *Presencia de Urquiza*, cit., ps. 303 y 304.

⁸ "Correspondencia Mitre-Elizalde", cit., ps. 374 y 33.

su lujosa estancia de San José, lo espera todo del liberalismo... Salvador María del Carril, José Gregorio Lezama y Benjamín Victorica (hermano masón de Mitre y de Urquiza) constituyeron, por entonces, el puente político que la oligarquía mercantil necesitaba para dominar a su arbitrio —a veces con promesas de crédito bancario— al Capitán General¹³.

Manuel E. Macchi, que fue jefe del Museo San José, escribió respecto a la vinculación de Urquiza con el Banco de Londres y Buenos Aires, hoy Banco de Londres y la América del Sur. "El 2 enero de 1863 se firmaba un importante contrato [respecto] a la venta de lanas, cueros salados, hueso, cenizas y astas... provenientes de su gran establecimiento saladero Tal Santa Cándida. La lana a venderse provenía de una escuela total, calculándose la entre diez a catorce mil arrobas «enfardada y clasificada», que el Banco remitiría a sus corresponsales en Amberes y para cuya operación adelantaba cuatro pesos fuertes por arroba. En lo que respecta a los otros productos, se contrataba toda la industrialización del saladero correspondiente a una faena completa, sin que se especificara el número que, para el momento, podría ser de treinta a cuarenta mil vacunos. Dicha producción se exportaba totalmente a Gran Bretaña... Se entregaron unos treinta mil cueros, y la operación se la puede calcular en doscientos cincuenta mil pesos fuertes, suma de una excepcional importancia"¹⁴.

Al cumplirse el período administrativo del general Mitre y discutirse las candidaturas para sucederle, Urquiza apareció como un serio competidor, junto con Rufino de Elizalde, Adolfo Alsina y Sarmiento. Mitre, en una carta desde Tuyú-cué, que se consideró su testamento político, rechazó el nombre de Urquiza, auspiciando a Rufino Elizalde y aceptando a los otros.

Para apoyar la candidatura de Urquiza, Olegario V. Andrade publicó su conocido opúsculo "Las dos políticas", que algunos inexpertos atribuyeron a José Hernández, donde decía: "Buenos Aires ha querido desde 1810 mantener en sus manos el monopolio del comercio exterior, y en sus cofres el producto de las rentas que él produce... Los pueblos quisieron sustraerse de la omnipotencia del gobierno central y, sin querer, tal vez, fundaron la independencia provincial... Los caudillos vinieron cuando Buenos Aires quiso retener el gobierno central de la nación, y distribuir gobernadores a las provincias... ¿Qué fueron los caudillos sino los gobernadores de las provincias, abandonadas a su propia suerte, aguijoneadas por el hambre y por la inquietud del porvenir?... Tal era la divisa de la política centralista que quería todo para Buenos Aires y nada para las pro-

¹³ Fermín Chaves, *Vida y muerte de...*, cit., p. 140.

¹⁴ Manuel E. Macchi, *Urquiza y las instituciones bancarias*, Concepción del Uruguay, 1966, p. 127.

vincias, destituidas de un gobierno propio, privadas de sus rentas, de su comercio y de sus vías fluviales de navegación... ¡Benditos sean los caudillos que salvaron el dogma federal de una profanación sacrilega!... Más alto que Güemes, que López, que Ramírez, se levanta otra figura histórica, cuya gloria proyecta su luz sobre dos épocas, como un sol que ilumina dos hemisferios. ¡Es Urquiza! ¡Trás la calumnia de odios envejecidos, la difamación de una eterna envidia, que marcha siempre en pos de todo lo grande, como la sombra del desencanto detrás de los resplandores de la esperanza!... La historia de Urquiza es una gran manifestación de la historia de las provincias, porque un caudillo que representa un gran movimiento social, no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las preocupaciones y los hábitos de una nación en un momento dado de su historia... ¡No! ¡Buenos Aires, no!... Fue el partido localista, el partido que hoy está ensangrentando a la República, en nombre de un celo mentido y de un patriotismo quimérico. Ese partido que se amotinó en septiembre contra la política del general Urquiza, que devolvió a las provincias el gobierno y la renta que usufructuaba indebidamente Buenos Aires, y protestó contra los tratados de libre navegación fluvial en documentos oficiales que son la más tremenda acusación de su egoísmo y de su odio a las provincias. ¡Ahí están las dos políticas frente a frente!"¹⁵.

En la lucha de candidaturas, finalmente se impuso como candidato de transacción, Domingo F. Sarmiento, acompañado por Adolfo Alsina, contra los evidentes deseos de Mitre, que apoyó abiertamente a Elizalde. Así terminó su período gubernativo con otra derrota.

3. — "Usted desciende en línea legítima de Belgrano y Rivadavia —escribía a Mitre Juan M. Gutiérrez, que ahora parecía renegar de la Confederación en la que había sido ministro— y estoy seguro que aspira a la gloria de realizar las aspiraciones de ambos, después de haber contribuido a su apoteosis. La raza porteña se mejora. ¡Loado sea el Dios de la Patria! *Adelante, mi querido Mitre*"¹⁶. Sobre esa línea Mitre desarrolló toda su acción gubernativa, política y cultural. Y, cuando falleció, en 1906, una personalidad argentina bien conocida habría de decir en su entierro: "Su biografía será la historia política del pueblo argentino durante la segunda mitad del siglo XIX... Posea tal variedad de aptitudes y de facultades cual no conozco reunidas en otro estadista propio o extraño. Fue un hombre de estudio y de vasta ilustración. Como literato e historiador, sus obras son honra de las letras argentinas... Fue nuestro primer sol-

¹⁵ Olegario V. Andrade, *Las dos políticas* (Consideraciones de actualidad), Bs. As., 1957, p. 54 y ss.

¹⁶ "Archivo del general Mitre" (Correspondencia literaria), tomo XXI, p. 177.

dado... Gran patricio cuyo nombre será segundo sólo al del general San Martín en la consideración, el amor y el respeto de nuestra América¹⁷. Y, en el mismo acto, una conocida personalidad uruguaya, expresó: "Mitre ha sido grande. No ha sido un desentono genial; ha sido una ponderación perdurable, un equilibrio maravilloso... Ha sido una armonía pensativa"¹⁸.

Nosotros, al hacer el análisis de la figura de Bartolomé Mitre, nos encontramos frente a un hombre que escaló todas las cumbres de los cargos oficiales, alcanzó todos los honores y logró, en vida, todos los grados de la consagración pública. "Habitado al orden y al placer de la vida metódica", según dice uno de sus biógrafos, este "predestinado a la gloria" vivió y realizó su obra con una frialdad de estatua. Niño precoz, joven mimado, conquistó fácilmente aquella gloria, sin que se advirtieran en su vida signos de verdadera pasión, ni brillantez de genio. Una permanente actitud de "hombre de pro" se manifestó en sus calculadas actitudes para encarar sus distintas actividades, pero siempre dentro de un carácter de solemnidad que distingue, generalmente, a lo inocuo.

Bartolomé Mitre es uno de los personajes argentinos que más han sido nombrados ("Acaso sobre ningún hombre se ha escrito tanto en este país como sobre Mitre", anotó uno de sus descendientes¹⁹), pero de los que menos se conocen por el pueblo, y que menos interés suscitan. Es que su figura, al igual que su obra, se presenta como producto, tanto de una inmensa vanidad, como de una vasta mediocridad. Hemos dicho que vivió siempre en actitud de estatua, y, seguramente para conservar la frigididad necesaria es que tomaba todos los días una ducha de agua fría y lo hacía saber a sus amigos²⁰.

Sintetizando, podríamos decir que Mitre fue una medianía gloriosa y glorificada, que pudo florecer y fructificar porque sirvió siempre poderosos intereses, que fueron los que lo sostuvieron y fomentaron la veneración hacia su persona, permitiéndole, además, "sacar su fama incólume de fracasos inauditos", según escribió P. Groussac.

"Mitre fue el historiador magistral que hizo suyo el mensaje de Mayo y en sus obras reveló la grandeza del genio nacional", expresó R. Levene²¹. Hemos visto que Mitre, como la "Joven Generación", intentó en su juventud recoger ese "mensaje de Mayo". Mitre, quizá, más que ningún otro de ellos, como señalamos, se interesó por Mariano Moreno y escribió sobre él con encomio. Pero luego, al aban-

¹⁷ Carlos Pellegrini, *General Bartolomé Mitre*, Homenajes póstumos, Bs. As., 1942, p. 13.

¹⁸ Juan Zorrilla de San Martín, *General Bartolomé Mitre*, cit., p. 29.

¹⁹ Adolfo Mitre, *Mitre periodista*, cit., p. 34.

²⁰ "Archivo del general Mitre" (Carta a J. M. Gutiérrez), t. XXI, p. 208.

²¹ R. Levene, *Mitre y los estudios históricos...*, cit., p. 24.

donar sus primitivas ideas "socialistas", se interesó por Rivadavia, siendo uno de los primeros en rendirle homenaje en Montevideo, al llegar la noticia de su fallecimiento en Cádiz, en 1846.

Más tarde, como todos los miembros de aquella "Joven Generación", entroncó su búsqueda de Mayo sólo en el secretario del Triunvirato, del que se hizo un admirador apasionado. Así comenzó a falsificar la historia de la República Argentina, al uso de los intereses antinacionales que había servido Rivadavia y debían servir, luego, sus nuevos admiradores.

Desde entonces, el "númen de Mayo", como Mitre denominó a Mariano Moreno, fue útil, tergiversado en su significado, como pedestal para levantar la figura de Rivadavia²², según señalamos, al que se presentó como continuador y, aún, superador de aquél, pasando, en consecuencia, a ser elevado a la categoría de mayor prócer no militar de nuestra historia. "Bernardino Rivadavia es el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos —dijo Mitre al conmemorar su centenario—, padre de sus instituciones libres, cuyo espíritu renace en este día a la vida de la inmortalidad de los siglos... Por eso su figura se agranda más y más a medida que se aleja en el tiempo... En los consejos gubernativos, por la elevación de su carácter y la notoriedad de su inteligencia, reemplazó la influencia de Mariano Moreno, a quien debía superar más tarde... Por eso hoy tributamos a su memoria este homenaje secular... examinando cuáles son los títulos legítimos de don Bernardino Rivadavia a la admiración de los siglos venideros en presencia de la posteridad agradecida, que por los labios de más de dos millones de hombres libres, lo proclaman grande y padre de la patria"²³.

También proclamó "padre de la patria" al capital inglés, como vimos, manifestando su adhesión al mismo en términos bien elocuentes: "En 1806 y 1807 los ingleses nos trajeron hierro en la forma de espadas y bayonetas, y plomo y bronce en forma de balas y cañones... Después vinieron con hierro en forma de picos y palas, con algodones, cor, paños y se llevaron en cambio nuestros productos brutos para convertirlos en mercaderías en sus manufacturas. Esto

²² Tenemos un ejemplo, que es el corriente, de esta tergiversación, en una lamentable "Breve historia de la Argentina", difundida por la editorial Universitaria de Buenos Aires, donde, al respecto, se dice: "Los morenistas recuperaron el poder y modificaron la estructura del gobierno creando un poder ejecutivo de tres miembros —el Triunvirato—, uno de cuyos secretarios fue Bernardino Rivadavia. Con él, la política de Moreno volvió a triunfar"; ¡El primer Triunvirato, la negación de la nacionalidad, expresando las ideas de Mariano Moreno! Y de ese opúsculo se han hecho varias ediciones con más de 20.000 ejemplares (José Luis Romero, *Breve historia de la Argentina*, Bs. As., 1971, p. 28).

²³ Arengas, de Bartolomé Mitre, cit., t. III, p. 12.

sucedía en 1809. Desde entonces quedó sellado el consorcio entre el comercio inglés y la industria rural del país"²⁴.

Y, si sus "ideas socialistas" habían naufragado en el viaje desde Chile, por el Estrecho de Magallanes, lo mismo había de ocurrir, como expresamos, con su "americanismo". Bastaría recordar que allá escribía: "A los argentinos no se los puede considerar extranjeros y todos los hispanoamericanos forman una familia". Pero en el gobierno de Buenos Aires, manifestaría contra "la pretendida hermandad sudamericana", siguiendo las inspiraciones de Rivadavia²⁵.

En cuanto a su política nacional, Mitre se consideró siempre neamente porteño. Según este concepto, "Buenos Aires tenía derecho —escribe el historiador C. Heras— por su tradición y por lo que representa dentro del país a continuar siendo la monitora de la política nacional". Agregando: "Por eso aviva en la masa el recuerdo del destino histórico de Buenos Aires, que viene desde los días de Mayo de 1810. Es el credo porteñista"²⁶.

Y, de acuerdo con tal "credo porteñista", realizó toda su acción como gobernante y encaró la historia, que debía escribir luego, la que, como expresamos, pasó a ser la historia oficial argentina. Esta historia la escribió, no alrededor de Mariano Moreno y José Artigas, como había pensado primitivamente, sino de dos generales, como él también lo era, Belgrano y San Martín, a los que llamó "los dos hombres más grandes de la historia argentina"²⁷. Aunque luego habría de estrujar a ambos bajo un juicio despectivo. Respecto a su "Historia de Belgrano", para la cual Domingo F. Sarmiento escribió un "Corolario", dijo Alberdi: "Mitre se ha parado sobre la estatua de Belgrano para hacerse visible. [Belgrano es empleado] como espejo de Sarmiento y Mitre, como instrumento de su vanidad... Para recomendarse a sí mismos, sus hechos, su época, rebajan a Belgrano, lo presentan como inferior, por el lado de sus pretendidos defectos"²⁸. En cuanto a San Martín, lo levantó, y ello se ha hecho desde entonces, con menguado localismo porteño, para oponerlo a Bolívar, al que se terminó por quitar su título de "Libertador", para adjudicárselo al vencedor de Chacabuco y Maipú, como si el de "Protector", que tenía San Martín, fuera menos.

Desde luego que, dentro de ese concepto de crudo "porteñismo", Artigas y los caudillos federales pasaron a ser "bandoleros", forajidos" y "malhechores". Además, no obstante dar importancia al aspecto económico, en el desarrollo de la historia, no supo aplicarlo

²⁴ *Ibidem*, t. I, p. 191.

²⁵ "Correspondencia Sarmiento-Mitre", cit., p. 350.

²⁶ Carlos Heras, *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)*, p. 281.

²⁷ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Bs. As., 1950, p. 262.

²⁸ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. V, p. 29 y ss.

con hondura y corrección al escribirla. Por eso son totalmente falsos los conceptos de Ricardo Levene cuando expresó que sus estudios "destacaban la figura de Mitre como el historiador y sociólogo representativo que estudió las causas sociales y factores imponderables que explican el nacimiento y desarrollo de la sociedad argentina"²⁹. Estos conceptos sólo pueden ser admitidos y compartidos, hoy, por algunos miembros de la Academia Nacional de la Historia.

De la ligereza y vanidad de Mitre fueron expresión sus famosas predicciones: "Respondo hasta la última cola de vaca de que en adelante roben más los salvajes", dijo en Buenos Aires, según vimos, al salir como ministro de Guerra del Estado de Buenos Aires para enfrentar a los indios araucanos en la frontera de Azul, el año 1855. Y a los pocos días de ponerse aparatadamente en campaña, sufrió una aplastante derrota en manos de esos indios, debiendo regresar a la capital calladamente, bajo la impresión del desastre. "En veinticuatro horas al cuartel, en quince días a campaña, en tres meses a la Asunción", proclamó jubilosamente al declarar la guerra al Paraguay, en 1865. Y la guerra duró cinco años.

También es una demostración de esa vanidad su carta a Santiago Arcos en oportunidad de dicha contienda: "Estoy en guerra contra el Paraguay... Pronto espero escribirle una carta detallada desde Asunción... Soy generalísimo de mar y tierra de la triple alianza realizada ya... Dentro de 15 días estaré en la frontera del Paraguay con un ejército de 25.000 argentinos, al que se unirán 30.000 brasileños, que no sé si tendré paciencia de esperar 5.000 orientales, mandados por Flores"³⁰.

Respecto a esta guerra, de la que Ovidio Lagos dijo que "había costado más vidas que en toda la época de Rosas, y aún antes", habría que recordar que, con motivo de haberse hablado en 1857, en ocasión de la misión Paranhos, de que la Confederación podía aliarse con el Brasil contra el Paraguay, permitiendo el paso de sus tropas por el territorio de Misiones, Mitre había escrito: "Si tal hecho tuviera lugar, sería un hecho inaudito en la América del Sur, y el más inmoral que recuerde la historia moderna. Nada tiene que reclamar la Confederación en cuanto a la libre navegación del río Paraguay. Por lo que respecta a las fronteras, no está en interés de las Repúblicas del Plata auxiliar al Brasil en su política invasora del territorio ajeno, traicionando la causa de la República del Paraguay, nuestro antemural contra las pretensiones exageradas del Brasil, y sería también traicionar nuestra propia causa, cuando más adelante puedan surgir cuestiones análogas entre el Brasil y la República Argentina"³¹.

²⁹ Ricardo Levene, *Historia de las ideas sociales...*, cit., p. 149.

³⁰ "Archivo del general Mitre", cit., t. XXI, p. 62.

³¹ Efraim Cardozo, *El imperio del Brasil...*, cit., p. 62.

Por su parte, el oriental Juan Carlos Gómez, en la sonada polémica con Mitre, llegó a decirle de aquella guerra: "Tiranizado cuanto se quiera, el pueblo paraguayo era una asociación republicano-democrática, de la misma familia... En el Paraguay anterior a la alianza, bastaba suprimir un tirano. En el Paraguay de la alianza, hay que rehacer un pueblo... Y se jacta usted de ser el fundador y organizador de la nacionalidad [usted que] desplegó luego al viento la [bandera] de su Republicuita del Plata... La Triple Alianza ha sido su último ataque a la nacionalidad... Un hecho sobrevivirá a su política y a su influencia en la vida de los pueblos del Plata, que usted ha hecho cuanto un hombre puede hacer para enterrar en la nada, y es la nacionalidad. Habrá nación contra usted y sin usted por obra del pueblo"³².

Por su parte, Sarmiento llegó a decir de él, cuando se distanciaron: "No es delicado, este sonso, que toda la vida ha vivido de ideas ajenas, sin vergüenza para tomar todos los roles. Esta vez ha dejado ver toda la inmoralidad de su alma... Aquí como allá, ha caído en el concepto de sus clientes que se ríen por lo bajo de la nulidad del figurón de banquetes"³³. Y Juan M. Gutiérrez, después de la fracasada insurrección de 1874, decía ahora de él: "Bartolomé Mitre es el hombre más ambicioso que pueda darse... Ahí lo tiene usted al hombre de los principios conculcándolos todos cuando vio que el poder y el tesoro se escapaban de sus íntimos y de sus manos... Créame, mi amigo, que si políticamente jamás estimé a D. Bartolo, ni a sus amigos y admiradores, nunca le tuve mala voluntad personal y cuanto más, me compadecía de su vanidad, de su pedantismo... Ahora no es más que un canalla más en la procesión de nuestra canalla política"³⁴. Y para completar estos retratos tan poco enaltecedores, citaremos este del mexicano Carlos Pereyra: "Todos los protagonistas de la guerra [del Paraguay] acabaron mal... Sólo Mitre, no reelecto y derrotado en sus nuevas tentativas de rebelión, fue superior a todos los fracasos. Excluido de la política, politiqué con la historia, exigiendo un anticipo de gloria para hacerle concesión a la posteridad. Es el caso más notable que se conoce de voluntad perseverante para la propia glorificación. Napoleón disponía de una epopeya y de un Memorial. Mitre se inventa a sí mismo. Toda su vida política, militar y literaria es la sugestión de un megalómano"³⁵.

4. — Cerrando su última carta en la polémica con Juan Carlos Gómez, el ex "generalísimo" de la Triple Alianza, le anunciaba: "Voy

³² José M. Niño, *Mitre*, cit., t. I, p. 233.

³³ "Epistolario entre Sarmiento y Posse", Bs. As., 1946, t. I, p. 260.

³⁴ Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, cit., p. 814.

³⁵ Carlos Pereyra, *Francisco Solano López y la guerra...*, cit., p. 106.

a hacerme impresor... Cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el compenedor de Franklin". Así fue como este representante por excelencia de la antinación, dio origen, paradójicamente, a "La Nación", el órgano periodístico que anunciaba. Y si con su espada su labor había sido nefasta para los intereses del país, con el compenedor de Franklin resultaría nefasta para su cultura.

Los proveedores del ejército en la guerra contra el Paraguay, habían regalado a Mitre "una casa, una imprenta, un diario, muebles, libros, hasta la reputación de literato", decía Eduardo Wilde³⁶. Era el resultado de los grandes negocios que aquellos habían hecho con el conflicto. Cuando la opinión pública exigió que esos negocios se investigaran, un providencial incendio consumió los archivos de las cuentas de la guerra. "Al mismo tiempo que la opinión reclamaba una enérgica investigación de las «turbias proveedurías», se constituía en Buenos Aires una «Sociedad Anónima» integrada por el general Mitre y los señores Anacarsis Lanús, Cándido Galván, Ambrosio Lezica [los principales proveedores], Rufino de Elizalde y otros, para explotar el negocio periodístico. La sociedad se hizo cargo de «La Nación Argentina», que el antiguo secretario de Mitre, don José María Gutiérrez, había fundado el 17 de setiembre de 1862, para preparar la guerra contra el Paraguay, de la que fueron artífices Mitre y Elizalde, y «afortunados proveedores» los cuatro accionistas nombrados. El 4 de enero de 1870, se le acortó el patronímico, suprimiéndose la definición de «Argentina». En el editorial, Mitre explicaba el cambio de los tiempos y de la consigna, diciendo: «El nombre de este diario es substitución del que lo ha precedido: 'La Nación' reemplazando a la 'Nación Argentina' basta para marcar una transición, cerrar una época y señalar nuevos horizontes del futuro. 'La Nación Argentina' era un puesto de combate. 'La Nación' será una tribuna de doctrina». Con eso y el incendio de los archivos de las cuentas, todo quedó arreglado"³⁷.

El diario nuevo, en lugar de iluminar un camino argentino, como podía esperarse de su título, se constituyó en un verdadero astro apagado para reflejar la luz llegada del Viejo Mundo. Además, sirvió a Mitre como un arma de poder y como un perpetuo iniciador de su fama. H. S. Ferns, quien, como recordamos, expresó que con la presidencia de Bartolomé Mitre, "uno de los objetivos de la política británica había sido alcanzado", también se refirió a "importantes grupos de hombres de negocios y terratenientes que encontraron

³⁶ Jorge M. Mayer, *op. cit.*, p. 749.

³⁷ Atilio García Mellid, *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*, Bs. As., 1964, t. II, p. 286.

expresión en diarios como «La Nación»³⁸, lo cual significaba que dicho diario estaba a su servicio.

(El otro diario que Ferns no menciona, y que comenzó a publicarse en Buenos Aires en la misma época, es "La Prensa", editada por José C. Paz, completando el duplo de voceros de la factoría comercial y financiera porteña, al servicio del capital extranjero.)

Al dejar el gobierno, Mitre, lo transmitió, según dijimos, a su amigo Domingo Faustino Sarmiento, candidato de transacción, que resultó electo mientras se desempeñaba como ministro argentino en los Estados Unidos.

X. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, UN SANJUANINO QUE NO PUDO TRASLADARSE A BUENOS AIRES PARA ESTUDIAR EN ELLA, COMO ALBERDI, A CONSECUENCIA DE LO CUAL, LO QUE PERDIO EN EDUCACION LO COMPENSO CON UNA MAYOR COMPENETRACION CON EL MEDIO NATIVO, COMENZO A EXPRESAR ESE MEDIO HACIENDO UNA PARTICULAR OBRA LITERARIA EN CHILE, RECONOCIENDO ALLI, AL IGUAL QUE MITRE, LA SUPERIORIDAD INTELCTUAL DE ALBERDI, ASI COMO IDENTIDAD CON SU PENSAMIENTO, HASTA QUE DESINTELIGENCIAS CON URQUIZA, EN OPORTUNIDAD DE LA CAMPAÑA DE CASEROS, LO ACERCARON DEFINITIVAMENTE A MITRE Y A LA "CAUSA DE BUENOS AIRES", TRANSFORMANDOSE, EN CONSECUENCIA, EN TENAZ ADVERSARIO DE ALBERDI.

1. — Hemos dicho que Sarmiento llegó al gobierno a pesar de la oposición de Mitre. Sin embargo, el nombre de Sarmiento aparece asociado, a menudo, al de Mitre, quien, diez años menor que él, daba la impresión, en sus primeras producciones intelectuales, de cobijarse a la sombra del prestigio de Sarmiento. Así fue como le estaba dirigida la carta-prólogo de "Rimas", y también Sarmiento firmaba un "Corolario" que cerraba la "Historia de Belgrano", de Mitre.

¿Quién era Domingo Faustino Sarmiento? Nacido en San Juan, en el primer año de la Revolución de Mayo, circunstancias adversas singulares, en lo que se refiere a las posibilidades de desarrollo de su cultura —resultado negativo de las gestiones que realizara para la obtención de becas, primero para Córdoba y luego para Buenos Aires— hicieron que este joven provinciano mantuviera por mucho tiempo casi intacta su acentuada individualidad, y llegara a competir con ningún otro representante destacado de su generación —la "Joven Generación", de 1838, con la que se sintió identificado— con un medio que, de no haber existido aquellas circunstancias, hubiera abandonado prematuramente.

Vinculado por lazos de parentesco con importantes familias de



³⁸ H. S. Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford, 1966, ps. 322 y 405.

su provincia, como los Oro, los Albarracín, etc., se hallaba la suya en tal estado de indigencia —“la estrechez de mis facultades toca casi los umbrales de la mendicidad”, escribía su padre cuando trató de obtener una beca para su hijo— que de nada le valieron aquellos parentescos ni su indudable capacidad natural con el fin de lograr las becas que pretendía, mientras otros de sus compañeros las conseguían. De no haber sido por tales circunstancias, Domingo Faustino Sarmiento hubiera sido alumno en el Colegio de Ciencias Morales, de Buenos Aires, hubiera participado en el Salón Literario, de 1837, como lo hizo Antonino Aberastain, que vino en su lugar, y hubiera formado parte personalmente de la “Joven Generación Argentina”, con Esteban Echeverría, el año 1838. Todo ello, desde luego, no le hubiese impedido, tal vez, ser lo mismo “un descentrado que a veces acertaba”, como algunos lo clasificaron.

De manera que, obligado a permanecer en el medio nativo, al lado de sus parientes, casi todos federales, comenzó a participar en los conflictos políticos y sociales que mantuvieron tantos años en perpetua agitación a las Provincias Unidas. Muy joven aún, siguió a uno de aquellos parientes, un clérigo, en su exilio a la vecina provincia de San Luis, donde hubo de iniciar la actividad pedagógica que más tarde sería una de sus principales preocupaciones.

Respecto a esta primera etapa de su vida, Sarmiento luego escribiría: “Volviendo a mi educación, puede decirse que la fatalidad intervenía para cerrarme el paso. En 1821, fui al seminario de Loreto en Córdoba, y hupe de volverme sin entrar. La revolución de Carita me dejó sin maestro. En 1825 principió a estudiar matemáticas y agrimensura, bajo la dirección de M. Barreau, ingeniero de la provincia... En el mismo año fui a San Luis a continuar con el clérigo Oro la educación que había interrumpido la revolución anterior. Un año más tarde era llamado por el gobierno para ser enviado al Colegio de Ciencias Morales, y llegaba a San Juan, después de haberme negado una vez más, en el momento que las lanzas de Facundo Quiroga venían en bosque polvoroso, agitando sus siniestras banderolas por las calles.

“En 1826 entraba tímido dependiente en una tienda, yo que había sido educado por el presbítero Oro en la soledad, que tanto desenvuelve la imaginación, soñando con congresos, guerra, gloria, libertad, la república, en fin. Estuve triste muchos días, y como Franklin, a quien sus padres dedicaban a jabonero... tomé desde luego ojeriza al camino que sólo conduce a la fortuna. En mis cavilaciones en los horas de ocio, me volvía a aquellas campañas de San Luis en que vagaba por los bosques con mi Nebrija en las manos, estudiando «mascula sunt maribus» e interrumpiendo el recitado para tirarle una pedrera a un pájaro. Las reminiscencias de aquella lluvia oral que caía todos los días sobre mi alma, se me presentaba como

láminas de un libro cuyo significado comprendimos por la actitud de las figuras. Pueblos, historia, geografía, religión, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice; faltábame empero el libro que lo detallaba, y yo estaba en el mundo, en medio de los fardos de tocuyo y piezas de quimones, menudeando a los que se acercaban a comprarlos, vara a vara. Pero debe haber libros, me decía yo, que traten especialmente de estas cosas, que las enseñen a los niños, y entendiendo bien lo que se lee, puede uno aprenderlas sin necesidad de maestros; y yo me lancé en seguida en busca de esos libros, y en aquella remota provincia, en aquella hora de tomada mi resolución, encontré lo que buscaba, tal como lo había concebido... Por las mañanas, después de barrida la tienda, yo estaba leyendo, y una señora Laura pasaba por la iglesia y volvía de ella, y sus ojos tropezaban siempre día a día, mes a mes, con ese niño inmóvil, insensible a toda perturbación, sus ojos fijos sobre un libro, por lo que meneando la cabeza, decía en su casa: «este mocito no debe ser bueno! ¡si fueran buenos los libros no los leería con tanto ahínco!»¹.

Pasó luego a Chile, donde desempeñó diversas tareas, poco de acuerdo también con las inquietudes intelectuales que lo acusaban, las que apenas pudo seguir satisfaciendo a hurtadillas. Fue dependiente de tienda, capataz minero y, vuelto, a los cinco años de su partida, a San Juan, el 1° de enero de 1838, acompañada de unos versos que había compuesto, despachó a Buenos Aires una carta en la que decía: “Muy señor mío: Aunque no tengo el honor de conocerlo, el brillo de su nombre literario, que le ha merecido las bellas producciones con que su poética pluma honra a la república, alienta la timidez de un joven, que quiere ocultar su nombre, a someter a la indulgente e ilustrada crítica de Vd. la adjunta composición. En ella quiso su pobre musa celebrar la fidelidad de un amigo, una escena campestre de su suelo natal, y los recreos de los Baños, que encierra el Valle que describe. Si los colores que usa son deslucidos, la escena existe, los hechos a que alude son ciertos, y los sentimientos, hasta cierto punto, verdaderos. En su escasez de luces, y de maestros a quien consultarse, el incógnito ignora aún, si lo que ha hecho son realmente versos. ¿Qué extraño es, pues, que acuda a quien pueda prestarle consejo? Es pues por esto, que se atreve a esperar, que consagrándole algunos de sus ocios le instruya y note los defectos de su débil ensayo. Su silencio instructivo le enseñaría a respetar el Parnaso en lo sucesivo. En tanto el desconocido espera que si sus versos merecen ser criticados, los devuelva anotados, dirigiéndolos a

¹ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Bs. As., s/d., ps. 159 y 160.

su obsecuente admirador que quiere apellidarse por ahora, García Román”².

Esta misiva estaba dirigida a Juan Bautista Alberdi en Buenos Aires, que muy poco después debía recibir, como vimos, algo parecido de parte de Bartolomé Mitre, en Montevideo.

A la respuesta de Alberdi, Sarmiento, el 6 de julio de 1838, contestó: “Muy señor mío: He recibido con la mayor satisfacción su favorecida de abril 14 en que se digna hacer a la efímera producción que bajo el nombre de García Román, dirigió a Vd. las indulgentes observaciones que su prudente crítica le ha sugerido, y animado por tantas muestras de benevolencia no ha trepidado en aprovechar la invitación que se digna hacerme en relación con usted, no obstante no considerarse calificado para sostenerla. Volviendo por última vez a la composición que ha dado mérito feliz a la apreciación a que contesto, no puedo abstenerme de manifestar cuan poco digno me creo del juicio con que me favorece... Dejando a un lado esta ligera producción, contestaré a Vd. sobre la oportuna recomendación que me hace de los poetas modernos. De ellos conozco a Byron cuyos versos me enajenan y De La Martine, Le Jeune, Diacre et la Meditation, que se registran en el mensajero de Londres; pero la lectura de estos autores me desalienta a la par que es mayor mi admiración por ellos. ¡Cómo es posible imitarlos!

“Nacido en esta provincia remota de ese foco de civilización americana, no he podido formarme un género de estudios a este respecto, y si no fueran algunas pequeñas observaciones sin regularidad, hechas en la lectura de algunos poetas franceses que han llegado a mis manos, como igualmente ingleses y la luz que pueden suministrar las observaciones de La Harpe en su curso de literatura, cuando no hay suficiente caudal de instrucciones para aprovecharla, diría que las reglas del arte me eran absolutamente desconocidas. En cuanto a la gloriosa tarea que se proponen los jóvenes de ese país y que usted me indica, de dar una marcha peculiar y nacional a nuestra literatura, lo creo indispensable, necesario y posible. Si pudieran valer en esta los pequeños esfuerzos de un número reducido de amigos, amantes de la civilización, contribuiríamos con todo nuestro corazón a tan plausible objeto, por ahora puede contar Vd. con mi decisión. Cuando como yo no ha podido un joven recibir una educación regular y sistemada, cuando no se han bebido ciertas doctrinas a que uno se adhiere por creerlas incontestables, cuando se ha tenido desde muy temprano el penoso trabajo de discernir, de escoger por decirlo así, los principios que debían formar su educación, se adquiere una especie de independencia, de insubordinación que hace que no respetemos mucho lo que la preocupación y el tiempo han sacionado, y

² J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, p. 215.

este *libertinaje literario* que en mí existe, me ha hecho abrazar con ardor ideas que se apuntaron en algunos discursos del Salón Literario de esta capital. Me abstengo de continuar para no fatigar su atención. Por ahora me contentaré con repetir a Vd. la expresión del alto aprecio con que lo distingo y el deseo que me anima de ser considerado en el número de sus amigos. Quedo de Vd. servidor affmo. Domingo F. Sarmiento”³.

Así debía establecerse una relación intelectual en la que el joven sanjuanino que la inició, a pesar de contar ya veintiocho años, aparecía como un verdadero palurdo, frente a otro joven de casi su misma edad —Alberdi era sólo seis meses mayor—, pero al cual tomaba como un maestro. ¿Por qué se dirigió a Alberdi y no a Echeverría o a Juan M. Gutiérrez? ¿Porque se trataba de un provinciano como él, o porque era el que más brillaba? Habría que pensar en ambas cosas a la vez. De todos modos, la forma en que esa relación se inició, debía quedar como un irritante estigma de inferioridad para Sarmiento, del que hay que pensar que trataría, alguna vez, de desembarazarse.

Al mismo tiempo que escribía a Alberdi, Sarmiento se unió en San Juan con otros jóvenes, con quienes compartía ideas, y habían tenido la suerte, que le fuera negada a él, de participar en Buenos Aires en el movimiento de la “Joven Generación” —Quiroga Rosas, Antonino Aberastain, etc.—, con los cuales editó “El Zonda” y desarrolló actividades políticas, ya que, según decía, “no era en Grecia ni en Roma, sino allí, en San Juan donde había que buscar la libertad”, y de “subteniente federal” se transformó en “teniente unitario”.

Emigrado a Chile, a consecuencia de esta última circunstancia, con ese “libertinaje literario”, que se reconocía, participó en la vida intelectual de Santiago, donde sostuvo polémicas más ruidosas que profundas, como correspondían al ambiente entonces provinciano de la capital trasandina. Allí se vinculó, como vimos, con los otros desterrados de la “Joven Generación”, uno de los cuales lo describió de esta manera: “Sarmiento es un joven que a la fecha tendrá treinta y dos años, muy honrado; el infortunio lo ha formado, su familia o sus padres fueron muy pobres; por consiguiente no estuvo en ningún colegio. Aprendió el francés, el inglés, el italiano por sí mismo, siempre combatido por la adversidad se dedicó con calor y por instinto a la literatura; ha leído mucho, y se ha ejercitado en escribir y hoy vale alguna cosa. Su corazón es bello como el de Vd., pero menos triste y sombrío; tiene mucha imaginación, pero carece de conocimientos sistemáticos y profundos. No se dedica con más vehemencia al estudio, no será jamás otra cosa que profesor de periódicos” (Carta de Benjamín Villafañe a Félix Frías, 4 de agosto de 1842)⁴.

³ J. B. Alberdi, *ibidem*, p. 217.

⁴ A. A. Tonda, *Don Félix Frías...*, cit., p. 184.

Por su parte, Vicente F. López, que lo acompañaba en su labor polémica y periodística, como su estrecho amigo, escribía también a F. Frías a su respecto: "Este Sarmiento es un joven nacido para el diarismo, pronto, de gran talento, fácil para escribir, fecundo, gracioso, es por supuesto infinitamente superior a mí en el oficio de periodista, y a te he dicho que en cuanto a ideas y sentimientos, la armonía es perfecta"⁵.

Dentro de ese carácter, allí en Santiago, donde había tenido ocasión de conocer personalmente a Alberdi, debía publicar, en 1845, su obra más difundida: "Civilización y barbarie" o "Vida de Juan Facundo Quiroga", luego conocida como "Facundo", obra que sería el principal fundamento de su celebridad. Fue apareciendo como folletín en "El Progreso" —primer diario aparecido en Chile y del cual el mismo Sarmiento fue el director—, aprovechando la llegada de un emisario de Juan Manuel de Rosas, que trataba de hacerlo callar, y como un desahogo contra el dictador porteño.

En segunda, viajó a Europa, donde inauguró la costumbre de menear comentarios europeos para sus libros, como veremos más adelante, y a los Estados Unidos, regresando en febrero de 1848. Luego publicó "Viajes", "Educación popular" y, en 1849, ya casado y, aparentemente, hombre responsable, escribió "Recuerdos de provincia", boceto autobiográfico en que destaca su persona, como postulándose para futuros acontecimientos políticos de su país.

Era evidente que Sarmiento se había convertido en la figura más notoria de los emigrados argentinos en Chile y, quizás, en todos los países. "No se conoció entre nosotros, antes de Sarmiento —escribió un autor trasandino— un divulgador semejante de ideas". Y agregó que tampoco hubo "en el periodismo chileno antes de 1841, un cronista de tal acuidad, de tan variado registro y que en sus expansiones costumbristas reflejara todas las singularidades del alma criolla"⁶. Otro autor chileno, como queriendo destacar la actitud conservadora de Sarmiento allí, escribió: "En los primeros instantes en que la Sociedad de la Igualdad combatía la candidatura de Montt, aparecía un folleto de Sarmiento, el 5 de noviembre de 1850... En el opúsculo Sarmiento condena lo que él llama la demagogia de la oposición, que empezó siendo «liberal y propietaria con Lastarria», para tornarse «demócrata y socialista con Bilbao». Aprovecha la oportunidad para atacar la agitación de la Sociedad de la Igualdad y exponer su credo en las siguientes líneas: «La condición del pueblo no se mejora con discursos bíblicos que entran por un oído y salen por el otro; ni con paseos ni bullangas. Se mejoran con caminos, con riquezas, con exportación de productos, que hacen subir el salario,

⁵ *Ibidem*, p. 185.

⁶ Ricardo A. Latcham, *Sarmiento periodista y costumbrista* ("Antología", Santiago de Chile, 1965, ps. 184 y 239).

ocupan brazos y desenvuelven la inteligencia. Se le mejora por las escuelas, por la enseñanza, por los hábitos de orden. Todo lo demás, o son picardías de ambiciosos para hacerse un pedestal y elevarse, o son ilusiones de poetas que no conocen la vida, ni el país, ni la sociedad en que viven"^{6 bis}.

Su labor de entonces en Chile culminó, según anotamos, con "Argirópolis, o la capital de los Estados federados del Río de la Plata", aparecido en 1850, libro que se podría tomar como su programa de gobierno. Cuando Urquiza se pronunció contra Rosas, Sarmiento vino al Río de la Plata para reunirsele, haciendo el viaje en barco por el Sur, junto con Bartolomé Mitre y Wenceslao Paunero. Una vez en vinculación directa con Urquiza, sin embargo, hubo de sufrir una inesperada y anonadante humillación, porque éste no lo llamó a su consejo, como él esperaba, y lo designó para un cargo de menor importancia en su Ejército: boletínero.

Por eso, derrotado Rosas en Caseros y, apenas llegado a Buenos Aires —que recién pudo conocer—, sintiéndose desplazado en sus ambiciones, Sarmiento, por diversos motivos que casi eran pretextos, se apartó de él y regresó a Chile. Desde allí dirigió a Urquiza su "Carta de Yungay", en la que le daba consejos y le hacía recriminaciones. Y, poco después, al conocer las "Bases" de Alberdi, había de recibirlas entusiastamente, según vimos, como el *Decálogo argentino*. "A mi regreso a Valparaíso —escribió en "Campana en el Ejército Grande"— tuve el gusto de ver consignado en el precioso escrito del doctor Alberdi, «Bases para la Constitución de la República Argentina», aquellas ideas que me había esforzado en doce años de trabajos en hacer populares, sirviendo de constitución... El libro del señor Alberdi era a mi juicio un acontecimiento político. Nadie habría podido desenvolver en la República Argentina las ideas que contiene"⁷.

Y agregaba dirigiéndose al autor de "Bases", según ya citamos: "Su libro de usted no se lo perdonará jamás Urquiza". Pero Urquiza no sólo se lo perdonó, sino que, como dijimos, lo tomó como guía, y aún expreso en carta a Gervasio A. de Posadas: "Escribale al Dr. Alberdi que se venga, porque hombres prácticos y no utopistas son los que necesita la Confederación Argentina". Y, al comunicárselo a Alberdi, Posadas le agregaba: "Este hombre [Urquiza] tiene los mejores deseos, es fácil de conducirsele, no por Alsina que no lo comprende ni conoce, pero sí por nosotros los hombres nuevos, los progresistas, como él nos llama"⁸.

^{6 bis} Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago de Chile, 1955, p. 38.

⁷ Juan B. Alberdi, *Cartas quillotanas*, Ed. Claridad, Bs. As., s/d., p. 124.

⁸ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. XV, ps. 823 y 826.

Estas distintas posiciones frente al hombre que entonces detenía el poder en la Confederación, *no obstante la total identidad de ideas respecto a la organización del país, que ambos se confesaban*, debía separar a Alberdi y Sarmiento, y llevarlos a campos adversarios, desde donde se empeñaron, luego, en una enconada disputa literaria y política.

Producido ya el movimiento del 11 de setiembre, que sustrajo a Buenos Aires de la influencia de Urquiza, Sarmiento aprovechó para enviar a Alberdi su "Campana en el Ejército Grande", aparecida entonces, con una dedicatoria hiriente, que era toda una declaración de hostilidades. Y Alberdi, luego que se convenció de que, efectivamente, ese paso era sinónimo de guerra, contestó con sus "Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina", las cuales, por haber sido redactadas en su quinta de Quillota, son conocidas como "Cartas quillotanas". A ellas había de replicar Sarmiento con sus "Ciento y una", entablando la sonada y conocida polémica.

"Jamás se ha producido en nuestra historia intelectual y política una polémica más lamentable —escribió R. Rojas—. El debate de generó en una gresca de injurias personales... Los ataques de Sarmiento llegaron a extremos de procaacidad, sin perdonar la persona de Alberdi en su vida privada"⁹. Frente a la desaforada arremetida de Sarmiento, poniendo "escritos inmundos" (son sus propias palabras) contra Alberdi, éste mantuvo una medida compostura ("Las cartas de Alberdi han sido consideradas como un modelo en el género polémico")¹⁰, como correspondía a su categoría intelectual, a su situación espectable en Chile y a su designación como agente de Urquiza, en ese país, designación que, según expresamos, no aceptó Alberdi, pero parece haber sido la causa de la furia de Sarmiento, apenas dos meses después de haberle escrito a Alberdi aquellas cartas en que le hacía los mayores elogios.

¿Fue la situación frente al jefe entrerriano la razón principal que orientó el destino de Sarmiento hacia Buenos Aires? "De no mediar sus desinteligencias con Urquiza —dijo uno de sus biógrafos— más bien se habría inclinado por la Confederación"¹¹. También su lucha contra Alberdi, ya que, el encono de sus embates, lo ayudaron, al parecer, a decidirse por Buenos Aires. "Los excesos de la arremetida fueron echándolo de lleno al bando porteño, por motivos personales"¹².

⁹ Ricardo Rojas, *El profeta de la Pampa*, Bs. As., 1945, ps. 395 y 396.

¹⁰ Ricardo Sáenz Hayes, *La polémica de Alberdi con Sarmiento*, Bs. As., 1926, p. 38.

¹¹ Alberto Palcos, *Sarmiento*, Bs. As., 1928, p. 159.

¹² R. Rojas, *El profeta de la Pampa*, cit., p. 396.

Nosotros no creemos que hayan sido sólo motivos personales los que decidieron a Sarmiento a unirse a Buenos Aires. Estaban también la atracción del provinciano por los centros de la civilización. Desde antes de conocerla se había sentido deslumbrado por Buenos Aires, como lo dejó consignado en "Facundo", según una cita que hicimos. Por lo demás, después de su nuevo alejamiento a Chile, con posterioridad a Caseros, siempre escribía a Mitre: "De ir a Buenos Aires tengo las ganas de una muchacha doncella... Mis deseos de ir a Buenos Aires hoy son veheméntísimos... *Buenos Aires es y será todo*. Ella será la depositaria fiel de la civilización y de la libertad"¹³. For all, en su polémica con Alberdi, le había dicho: "*Hace bien en llamarme amigo de Buenos Aires*".

A pesar de algunas vacilaciones, que se manifiestan en sus correspondencia con Mitre, respecto a su traslado a esa ciudad, sólo parecía contenerlo la sensación de que allí era prácticamente un desconocido. "¿Qué sería yo en Buenos Aires? Un provinciano nada más"¹⁴. Tenía, sin embargo, una credencial para hacer aquilatar su figura: ser el autor de "Facundo".

2. — "Facundo", la principal de sus obras, era un cuadro argentino, escrito bajo abrumadoras influencias europeas y con notorias exageraciones, algunas "a designio", según su conocida carta al general Paz, pero diseñado sobre un tema autóctono, que nadie había encarrado hasta entonces, y constituiría un fundamento bastante vigoroso de la expresión nacional.

La influencia de Europa se percibe no sólo en las manifestaciones y referencias que relacionan todo el paisaje, así como los hombres nativos con la geografía y la historia del Viejo Mundo, sino también por el hecho de que si Sarmiento se salvó de ver a Juan Facundo Quiroga a través de alguna pluma europea que lo hubiera describió nuestro paisaje más típico, la Pampa, siguiendo las crónicas de los viajeros ingleses de principios del siglo XIX, pues nunca la había visto. Con lo cual imitaba un viejo procedimiento de la literatura argentina anterior a él, y aún de la posterior.

Pero, en el conjunto, logró un cuadro, tal vez bisoño, de un autor primerizo y de cultura más bien simple, pero, sin duda de fuertes rasgos, capaz de expresar lo propio dentro, desde luego, de las mencionadas limitaciones. "Sarmiento fue periodista antes de ser autor de libros —escribió Leopoldo Lugones—, circunstancia cronológica que determina, como es natural, la formación del escritor, y con esto el examen crítico... Sarmiento subordinó sus dotes de escritor a estos rasgos de periodista. En otro ambiente y con otra misión habría

¹³ "Correspondencia Sarmiento-Mitre", cit., ps. 30, 39 y 62.

¹⁴ *Ibidem*, p. 57.

hecho novela... El primer escritor argentino verdaderamente digno de este nombre había nacido"¹⁵. "No tuvo tiempo de documentarse seriamente, ni tal cosa entraba en su propósito. La estricta verdad histórica sobre la persona del general Quiroga quedaría para las investigaciones críticas de la posteridad. El escribió «sin archivos». Así lo dice él mismo", expresa R. Rojas, agregando que, a su juicio, con el "Facundo", había nacido "El primer germen, junto con «La cautiva», de Echeverría, de una literatura nacional, y que era además una interpretación de nuestros fenómenos sociales en aquella época de nuestra historia"¹⁶.

Sin embargo, convendría anotar a este respecto que el resultado, quizás algo primitivo en Sarmiento, tenía, en cambio, una acentuada originalidad, contrariamente al de Echeverría, porque éste vino de París a querer describir el paisaje local sin sensibilidad autóctona, y Sarmiento estaba cargado de esta sensibilidad, aunque tratara de expresarse por medio de una forma lamentablemente europeizada. "En Sarmiento hay una dualidad entre su temperamento genuinamente americano y su simpatía intelectual por lo europeo", afirma José Ingenieros¹⁷. Y agregó José Ingenieros que era "Facundo" el libro "más argentino por su ambiente y sus personajes, pero el más europeo por su espíritu y doctrina"¹⁸.

Y esa simpatía y espíritu europeo se hace más patente en los ataques de Sarmiento en "Facundo" contra el "americanismo", no obstante que su obra era una expresión de tal "americanismo", como hemos dicho, sólo que con un fuerte sello europeo.

El libro de Sarmiento, destinado a atacar a Rosas, fue recibido con sumo interés en su época, no obstante algunos juicios adversos. Echeverría le dedicó un comentario en "Ojeada retrospectiva", en 1846, declarándolo "lo más original" que había producido literariamente la "Joven Generación". En cambio, Juan M. Gutiérrez lo calificó de "caricatura", considerando que haría "mucho mal a la República".

En "Facundo", que participa de la historia, de la sociología y de la novela, "libro para el que no había precedentes en lengua castellana, ni como cuadro de historia picaresca, ni como ensayo de filosofía social", según un crítico latinoamericano¹⁹, y "gran libro que se considera hoy como el «chef d'oeuvre» de la escuela romántica argentina, y por cierto como el libro quizá más importante que se haya

producido en Hispanoamérica"²⁰, según otro, Sarmiento "no se proclama ni unitario ni federal. Adhiere con entusiasmo a los puntos de vista de la "Joven Generación", y si fulmina a Rosas, no disimula sus críticas punzantes a los unitarios"²¹. Pero estas críticas punzantes no son óbice para que insierte allí el mayor elogio del más destacado unitario: Bernardino Rivadavia ("No es el elogio sino la apoteosis la que hago de Rivadavia y su partido", escribe²²), y para que, años más tarde, se transformara en uno de esos unitarios que criticó, según él mismo había de reconocerlo.

También traía Sarmiento a Buenos Aires, como expresión de su personalidad, su libro "Viajes", donde recopiló impresiones sobre Europa y los Estados Unidos, países en los que actuó, manifiestamente, con un mayor complejo de inferioridad provinciana que Alberdi, pasando nil humillaciones para que la "Revue des Deux Mondes", de París, se ocupara de "Facundo", y teniendo como su mayor gloria que publicistas europeos o norteamericanos lo recibieran personalmente o prologaran sus libros²³.

Y respecto a "Recuerdos de provincia", que completa con "Facundo" su propósito de reflejar la sociedad de la época, podríamos decir que constituye un eficaz cuadro del ambiente provinciano natal, no obstante el evidente propósito de hacer su propia promoción. Por eso dice Ricardo Rojas: "Si «Facundo» fue escrito para atacar a Rosas, «Recuerdos de provincia» fue escrito para suplantarlo a Ro-

²⁰ Arturo Torres Riosoco, *La gran literatura iberoamericana*, Bs. As., 1945, p. 84.

²¹ Alberto Palcos, *El Facundo*, Bs. As., 1945, p. 57.

²² D. F. Sarmiento, *Facundo*, Bs. As., 1916, p. 127.

²³ Conviene detenerse en detalle en el episodio de la "Revue des Deux Mondes", porque es ilustrativo de su servidumbre intelectual. Veamos cómo aparece para el vulgo, y cómo fue la realidad. Dice la "Historia de la literatura argentina", de E. García Velloso, que se estudia en los colegios, respecto al "Facundo": "Su triunfo repercutió en todo el mundo, la "Revue des Deux Mondes" lo popularizó en Francia y la vida del célebre pedagogo Horace Mann en los Estados Unidos e Inglaterra". Pero los hechos fueron muy distintos: Ricardo Rojas ("El profeta de la Pampa"), habla de "las mortificaciones para su orgullo que pasó cuando tuvo que andar en gestiones de postulante literario"; Sarmiento —dice— lozó por sus propias gestiones un artículo sobre el "Facundo" en la "Revue des Deux Mondes", que por sí sólo no podía consagrarlo en Europa, aunque sí conferirle autoridad en América". Y detalla todos los pasos que dio en tal sentido concurrendo a la redacción de la revista, donde primeramente le devolvieron su obra sin haberla leído; luego, como él insistiera, lo hicieron volver en diversas oportunidades durante varias semanas, "Vuelva el otro jueves", hasta que lo recibió el director y lozó, a los varios meses, que publicaran un comentario. ¡"Oh felicidad para nuestro héroe! —comenta Rojas— ¡Un juicio en francés sobre su obra sería un salvoconducto para varios pueblos! ¡Cómo iba a repicar hasta la vejez en esa campana que tanta paciencia le había costado!".

¹⁵ Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento*, Bs. As., 1945, p. 148 y siguientes.

¹⁶ R. Rojas, *El profeta de la...*, cit., p. 212 y 216.

¹⁷ *Ibidem*, p. 244.

¹⁸ José Ingenieros, *Sociología argentina*, cit., p. 394.

¹⁹ José E. Rodó, *El mirador de Próspero*, Madrid, 1920, t. II, p. 199.

sas". Y agrega: "Todo el libro pareció a algunos, aparte de su peculiaridad, la cháchara de un mentecato"²⁴. Sin embargo, podríamos decir que lo que pudo parecer pueril para su época, tiene para nosotros interés, por lo que se salva de cualquier acusación y justifica que se lo tenga, junto con la biografía del Tigre de los Llanos, como uno de los principales aportes de Sarmiento a las letras nacionales.

Y en cuanto a su última obra del destierro, "Argirópolis", donde pretendió condensar su doctrina y presentar su plataforma como futuro hombre de gobierno, resultó bastante elemental y, en muchos aspectos, utópica, por lo que él mismo habría de reconocer, al publicarse "Bases", de Alberdi, que éste había condensado las ideas de todos en forma muy superior, desplegando al hacerlo mayor erudición y talento.

De todos modos, las ideas fundamentales de Sarmiento, expuestas suscitadamente y en forma más limitada en "Argirópolis", coincidían con las que luego expondría Alberdi. Allí recordaba que "el partido federal se opuso a la construcción unitaria de 1826 porque Buenos Aires era designada como centro de los poderes políticos que dicha constitución creaba", y que "el gobierno de Buenos Aires no tiene interés alguno que lo induzca a la prosperidad de las provincias del interior". Se refiere también a que "la generalidad cree, y la prensa y los gobiernos fomentan estas deplorables disposiciones, que las potencias europeas pretenden subyugarlos y atacar nuestra independencia nacional" y sostiene que "la Inglaterra ni la Francia pueden abrigar el más remoto pensamiento de conquista", sino "vender el mayor número de mercaderías posibles", ya que "nosotros no seremos fabricantes sino con el lapso de los siglos". Y recordemos, significativamente, que en aquellos momentos, Francia estaba ocupando la isla Martín García, donde Sarmiento proponía establecer, precisamente, la capital de la nación, sin que éste dijere al respecto ni una palabra.

Propendía, también, a la inmigración europea y a "hacer segura la situación de los extranjeros [para] atraerlos a nuestro suelo", porque "necesitamos —decía— mezclarlos a la población de los países más adelantados que el nuestro".

Según él, entonces, en la República Argentina "se destruye todo por espíritu de antipatía a lo europeo, por americanismo", lo que "conduce a la barbarie". "Infundida a los pueblos del Río de la Plata —escribía— que es argentino el hombre que llega a sus playas, que su patria es de todos los hombres de la tierra". Y proponía como ejemplo a los Estados Unidos con un encandilamiento que había de perturbarle la visión y persistir toda su vida²⁵.

²⁴ R. Rojas, *op. cit.*, ps. 365 y 372.

²⁵ Domingo F. Sarmiento, *Argirópolis*, Bs. As., 1916, p. 192.

3. — Cuando Sarmiento se trasladó a Buenos Aires, el año 1855, "tildado de tráfuga en el bando de los provincianos y advenedizo en el de los porteños"²⁶, como aquí era "solamente un provinciano", según antes de llegar se había definido, debió irse abriendo camino desde los cargos más humildes, como el de concejal del municipio. "El provinciano Sarmiento empezó nuevamente la lucha por el nombre, pues la fama que traía de Chile no podía valerle aquí sino entre algunos camaradas de la proscripción"²⁷. Y la única forma de lograr un nombre en Buenos Aires era hacer méritos para "la causa de Buenos Aires", que era, principalmente, como dijimos, la de los intereses extranjeros que en ella predominaban. Lo que hizo Sarmiento, abandonando toda pretensión de independencia, de la que hasta entonces había hecho alarde.

Por eso en la vida de Sarmiento hay dos períodos totalmente distintos: el del luchador de Chile y el doméstico de Buenos Aires. Sus propios contemporáneos habrían de recalcarlo. "¿Será necesario traerle a la memoria lo que hemos dicho del Sarmiento de Chile y lo que nos parece el Sarmiento de Buenos Aires? —escribía Miguel Cané—. Divida Vd. el Sarmiento en dos pedazos, como hace el podador inteligente, y encontrará justa mi alabanza y mi crítica. El pedazo de Sarmiento con savia, el que sirvió para algo, el que lanzaba rayos y centellas desde la altura en Chile contra el poder de Rosas, y el Sarmiento inservible, seco, sin vida reproductiva, el pedazo que se bota o se destina al fuego. El uno es el glorioso y poderoso enemigo que nosotros apreciábamos y aplaudimos; el otro, el Sarmiento posterior a la caída de Rosas, el que nos ha causado una sorpresa despreciativa [subrayado en el original] que desgraciadamente se aumenta. ¡Pobre Buenos Aires, que le ha tocado el peor pedazo!"²⁸.

Al servicio de Buenos Aires, Sarmiento quedó disminuido y apocado y perdió la personalidad que lo había distinguido en Chile. "Si se apoca e intimidada a Sarmiento —había escrito Alberdi—, se le quita el resorte que lo hace ser lo que es"²⁹. Y Sarmiento dejó de ser el escritor de obras de envergadura; se apagó para siempre. Bien lo señaló un crítico latinoamericano: "A su período inicial pertenecen sus tres libros mejores, «Facundo», «Recuerdos de provincia», «Viajes»... Los libros que escribió después de su regreso a la Argentina, en 1855, no igualan, como literatura, a los que escribió antes"³⁰. Ese fue el precio que pagó por su gloria política.

²⁶ R. Rojas, *El profeta de la...*, cit., p. 403.

²⁷ *Ibidem*, p. 402.

²⁸ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. IX, ps. 334 y 335.

²⁹ J. M. Mayer, *Alberdi...*, cit., p. 423.

³⁰ Pedro Henriquez Ureña, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Bs. As., 1952, ps. 106 y 108.

Y, para lograr esa gloria, ya como subalterno de Mitre ("Mitre es el principal —escribía Alberdi—, Sarmiento su subalterno, en el libro y fuera del libro"), llegó a niveles muy inferiores.

La principal muestra de ello es su famosa carta a Mitre al día siguiente de Pavón y que ya reproducimos antes, en la que le recomendaba no "economizar sangre de gaucha", y se le ofrecía como soldado; y, después de proponerle la destrucción de Santa Fe, el avasallamiento de Entre Ríos, "ir a Paraná" y "quemar ordenadamente los establecimientos públicos", agregaba: "*Necesito probar que fui más porteño, más hombre de Estado que los que hallan tan lógico que yo inspirase movimientos puramente sanjuaninos... Puedo en las provincias, y deseo ser el heraldo autorizado de Buenos Aires. Contando con su apoyo, espero lo que usted ordene*"³¹.

Es la misiva del palurdo provinciano que escribiera a Alberdi, en 1838, reaparecido en este otro palurdo que ahora ansiaba hacer carrera política y para lograr lo cual se ofrecía de mercenario de Mitre. Así es como propiciaba lisa y llanamente: *el aniquilamiento a sangre y fuego de las provincias, la destrucción de Santa Fe y el arrasamiento de Paraná*. Todo para "*probar que fui más porteño*" que los mismos porteños que, aunque en el fondo aspiraban a lo mismo, no llegaban a tanto en sus procedimientos.

Con razón, Alberdi había escrito: "Los peores enemigos que la nación tiene en Buenos Aires son los provincianos allí establecidos... El porteño no necesita hostilizar a las provincias para probar su amor natural a Buenos Aires, pero el provinciano establecido en Buenos Aires tiene necesidad de ser dos veces hostil a las provincias, para que no lo crean traidor a Buenos Aires... Los porteños están tan convencidos de esta verdad que, para todo lo que es despojar a las provincias, se sirven, preferentemente, de los provincianos, que tienen establecidos en su seno. Apareciendo así entregarse a los provincianos, es como mejor toman posesión de las provincias"³². Sarmiento fue el mejor ejemplo de tal acerto.

Y, en cartas posteriores a Mitre, después de desearle "nuevos y decisivos triunfos, y la gloria de restablecer en toda la república el predominio de la clase culta, anulando el levantamiento de las masas", habla de agregarle, urgiéndolo a que se utilizaran sus servicios: "¡Hágame coronel, por favor! No sabe la perturbación y el designio que trae en el servicio la inferioridad de grado y la influencia moral, y un título y un galón más en un subalterno de posición y armado"³³. Y también: "Sentiría que después de treinta años de acción, quedase yo en inactividad, en el momento que se va a extender la influencia

de Buenos Aires en las provincias... Abrir y asegurar las vías comerciales, es toda la satisfacción que necesitan los intereses de Buenos Aires". Y, para esto, proponía un "plan definitivo: asegurar los principales puntos de la República con batallones de línea, o lo que es lo mismo, apoyar a las clases cultas con soldados contra el levantamiento del paisanaje"³⁴.

Es decir que Sarmiento se hacía el campeón, no de los intereses argentinos, sino exclusivamente de los de Buenos Aires, y no de todo el pueblo, sino de las "clases cultas" contra los de las masas populares.

Creemos que aquí está retratado, en sus rasgos principales, este singular personaje, que tanta tinta ha hecho correr a los superficialistas con su pintoresquismo personal, y con cuyo aire populachero —no popular— se ha tratado de disimular el tieso aristocratismo colonial de Rivadavia, en el redívivo.

Es decir, también, que Sarmiento utilizó el prestigio que le había concedido su actuación y obra en Chile, prestigio innegable —y que le reconoció el mismo Alberdi en sus "Cartas quillotanas" cuando le dijo: "Usted posee un crédito legítimo que debe a sus nobles esfuerzos de diez años contra la tiranía"³⁵— para luchar en las provincias en favor de los intereses de Buenos Aires.

Por eso, según tan ardientemente lo pedía, Sarmiento fue encargado de acompañar, como vimos, de Auditor de Guerra del ejército porteño en el sojuzgamiento del interior, después de Pavón, y sus actitudes en tal función resultaron tan poco serias, que ni sus propios compañeros podían tomarlas sin comentarios. "En su provincia natal —escribía el general Paunero a Mitre desde Córdoba, luego que Sarmiento, con el apoyo del ejército porteño de ocupación, se hubo hecho cargo del gobierno de San Juan— ha sido nombrado gobernador nuestro impertrito campeón don Domingo F. Sarmiento, que vomitará proyectos y decretos hasta por las uñas"³⁶.

Como gobernador de San Juan intervino luego en la acción contra las montoneras, designado más tarde por el gobierno de Mitre como Director de Guerra, dentro del concepto de ese gobierno de hacer "guerra de policía" contra la población nativa. Y en tal labor de exterminio, Sarmiento adoptó actitudes drásticas y terribles que condenan sus propios panegiristas. "El lenguaje espantoso de Sarmiento en estos momentos —escribe uno de ellos— explica la decisión con que en adelante afrontará la guerra contra las montoneras"³⁷. "Las aldeas de La Rioja arrasadas a sangre y fuego —expre-

31 "Archivo del general Mitre" (Campaña de Pavón), t. IX, ps. 360 a 363.

32 J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. IX, ps. 334 y 335.

33 "Correspondencia Sarmiento-Mitre", cit., p. 154.

34 "Archivo del general Mitre", cit., ps. 364 a 373.

35 J. B. Alberdi, *Cartas quillotanas*, cit., p. 13.

36 "Archivo del general Mitre", cit., t. IX, p. 87.

37 Alberto Palcos, *Sarmiento. La vida, la obra, las ideas, el genio*, Bs. As., 1929, p. 182.

sa otro— representan iniquidades que la historia no puede atenuar, y que el mismo afianzamiento de la nacionalidad no justifica”³⁸. La cabeza del Chacho clavada en la punta de una pica en la plaza de Olta, sería una demostración de sus procedimientos. “Sin la muerte del Chacho, tal como ha ocurrido —escribía el mismo Sarmiento— no estaba bien expresado mi pensamiento. Ahora lo está”³⁹.

Sin embargo, en el desempeño de la gobernación de su provincia, finalmente, entró en desacuerdo con el gobierno central, del que se sentía abandonado. “Ansío por salir de la provincia —escribía a Mitre— porque la falta de abandono de usted hace estéril mi sacrificio... Yo le habría dado la presidencia constituida, la nación; pero para eso era necesario que hubiere tenido fe en mí, que no ha tenido en la medida que se necesitaba”⁴⁰.

Abrumado por esa y otras contradicciones, y sin terminar su período administrativo, en 1864, Sarmiento fue designado por Mitre ministro en los Estados Unidos. En viaje a Washington por el Pacífico, al pasar por el Perú y encontrarse con un congreso hispanoamericano que se realizaba en Lima frente a las amenazas de agresión española, sintió reverdecir sus viejos ideales americanistas, participando oficiosamente en él, lo cual provocó la tajante desautorización de Mitre, de acuerdo con conceptos que ya hemos analizado.

Y luego, algunos años más tarde, estando ausente en los Estados Unidos, donde todo lo que veía lo dejaba deslumbrado, como producto de un verdadero complejo de inferioridad provinciano, surgió “misteriosamente” como candidato a la presidencia de la República, cargo para el cual, finalmente, resultó designado en 1868.

“No se sabe bien cómo empezó esta candidatura —escribió su biógrafo R. Rojas—. Se la vio mover sola, como un fuego fatuo en la noche de la pampa. Más tarde tomó cuerpo, un cuerpo casi fantasmal. Sin ejército, sin gobierno, sin partido, *más resistida que apoyada*, se abrió paso en la conciencia pública *misteriosamente*... La presidencia había sido la ambición de su vida, pero a él mismo debió sorprenderle esta eclosión de su nombre... Al cabo de sólo dos años, su candidatura a la presidencia era una pesadilla para sus antiguos rivales, y nadie podía explicarse *por qué artes mágicas habíase producido este hecho insólito*, estando él tan lejos, sin partido y sin apoyo oficial... Ambicionaba la primera magistratura, confiando en sí mismo y en la Providencia, en la que tanto creía. Y era de creer en ella porque *su candidatura prosperaba sola, a pesar de tanta hostilidad*”⁴¹.

Para nosotros no hay, en la candidatura de Sarmiento, ningún

³⁸ L. Lugones, *op. cit.*, p. 219.

³⁹ “Correspondencia Sarmiento-Mitre”, *cit.*, p. 258.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 217.

⁴¹ R. Rojas, *El profeta de...*, *cit.*, ps. 482 a 485.

misterio y la Providencia que estaba detrás de ella resulta fácilmente identificable: era la mano oculta de los intereses ingleses, principalmente los de la masonería, que se movían en la sombra para designar “su candidato”: se necesitaba un provinciano en el gobierno para consolidar la dominación de Buenos Aires sobre las provincias. Por eso J. B. Alberdi escribía refiriéndose al gobierno de Sarmiento: “Lo real es que lo que aparece ser un gobierno en la República Argentina, no lo es más que en apariencia. Tal gobierno es un mero simulacro e instrumento del que nadie ve”⁴².

⁴² J. B. Alberdi, *Escritos...*, *cit.*, t. I, p. 341.

XI. SARMIENTO PRESIDENTE. FIN DE LA GUERRA CONTRA EL PARAGUAY. SUBLEVACION DE ENTRE RIOS. LA GUERRA CONTRA LOS INDIOS. EL VERDADERO SIGNIFICADO DE "CIVILIZACION Y BARBARIE" EN LA HISTORIA ARGENTINA. EDUCACION Y REMINGTON.

1. — Apenas llegado a Buenos Aires como presidente electo, Sarmiento se dirigió a la masonería, que había sido el principal instrumento de su elección, donde pronunció un discurso diciendo: "Hermanos... Declaro que habiendo sido elevado a los más altos grados con mis hermanos los generales Mitre y Urquiza, por voto unánime de los Venerables Hermanos... tengo el deber de anunciar a mis hermanos que, de hoy en adelante, me considero desligado de toda práctica o sujeción a estas sociedades"¹.

Una vez en el gobierno —era el primer provinciano que ejercía el mando en Buenos Aires desde los días de la Revolución de Mayo— se contentó, como Rivadavia y en ocasión más propicia que éste, con reproducir o implantar entre nosotros todo lo que había visto en Europa y los Estados Unidos. No trató de desarrollar la personalidad nacional, sino copiar y parodiar lo extraño. "Seamos los Estados Unidos", dijo. Además, también como Rivadavia, se refería preferentemente a la ciudad de Buenos Aires.

Mientras tanto, el progreso del país seguía un ritmo vertiginoso. "El presidente Mitre —escribe un economista— procuró la reconstrucción nacional... Su quehacer estuvo dedicado a formar el Tesoro, equilibrar el presupuesto, proyectar el ferrocarril, concertar la moneda y crear bancos de emisión, facilitar el comercio exterior, atraer la inmigración, etc. Este programa de acción quedó interrumpido por la guerra del Paraguay... El presidente Sarmiento tuvo también su plan de realizaciones. Consistió en educar al pueblo, instalar líneas telegráficas, construcciones ferroviarias, inmigración y colonización, avanzar la línea de frontera, establecer el censo, explotar las minas,

¹ Domingo F. Sarmiento, *Discursos populares*, Bs. As., 1927, p. 113.

etc. El deseo de hacer obligó a buscar recursos. El empréstito inglés para obras públicas es el ejemplo concreto de dicha actividad febril". Y cita párrafos de su Mensaje de 1873, en el que Sarmiento expresaba: "Puede decirse sin exageración, que es uno de los países, el nuestro, que más progresa en todo el haz de la tierra, en el sentido del desarrollo material"^{1 bis}.

Uno de los primeros asuntos importantes que tuvo que encarar fue la finalización de la guerra contra el Paraguay, que *consideraba complemento de la "de la Independencia"*². Esta guerra, que "fue el pedaleo desgastado por el cual ascendió en brazos de la masonería a la presidencia de todos los argentinos"³, se había transformado en una contienda puramente brasileña. Por último, López, alcanzado por fuerzas del Brasil a orillas del Aquidabán, fue muerto en Cerro Corá, con lo cual finalizó la contienda, que hubo de prolongarse entre los vencedores, disputando los despojos del Paraguay. Por lo que Mitre tuvo que trasladarse a Río de Janeiro con el fin de limar las asperezas.

Mientras tanto, Sarmiento se preguntaba: "¿Qué hacemos con el Paraguay? Abrirle las puertas para que los italianos y los vascos lo repueblen no obstante la sífilis que corroe a aquel pueblo de siervos indígenas. Toda idea que se ocurra respecto a este país y se ligue a la historia, instintos, necesidades y moral de la humanidad, os conducirá a deplorables equivocaciones, de manera que lo mejor es no hablar de ello"⁴.

Pero el problema agudo que tuvo que resolver fue el levantamiento de Entre Ríos. Sarmiento había ido a visitar a Urquiza, invitado por éste, a su residencia de San José, para lo cual partió con un numeroso séquito, que incluía miembros del cuerpo diplomático. Al respecto, el representante de los Estados Unidos, que lo acompañaba, informó así a su gobierno: "Después de partir de Santa Fe, fuimos a Concepción, en Entre Ríos, sobre el río Uruguay, donde el presidente fue objeto de una fina recepción de parte del general Urquiza, ex presidente de la República Argentina. Había allí carruajes preparados para conducirnos a su estancia principesca, a unas seis leguas de distancia, donde fuimos agasajados durante un par de días... En 1861 fue derrotado por el general Mitre y, desde entonces, ha vivido retirado en esta espléndida residencia. Probablemente tiene más poder individual que ninguna otra persona en la República Argentina,

^{1 bis} Horacio Juan Cuccorese, *Historia económica y financiera argentina* (Academia Nacional de la Historia. "Historia argentina contemporánea" (1862-1930), Bs. As., 1966, vol. IV, p. 29).

² D. F. Sarmiento, *Discursos populares*, cit., p. 148.

³ Elías Giménez Vega, *Testigos y actores de la Triple Alianza*, cit., p. 61.

⁴ Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria" (1844-1888), Bs. As., 1954, p. 75.

goza de una inmensa fortuna, que se dice consiste en 7.000 leguas de campo y tiene 600.000 cabezas de ganado... A nuestra llegada a su residencia, la casa y los jardines estaban decorados con banderas y, sobre la puerta principal, cuando entramos, pendía una gran enseña con las franjas y las estrellas... Tiene también 80.000 yeguas y otras especies de ganado"⁵.

Esta visita del presidente Sarmiento, que por lo visto se había reconciliado de cuando pedía para Urquiza, en carta a Mitre: "Southampton o la horca", y que parece haberle hecho decir "¡Ahora sí me siento presidente de la República!", fue la gota de agua que desbordó la copa de la malquerencia de la provincia contra Urquiza, a quien acusaban de haberse entregado a los porteños. "Esta reconciliación —dice un historiador de esa provincia— se consideró en Entre Ríos, que no se opeaba de sus rencores ni se entibiaba en su pasión provincialista, como la entrega definitiva a la política de la metrópoli"⁶.

Así fue como, al poco tiempo de este acontecimiento, el 11 de abril de 1870, una banda capitaneada por José María Mosqueira, e integrada por el cordobés Simón Luengo, Nicómedes Coronel y aún miembros de su guardia, penetró en el Palacio San José, con orden de prenderlo. Pero, ante la resistencia de Urquiza, lo asesinó.

2. — El asesinato de Urquiza, que entonces se desempeñaba nuevamente como gobernador de Entre Ríos (luego de un breve interregno en que dicho cargo fue ejercido por uno de sus personeros), dio lugar a que la legislatura de la provincia designara como titular al general Ricardo López Jordán, sobrino de Francisco Ramírez y lugarteniente de Urquiza, quien se había puesto al frente del movimiento provocado por la muerte de éste, y asumió la responsabilidad del hecho. Pero el presidente Sarmiento resolvió intervenir la provincia, lo que provocó la reacción general en Entre Ríos, dispuesta a rechazar la intervención del gobierno nacional. Por tal circunstancia se despacharon fuerzas del ejército que, desembarcando por ambas márgenes de la provincia rebelde, por el Paraná y el Uruguay, al mando de Gelly y Obes, Emilio Mitre, Conesa, Rivas, Arredondo, etc., entraron a López Jordán, que había reunido numerosas fuerzas, dispuesto a defender la "soberanía provincial". "Después de destruir el Paraguay —escribe un historiador nacionalista— el partido liberal necesita destruir a Entre Ríos, última rama del viejo árbol federal, y eso es lo que comienza a ejecutar Sarmiento". Y reproduce parte de una proclama que había lanzado López Jordán en la que decía: "Entre Ríos protesta su ninguna responsabilidad en la guerra que se le

trae sin razón ni derecho y hace responsable ante la Patria a los que la han promovido, para que, con la justa condenación de los buenos, caiga también sobre ellos la responsabilidad de la sangre que va a derramarse y los incalificables sacrificios que la lucha va a imponer al país"⁷.

Después de una larga campaña, en que el ejército nacional llegó a contar con 16.000 hombres, más que los que habían luchado contra el Paraguay, y de haber tenido numerosos encuentros en Saucedo, Santa Rosa, etc., López Jordán decidió invadir Corrientes, para lo cual cruzó la frontera de la provincia al frente de 7.000 hombres con el propósito de provocar allí también "una reacción antiliberal". Pero el 26 de enero de 1871, se encontró con las fuerzas que había reunido el gobernador de Corrientes, coronel Santiago Baibene, que, después de una lucha de varias horas lo derrotaron completamente en Naembé, con la tardía presencia de las tropas nacionales, al mando de Julio A. Roca. La dispersión de las fuerzas de López Jordán fue completa, habiendo perdido 665 muertos y heridos, 550 prisioneros, 200 fusiles y 9 piezas de artillería, mil caballos y una imprenta. El resto del ejército se desbandó, buscando refugio López Jordán y sus principales jefes, en la Banda Oriental y el Brasil. La juventud de sus antagonistas hizo decir al jefe entrerriano: "Lo que siento es que un puñado de muchachos sean los que me han derrotado"⁸.

7 Fermin Chaves, *Vida y muerte de López Jordán*, cit., p. 220 y 221.

8 Del ejército correntino vencedor en Naembé era Auditor de Guerra el Dr. Agustín P. Justo (abuelo del autor de este libro), entonces diputado nacional por Corrientes. Con la imprenta tomada en Naembé, comenzó a editar un diario, y, al poco tiempo, fue electo gobernador de la provincia, cargo del que fue desalojado en breve plazo por un motín militar encabezado por el coronel Sosa. El presidente Sarmiento, que el año anterior, 1870, había decretado la intervención a Entre Ríos, con motivo de la sublevación de López Jordán, se negó a intervenir Corrientes, para reponer al gobernador constitucional electo, alegando "altas razones de conveniencia pública". "El hecho fue que las 'altas razones de conveniencia pública' —comenta Antonio Zinny ("Historia de los gobernadores de provincias argentinas", Bs. As., 1879, t. I, p. 603)— prolongaron la guerra civil en Corrientes, con todo su secuito de desastres. Después de varios encuentros en San Gerónimo, en que hubo 100 muertos entre las fuerzas de la revolución, fuertes de 3.000 hombres, y la del gobernador legal, de 4.000, al mando del coronel Santiago Baibene, la rebelión obtuvo un triunfo decisivo. El 4 de marzo (1872), en los campos de Acosta, a media legua del Empedrado, en la Cabaña del Tabaco, tuvo lugar una sangrienta batalla, dispersándose la caballería del ejército legal y triunfando la infantería; pero, faltarle de municiones, fue obligado Baibene a capitular. Este desgraciado suceso costó al ejército de Baibene la pérdida de más de 150 hombres muertos y más 400 heridos, entre éstos, el doctor Juan Lagraña. A pesar de todo el doctor Justo sostuvo su derecho al gobierno de Corrientes, pero sin resultado práctico". Posteriormente, el Dr. Justo se trasladó a Concepción del Urugu-

⁵ Courtney Letts de Espil, *Noticias confidenciales de Buenos Aires a U.S.A.*, (1869-1892), Bs. As., 1969, p. 18.

⁶ Aníbal S. Vázquez, *Caudillos entrerrianos: López Jordán*, Rosario, 1940, p. 101.

Pero López Jordán, "de muy cortos alcances y limitada instrucción"⁹, había de insistir en su rebeldía, haciéndose eco de quienes lo invitaban a resistir al gobierno nacional. Con tal fin, volvió a levantar bandera de insurrección el 1° de mayo de 1873, logrando reunir 9.000 hombres. Enseguida el presidente Sarmiento, no sólo dispuso la movilización del ejército nacional, sino que también envió al Congreso un mensaje proyectando poner precio a la cabeza de López Jordán, lo que fue rechazado por aquél. Sin embargo, se trasladó a Rosario y allí, personalmente, hizo uso de una ametralladora para mostrar su eficacia. Además, *el ejército nacional iba a utilizar un arma destinada a terminar definitivamente con las rebeldías provincianas: el fusil Remington*. "En el Paraná nos dieron fusiles Remington que, por primera vez, iban a ser ensayados en una guerra de hermanos. Con semejante arma el éxito estaba asegurado"¹⁰.

Así fue sorprendida la vanguardia jordanista el 9 de diciembre de 1873, en Talita, lo que obligó al caudillo entrerriano a empeñar una batalla en el arroyo Don Gonzalo, donde, después del combate, López Jordán se retiró derrotado. Y otra vez buscó refugio en el Brasil, mientras sus huestes lo hicieron en los montes y en las islas.

Luego, había de volver efímeramente, en noviembre de 1876, sin mayor éxito, por lo que fue apresado y llevado al Rosario, de donde logró fugarse. Amnistiado en 1888, fue asesinado en Buenos Aires, en junio de ese año, por uno que dijo querer vengar el degüello de su padre, muchos años antes.

"Esas dos guerras desoladoras de la provincia de Entre Ríos —escribió Alberdi— han sido obra de la presidencia de Sarmiento. Hechas sin necesidad, bajo el pretexto de servir a la moral, han tenido por objeto real servir a los monopolios que la reacción liberal, salida de Entre Ríos, destruyó en Monte Caseros, en 1852, y para que esos monopolios restaurados no vuelvan a ser destruidos por otra campaña libertadora venida de Entre Ríos... Estas dos guerras, la del Paraguay, que duró cinco años, y otras guerras civiles interiores... han sido la causa y razón de ser de los empréstitos y emisiones por valor de cerca de ochenta millones de pesos fuertes en que han endeudado a la República los gobiernos argentinos desde 1861, sin

guay, entonces capital de Entre Ríos, donde fue designado Juez de Crimen, tocándole intervenir en el juicio a los asesinos del general Urquiza (Fermín Chaves, "Vida y muerte de López Jordán", cit., p. 326). Y, más tarde, en Buenos Aires, fue Gran Maestre de la Gran Loggia de la Argentina (1877-1879), siendo sucedido en el cargo por el Dr. Vicente F. López (A. Lappas, "La Masonería Argentina a través de sus hombres", Bs. As., 1958, p. 66).

⁹ Julio Victorica, *Urquiza y Mitre*, cit., p. 315.

¹⁰ General Ignacio Fotheringham, *La vida de un soldado* (Citado por Fermín Chaves, "Vida y muerte de...", p. 263).

más beneficio para la Nación, que el yugo de esa deuda en que tiene que gastar, por siglos, casi todo el producto de su renta pública"¹¹.

3. — La guerra contra los indios araucanos de la Pampa, otro de los graves problemas de la presidencia de Sarmiento, es uno de los rasgos más particulares y extraordinarios de la historia de América. En ninguna otra República del Nuevo Mundo tuvo lugar un hecho semejante, en que el ejército entero de una de ellas tuviera que estar lidiando con las razas autóctonas, prosiguiendo una lucha iniciada en la época en que era colonia de España y, luego de su emancipación, durante todas las décadas que transcurrieron hasta la finalización de esa guerra, en 1885.

Además, tan grande contienda se desarrolló en un frente de 2.000 kilómetros, del Atlántico a los Andes —y podríamos decir, que al Pacífico, porque también tenía su frente en Chile— junto a las principales ciudades del país y sobre los campos más ricos de la República, afectados a la industria madre de su economía: la ganadería. Dicha guerra, jalonada por algunos de los hechos más espectaculares y dramáticos del desarrollo nacional, había sido totalmente silenciada, borrándola de nuestra historia, bajo el pretexto de que era una simple guerra de policía.

Sobre este aspecto, deseamos repetir lo que ya citamos respecto al juicio del historiador Vicente F. López, en el "Prefacio" de su monumental "Historia de la República Argentina", en diez tomos, donde dice: "Hemos prescindido, en general, de las vulgares guerras con las tribus salvajes, que, al fin y al cabo, nada tienen que ver con la historia política y social de una nación, y que, por no ser otra cosa que asimilaciones de territorios desiertos, por medio militares elementales, carecen del carácter histórico de las luchas morales y aún de interés estratégico"¹². Este fue el criterio que presidió el estudio de la historia argentina, no obstante que los mismos historiadores que le negaban importancia y la silenciaban, debían reconocer la importancia de esa guerra mostrando que Rosas subió al poder dictatorial, además de otras razones, por el prestigio que le acarreo su campaña contra los indios, en 1833-34; y Julio A. Roca llegó a la presidencia de la República, en 1880, tras su expedición de 1879.

Por algo, Lucio V. Mansilla, que participó en esa guerra, y dejó una descripción valiosa, aunque parcial, de un aspecto de la misma, pudo escribir, en 1898: "*Lo que se ha llamado imperfectamente «la conquista del Desierto», es el hecho más trascendental de la historia sudamericana desde la era de la independencia»*"¹³.

¹¹ Juan B. Alberdi, *Escritos...*, t. I, ps. 195 y 196.

¹² Vicente F. López, *Historia de la República Argentina*, t. I, p. LVII.

¹³ Lucio V. Mansilla, *Rozas*, Bs. As., 1943, p. 105.

Lo más extraordinario era que a esos escasos miles de indios, sin más armas que sus lanzas, con un coraje y valor único en la historia del mundo, luchando con una nación de 2.000.000 de habitantes, y sus fuerzas militares provistas de todas las armas de la civilización moderna y comandadas por sus generales más prestigiosos y guerreros de la independencia, no bastaban para contenerlos, y la ocupación del territorio que poseían apenas se iba conquistando palmo a palmo, en sucesivos avances que costaban miles de vidas y gastos ingentes, en una línea de frontera que debía ser defendida por la totalidad del ejército, impotente para evitar que los indios araucanos hicieran arreos de centenares de miles de cabezas de ganado, en encuentros generalmente victoriosos.

Recordemos que la derrota de Buenos Aires, en Cepeda, fue debida, en gran parte, al desgaste que había sufrido por la acción de los indios araucanos, aliados a Urquiza, según la opinión de Zeballos, que mencionamos. En esa acción, como vimos, estaba la derrota de Bartolomé Mitre frente a Catriel y Calfulcurá en Sierra Chica, en 1855. También vimos la participación de las fuerzas de Coliqueo, de parte de la Confederación, en la batalla de Cepeda, y su defección luego en la de Pavón.

El 13 de agosto de 1867, el Congreso votó una ley en la que se disponía el traslado de la frontera al río Negro, en cuyas disposiciones se decía: "Ni la Nación ni el Congreso pueden aceptar por más tiempo que los bárbaros de la Pampa, con violación de los tratados más solemnes, sigan asolando y destruyendo nuestras poblaciones fronterizas. Es evidente que un remedio actual e inmediato es necesario para que desaparezca ese violento, ese espantoso estado de cosas". Pero hacer cumplir esa ley era un asunto que no estaba dentro de las posibilidades del ejército bonaerense.

Durante la presidencia de Sarmiento, la guerra del Desierto, emprendida por un país que acababa de salir vencedor de la guerra contra el Paraguay, tuvo un desarrollo muy importante, ya que los indios frenaban en forma al parecer anacrónica y también insólita, la construcción de los ferrocarriles en que estaba empeñado el capital extranjero. Durante su desempeño se produjo la famosa batalla de San Carlos, cerca del actual pueblo de Bolívar, en la provincia de Buenos Aires, el 8 de marzo de 1872. En ese encuentro, el cacique Calfulcurá, al mando de 3.500 indios enfrentó al ejército nacional, comandado por el general Ignacio Rivas. El parte de la batalla decía: "Tengo la satisfacción de participar a V. que ayer, a las ocho y cuarto de la mañana, he derrotado completamente al audaz Calfulcurá que con toda insolencia desafiaba el poder del gobierno con más de tres mil indios hacia ya cuatro días... *Se ha quebrado, por primera vez, y acaso para siempre, el poder salvaje de Calfulcurá que, por tan dilatados años, ha sido el azote devastador de nuestras fronteras*". Pero

el parte también agregaba que, junto al ejército nacional, se había logrado hacer luchar a los indios de Catriel —por imposición de éste— y a ellos se debía la victoria¹⁴.

Digamos que los tratados a que aludía la ley votada en 1867, se hacían solemnemente, y eran aprobados por el mismo Congreso, como lo concertados con naciones extranjeras. Pero quienes invariablemente no los cumplían no eran los indios araucanos.

4. — Aquí cabe preguntarse: ¿Cuál es el verdadero significado de "Civilización y barbarie" en la historia argentina? En "Facundo", cuya primera edición llevaba ese título, Sarmiento decía: "En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remediando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas". También, más adelante, repetía: "La República Argentina era solicitada por dos fuerzas unitarias: una partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior; otra que partía de las campañas y se apoyaba en los caudillos, que ya habían logrado dominar las ciudades; la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana"¹⁵.

También Bartolomé Mitre había escrito, según vimos, que la batalla de Pavón había sido un triunfo de "la civilización sobre la barbarie". Lo mismo escribía respecto de la guerra contra el Paraguay.

Según ellos, Buenos Aires representaba la "civilización". ¿Y cuál era esa "civilización"? Era la "civilización" que predominaba en Europa, es decir, la civilización capitalista, que en la América hispana no existía antes de su separación de la metrópoli, y que fue introducida por emisarios de aquella civilización después de tal acontecimiento. Hemos visto que dicha civilización comenzó a introducirse por Buenos Aires, donde, a raíz de la creación del primer Triunvirato, y las prerrogativas que sus integrantes otorgaron al comercio extranjero, éste entró a dominar en esa ciudad, centro del movimiento comercial del continente sur, y allí se había concentrado, tratando de dominar también a todas las provincias, que se levantaron para impedirlo, por medio de los caudillos.

Tratando el tema "Civilización y barbarie en la República Argentina", Alberdi había escrito, en 1861: "Las simpatías que Buenos Aires disfruta en Europa, no las debe a la «civilización» ciertamente. Las debe a la razón muy clara de que todos los intereses europeos hoy existentes en Buenos Aires se hallan vinculados a Buenos Aires

¹⁴ "Memoria del Ministerio de Guerra y Marina", Bs. As., 1873.

¹⁵ Domingo F. Sarmiento, *Facundo* (1916), cit., ps. 59, 60 y 132.

por la vieja legislación colonial que no los dejó pasar más adelante de Buenos Aires durante siglos. Esos intereses radicados en Buenos Aires por la fuerza de la vieja legislación monopolista luchan hoy por ser solos, y trabajan como en otro tiempo hacia el comercio español en Buenos Aires, por impedir que las provincias hagan su tráfico con Europa por otro puerto que no sea el de Buenos Aires, en que hoy están todas las casas europeas, a donde van todas las consignaciones, y donde reciben consignaciones todos los negociantes de Europa que tienen comercio con el Plata. He aquí por qué se ven muchas gentes en Europa que simpatizan con Buenos Aires y la causa de sus monopolios, que ellos explotan y defienden, naturalmente"¹⁶.

Los intereses europeos, que representaban la "civilización" capitalista, estaban radicados exclusivamente en Buenos Aires, pues desde aquí trataban de extender, como hemos dicho, su acción a toda la República, buscando explotarla en sociedad con la subclase porteña, que sólo recibía migajas del festín. Vicente F. López decía en la Cámara, en 1873: "El ochenta y cinco por ciento de los valores que producimos se invierte en pagar los transportes, las comisiones, los fletes de la marina extranjera, el capital y la renta de sus fábricas, el sustento y la alimentación de sus trabajadores y familias. Así, pues, ese ochenta y cinco por ciento queda a beneficio del extranjero, y sólo un quince por ciento queda entre nosotros para pagar el valor y el capital que representa la tierra y el que representa el trabajo argentino"¹⁷. Sin embargo, con ese quince por ciento, que eran las migajas del negocio de los extranjeros, esa subclase se contentaba y prosperaba.

Nosotros, en nuestro primer volumen, respecto a la lucha entre Buenos Aires y las provincias, expresados por los caudillos, escribimos: "Por un lado era una lucha reaccionaria en defensa de intereses locales atrasados y retrógrados. Y por otro un sentido nacional y americano que adquiría esa lucha, por cuanto se desarrollaba contra una clase de comerciantes y capitalistas extranjeros que, como verdaderos señores de Buenos Aires, estaban saqueando al país". Agregando: "Si el centralismo porteño, que aparecía como abanderado de la civilización, se hubiera hecho bajo el mandato de una clase nacional y en beneficio de intereses nacionales, hubiera sido progresivo, por cuanto los caudillos, por lo menos los del interior, al levantar la defensa de intereses regionales, que representaban sistemas de producción atrasados, estaban condenando a la sociedad que gobernaban, al estancamiento. Pero al establecerse ese centralismo bajo el mandato del «British Commercial Room» y en beneficio de

¹⁶ Juan B. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, cit., p. 374.

¹⁷ Juan Carlos Chiamonte, *Nacionalismo y liberalismo económico en Argentina (1860-1880)*, Bs. As., 1972, p. 94.

sus intereses, resultaba antinacional. De manera que las provincias estaban tratando de ser gobernadas por una clase foránea, que dominaba en el puerto, que era su capital política, ya que «civilización» para ellas era colonialismo. Y esas provincias, al defenderse de ese colonialismo, daban la impresión, a los superficiales, de estar rechazando la civilización"¹⁸.

Ese centralismo, a través de la acción de Juan Manuel de Rosas, representante de una clase nacional, los estancieros, fue, en cierto modo, progresivo. Aunque favoreciera, de paso, también a una clase extranjera, el interés mayor era nacional, pues establecía una necesaria entidad autóctona. Pero, después de Pavón, cuando la batuta pasó con Mitre otra vez a los directos intereses extranjeros, era esencialmente antinacional.

Las montoneras, que lucharon contra su gobierno, tenían ese doble carácter. Representaban el precapitalismo de las provincias del interior, y, a la vez, tenían un sentido nacional, de que carecía el centro porteño. Veamos el caso de las provincias de La Rioja y Catamarca, donde tuvieron su principal manifestación. Allí el régimen colonial feudal y esclavista hispano alcanzó, dentro de los actuales límites de nuestro país, uno de sus desarrollos más importantes. "La Rioja —dice un autor de esa provincia— había llegado a un grado de floreciente prosperidad, pero cuando, de repente, se vio privada del trabajo gratuito de los esclavos y de los beneficios de la paz, cayó para no levantarse más... Los indios y los esclavos se dispersaron en grandes masas a raíz de los primeros movimientos revolucionarios, sustrayéndose del trabajo y de la autoridad de los patrones... Y fueron esas masas embrutecidas las que, abandonando sus guardias, cayeron como avalancha infernal sobre las poblaciones, cometiendo los más horrosos atentados... Las masas de esclavos recién libertos, obscuras e ignorantes, insolentes y atrevidas, se sublevaron contra sus amos. El esclavo libreto se halló así en peores condiciones que nunca respecto de las necesidades más apremiantes de la vida, porque, de pronto, había perdido el pan y el hogar del amo. Ignorante e incapaz de proporcionar por sí mismo la subsistencia, y extraño a su propia tierra, de la que no poseía ni un palmo, tenía que aceptar los horrores del hambre, o decidirse a robar de ese mismo patrimonio formado por su labor esclava... Aquellas partidas sueltas que merodeaban en los campos asaltando viajeros y que caían sobre las poblaciones y estancias indefensas para robarles, se transformaron en huestes militares"¹⁹.

Así se formaron las montoneras de Facundo Quiroga, del Chacho Peñaloza y de Felipe Varela. Representaban la descomposición del

¹⁸ *Nuestra patria vasalla*, t. I, ps. 393 y 394.

¹⁹ Carmelo B. Valdés, *Tradiciones riojanas*, Bs. As., 1916, ps. 60, 95, 96 y 140.

régimen social de la colonia, frente al avance del capitalismo que aparecía por Buenos Aires. *Eran masas precapitalistas que, por sí mismas, no tenían aspiraciones ningunas de progreso, ni posibilidades de lograrlo.*

Esto se refleja en forma clarísima aún en libros que tratan, en cierto modo, de reivindicarlas, como el del propio Dardo de la Vega Díaz, donde, entre otras cosas, reproduce cartas y expresiones que le delatan: "Peñaloza, pero sírveme un corresponsal—, es un buen hombre en el fondo, *señor sirve de bandera a cuanto vago y ladrón existe en todas las provincias que rodean a La Rioja, vive en el ocio y lo protege...* Los hombres, ya de por sí poco inclinados al trabajo, hacen total abandono de sus tareas diarias, para no pensar sino en las contingencias de la guerra... *Ninguno de sus oficiales sabe leer...* No hay administración, no hay presupuesto, no hay rentas". De cómo vivía Peñaloza, dice: "El general estaba alojado en una cancha de bolas *jugando a los naipes con coroneles, oficiales y soldados*, mientras en otra pieza se encontraba su señora con mujeres *haciendo lo mismo, también en el suelo*"²⁰.

Asimismo, hemos visto que Varela comunicaba a Urquiza: "S.E. habrá visto que tuvimos una campaña algo larga, y *sin ningún programa*, pues el General dijo que no era preciso, que *él peleaba para no cumplir las órdenes de Mitre*"²¹. A esas masas, que Pauero describía como compuestas "por la chusma en la situación miserable más desesperada", sólo las movía su deseo de resistir al capitalismo, fuera nacional o extranjero, en una actitud semejante a la que señala Engels en "La guerra de los campesinos en Alemania". Estuvieron contra Rosas y contra Mitre. En ese sentido tenían el mismo motor que los gauchos de la pampa, también elementos precapitalistas, que resistían toda autoridad.

Un crítico de Mitre dice: "El Chacho era un gaucho ordinario, que usaba bota de potro, chiripá y, en vez de sombrero, sujetaba su enorme cabellera con un pañuelo alrededor de la cabeza; no sabía leer ni escribir; decía «truje», «vide», «fis»"²². Juan Alvarez, por su parte, expresa: "Varela, Guayana y otros oscuros montoneros que, desde 1860 hasta 1880 recorrieron diversos puntos del territorio robandos ganados, eran la persistencia del gaucho... acostumbrado a considerar las vacas como simple caza mayor"²³,²⁴

²⁰ Dardo de la Vega Díaz, *Mitre y el Chacho*, cit., p. 58 y ss.

²¹ Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde, *Felipe Varela contra el imperio británico*, Bs. As., 1966, p. 86.

²² Carlos D'Amico, *Mitre y el Chacho*, cit., p. 58.

²³ Juan Alvarez, *Las guerras civiles argentinas*, cit., p. 77.

²⁴ Los historiadores de derecha representantes del nacionalismo clerical, que buscan los fundamentos de la historia en el "campo de la teología" (Fermín Chaves), o en "la interpretación religiosa de la historia" (José M. Rosa), y se sienten herederos de la "hispanidad, la catolicidad, la romanidad" o de la "fuerza misional latina, católica

4. — Al llegar Sarmiento a Buenos Aires como presidente electo, fue a saludarlo una manifestación y maestras y maestros de escuela,

e hispánica" de la colonia frente al iluminismo espúreo" (Ernesto Palacio, A. García Merad, Pedro de Paoli), o etogian las leyes de Indias (Ortega Peña y Duhalde), reivindicando las luchas de los jefes montoneros como propias y las presentan como progresistas.

Nosotros, como hemos expuesto, las consideramos masas precapitalistas levantadas frente a la acción del capital extranjero, que tuvo su centro en Buenos Aires, y sus principales propulsores en Rivadavia y Mitre, actuando casi con la misma fuerza incontrastable que lo hace hoy el imperialismo, particularmente frente a la debilidad de las fuerzas económicas autóctonas, por lo que no podían dejar de prevalecer por la domesticación (Urquiza) o por la destrucción (Paraguay). Hemos visto cómo Mitre destruyó el Paraguay y fue dominando los impulsos de Urquiza, que terminó entregado a la influencia de Buenos Aires. (Y este también hubiera sido, seguramente, el destino de Facundo Quiroga, quien, en su primera etapa, pobre, luchó contra Rivadavia y, más tarde, "hombre riquísimo" (De Paoli), pero "alejado de las masas" (Ortega Peña y Duhalde), trató de acercarse al mismo Rivadavia cuando éste apareció en Buenos Aires, en 1834. Y no sólo quería salir de fiador del famoso gobernante unitario, sino que quiso visitarlo en la rada, donde había sido reembarcado por orden del gobierno de Balcarce, no pudiendo hacerlo porque "un mal tiempo, ventoso y duro, lo impidió") (David Peña).

Podemos tomar como ejemplo de aquellos juicios a los escritos históricos de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, el primero ignominiosamente asesinado por los esbirros de la dictadura que azotó al país de 1976 a 1983, quienes, aunque adheridos al peronismo, curiosamente, matizan esos escritos con citas de Marx, Engels, R. Luxemburgo y, aun, de Lenin (!). Y, después de demostrar un conocimiento confuso y a veces elemental de la historia, después de presentar a Mitre como "símbolo de la clase ganadera" (sic), dicen que Felipe Varela "es la organización del pueblo, de las clases trabajadoras (!) provincianas". Y agregan que "las montoneras del Chacho primero —limitadas en programa y efectividad— y las de Felipe Varela, con mayor dimensión americana y federal (significan) una raza indómita, que recién resurgirá recuperando todas las glorias pasadas, un 17 de octubre de 1945, conducidas por su gran caudillo federal Juan Domingo Perón" ("Felipe Varela", cit., p. 160).

Y presentan a Felipe Varela, luchando contra el Imperio Británico! ¡Y hasta provocando con su campaña inquietud en la reina Victoria! Que el "oscuro" montonero Felipe Varela, ex jefe de policía de La Rioja, capitán de carabineros (la policía militarizada) en Chile, según la biografía del P. Ramón Rosa Olmos (Academia Nacional de la Historia, "Historia Argentina Contemporánea" (1862-1930), p. 21 y ss.), acogido en Bolivia por Mariano Melgarejo, el azote del campesinado al servicio de la oligarquía de su país, sea, como expresan, un gran "caudillo latinoamericano" por haberse presentado como representante de la "Unión Americana", difundiendo un Manifiesto atribuido al presbítero Emilio Castro Boedo, que consideran "uno de los documentos más importantes de las luchas políticas argentinas del siglo XIX", expresando que, con Felipe Varela "se ponía en marcha la montonera para construir una Argentina independiente" ("Manifiesto del general Felipe Varela". Bs. As., 1968, prólogo), ¡es pasar de la "fábula liberal" a la "fábula revisionista"!

a lo que él contestó: "Un diario de esta ciudad, combatiéndome, decía: «¿Qué nos traerá Sarmiento de los Estados Unidos?»... y se contestaba: «¡Escuelas, nada más que escuelas!»... Cuando aquel diario decía que yo no traería de los Estados Unidos sino escuelas, decía la verdad... Ningún país del mundo está en peores condiciones, señores, que el nuestro para ser República, porque *estamos divididos en aristócratas y plebeyos, y esa división es el fruto de la educación mala que se da*... La ley dice que se persigan a los vagos. Pero, ¿cuáles son esos vagos? ¿Quién los ha hecho vagos sino los gobiernos que no los educan?... Chumbita, Elizondo, Varela y otros montoneros se levantan queriendo cambiar el orden político de la República. Y, ¿cómo no han de quererlo, si esa es la educación que han recibido? ¿Saben hacer otra cosa?... Para tener paz en la República Argentina, para que los montoneros no se levanten, *para que no haya vagos, es necesario educar al pueblo en la verdadera democracia, enseñarles a todos lo mismo, para que todos sean iguales*"²⁵.

Pero no sólo escuelas y maestras trajo Sarmiento. También trajo algo que iba a demostrar mayor eficacia para que los montoneros no se levantaran, y tener una influencia extraordinaria en esa etapa de la historia argentina: *el fusil Remington*. "Por esa época [1870] el ministro de Guerra, general Gainza, recibió una nota fechada en Montevideo el 11 de julio, por don Carlos Kirschbaum, nombrado por la casa Remington, de los Estados Unidos, como único agente en el Río de la Plata. Kirschbaum le ofreció al gobierno argentino la novedad del fusil Remington, y solicitó le permitieran una exhibición ante nuestros oficiales competentes. Sabido es que Sarmiento adoptó esta nueva arma en sus ejércitos de línea, y ya veremos también dónde los probará"²⁶. Los probó, como hemos visto, y veremos también más adelante, obteniendo los más drásticos resultados.

En tanto, Olegario V. Andrade escribía: "¡Triste destino el que pesa sobre el pueblo argentino! La soledad y la miseria se sientan en sus umbrales. ¡No van quedando más que extranjeros que, desafiadamente, sonríen al oír la algazara de nuestros escándalos! Extranjeros van siendo las propiedades rurales, extranjero el comercio, hasta extranjero el idioma que despertará un día al eco de nuestras ruinas como acentos severos del dominador"²⁷.

5. — "Sarmiento es, ante todo, de un carácter marcadamente elemental —escribió Carlos Octavio Bunge—. Más que por la fuerza, la originalidad o la profundidad, descuella por su naturaleza primaria y didáctica... Este carácter elemental de la obra y de la acción de Sarmiento implica, sin duda, cierta inferioridad"²⁸. También en

sus ideas generales Sarmiento era poco profundo. Consideraba, por ejemplo, como hemos visto, que la estratificación de la sociedad y su división en clases era debido a la educación.

Desde luego que desechaba la tradición indígena, como Alberdi y como Mitre. "Perteneceamos al Imperio Romano", decía, no obstante confesar ascendencia huarpe. Y consideraba que todos los males que padecía el país se debían, precisamente, al mestizaje. "Menospreciaba a los indios"²⁹ —dice Ricardo Rojas—. Su fantasía llevó a hacerse apóstol de una reforma social en América, *lanzándolo a combatir contra las tradiciones hispano-indígenas en las que se educara*"³⁰.

Hemos visto, también, su concepto sobre las masas criollas, a las que buscaba exterminar utilizando su sangre como abono, ya que era lo único, según él, que tenían de seres humanos. El criterio que guiaba su campaña de fomento de la inmigración europea, era precisamente el de "corregir", como él decía, la sangre indígena. "Esto es lo que llamo «armonías» de las razas en América —escribía—. Conflicto el de la india con la blanca a la cual *opprime con su número y abyección*. Armonías con la emigración, como en los Estados Unidos"³¹. Y sostenía que "*casi todos estamos de acuerdo en la laboriosidad del extranjero y la holgazanería del hijo del país; en la aptitud para el trabajo del uno y la ineptitud del otro*"³².

Naturalmente, los caudillos federales, para Sarmiento, eran simples "bandoleros", y Artigas, en primer término, "un monstruo... un saltador, nada más, nada menos"³³. Para completar su identificación con los directoriales y unitarios, a los que antes había llamado "momias de la República", y tanto había criticado en "Facundo", al promediar su vida, comprendió él mismo que se había transformado

²⁹ La opinión de Sarmiento sobre los indios era terminante: "Porque es preciso que seamos justos con los españoles; al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes... Las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial y útil, sublime y grande... Sobre todo quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupulicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora, si «apareciera»" (D. F. Sarmiento, *Obras completas*, t. II, p. 221).

³⁰ R. Rojas, *El profeta de la...* cit., p. XII y 4.

³¹ Sarmiento en carta a Miguel Cané (Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo*, Bs. As., 1955, p. 279).

³² Domingo F. Sarmiento, *Condición del extranjero en América*, Bs. As., 1928, p. 398.

³³ Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Bs. As., 1915, p. 395.

²⁵ Domingo F. Sarmiento, *Discursos populares*, cit., p. 105 y ss.

²⁶ Fermín Chávez, *Vida y muerte de López Jordán*, cit., p. 235.

²⁷ Olegario V. Andrade, *Artículos histórico-políticos*, cit., p. 106.

²⁸ Carlos O. Bunge, *Sarmiento*, Madrid, 1926, p. 204.

en uno de ellos. "Me he portado... como un viejo unitario —escribía— de los que me reía, usted recuerda, en la vida de Quiroga"³⁴.

Por eso vetó la ley del Congreso que llevaba la capital de la República al Rosario, como querían las provincias, y asunto sobre el que él mismo había escrito años antes a Mitre repetidas veces en términos como estos: "Sólo el que ama la libertad, sólo el que quiere ver establecida una verdadera federación, trabaja porque en Buenos Aires no esté la capital gubernativa jamás... jamás... jamás! Esta es mi última conclusión"³⁵.

Y colocado íntegramente en ese camino, se desprendió hasta de los últimos restos de su antiguo "americanismo". "Desde que bajó de la presidencia hasta la muerte —expresa C. O. Bunge— Sarmiento, demasiado absorbido por los problemas de la política nacional, puso de lado todas las formas de su americanismo"³⁶. Lo mismo que Mitre.

Así fue, según dijimos, como murió para la inteligencia argentina. ¿Reconoceríamos al Sarmiento de "Facundo" en "Conflicto y armonías de las razas en América", que él llamó "el «Facundo» de la vejez", obra mediocre, reaccionaria, trabajosamente elaborada, en que todo lo reduce en América a conflictos de razas, con la que pretendió, algunos años antes de morir, dejarnos una expresión de su talento?

R. Rojas describe a Sarmiento cuando, preparándose en Montevideo para incorporarse al Ejército Grande, en 1852, "encargóse —dice— su uniforme de Teniente Coronel: kepi con plumas, levita entallada, botas brillantes, espada luciente, tienda de campaña, silla inglesa con pistolera, cantimplora, navaja, lanceta, eslabón de sacar fuego, y demás adminículos. Con todo ello remedó lo mejor que pudo la figura de esos oficiales franceses que, durante su viaje por África, había visto cuatro años antes en el campamento de Argel... Al verse en el espejo quedó tan contento de su entallada figura, de su kepi, de su espada, que se hizo retratar, el rostro fiero, la mirada horadante... Es un actor en su papel de militar"³⁷.

Hay que imaginar a Sarmiento en aquel ejército criollo, donde predominaba el chiripá, disfrazado de esa manera. Y uno se explica que Urquiza no llegara a tomarlo en serio. Allí está retratado, de cuerpo entero, este "civilizador", que ahogó su profunda sensibilidad autóctona para adoptar una forzada expresión exótica, llegando en eso "a menudo a la bufonada y al sainete"³⁸.

Era pues, una cruda importación, aplastando y deformando la

³⁴ C. O. Bunge, *op. cit.*, p. 57.

³⁵ "Correspondencia Sarmiento-Mitre", cit., p. 65.

³⁶ C. O. Bunge, *Sarmiento*, cit., p. 131.

³⁷ R. Rojas, *El profeta de la...*, cit., p. 378.

³⁸ C. O. Bunge, *Sarmiento*, cit., p. 96.

personalidad nacional para imponerle al país una falsa y completamente extraña, tanto más de lamentar por venir de quien, en sus primeras manifestaciones, como todos sus compañeros, había tratado de expresarla. Y todo esto realizado en la forma del aldeano que queda asombrado con lo que ve fuera del estrecho círculo de su pueblo, y por eso lo considera mejor. "No existen dudas de que Sarmiento vio los Estados Unidos a través de lentes rosados —escribe precisamente un autor norteamericano—. Su admiración no sólo de nuestro sistema educacional, sino hasta de nuestras prácticas políticas, no conocía límites y, a veces, resultaba un tanto ingenua"³⁹.

³⁹ Percy Alvin Martin, *Sarmiento y los Estados Unidos* (Academia Nacional de la Historia, II Congreso Internacional de la Historia de América, Bs. As., 1938, t. II, p. 310).

XII. AVELLANEDA: INMIGRACION, FERROCARRILES, DESARROLLO AGROPECUARIO, CRISIS ECONOMICA Y CAMPAÑA INDUSTRIALISTA. FIN DE LA GUERRA CONTRA LOS INDIOS.

1. — Para suceder a Sarmiento, al finalizar su período, en 1874, aparecían dos candidatos: el general Bartolomé Mitre, jefe del partido llamado "nacional" porteño, quien buscaba la reelección, y Adolfo Alsina, jefe a su vez del partido denominado "autonomista" porteño, los cuales habían sido apodados, popularmente, los "cocidos", los primeros, y los "crudos", los segundos. El presidente Sarmiento también tenía su candidato: Nicolás Avellaneda, su ministro de Instrucción Pública, hijo de Marco M. Avellaneda, el antiguo gobernador de Tucumán en la Coalición del Norte, integrante de la Joven Generación que fue muerto, en tal oportunidad, y era conocido como el "mártir de Metán".

Al apreciar Adolfo Alsina que su candidatura no tenía eco en las provincias, la retiró, resolviendo apoyar la de Avellaneda, quedando él como vicepresidente, y esta fórmula triunfó.

Avellaneda es una figura de menor importancia en la historia argentina, importancia, podríamos de cir, acorde con la estatura del personaje. Paul Groussac, que lo trató mucho, y que lo declaró sometido totalmente a la cultura literaria francesa, dice de él: "Su baja estatura y debilidad física eran proverbiales entre estos porteños que, por lo regular, blasonan de gentil apostura y de gallardía; de ahí los mote populares de «chingolos», «taquitos», etc., con que los mismos amigos y sin intención denigrante, lo designaban... Mitristas y alsinistas coincidían en presentar al presidente Avellaneda (diariamente los caricaturistas lo exhibían en figura de chicleo llevado de la mano por su Mentor), como un simulacro de gobernante, casi nominal y sometido a la tutela de los primeros"¹. Admirador de Rivadavia, como todos los integrantes de la Joven Generación y sus suce-

¹ Paul Groussac, *Avellaneda* ("Los que pasaban", Bs. As., 1919, ps. 106, 131 y 151).

sores, escribía: "Ningún otro argentino puede ser comparado con Rivadavia, incluyendo a Mariano Moreno, que es, más que argentino, el hijo predilecto de la metrópoli, abogado de causas, y al que se le ve en cada frase, asomar la toga"².

Con motivo de su elección, en la que hubo muchas irregularidades, sobre ellas se basó Mitre para desconocer el resultado. Y, con el apoyo de parte de los jefes del ejército, que le respondían, y de numerosas milicias que se formaron, se levantó en armas. Pero, después de varias peripecias, fue derrotado en "La Verde" (provincia de Buenos Aires), por el coronel Arias; y más tarde, su partidario, el general Arredondo, a su vez, fue vencido en Santa Rosa (Mendoza) por su subalterno el coronel Julio A. Roca (hecho general por Avellaneda en esta circunstancia), lo que finalizó su levantamiento, siendo Mitre apresado y sometido a Consejo de Guerra. Su derrota en "La Verde", a pesar de su preponderancia numérica, tenía una causa fundamental, según un cronista de la época: "Mientras los revolucionarios —escribió— disponían del antiguo fusil de fulminante, de cargar por la boca, los del gobierno contaban con el Remington, recién llegado al país"^{2 bis}.

Mientras tanto, el progreso de la República proseguía a ritmo acelerado. El primer censo realizado en 1869, había dado un total de 1.137.080 habitantes, de los cuales 28,6 por ciento correspondía a la población urbana y el 71,4 por ciento a la rural. De ellos, el 87,9 por ciento eran argentinos, y el 12,1 por ciento extranjeros. Entre éstos predominaban los españoles: 198.685, los franceses 94.098 y los ingleses 21.789. Un autor, estudiando el tema, divide el período migratorio en varias etapas. "La primera de ellas —dice— la extendemos de 1857 a 1874. Es un período de lento crecimiento pero de ininterrumpido aumento de la inmigración, salvo el año 1871, que se reduce a consecuencia de la fiebre amarilla. El total de inmigrantes entrado sumó, en los dieciocho años transcurridos, la cantidad de 407.825. Restándole los emigrantes registrados en los últimos cuatro años, 58.415, queda un saldo de 347.815 extranjeros en el país.

"El segundo período —continúa— lo comenzamos en 1875; la crisis mundial iniciada en 1873, se siente con intensidad en la Argentina. Ello repercute lógicamente en la inmigración. Y el saldo correspondiente a 1874 había disminuido respecto al año anterior, el mayor llegado hasta entonces; la revolución política encabezada por el general Mitre hizo sentir también sus efectos. El saldo migratorio, que en 1873 llegó a 58.096 individuos, disminuyó a 46.937, en el año siguiente; 16.458, en 1875; 17.478, en 1876 y 17.975 en 1877. En 1878 coincide a experimentarse un repunte, la crisis está superada, un sal-

² Nicolás Avellaneda, *Diez ensayos*, La Facultad, Bs. As., ps. 16 y 17.
^{2 bis} F. Armesto, *Mitristas y alsinistas*, Bs. As., 1969, p. 152.

do de 28.098 inmigrantes así lo demuestra. Esta última cifra aumenta a 31.459, en 1879, y desciende a 21.274, en 1880; los sucesos políticos de este año explicarían tal disminución. En conclusión: un total de 249.090 inmigrantes, 196.348 emigrantes, y un saldo de 132.742 en el período 1875-1880"³.

2. — Los ferrocarriles, en lo que es hoy la República Argentina, fueron comenzados a construir a la caída de Rosas. En el Estado de Buenos Aires, separado desde el 11 de setiembre de 1852 del resto de la Confederación, un grupo de capitalistas porteños organizó la "Sociedad del camino de hierro de Buenos Aires al Oeste", en 1853, pero que, después de diversas dificultades, recién se inició en 1857, con la construcción de la línea que partía de la actual plaza Lavalle, hasta Flores. Este trecho se construyó con desechos de un ferrocarril inglés que había servido en la guerra de Crimea, tenía una trocha ancha de 1.676 metros, e incluía la primera locomotora, bautizada "La Porteña" A base de esos elementos, en 1857, se inauguró el primer trecho, que cubría la distancia de 10 kilómetros, hasta Floresta.

También la Confederación había encarado la construcción de ferrocarriles, de los cuales el principal correspondía a la línea que debía unir Roserío con Córdoba. Urquiza, por decreto de setiembre de 1854, aceptó la propuesta de un empresario inglés, que luego no pudo concretar su proyecto. Por ello, al año siguiente, por un nuevo decreto del 2 de abril de 1855, se transfería la concesión al banquero de la Confederación, José Buschenthal, disponiendo que "los terrenos necesarios para el camino de hierro, como para muelles, estaciones, desembarcaderos, etc., serán entregados a la empresa libres de todo gravamen, quedando también a cargo del Estado las expropiaciones y pago de los que fueran de propiedad particular. Quedó establecido, además, que el Gobierno cedía a la empresa, en propiedad perpetua, a partir de dos leguas de la ciudad de Córdoba y cada uno de los pueblos de tránsito, 20 cuadras de fondo en cada lado del camino"⁴.

Buschenthal no tuvo éxito en reunir capitales en Europa, ni luego, reunido con Guillermo Wheelright, por lo que el ferrocarril sólo pudo ser, finalmente, iniciado por éste después de la batalla de Pavón, bajo el gobierno de Mitre. Por la ley promulgada en 1863 "se fijaba en 6.400 libras esterlinas por milla el costo máximo de la línea; se garantizaba un rendimiento mínimo del 7 por ciento; se daba al Gobierno la facultad de suscribir 15.000 acciones de 20 libras; se cedían gratuitamente los terrenos necesarios y se adjudicaba en propiedad a la empresa, «a condición de poblarlos», una legua de tierra a cada lado de las vías, en toda su extensión; se exoneraba de de-

³ José Panettieri, *Inmigración en la Argentina*, Bs. As., 1970, p. 30.

⁴ Dirección de Informaciones y Publicaciones Ferroviarias, "Origen y desarrollo de los Ferrocarriles Argentinos", Bs. As., 1946, p. 116.

rechos durante 40 años la importación de materiales y se establecía la intervención oficial en las tarifas cuando las ganancias excedieran el 15 por ciento"⁵.

El 1° de enero de 1863, el gobierno de la provincia de Buenos Aires se hizo cargo del ferrocarril del Oeste, que llegaba hasta Mercedes y, pronto, lo haría hasta Luján, proyectándose extenderlo indefinidamente hasta la cordillera, atravesándola para llegar al Pacífico.

En cuanto al ferrocarril Central, llegó a Córdoba en 1870, bajo la presidencia de Sarmiento. Se habían tendido 396 kilómetros de vía, "extensión no igualada hasta entonces en esta parte de América".

Alberdi, en las "Bases", había escrito: "El ferrocarril es el medio de dar vuelta al derecho lo que la España colonizadora colocó al revés en este continente. Ella colocó la cabeza de nuestros Estados donde deben estar los pies. Para sus miras de aislamiento y monopolio fue sabio ese sistema; para los nuestros de expansión y libertad comercial, es funesto. Es preciso traer las capitales a las costas, o bien llevar el litoral al interior del continente. El ferrocarril y el telégrafo eléctrico, que son la supresión del espacio, obran este portento de la tierra. El ferrocarril innova, reforma y cambia las cosas más difíciles, sin decretos ni asonadas. El hará la unidad de la República Argentina mejor que todos los Congresos. Los Congresos podrán declararla una e indivisible; sin el camino de hierro que acerque sus extremos remotos, quedará siempre divisible y dividida contra todos los decretos legislativos. Sin el ferrocarril no tendría unidad política en países donde la distancia hace imposible la acción del poder central... Pero tener la metrópoli o capital a 20 días, es poco menos que tenerla en España, cuando regia el sistema antiguo que destruimos por ese absurdo, especialmente. Así, pues, la unidad política debe empezar por la unidad territorial, y sólo el ferrocarril puede hacer de dos parajes separados por quinientas leguas un paraje único".

Y añadía: "Proteged, al mismo tiempo, las empresas particulares para la construcción de ferrocarriles. Colmadlas de ventajas, de privilegios, de todo favor imaginable, sin deteneros en medios. ¿Son insuficientes nuestros capitales para tales empresas? Entregadlos, entonces, a capitales extranjeros. Dejad que los tesoros de fuera, como los hombres, se domicilien en nuestro suelo. Rodead de inmunidad y de privilegios al tesoro extranjero, para que se naturalice entre nosotros. Esta América necesita de capitales como de población"⁶.

"Los autores de la Constitución de 1853 —expresa la publicación oficial a que antes nos hemos referido— estuvieron de acuerdo en eso, como en tantas otras cosas, con el pensamiento de Alberdi, que

⁵ *Ibidem*, p. 48.

⁶ Juan B. Alberdi, *Bases y puntos de partida...* ("Obras", cit.).

era el pensamiento de la época. El desierto parecía invencible, las hordas bárbaras asaltaban las poblaciones; la monotonía reaparecía, de cuando en cuando, para destruir la obra de la unidad nacional. *Del ferrocarril se lo esperaba todo:* población, riqueza, cultura, orden interno, seguridad exterior... El país entero estaba por hacer y sólo el ferrocarril podría hacer el milagro de su transformación en pocos lustros⁷.

Por su parte, Bartolomé Mitre, al inaugurar los trabajos del ferrocarril del Sud, había dicho: "Al tomar en mis manos los instrumentos de trabajo para levantar y conducir la primera palada de tierra del gran ferrocarril del Sud, dije que sentía mayor satisfacción que la que experimentaríamos dirigiendo máquinas de guerra, aunque fuese para triunfar gloriosamente. Más noble lucha y más grande triunfo es llevar la alegría y la esperanza a las más remotas poblaciones de la campaña, anunciándoles con el silbido de la locomotora, que una nueva era de gloria pacífica y abundancia comienza para ellas. Por eso, al derramar sobre el proyectado terraplén de la vía, mi carretilla llena de tierra argentina, que el capital inglés y el trabajo del inmigrante va a fecundar, agregué que este era el feliz presagio de un gran futuro, y que confiaba que la semilla de progreso que iba a depositarse en su seno, fructificaría y daría abundante cosecha a los jornaleros... Comparemos lo que éramos ahora pocos años, y lo que somos hoy, y la fe de los grandes destinos que nos esperan anidará en todos los corazones"⁸.

El día que se inauguró el ferrocarril a Córdoba, el 13 de abril de 1870, mientras el ministro Vélez Sársfield pronunciaba palabras entusiastas en representación del PE en aquella ciudad, en Buenos Aires el presidente Sarmiento reunía en las oficinas del telégrafo nacional a sus ministros, los legisladores, el gobernador de Buenos Aires y sus ministros, el arzobispo, el general Mitre, y gran cantidad de personas respetables. Y, al recibir el despacho del obispo de Córdoba anunciando que acababa de bendecir la línea, sonó la salva de 21 cañonazos, y Sarmiento se dirigió a la concurrencia, empezando con estas palabras: "Celebramos el acontecimiento más grande de la época. El ferrocarril inaugurado será el resorte principal de la unión de la República en sus intereses materiales, como conductor de sus programas morales y como agente para la realización de sus instituciones"⁹.

Dice al respecto un historiador de nuestra industria: "La afluencia de capitales extranjeros fue dificultada en un principio por el estado caótico de la organización política. El nuevo período comienza con la colocación del primer riel, en 1857. Está fuera de duda la

⁷ "Origen y desarrollo de los ferrocarriles..." cit., ps. 25, 53 y 54.

⁸ Bartolomé Mitre, *Arengas*, cit., t. I, ps. 191 y 196.

⁹ "Origen y desarrollo de los ferrocarriles..." cit., p. 56.

obra de fomento a la economía nacional realizada por los ferrocarriles, con intención o malgrado. A lo largo de las vías férreas se dispusieron las poblaciones y verdearon los sembradíos. El ascenso de la agricultura muestra un paralelismo asombroso con el crecimiento de su red. Uniendo comarcas alejadas de los centros de cultura, destruyendo el aislamiento político y el atraso económico, rompiendo los marcos de la producción semidoméstica y artesanal, *el ferrocarril introdujo en todo el territorio argentino el modo capitalista de producción.* Facilitó el arribo de maquinaria perfeccionada y de capitales, determinando un activo crecimiento de algunas ramas de la economía nacional, fomentando su concentración, ayudando a abatir la empresa rudimentaria y atrasada. Fue la avanzada de la civilización burguesa que se adentraba en nuestros campos, desbrozándole el camino por entre la emmarañada maleza de instituciones y formas de trabajo anticuadas¹⁰.

Anualmente se transportaban por carretas alrededor de 20.000 toneladas, entre Córdoba y Rosario. La instalación del ferrocarril desalojó alrededor de 8.000 carretas. "El país tenía sus campos vírgenes aún; los cultivos abastecían apenas a su escasa población; un reducido transporte se hacía al ritmo de la vida pastoril; no existían, por lo tanto, ni la urgencia ni el volumen que hubieran aconsejado prescindir de la carreta y de la diligencia. Contrariamente a lo que sucedió en Europa, entre nosotros los rieles iban a poblar y a cultivar; iban a facilitar la extracción de una riqueza en potencia"¹¹.

3. — "Después de la batalla de Pavón, la industria argentina de la carne entró en un período de franca prosperidad. Tanto los saladeros de Buenos Aires como los de Entre Ríos acrecentaron por esos años sus faenas, surgiendo, además, nuevos establecimientos de lo largo de los ríos Paraná y Uruguay. Esa expansión alcanzó su punto máximo durante la temporada 1868-69 en la que los saladeros de la provincia de Buenos Aires sacrificaron la cantidad «record» de 614.500 animales"¹².

Sin embargo, la transformación más espectacular en la industria ganadera argentina se produjo a raíz del auge de la oveja, que desplazó al ganado vacuno en la explotación rural del país. Fue así que *la exportación de lana pasó a ser el rubro más importante del comercio argentino.* "La producción del tasajo había significado un cambio cualitativo dentro de la explotación ganadera, superando con un recurso no cualitativo la tradicional explotación de cueros... Se pre-

¹⁰ Adolfo Dorfman, *Evolución de la economía industrial argentina*, Bs. As., 1939, ps. 66 y 67.

¹¹ Ricardo M. Ortiz, *El ferrocarril en la economía argentina*, Bs. As., 1946, ps. 21 y 22.

¹² Alfredo J. Montoya, *Historia de los saladeros argentinos*, cit., p. 82.

cisaba difundir suficientemente el alambrado, superar la resistencia del ganadero criollo acostumbrado a una labor rutinaria, pero que se realizaba sin esfuerzo, y vencer la oposición del saladero a manejar ejemplares de superior calidad... La reforma que necesitaba realizar la ganadería criolla no vendrá momentáneamente por vía del vacuno, sino del ovino, y sería, además, una consecuencia inmediata de la revolución agraria operada en Gran Bretaña hacia fines del siglo XVIII... En el proceso de la ganadería nacional la contradicción creada por el tasajo hacía crisis y anunciaba un cambio cualitativo que significaría acordar preeminencia a la exportación de lana; abría el ciclo de la lana en la economía argentina... Los ganaderos del tasajo habían exprimido suficientemente el país; habían tomado posesión de las mejores tierras, pero el negocio declinaba ostensiblemente porque el número de esclavos tendía a reducirse... El momento era propicio para intentar la renovación; la emigración de Europa crecía permanentemente y desde luego, todo propósito de afrontar de agricultura dependía de la existencia de brazos... La Argentina podía absorber parte de la población que emigraba de Europa y, desde luego, podía adaptar su capacidad de producción a las crecientes exigencias europeas. El ejemplo de la lana es muy significativo. Con ella podía entrar en el mercado europeo, cosa que no pudo realizarse jamás con el tasajo... En definitiva, dado que el proceso económico tiende a homologarse con el proceso ideológico, los ganaderos del tasajo pasaron a representar la zona más atrasada del panorama argentino, quedando reservado a los laneros las posiciones de vanguardia"¹³.

La gran influencia en el desarrollo de la pampa, lo trajo la introducción del alambrado, comenzado a mediados del siglo por estancieros ingleses. "Hasta el año 1875, decían los «Anales de la Sociedad Rural Argentina», nuestros ganaderos vivían poco menos que a la buena de Dios —expresa un historiador de nuestra ganadería—. El abigeato era cosa normal, las propiedades debían soportar intrusos y cuatrerros, establecidos por lo general entre dos propiedades, los campos grandes o con buen pasto, eran como tierra de nadie para el colindante. Las ovejas, al valorizar los campos, y promover mayor demanda, ponen fin a esa situación, pues obligan al cercado, única forma de garantizar la explotación".

Y continúa: "La implantación del alambrado revolucionó profundamente las costumbres. Antes de él, un propietario no era dueño de hacer plantaciones, sembrados, potreros, etc., donde más le convenía, sino donde se les antojaba a los vecinos transeúntes dejarle lugar para que lo hiciera, pues todos se consideraban con derecho a hacer caminos por todas partes y los establecimientos eran cruzados

¹³ Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, cit., t. I, p. 49 y ss.

en todas direcciones. Cuando se tendió el alambrado, se invirtieron los factores: los transeúntes pasaron a depender del propietario, que muchas veces cerraba un camino u obligaba a dar grandes rodeos. Los hilos del alambrado también dan el golpe de gracia al gaucho, que finaliza inexorablemente su vida andariega y ociosa. En la estancia el alambrado cambia las tareas habituales. Cesa la asidua vigilancia diurna para mantener los animales en la propiedad, se suprimen las pesadas rondas nocturnas; de día pastan los ovinos libremente dentro de la propiedad, y de noche se los encierra en un corral. Con menos personal pueden atenderse igual número de cabезas".

Y termina: "El desarrollo lanar, la incipiente red ferroviaria, la tranquilidad del país, reclamaban, para consolidarse, una solución al problema del indio, cuyos embates no cesaban. En 1874 Adolfo Alsina asume el ministerio de Guerra bajo la presidencia de Avellaneda"¹⁴. Ese fue el principio del fin. Pero la verdadera solución la dio el mismo argumento que había liquidado la sublevación de Entre Ríos, en 1873, y el levantamiento de Mitre, en 1874: el fusil Remington.

4. — La crisis que sufrió la República, a raíz de la crisis europea de los años medios de la década de 1870, tuvo la virtud de convocar, no sólo las medidas del presidente Avellaneda para pagar los intereses de la deuda externa de la República sobre "*el hambre y la sed del pueblo argentino*", como dijo, sino también tratando de lograr mayores ingresos para desenvolver su gestión administrativa. Con tal fin presentó al Congreso un proyecto de Ley de Aduanas, elevando los impuestos de mercaderías de importación, ya que la aduana era entonces la principal fuente de ingresos del país. El objeto de la ley era puramente ese, pero culminó con ella una campaña proteccionista, que se había iniciado en 1869 con intención de establecer la industria textil.

"A fines de 1875 —escribe A. Dorfman— se produce en el parlamento uno de los debates más enjundiosos en lo que respecta al problema de la industrialización del país. El presidente Avellaneda remite al Congreso su proyecto de presupuesto para el año siguiente en el que aconseja un aumento general de los derechos aduaneros de importación con el objeto de apuntalar las rentas nacionales, seriamente debilitadas a consecuencia de la crisis. A ese criterio, meramente financiero, contraponen los paladines de la industrialización, encabezados por Vicente F. López y el joven Carlos Pellegrini, una enmienda de claros ribetes proteccionistas y de fomento, basada en la introducción de derechos diferenciales. Los artículos superfluos se

¹⁴ Horacio C. E. Giberti, *Historia económica de la ganadería argentina*, cit., ps. 146, 147 y 148.

gravan con aranceles muy altos (hasta 40 por ciento), en tanto que se aconseja liberar por completo los elementos indispensables para la industria y el progreso industrial y general de la Argentina"¹⁵.

Esto es confirmado por otro economista: "Si bien desde 1869 la orientación hacia el proteccionismo apunta en diversas críticas a la política económica fiscal, sólo a partir de 1873, cuando Vicente F. López abre el fuego con infrecuente franqueza, se podrá asistir a una verdadera e intensa campaña de ataque a los principios librecambistas que guaban al país. La polémica culminará en los debates parlamentarios de 1875 y 1876 en torno a la Ley de Aduana, debates que tuvieron acentuada repercusión en su momento y fueron recordados más tarde en diversas oportunidades"¹⁶.

Luego, dentro de las filas alsninistas, un grupo de sus integrantes se plantea un programa que incluía la "protección nacional". "Por primera vez, luego de la Asociación de Mayo —continúa el autor antes citado— el grupo de alsninistas reformadores propone un programa que un aspectos de política económica con otro relativo al sistema político y administrativo, programa que tiende implícitamente a una transformación plenamente capitalista de la economía y a una organización política democrática. Según se desprende de esta y de otras manifestaciones del grupo, la reforma del sistema político, la transformación del régimen agrario y la instalación de una gran industria nacional como base de la independencia económica que fundamenta la independencia política del país, constituyen objetivos estrechamente ligados entre sí". El propósito de ese grupo, agrega, era "encauzar [al país] plenamente por un desarrollo de tipo capitalista independiente", teniendo en cuenta "la simpatía de gran parte de los hombres de entonces por el progreso económico yanqui"¹⁷.

Hablando también contra el librecambio, el ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires, Rufino Varela, decía entonces: "El día que nuestras lanas puedan salir de aquí, no digo que convertidas en paño, sino en levita completamente concluida, para pedirle a Inglaterra el fierro convertido en agujas o en cuerdas de reloj, entonces acepto el librecambio, es decir, el producto concluido en nuestro país por el producto concluido en Inglaterra. Pero este librecambio que consiste en que mandemos nuestra lana, cargada hasta de las inmundicias que la naturaleza le añade al procrearse, para que la Inglaterra la lave, la manufacture y nos la devuelva por agentes ingleses, traída en buques ingleses y aún vendida por negociantes ingleses, yo no comprendo esto; esto no es librecambio, esto es hacer tributario

¹⁵ Adolfo Dorfman, *Evolución de la economía industrial argentina*, cit., p. 21.

¹⁶ José C. Chiaramonte, *Nacionalismo y liberalismo económico*, cit., ps. 174 y 181.

¹⁷ *Ibidem*, p. 180.

al país que no ejerce esa industria. Entremos, pues, resultadamente al camino de la protección, puesto que si se va a ver la historia de los países manufactureros, se encontrará que sus progresos y engrandecimiento lo deben a la protección"¹⁸.

En 1875 se fundó en Buenos Aires el Club Industrial y, en su periódico, acusaba al Banco de la Provincia de olvidar a los industriales, negándoles créditos y de favorecer al comercio, "el enemigo de la industria nacional —decía— y por consiguiente, del país, y de tal manera la República Argentina no sería pronto más que un depósito europeo. Y cuando Europa haya sacado toda la sangre de sus venas, entonces el país no podrá menos que pedir el protectorado de una gran potencia, y se borrará, así, el nombre de un pueblo que, sin las injusticias e incapacidad de sus gobiernos, hubiera podido ser la primera nación de la América del Sur". También sostenía que "la Argentina no debía fomentar más su ganadería, sino volcar su esfuerzo en la industria". "*La Argentina estaba reducida a la condición de «granja» de Inglaterra, ello nos relegaba a un estado de barbarie en cuanto a producciones... todo ello nos ataba económica y políticamente a los países europeos, con sombrías perspectivas para el futuro del país*"¹⁹.

Vicente F. López insistía en el parlamento, atacando al ministro de Hacienda de la Nación, Norberto de la Riestra, de conocida y antigua vinculación con los intereses británicos, y en 1874, decía: "Se ha reconocido que la independencia política no puede existir sin la independencia industrial y mercantil". Mientras su hijo, Lucio V. López, escribía en la "Revista del Río de la Plata": "No insistamos en buscar causas accidentales a nuestros males. La causa orgánica y la base de todo... está en carecer de industrias por la falta de protección que se le dispensa. Ello no tiene otro resultado que privarnos de capitales propios que nos hagan independientes de los mercados europeos, de cuya demanda está pendiente la producción de nuestra materia prima y pendiente también la prosperidad comercial de nuestro país"²⁰.

En tanto, los partidarios del libre cambio, entre los que se encontraban, en primer término, los diarios "La Prensa" y "La Nación", buscaban su argumentación "en la teoría clásica de la división internacional del trabajo, según la cual algunos países están naturalmente destinados a la producción de materias primas y otros a industrializarse, como justificación del papel de la Argentina en relación con Inglaterra y otros países europeos. La principal industria del país, argumentaban, es la agropecuaria y el proteccionismo quiere arrui-

¹⁸ *Ibidem*, p. 183.

¹⁹ *Ibidem*, ps. 185, 186 y 188.

²⁰ *Ibidem*, p. 193.

narnos tratando de fomentar industrias que no existen y para las cuales la índole de nuestro pueblo no nos hace aptos"²¹.

Por fin, el mismo Mitre, en el debate de la Ley de Aduanas, en 1879, reiteraba los argumentos que ya había expuesto en "La Nación", insistiendo que dicha ley "sólo debía tener un fin rentístico y no debe consistir en un medio de protección; el estado más feliz para un pueblo —decía— sería aquel donde no existiesen barreras aduaneras"²².

Pero, la aparición del frigorífico, que entusiasmo a los ganaderos, y un nuevo período de prosperidad que se inició, apartó por completo la atención del país del proteccionismo a la industria. Además, había un argumento que aparecía contra la industrialización, y era el esgrimido por un diputado en la Cámara de la Nación: "Mientras el capital invertido en haciendas dé el veinticinco, el cuarenta, el cincuenta por ciento, y una fábrica de sombreros apenas el diez por ciento, no habrá industria en el país". Y consideraba la protección a las industrias "propia de ciegos y de tontos".

También, ¿no escribía Sarmiento: "No soy de los que creen que se puedan implantar industrias fabriles entre nosotros"?^{22 bis}. ¿Y no se expresaba en ese mismo sentido Alberdi? "Teniendo a la Europa más civilizada por su fabricante universal y favorito —decía— reuniendo en ella el taller que provee de muebles, vestidos, objetos de artes liberales, máquinas de locomoción y de agricultura, ¿qué le importa [al país] carecer de esas industrias, si tiene productos de riqueza natural para comprar a la Europa los productos de su industria?"²³. O sino: "Mientras en Buenos Aires, en Santiago, en Montevideo, en Lima, haya almacenes y tiendas iguales en todo a las de Londres, París y Berlín, en que se encuentran todos los mismos objetos y casi al mismo precio, la América no tiene que molestarse en darse leyes protectoras que encarezcan y empobrezcan sus tiendas y almacenes, sino, al contrario, en derribar más y más sus barreras aduaneras hasta suprimirlas, si es posible, para apropiarse más y más de la industria europea —no la propia inhábil sino el original mismo— con todos los prodigios que ella produce"^{23 bis}.

5. — Mientras tanto, aunque hoy pueda parecer increíble dentro de ese cuadro de progreso, la guerra contra los indios de la pampa proseguía con el vigor y la ferocidad de siempre, ya que hasta 1870, los indios poseían un territorio mayor que los mismos argentinos. Hemos visto que durante el gobierno del presidente Sarmiento ha-

²¹ *Ibidem*, p. 199.

²² *Ibidem*, p. 243.

^{22 bis} "Epistolario entre Sarmiento y Posse" (1845.1888), t. I, p. 38.

²³ Juan B. Alberdi, *Escritos póstumos*, t. IV, p. 503.

^{23 bis} *Ibidem*, p. 504.

bian sufrido un traspico con motivo de la batalla de San Carlos en que las tribus autóctonas, capitaneadas por el famoso cacique Calfucurá, fueron derrotadas "por primera vez y tal vez para siempre", como decía el parte, pero debido a la participación, al lado de las tropas cristianas, de las fuerzas del cacique Catriel, que constituían la mayor parte del ejército argentino.

Pero eso no había detenido la acción de los indios, que continuaban con la bellicosidad acostumbrada. Pocos meses después de aquel hecho, decía "La Prensa", de Buenos Aires: "Las últimas invasiones en la provincia de Buenos Aires, han mostrado a los indios a las puertas de la civilización, hollando los rieles del ferrocarril Central y dándonos el espectáculo de la barbarie con todo su cortejo de sangre y de horrores. Ya se han hecho tan frecuentes que nos vamos acostumbrando a considerarlas como un accidente natural, pero cada una viene empapada en sangre útil y generosa. Es una seria herida a nuestra naciente industria y un nuevo motivo de descrédito para el país. Las medidas adoptadas para evitarlo, han resultado más perjudiciales que ventajosas"²⁴.

Las noticias que llegaban continuamente de la campaña de la provincia de Buenos Aires, y que ninguna historia argentina refleja, señalaban la exactitud de dichos comentarios. El juez de paz de 9 de Julio escribía: "El terror ha llegado al mayor extremo; este partido ya está completamente despoblado por la emigración de las familias". El juez de paz de 25 de Mayo, comunicaba: "El cuadro de desolación y miseria de tantas familias errantes constricta el ánimo". Por su parte, el juez de paz de Tres Arroyos, con fecha 9 de mayo de 1875, escribía al ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, Aristóbulo del Valle, respecto a las últimas invasiones que se habían producido en esa zona en el período de seis meses: "Puedo asegurar a V.S. que ha llegado a tal punto el terror de los pobladores que han escapado con vida de la garra de los indios, que la mayor parte de ellos abandonan sus poblaciones, venden sus haciendas o las internan en los partidos inmediatos, buscando refugio para sus vidas y los pocos intereses que han podido salvar de tan repetidas catástrofes... Si este estado de cosas se prolonga, no es aventurado prever que dentro de no mucho tiempo, estos partidos habrán desaparecido de la carta geográfica de la Provincia, pasando del dominio de la civilización al de los indios de la pampa".

También en las "Memorias" del Ministerio de Guerra y Marina de esos años, aparecen consignadas las actividades bélicas, a través de los 2.000 kilómetros de la frontera, desde Carmen de Patagones a los Andes, haciendo una gran curva hasta las proximidades de Rosario, donde, en sus fuertes y fortines, estaba estacionada la totalidad

²⁴ "La Prensa", Bs. As., 30 de octubre de 1872.

del ejército argentino: "Invasión en la frontera de Mendoza", "Persecución de una partida de indios que penetró en la frontera Sud", "Rechazo de una invasión a la frontera de Santa Fe", "Combate y rechazo de una invasión en la frontera Norte", "Persecución de una partida de indios en la frontera de San Luis", "Invasión a la frontera del Oeste", "Invasión en la frontera de Córdoba", "Combate y rechazo de dos partidas de indios en las fronteras Sud y Costa Sud", etc.

Al producirse el cambio de gobierno, en 1874, el presidente Avellaneda designó a Adolfo Alsina, que había sido su competidor en las elecciones, pero finalmente decidió apoyarlo (después de haber sido gobernador de Buenos Aires y vicepresidente de la República), como ministro de Guerra, con el propósito de que encarara con toda energía una situación tan grave para el país y que perjudicaba seriamente la principal industria. "Los salvajes del desierto han arrebatado millones de cabezas de ganado durante un largo período, causando los más crueles estragos en toda la provincia —escribió José Hernández, el autor de "Martín Fierro", entonces "diputado de la oligarquía"^{24 bis}, en una obra que escribió con el propósito de aleccionar a los terratenientes en la mejor forma de explotar a sus peones gauchos—. Si no hubiera estado nuestra campaña flagelada diariamente por los indios durante más de medio siglo, su prosperidad sería incalculable"²⁵. El propio presidente Avellaneda, en el prólogo que escribió para un libro del coronel Alvaro Barros, tratando un tema tan candente para la República, dijo: "La cuestión fronterera es la primera cuestión para todos, y hablamos de ella aunque no la nombremos. Es el principio y el fin, el alfa y el omega"²⁶.

Así fue como Adolfo Alsina se preparó cuidadosamente con el propósito de terminar, de un vez por todas, con ese flagelo que azotaba al país, y hasta preparó corazas de cuero para las fuerzas del gobierno, con el fin de preservar sus efectivos de las lanzas araucanas.

Al tener conocimiento los indios de los preparativos de los "cristianos" (que así se los denominaba) para invadir en tal forma sus tierras, se coaligaron todos entre sí, apoyados esta vez por Catriel que, como "indio amigo", residía dentro de la frontera, en el Azul, quien allí se sublevo, y realizaron en la Navidad de 1875, una invasión de conjunto, llamada la "invasión grande", en la que asolaron el Oeste de la provincia de Buenos Aires, llevándose centenares de miles de cabezas de ganado, que algunos hacen ascender a 500.000, y aún más, y que nosotros consideramos el arreo más extraordinario realizado jamás en la historia de la humanidad.

^{24 bis} Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo*, Bs. As., 1955, p. 131.

²⁵ José Hernández, *Instrucción del estanciero*, Bs. As., 1959, p. 70.

²⁶ Alvaro Barros, *Actualidad financiera de la República Argentina*, Bs. As., 1875.

De la repercusión en Buenos Aires de ese gigantesco episodio, puede tenerse un indicio por los comentarios de los diarios de la capital, donde llegaban angustiosos llamados pidiendo "la protección del gobierno para esta frontera mártir". Decía "La Prensa" pocos días más tarde: "Nada llama tanto la atención como el sangriento y lastimoso espectáculo que ofrece la frontera Sud, con sus campos arrasados, sus establecimientos quemados, y con la ruina, el cautiverio y la muerte de sus numerosísimos y ricos pobladores. Se ha dicho que castigar a los aborígenes era el mejor agualdo que podía ofrecerse al país al iniciarse el año; pero nosotros pensamos de una manera radicalmente contraria, porque consideramos que las estancias saqueadas y quemadas, las familias cautivadas y bárbaramente ultrajadas, los vecinos degollados son inmensas desgracias que no se remedian con una sableada a los ladrones después de estar en retirada, y no hay agualdo oficial que pueda neutralizar el horroroso espectáculo a que hemos asistido"^{26 bis}.

Y "La Nación" aludía al suceso en forma semejante, comentando que el número de cabezas arreadas, que algunos elevaban a 800.000, representaba un "hecho sin ejemplo en las depredaciones de la frontera", y que "desde el arroyo Tapalqué... sobre el flanco de las divisiones que operaban en la vanguardia, todos los establecimientos de campo incendiados por los indios ardían como hogueras fúnebres"²⁷.

En tanto, la voz de Leandro N. Alem se hacía oír en el Congreso diciendo: "Las invasiones de los salvajes, o la guerra, mejor dicho, que ellos nos hacen, es, desde el principio de nuestra constitución como Nación, puede decirse desde el principio de la fundación de estos pueblos, propiamente una guerra de policía, la que nosotros hacemos al indio; es para contener las devastaciones de esas tribus, que propiamente podríamos llamar grandes gavillas de ladrones, que están continuamente asechándonos para arrebatarnos nuestros intereses, que sostenemos un ejército... Aquellas invasiones poderosas que, de tiempo en tiempo, precipitan esos bárbaros, producen un verdadero conflicto y ponen en serio conflicto la existencia del país"²⁸.

El mismo Alberdi, desde Europa, comentaba: "Los indios Pampas viven hoy, en pleno siglo XIX, para lo que es medrar de la civilización, ya que no para servirla. En lugar de ser conquistados, son ellos los que conquistan. Los papeles se han cambiado. Un día de estos irán a la ópera italiana en Buenos Aires, y clavarán sus tiendas en la plaza de la Victoria"²⁹.

^{26 bis} "La Prensa", Bs. As., enero 4 de 1876.

²⁷ "La Nación", enero 8 de 1876.

²⁸ Leandro N. Alem, *Autonomismo y centralismo* (Con una introducción de Gabriel del Mazo), Bs. As., 1954, ps. 63 y 103.

²⁹ Juan B. Alberdi, *Peregrinación de Luz de Día* ("Obras...", cit. t. VII, p. 318).

De cómo se desarrollaba esa guerra nos da una idea el comentario del coronel Alvaro Barros: "Si una expedición invade sus tierras, en nombre de la civilización y en beneficio de la humanidad, el aduar de la tribu sorprendida presenta al día siguiente el espectáculo de la más bárbara carnicería. Lo que el pillaje desafia, el espectáculo destruye y es consumido por el fuego... ¿Qué es lo que la civilización le deja allí y qué le lleva? Le deja sólo vestigios de brutal destrucción, cenizas y cadáveres mutilados; le deja la enseñanza de la crueldad perfeccionada; le deja el recuerdo de un hecho más que lo persuade de nuestra impotencia para dominar el Desierto; le deja, por fin, cada vez más motivos de odio, que satisfacer después en nuestras poblaciones indefensas... Cuando a consecuencia del desorden general que todo esto entraña... los bárbaros cometen una serie de atentados, entonces la única idea que concibe la mente de los que debieran sentir sobre su conciencia el peso de estos males, es el exterminio de los bárbaros. Los que así discurren son hombres inteligentes e ilustrados, pero por desgracia no piensan jamás en nuestras cosas, y creen que acabar con los bárbaros es lo mismo que acabar con la barbarie, sin fijarse que sólo la verdadera barbarie puede aceptar como un medio el exterminio, la matanza de la humanidad en provecho de la otra que se cree civilizada. Matar a los bárbaros, es enseñar la barbarie a los que aprovechan con la matanza, y para acabar con la barbarie es necesario verter la menor sangre posible, es necesario respetar la vida, para enseñar a respetarla... Pero se hizo por desgracia todo lo contrario, y [hoy] dos mil indios son el terrible azote de una nación que tiene dos millones de habitantes"³⁰.

Antes de iniciar su avance, Alsina publicó una "Memoria especial del ministro de Guerra", en la que, entre otras cosas, decía: "Se ha corrido tras la utopía o el verdadero absurdo de querer guardar con soldados líneas fronterizas que representan 400 leguas de extensión, sin buscar otro obstáculo al invasor que el pecho de nuestros soldados, con algunos fortines de barro primitivamente construidos, sin ninguna obra sobre sus flancos para asegurar la comunicación. ¡Y qué caro le cuesta al país en vidas y riquezas la persistencia ciega de esa utopía y ese absurdo!... Pueblos convertidos en taperas por el fuego del bárbaro; departamentos enteros despoblados, hecatombes continuas, ejércitos regulares arrollados por la chuzca del indio... Y tantos otros perfiles de este cuadro sombrío que omito por patriotismo"³¹.

El avance de Alsina se hizo, finalmente, en medio de las dificul-

³⁰ Coronel Alvaro Barros, *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sud*, Bs. As., 1872.

³¹ Adolfo Alsina, *Memoria especial del Ministro de Guerra*, Bs. As., 1877.

tades de la crisis económica que sufría el país. Y, tratando de consolidarlo, Alsina hizo construir con el ejército, en un trabajo que demandó dos años, una zanja, que lleva su nombre, la que iba desde las proximidades de Bahía Blanca hasta el sur de la provincia de Córdoba, pasando por Carhué, en una extensión de cerca de 500 kilómetros, jalonada de fuertes y fortines cada cinco kilómetros, y que apenas sirvió para poner un obstáculo a los indios, que se ingeniarban para pasarla. Y como las invasiones continuaban, el personalmente volvió al frente para dirigir las operaciones, imponiéndose un trajín que aceleró su muerte. Esta tuvo lugar en los últimos días de 1877, cuando ya había llegado a una "conciliación" con Mitre que le aseguraba la futura presidencia al término del período de Avellaneda, en 1880.

A su fallecimiento, el presidente Avellaneda designó ministro de Guerra al general Julio A. Roca, jefe de la frontera de Córdoba, quien, sobre la base de la utilización del Remington, que ya había empezado a utilizar Alsina, organizó un nuevo avance general de todas las fronteras. En un mensaje al Congreso, el 14 de agosto de 1878, Avellaneda, refrendado por el ministro de Guerra, general Roca, entre otras cosas, decía: "Hasta nuestro propio decoro como pueblo viril nos obliga a someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente, en nombre de la ley y del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República... Tenemos seis mil soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios que no tienen otra defensa que la dispersión, ni otras armas que la lanza primitiva; y sin embargo, les abandonamos toda la iniciativa de la guerra... ideando fortificaciones que oponer a sus invasiones, como si fuéramos un pueblo pusilánime contra un puñado de bárbaros".

Y allí comenzó la acción del Remington. "Vino el Remington —escribió el general Ignacio Fotheringham— y con el Remington la ofensiva. Se acabaron los indios y se conquistó el Desierto". Partiendo desde todos los fuertes y fortines de la frontera, en los últimos meses de 1878, las fuerzas del ejército, en pocas semanas, barrieron las tierras araucanas. De manera que, cuando Roca realizó su "gloriosa" expedición en mayo de 1879, los indios, como fuerza bélica, ya no existían, y algunas columnas, como la del propio ministro —que expedición en galera en buena parte del trayecto, terminado espectacularmente el 25 de mayo al llegar al río Negro—, no encontraron ni uno. Hecho lo cual, Roca regresó por mar desde Carmen de Patagones, entre brindis y clamoreos, para presentarse en Buenos Aires como vencedor y candidato a la presidencia de la República, en sustitución de Alsina.

Pero los indios no habían sido diezmados del todo y todavía resistían, replegados sobre la cordillera de los Andes australes, dispuestos, según las "Memorias" del Ministerio de Guerra, a "morir peleando antes de vivir esclavos". En consecuencia, hubo que realizar otras dos expediciones, al mando del general Conrado Villegas, en los años 1881 y 1883. De la primera fue jefe de la Tercera Brigada, el entonces coronel Liborio Bernal, abuelo del autor de este libro, antes citado, quien, luego, como general, debía quedar como jefe de la Línea Militar de Río Negro y Neuquén, habiendo sido aquella brigada la primera en llegar al entonces desconocido lago Nahuel Huapi. Fue premiado con 60.000 hectáreas al borde de dicho lago. Un predio que, en mapas antiguos, figura como "pampa de Bernal".

Debido a esas campañas fue que Lia Beck Bernard escribió entonces en la "Revue des Deux Mondes", de París: "La República Argentina ofrece hoy en día el espectáculo emocionante de una sociedad civilizada todavía en lucha con una sociedad bárbara, cuya resistencia se prolonga en las vastas soledades bordeadas por las cordilleras, donde se la ha rechazado"³².

³² El historiador cordobés Alfredo Terzaga en su *Historia de Roca*, aparecida en Bs. As. en 1976, refiriéndose al autor de este libro, después de hacer una cita de uno de sus escritos, comenta: "Este mismo autor, en su *vindicación del indio*, llega a sugerir el conflicto con las tribus como una lucha de clases, al sostener que el araucano pudo «tener en jaque durante largas décadas a la oligarquía argentina». Ahora sabemos, pues, quiénes fueron los verdaderos campeones de la lucha antioligárquica" ("*Historia de Roca*", t. II, p. 170). El historiador cordobés, que hace tal comentario en un libro donde presenta una apología del general Roca, uno de los puntales de la oligarquía, muestra a la vez dos cosas: ignorancia y sometimiento al concepto oligárquico de la inferioridad del indio. En primer lugar, debemos aclarar que los indios araucanos del desierto, no eran una clase, sino una nacionalidad. Con ellos se concertaban solemnes tratados, firmados por las autoridades militares y que debía ratificar el Congreso. "En su impotencia de vencerlos —escribió Miguel Ángel Cárcano— los consideraban como una nación extranjera y con ellos firmaban tratados de paz que debía aprobar el Congreso; los halagaban con grados militares, prebendas y ganados, dejando impunes robos y asaltos y en su poder cientos de cautivos. Era una situación que afectaba el prestigio de la Nación, impropia de un país civilizado" ("*El estilo de vida argentino*", Bs. As., 1969, p. 95). Y tan eran una nacionalidad que mandaban sus hijos a estudiar en los colegios de sus enemigos, tanto en Chile como en nuestro país. Y no solamente eran valientes y altivos —por algo Alonso de Ercilla pudo escribir a su respecto el más famoso poema énico de la lengua española— sino sumamente inteligentes. El sabio francés Alcides D'Orbigny, se quedó asombrado de este aspecto, al estudiarlos, considerándolos capaces de una alta civilización. Habiendo domesticado el caballo, por ejemplo, se transformaron en los mejores jinetes del mundo, muy superiores al gaucho, según propia confesión de éste, al que invariablemente, en los combates, ponían siempre en fuga. Así se explica que, por tanto tiempo, este puñado de "bárbaros", sólo provistos de lan-

6. — La cuestión capital, junto con el de los indios del Desierto, era el problema más importante que debía resolver el país en aquellos años, el que permanentemente se había venido postergando. Recordemos que al establecerse la "presidencia" de Rivadavia, éste había tratado de federalizar la provincia de Buenos Aires, y hacer de la ciudad de este nombre la capital de las Provincias Unidas. Durante el gobierno de Rosas, aunque no lo era oficialmente, Buenos Aires aparecía como la capital de la Confederación que él había formado. Al finalizar este período, hemos visto que Sarmiento rechazaba la capital en Buenos Aires ("Jamás, jamás") proponiendo, en cambio, la capital en la isla Martín García ("Argirópolis"). Por su parte, Alberdi había escrito: "La nación está sin capital, el gobierno nacional está sin residencia propia, lo que vale decir sin el poder complementario de su poder, que es el inmediato directo y exclusivo de la ciudad de su residencia. Si la ciudad que se le da por capital no encierra elementos reales de poder, la jurisdicción exclusiva que en ella se dé al presidente, será un poder nominal, un mero nombre,

zas, presentara batalla victoriosa a todo el ejército nacional provisto del armamento europeo más moderno, hasta lograr aniquilarlos con el Remington.

Esa "vindicación del indio" que nos inculpa el historiador cordobés, la iniciamos en nuestra obra "Pampas y lanzas", aparecida en 1962, donde declaramos que la gesta del indio araucano en nuestra pampa lo muestra como su verdadero protagonista y nos presenta de su parte "una de las epopeyas más heroicas, espectaculares y portentosas que recuerda la historia". Con ello rompíamos una tradición de desprecio y de denigración del indio que campea a lo largo de toda la bibliografía argentina, desde Rivadavia, que los consideraba "mala gente y que había que acabar con ella", hasta las campañas del gobernador Rodríguez en la década de 1820, que hablaba de exterminarlos; los escritos de Sarmiento, calificando ese exterminio "su blime y grande"; de Mitre, escribiendo que había que utilizar con ellos el "argumento de la espada" y acorralarlos en el Desierto (antes de que Callicura y Catriel lo acorralaran a él en Sierra Chica); de Vicente Fidel López, que consideraba el tema de la lucha con ellos indigno de ser registrado en su "Historia de la República Argentina". El único que cumplió los tratados con los indios fue Juan Manuel de Rosas. Pero lo hizo por conveniencia, para que no lo atacaran, lo que no le impidió realizar iniquidades arbitrarias con ellos. Y posteriormente tenemos un ejemplo de esa denigración del indio en el momento a la inmoralidad que es el "Martín Fierro", de José Hernández, donde se lo presenta como una bestia a la que hay que eliminar, producción hecha declarar poema nacional por Leopoldo Lugones, notorio servidor de la oligarquía, quien, en su obra "El pavador", dice lo mismo. Con lo que abrió el camino por el que siguieron todos los literatos de menor cuantía, admiradores también del "Martín Fierro", entre ellos Alvaro Yunque y el catamarqueño Luis Franco. El primero, que antes había escrito, denigrando al indio: "Borracho y sifilítico / Indio eres hoy / Estampa muerta del pasado / Barata falsa de la tradición", después de la aparición de nuestra obra "Pampas y

y, en realidad, el presidente quedará más débil que hoy, porque quedará sin el apoyo que le dará el gobierno de Buenos Aires... El remedio simple y eficaz es devolver a la nación lo que es de la nación, y el medio de operarlo es hacer que Buenos Aires sea la capital de la nación, no de la provincia, pues lo contrario es restablecer lo que se llamaba Virreynato de Buenos Aires, bajo el nombre, o más bien, bajo el hecho de Provincias Argentinas de Buenos Aires"³³. Mariano Fraguero, por su lado propiciaba la capital también en Buenos Aires: "Ha sido la capital del Virreynato; lo fue también de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y lo ha sido finalmente de la Confederación Argentina... Allí está la capital hecha y pronta a operar"³⁴.

Después de Caseros, la Constitución de 1853, designó a Buenos Aires como capital, aún cuando la provincia se había separado de la Confederación, con motivo del movimiento del 11 de setiembre de 1852, circunstancia que obligó a establecer, provisoriamente, la capital en Paraná, después de federalizar la provincia de Entre Ríos. Aunque, luego de Cepeda y la Reforma de 1860, aquella disposición, respecto a Buenos Aires, se retiró. Con posterioridad a Pavón, Mitre había buscado nuevamente la federalización de la provincia de Buenos Aires, con el propósito de declarar a la ciudad de este nombre capital de la República, a lo que se había opuesto la legislatura de esa provincia, dando origen al partido Autonomista, de Adolfo Alsina, que rechazaba tal capitalización. Por ello se llegó a un acuerdo para que el gobierno nacional se estableciera, por una "ley de compromiso",

lanzas", publicó otra, en la cual, plagiando nuestro desarrollo del tema, calificaba al indio "héroe y mártir". Pero el segundo llegó a más. Habiendo escrito que los araucanos eran tan salvajes que utilizaban los corazones de los cristianos para arrojarse su sangre, como pomos, en carnaval ("¡Su roja sed nunca saciada de potadores de sangre! En carnaval se divierten usando de pomos corazones recién extraídos, que pueden ser de reses o de cristianos" ("Hudson a caballo", Bs. As., 1956, p. 134), volvió también a escribir, plagiando como el anterior nuestro escrito, para elogiar al indio y ¡adjudicarse la paternidad de la nueva posición que adoptaba!

Para su ilustración, y la de nuestros lectores, reproduzco, una vez más, esta terminante declaración de la Sociedad Económica de Azul a la Sociedad Rural Argentina, que aparece publicada en los "Anales" de ésta, del año 1870, y que dice: "Los indios pampas de Catriel son más fáciles de civilizar rectamente y más dispuestos a recibir la alta educación cívica, que nuestras masas rurales y aún que las urbanas mismas... Nos creemos autorizados para decir y sostener en todos los terrenos, desde el confidencial y privado, hasta el público u oficial, que los indios pampas serían ya, a la fecha en que escribimos, relativamente honrados, laboriosos y morales si nosotros, los hombres de la civilización, no hubiéramos sido tan malos v. corrompidos".

³³ Juan B. Alberdi, *Escritos...*, t. I, ps. 452 y 459.

³⁴ Mariano Fraguero, *Cuestiones argentinas*, Bs. As., s/d., ps. 12 y 13.

en Buenos Aires, mientras el problema se resolviera. Luego, por dos veces, el Congreso Nacional había votado la instalación de la capital en Rosario, durante la presidencia de Sarmiento. Pero en ambas oportunidades el presidente vetó la ley. También se proyectó en el Congreso establecer la capital en Córdoba, en Fraile Muerto, Villa María, Villa Constitución, etc. Pero, siempre, todos esos propósitos habían fracasado. En el caso de Villa María (que a los pocos días de propuesta para capital nacional atacaron los indios), la ciudad tomaría el nombre de Rivadavia.

El problema volvió a plantearse agudamente con motivo de la campaña presidencial, que se realizó buscando al sucesor de Avellaneda, pues habiendo fallecido, como vimos, el Dr. Adolfo Alsina, jefe del partido Autonomista, quien había pactado una "conciliación" con Bartolomé Mitre, jefe del partido Nacionalista, acuerdo que le aseguraba la presidencia al finalizar la suya Nicolás Avellaneda, en 1880, la situación política del país se presentó verdaderamente álgida. En Buenos Aires, había sido designado gobernador el Dr. Carlos Tejedor, producto de la "conciliación", ex integrante de la "Joven Generación" de 1838, quien apareció como un serio contendor a la futura presidencia. Frente a él se presentó como candidato el general Julio A. Roca, reciente "conquistador" del Desierto. Tejedor se refugió en el localismo de Buenos Aires, llegando la legislatura provincial a amenazar con una nueva separación como Estado independiente, en caso de no imponerse dicho gobernador, considerando la candidatura de Roca como una imposición de las provincias, apañada por el presidente Avellaneda. "El gobernador Tejedor —escribió R. J. Cárcano—, candidato a la presidencia, encarna el exclusivismo metropolitano con su banderita de la «patria chica» afirmada con desenfado en sus proclamas a la guardia nacional. El presidente Avellaneda y el general Roca representan el sentimiento nacional, la «patria grande», la unidad orgánica, sancionada por la Constitución de Santa Fe... Se habla de provincianos y porteños. Quema el ambiente como en los días de la secesión"³⁵.

Con ese concepto, el gobernador Tejedor comenzó a preparar fuerzas, que recibieron el nombre de "rifleros", y armarse, aún a despecho de las disposiciones en contrario del gobierno nacional.

Por su parte, el general Roca era apoyado por un grupo de terratenientes porteños, presidido por Diego de Alvear, además de una Liga de Gobernadores, dirigida desde Córdoba por su concurrido Miguel Juárez Celman, que había sido elegido gobernador de esa provincia. También por el ejército nacional. Sarmiento, que aparecía como un serio candidato de transacción, escribía al respecto a Posse:

³⁵ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Bs. As., 1965, ps. 47 y 48.

"Roca es general joven, sin prestigio suficiente ni aún en las armas, y sus cualidades, a falta de historia, son las que le atribuye Andrade, que suele equivocarse... No gobernará en Buenos Aires por cuanto Tejedor tiene los medios de hacer saltar la República como una granada, para ser presidente"³⁶. Pero este no era sino un punto de vista personal, para desacreditar a un competidor, por cuanto Roca mostró al respecto una férrea voluntad, después de una interminable serie de tramitaciones, que obligaron al vacilante presidente Avellaneda, sostenido por el ministro de Guerra Carlos Pellegrini, a trasladarse a Belgrano, declarando sublevado al gobernador Tejedor, y sosteniendo desde allí, "Nada hay dentro de la Nación superior a la Nación misma".

En tanto, Tejedor, al frente de sus "rifleros" y habiendo hecho introducir considerable cantidad de armamentos, amenazaba con un nuevo Pavón. "El gobernador de Buenos Aires —dice Juan Alvarez— se creyó más fuerte que el gobierno nacional y tentó un golpe de mano"³⁷. Y habiendo fracasado los ofrecimientos de mediación, ambas fuerzas terminaron por tener encuentros en Barracas, Puente Alsina y Corrales, los días 20 y 21 de junio de 1880, combates en los que se produjeron, según se dice, alrededor de 2.000 muertos. Finalmente, el gobernador Tejedor, que había sido apoyado en cierto modo por Mitre, hubo de renunciar, y el Congreso, trasladado a Belgrano con el presidente Avellaneda, aunque no en mayoría, declaró capital de la República al municipio de la ciudad de Buenos Aires, lo que fue convalidado por la legislatura provincial, que cedió la ciudad luego para tal fin.

Esto coincidía enteramente con el pensamiento de Alberdi, que presidió, como vimos, todo el proceso de la organización argentina. ¿No había escrito repetidamente que "En la República Argentina, colocar su capital fuera de la ciudad de Buenos Aires era tan imposible como colocar la cabeza de un hombre donde estaba su estómago"³⁸?

XIII. DOMINADOR INTELECTUAL DE LA "JOVEN GENERACION", DE 1838, JUAN BAUTISTA ALBERDI, QUE EXPUSO SUS IDEAS, AUNQUE NO ASPIRO A REALIZARLAS —LO CUAL HICIERON SUS DISCIPULOS PRINCIPALES BARTOLOME MITRE Y DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO—, HABIENDOSE DISTANCIADO DE ESTOS, SE VIÓ ENTONCES OBLIGADO, PARADOJICAMENTE, PARA COMBATIRLOS, A COMBATIR, EN BUENA PARTE, LO QUE EL MISMO HABIA ESCRITO Y ERA, AHORA, SOSTENIDO POR SUS ADVERSARIOS, EXPRESANDO, CON TAL MOTIVO, MUCHAS VERDADES, HIJAS MAS BIEN DEL DESPECHO, LAS QUE ESTABAN EN EVIDENTE CONTRADICCIÓN CON SUS POSTULADOS DE LAS "BASSES".

1. — Hemos visto el rol de Juan Bautista Alberdi como expositor de las ideas de la "Joven Generación", de 1838. *El fue, sin duda, su figura cumbre como erudito, como pensador y como escritor.* En este terreno, Alberdi fue extraordinario: tuvo la cualidad de verter su pensamiento con una fluidez y contundencia de estilo que hacen de él, junto con Mariano Moreno, los más grandes escritores políticos que hayan surgido hasta hoy en nuestro medio y sin parangón, en su época, en los países americanos de habla castellana. "Es el pensador más original y más poderoso con que hoy cuenta la América Española", dijo de él, en 1879, el historiador chileno Gonzalo Bulnes¹. "Porque supo definir su momento y dar doctrinas a un ciclo de la historia americana, ocupará siempre un lugar distinguido en la ciencia política el nombre de Alberdi", manifestó el mexicano José Vasconcelos². "Para encontrar el tipo de estadista y de fundador que tenga semejanza con Alberdi —escribió otro autor mexicano— hay

¹ Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, cit., p. 830.

² José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, Santiago de Chile, 1935, p. 197.

³⁶ "Epistolario entre Sarmiento y Posse", cit., t. II, p. 484.

³⁷ Juan Alvarez, *El problema de Buenos Aires en la República*, Bs. As., 1936, p. 266.

³⁸ Juan B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. VIII, p. 251.

que evocar la figura de Hamilton, pero un Hamilton formado en la escuela de la persecución y con la maravillosa facultad que ningún otro escritor político ha tenido en el continente americano, de agregar una fuerza persuasiva de la dialéctica al poder de un ingenio mordaz. El nombre de Alberdi como organizador es único. *Su nombre como escritor no tiene rivales...* La República Argentina no sólo tiene en Alberdi un grande hombre, sino un grande hombre que le podían envidiar todos los pueblos, y que para su justa glorificación bien merece que se le inmolen los bastardos de la fama... Alberdi, el indiscutible estadista de su patria, es el escritor de más nervio, de más gracia y de más recursos que podía haberse dado la tarea de trazar las leyes fundamentales de un país³. "Uno de los hombres más geniales que haya dado América", expresó el historiador paraguayo Julio César Chaves⁴. "No es exagerado considerar a Alberdi como uno de los fundadores de la Nación —según palabras de un publicista brasileño—. Su papel histórico fue en su país comparable al de Alexander Hamilton en los Estados Unidos de la América del Norte"⁵. Y hasta el líder socialista Jean Jaures llegó a decir, ignorarnos con qué conocimiento: "Las obras de Alberdi, las «Bases» sobre todo, y su libro de conjunto sobre América, deben clasificarse al lado de las obras de Tocqueville, Laboulaye y, por ciertos capítulos, al lado de Montesquieu"⁶.

En cuanto a sus compatriotas, tampoco le han escatimado elogios: "El más grande escritor argentino", dijo de él Olegario V. Andrade⁷. "Un hombre de la talla de Alberdi —expresó Joaquín V. González—, cuya justa fama ha reflejado sobre el país un vivo resplandor de gloria"⁸. Y el mismo Mitre habría de reconocer: "Es una potencia intelectual, un honor de nuestra pobre literatura"⁹. Agregando: "Es la obra de Alberdi esencialmente argentina. Refleja el medio y sus problemas. Los inspira en la historia y en la realidad del país. Nadie antes de él dijo que el país era un desierto y que era necesario poblarlo con el brazo europeo que le diera nueva savia e hiciera vivir a sus inmensas riquezas que yacían inertes. Nadie antes que él señaló las características étnicas y la necesidad de mo-

³ Carlos Pereyra, *El pensamiento político de Alberdi*, Madrid, s/d., p. 9.

⁴ Conferencia en Buenos Aires, 24-VII-65.

⁵ Afranio de Mello Franco, Prólogo a la edición brasileña de *Bases* ("La Prensa", Bs. As., agosto 10 de 1941).

⁶ Jean Jaures, *Las ideas de Alberdi y las realidades contemporáneas*, "Conferencias", Bs. As., 1922, p. 16.

⁷ Olegario V. Andrade, *Artículos histórico-políticos*, Bs. As., 1929, p. 57.

⁸ Joaquín V. González, *Estudios de historia argentina*, Bs. As., 1930, p. 284.

⁹ J. M. Mayer, *Alberdi...*, cit., p. 830.

dificarlas para realizar la obra de prosperidad y de progreso que el país reclamaba y que estaba admirablemente preparado para recibir"¹⁰.

"Alberdi es superior a Sarmiento como publicista, como economista y como crítico —escribió Leopoldo Lugones, apologista del último—. Se trata del más alto pensador producido por la famosa «Asociación de Mayo». Como prosista eficaz, aventaja sin duda al otro"¹¹. Y Martín García Merou, escribiendo su biografía, dijo: "Ningún publicista argentino ha abarcado en sus trabajos un horizonte más vasto y esplendoroso... hasta dejar una obra que sorprenda por su grandeza y variedad... En él se mezcla la minuciosidad de un benedictino, la sátira fina de un escritor de costumbres, la exaltación generosa de grandiosas bellezas... Su pensamiento genial preside el génesis de nuestra organización, y lo ayuda, lo explica, lo vacía en un molde práctico definitivo"¹².

Fue el pensamiento de Juan Bautista Alberdi, pues, como hemos dicho, el que condensó el de la "Joven Generación Argentina", de 1838, contrario al que había manifestado primitivamente. Y presidió el proceso de nuestra organización. Sin embargo, en la realización de ese pensamiento, Alberdi no pudo, no supo o no quiso hacer valer su supremacía, y fue desplazado por esos discípulos que, con ello, mostraron más capacidad para la acción, así como él la había demostrado para el pensamiento. Su actitud, sin embargo, parece haber sido perfectamente consciente por cuanto, en carta a Gutiérrez, a raíz de la publicación de "Bases", en 1852, ya le anticipaba: "Para dar más autoridad a mi palabra, pienso quedar siempre fuera del poder"¹³. "Ni sueño ni apetezco tales puestos —también había escrito refiriéndose a la posibilidad de ser candidato a la presidencia de la República—. Quiero la influencia y la tendré, por la simple acción de mi desinterés y de mi buena intención". Y esa influencia, ciertamente, la tuvo.

2. — Recordemos las circunstancias que llevaron a Alberdi a vincularse, en su momento, con Urquiza, del que tanto Mitre como Sarmiento se declararon enemigos, con lo que éstos vieron la feliz oportunidad de desembarazarse de la molesta tutela de su antiguo maestro, y trataron de destruirlo y hundirlo con tanto más ardor, cuanto mayor había sido el respetuoso temor que le profesaban. Y, enarbolando las ideas de Alberdi, pasaron, para los no advertidos, como iniciadores de las mismas.

Esas circunstancias son bien curiosas, ya que el portavoz de la

10 M. de Vedia y Mitre, *Historia de las ideas políticas*, t. XIII, p. 144.

11 L. Lugones, *Historia de Sarmiento*, cit., p. 136.

12 Martín García Merou, *Alberdi*, Bs. As., 1939, ps. 12 a 19.

13 J. M. Mayer y E. A. Martínez, *Cartas inéditas...*, cit., p. 58.

"Joven Generación" podría parecer el menos apto para establecer una relación de esa naturaleza con el vencedor de Caseros, dado que Alberdi era, quizás, el más europeizado en sensibilidad y sentimientos de los miembros de aquella generación —él mismo se clasificaba como "el más europeísta"— y, en cambio, Urquiza mantenía, a pesar de todo, un hondo sentido nacional y americano.

Alberdi, más de una vez, dijo que no era él quien se había acercado a las ideas de Urquiza, sino Urquiza a las suyas. Pero nosotros podemos decir que, desde el momento en que esa relación se estableció, la influencia fue recíproca, y, habiendo las circunstancias puesto a Alberdi en la necesidad de luchar contra sus antiguos amigos, que estaban en plena tarea de realizar las ideas que él mismo había expuesto, como consecuencia de ello, ese acercamiento y esa enemistad lo obligó, muchas veces, a escribir contra las mismas.

Es así como Alberdi, dando ahora un nuevo sesgo a su posición ideológica, como ya lo había hecho después de las primeras manifestaciones posteriores a su "Fragmento preliminar" y a su discurso en el Salón Literario, cual verdadero genio de la versatilidad, apareció escribiendo lo contrario de "Bases", al punto que podríamos decir que *la posteridad ignora hoy cuál es el verdadero pensamiento de su publicista más prestigioso*. "A usted no se le refuta —le había dicho Sarmiento—. Basta ponerlo como un reo en presencia de usted mismo"¹⁴.

Y Paul Groussac, que hizo un crudo retrato de Alberdi, correspondiente al espíritu despiadado e incomprensivo con que encaró la historia argentina, diciendo a veces, sin embargo algunas verdades útiles, escribió: "Con el propio dogmatismo autoritario proclamó por turno en sus escritos (alguna vez en el mismo) las tesis más netamente opuestas: el éxito y el fracaso de la Revolución de Mayo; la grandeza y la mezquindad de las victorias de la Independencia; el genio y la mediocridad de San Martín; el odio y el amor por España; la conveniencia de prodigar la ciudadanía y restringirla; la bondad y el absurdo del culto oficial; la importancia y la trivialidad del romanticismo; la gloria y la infamia de Rosas (bis); la imposibilidad y la necesidad de la capital en Buenos Aires (ter); la influencia benéfica y desastrosa de Lavalle; la eficacia y la nulidad de la tentativa unitaria; la virtud soberana y el vicio incurable del federalismo; el progreso del país y su ruina por los empréstitos; lo excelente y lo perjudicial de los estudios universitarios; la alianza perpetua con el Brasil y la guerra constante a su política; la omnipotencia y la impotencia de las constituciones escritas; la facultad del Congreso para codificar y la negación de esta facultad; el despotismo bárbaro del Paraguay y la superioridad de sus instituciones; la insensatez y

¹⁴ Domingo F. Sarmiento, *Las ciento y una*, Bs. As., s/d., p. 54.

la suprema razón de la monarquía sudamericana... J'en passe, et des meilleurs"¹⁵.

Y luego, prendido a la levita militar de Urquiza, como Sarmiento debía prenderse a la levita militar de Mitre, comenzó a recorrer su camino de regreso defendiendo a las masas nativas (después de haberlas estigmatizado en "Bases", propiciando su reemplazo por población europea), escribiendo el elogio de los caudillos, particularmente de Artigas, y terminando, en su alejamiento europeo, por hacerse amigo y admirador de Rosas, después de haberlo llamado "el peor tirano que haya existido", etc., etc., etc. (y siguen las etc.).

"Si porque es incapaz de orden constitucional una parte de nuestro país —empezó a desdecirse ya en "Cartas quillotas"— queremos anodonarla, mañana diréis que es mejor anodonarla toda y traer en su lugar poblaciones de afuera acostumbradas a vivir en orden y libertad. Tal principio os llevará por lógica a suprimir toda la nación argentina hispano-colonial, incapaz de república, y a suplantarla de un golpe por una nación argentina anglo-republicana, la única que estará exenta de caudillaje... El día que creáis lícito destruir, suprimir al gaicho, porque no piensa como vos, escribís vuestra propia sentencia de exterminio y reconocés el sistema de Rosas"¹⁶.

Designado ministro de la Confederación en Europa —después de haber rechazado igual nombramiento en Chile, según dijimos, y con la expresa constancia de que tal nombramiento significaba la aceptación de sus doctrinas— Alberdi, solo y casi sin medios, en las capitales del Viejo Mundo, pasó varios años tratando de vencer a sus antiguos amigos, ahora sus acérrimos adversarios, atrincherados en Buenos Aires, hasta que, como consecuencia de Pavón, quedó allí libre, pobre y derrotado. Y, sin otra arma que su pluma, aún incisiva y cáustica, comenzó a escribir directamente contra aquéllos y contra la ciudad de Buenos Aires, que en la primera edición de "Bases" propuso como capital, para deshechar esa idea en nuevas ediciones, y luego volver a proponerla posteriormente.

Un historiador "revisionista", después de expresar respecto a Alberdi "De entre los escritores de su época (1810-1884) es el que más cerca estuvo de nuestro verdadero proceso sociológico", agrega: "Quien se tome la tarea de leer las «Obras completas» y los «Escritos póstumos» del ilustre tucumano, advertirá inmediatamente que *una ochenta por ciento de sus escritos es antisarmientista y antimitrista*"¹⁷.

Ese despecho y resentimiento, que destilan buena parte de los escritos póstumos de Alberdi —que él pidió en su testamento que

¹⁵ Paul Groussac, *Estudios de historia argentina*, Bs. As., 1918, p. 289.

¹⁶ J. B. Alberdi, *Cartas quillotas*, cit.

¹⁷ Fermín Chávez, *Civilización y barbarie* (Liberalismo y mayismo en la historia de la cultura argentina), Bs. As., 1956, p. 37.

nunca se publicaran— agriaron en tal forma su humor y su estilo, que, en muchas partes queda muy reducida en ellos el peso de su argumentación, su eficacia literaria y, en consecuencia, su acostumbrada brillantez y fuerza intelectual. Parece que no hubiera tenido tiempo, además, de espigarlos, componerlos y sintetizarlos, por lo que en ellos su prosa pasa a ser machacona, fatigante, tediosa, repitiendo diez y veinte veces el mismo argumento como si recién lo planteara, para retorcerlo, exprimirlo y volver a exponerlo, luego, agregándole un ligero adorno de nuevos conceptos, y, en el capítulo siguiente, hacer lo mismo otra vez. "Una de las observaciones imposibles de omitir, desde luego —escibe al respecto J. V. González—, sobre el conjunto de la obra alberdiana, es el de las desigualdades, incoherencias, contradicciones, repeticiones de los mismos temas hasta el exceso, como de persona que divaga y recorre muchas veces el mismo camino, unas veces deteniéndose con honda y profética meditación sobre casos de alto valor social, político o económico; otras, como persona cansada, volviendo olvidado a los mismos motivos ya tratados, sin agregar mayor novedad a lo ya dicho... Es que Alberdi, movido por violentas energías intelectuales, no siempre fue acertado, ni justo, ni siempre contenido dentro de los límites del Código del duelo"¹⁸.

Evidentemente el triunfo momentáneo y espectacular de sus rivales, lo hizo bajar su mira intelectual, quitando a su producción parte de su antigua jerarquía. Sin embargo, colocado sobre el terreno del economismo histórico produjo algunos análisis de gran interés y fue, verdaderamente, el primer sociólogo argentino. "Los intereses económicos son los intereses supremos —escribía—. Los hombres y los pueblos se gobiernan por los intereses que sirven a su existencia, no por ideas; las ideas cubren intereses casi siempre"¹⁹.

Espíritu conservador, como él siempre se definía, fue acérrimo enemigo del socialismo, a pesar de que en su juventud había escrito: "La emancipación de la plebe es la emancipación del género humano, porque la plebe es la humanidad, como ella es la nación. Todo el porvenir es de la plebe"²⁰. Pero ahora hablaba de "las extravagancias y descarríos del socialismo, que con tanta razón han espantado a los hombres de juicio, proponiendo remedios más aciagos que el mal"²¹.

Y aún, por un momento, en el exilio, llegó a hacerse monarquista. Tal aparece en su obra "Del gobierno en Sud América según las mi-

¹⁸ Joaquín V. González, *Estudios de historia argentina*, Bs. As., 1930, ps. 310 y 315.

¹⁹ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. I, ps. 15 y 111.

²⁰ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. I, p. 127.

²¹ *Ibidem*, t. IV, p. 254-p.

ras de su revolución fundamental", que llena las 650 páginas del tomo IV de sus "Escritos póstumos".

De acuerdo con tales ideas, se manifestó partidario de la intervención de Francia en México para establecer allí una monarquía, en 1863, empresa esencialmente antiamericana. "Yo no desearía para mi país —llegó a escribir— la suerte de Méjico, en el sentido que no es glorioso tener que deber su salvación al extranjero. Es más digno recibirla de sus propios esfuerzos"²².

Pero finalmente, de acuerdo con su conocida inestabilidad ideológica, volvió sobre sus pasos y adjuró de tales posiciones. Y algunos años después escribió: "Los experimentos realizados en las dos Américas, desde 1862 a 1867; las cuestiones de Estados Unidos, Méjico, Chile, Perú, Brasil, etc., han modificado profundamente mis ideas en la materia de que se trata en los siete libritos manuscritos que preceden. El que juzgase por ellos de mis ideas actuales, se engañaría totalmente. Creo siempre que la *civilización de Sud-América no ha de ser sino la civilización de la Europa aclimatada a esa parte del Nuevo Mundo*; pero dudo que esa aclimatación envuelva la del gobierno monárquico, como elemento de civilización europea. Felizmente, la monarquía no es el gobierno a la europea, más aclimatable en Sud-América que el gobierno a la Norte-Americana, copiado como Méjico y Buenos Aires"²³.

3. — Colocado a esta altura de la vida detrás de todas las manifestaciones de sus adversarios para combatirlos, nada más que porque eran las de ellos, aunque él, en iguales circunstancias, hubiera dicho lo mismo, la conducta que expresan, particularmente, sus escritos del exilio europeo, es más hija del despecho y del resentimiento —según dijimos—, ya que sus convicciones coincidían enteramente con las de aquellos. En la lucha por la conquista de la India por Inglaterra, por ejemplo, se colocó de parte de ésta, hallando conveniente que "quince mil soldados ingleses", subyugaran a "130 millones de hindúes", oponiéndose a cualquier conato de liberación de los mismos en lo que calificaba de "loco movimiento". "Digo loco movimiento —aclaraba en carta a Urquiza— porque los hindúes son especie de matratos, que sólo pueden valer y ser algo bajo el imperio de la más libre nación del mundo. *Nosotros naturalmente —agregaba— debemos simpatizar con la causa de Inglaterra, que es la nuestra*, es decir, de la civilización. Ni por un momento debemos permitir que se compare la causa de la India mahometana y bárbara, con la de las antiguas colonias españolas de América, que son hoy repúblicas independientes. Creencias, civilización, principios, todo es radicalmente diferente. Pero en las libertades y progresos de la América

²² J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. IV, ps. 293 y 460.

²³ *Ibidem*, p. 653.

del Sud, Inglaterra es baluarte, y debemos desear que se conserve cada día más fuerte y próspera. Sería útil y muy político, que V.E. inspirase estas ideas en la prensa argentina"²⁴.

Dentro de ese concepto elitista, aplaudió la posición de Mitre frente a la unión latinoamericana, que distinguía a la corriente liberal porteña desde Rivadavia: "El gobierno de Mitre dio una brillante respuesta al ministro del Perú, negándose a entrar en la Liga americana. Consagra toda la doctrina de mi último libro, respecto a la política que nos conviene para con la Europa"²⁵.

4. — Lucio V. Mansilla, que lo visitó en París antes del 80, lo describe de esta manera: "Vivía el hombre modestamente en una casa amueblada más parecida a un hotel, que a una casa de huéspedes, ocupando dos cuartos a la calle, una calle triste como él... Sabía que era pequeño de talla; no me imaginaba, sin embargo, que lo fuera tanto como en realidad lo era... Estaba vestido de negro, severamente vestido. Aunque proporcionado al cuerpo, la cabeza parecía no corresponder al busto... tenía desarrollada la individualidad, la causalidad y la circunspección, facultades que explican sus aptitudes naturales de pensador y escritor; lo que era y no otra cosa. Todo en ella reflejaba, en efecto, penetración, perspicacia, entendimiento, amplitud contenida... La salud de Alberdi era mala. Sufrió desde años atrás... Mucho, en efecto, tenía que sufrir Alberdi; apenas probó bocado, excusándose. Vino, no tomó. Sólo bebió agua de Vichy...

"...Una idea lo dominaba, no podía ocultarlo; y a ella volvía y volvía a cada paso, llevando la mano hasta rozar y acomodar una mecha abundante de lacio cabello, pertinaz, que medio ocultándola, caía persistente sobre la frente marchita y rugosa ya; una frente de arco poco pronunciado, y en la que sin el más mínimo antecedente, cualquier observador de hombres habría, como yo, columbrado todo lo que revela que no se está en el nivel común; lo mismo en sus manos, limpias, cuidadas con esmero, habría descubierto que eran sólo para esgrimir instrumentos de artistas: pluma, buril o pincel... Quería volver; temía... Explicaba su conducta. Daba no sé qué ver a aquel hombre eminente, casi murmurando «el que no sabe retractarse, ama más a su persona que a la verdad». No presentía el 80, sucesos que debían acabar de confundirlo, lo mismo que no presintió Pavón... Estaba casi cristalizado en el pasado y como aturdido por los acontecimientos"²⁶.

Es un cuadro impresionante y hasta tétrico el de aquel hombre

²⁴ Carta de Alberdi a Urquiza (R. J. Cárcano, *Urquiza y Alberdi*, cit., p. 237).

²⁵ Juan B. Alberdi, *Epistolario* (1855-1881), Santiago de Chile, 1967, p. 295.

²⁶ Lucio V. Mansilla, *Retratos y recuerdos*, Bs. As., 1927, p. 158 y ss.

menudo —"hombros de mosquito", le había dicho Sarmiento—, todo cerebro, que con su pluma como estilete, alcanzaba proporciones de un gladiador.

Y, desde allí, desde esa calle triste de París, Alberdi había ido escribiendo, antes de la capitalización: "Para Buenos Aires, Mayo significa independencia de España y predominio sobre las provincias: la asunción por su cuenta del vasallaje que ejercía el virreynato, en nombre de España. Para las provincias, Mayo significa, separación de España, sometimiento a Buenos Aires; reforma del coloniaje, no su abolición. Ese extravío de la revolución debido a la ambición ininteligente de Buenos Aires, ha creado dos países distintos e independientes, bajo la apariencia de uno solo: el estado metrópoli, Buenos Aires, y el país vasallo, la república. El uno gobierna, el otro obedece; el uno goza del tesoro, el otro lo produce; el uno es feliz, el otro miserable; el uno tiene su renta y su gasto garantido; el otro no tiene seguro su pan" (Todos los subrayados son del original). "Hasta ahora —continuaba Alberdi— Buenos Aires no ha querido entender el gobierno general argentino, sino como lo practicó Rivadavia en 1811 y como lo entienden y practican más o menos hoy mismo los discípulos y apologistas del Rivadavia de ese tiempo, el autor de la «Historia de Belgrano» y el de su Corolario"²⁷. (Esto último para referirse a Mitre y a Sarmiento, respectivamente.)

Pero Alberdi también era discípulo y apologista de Rivadavia, cuyo busto lo había acompañado en su quinta de Quillota y cuyo elogio haría, no sólo en "Bases", sino también en todo momento: "El patriotismo de la paz... tiene como su representante más lustre en el Río de la Plata a Rivadavia"²⁸. "Rivadavia entendió el patriotismo argentino como los que tenemos el honor de seguir sus huellas"; "El más grande de nuestros patriotas: don Bernardino Rivadavia"²⁹.

Por eso su figura escueta, acerada y fría, de severidad monacal, que tenía como armas únicamente el talento y la pluma, proseguía su prédica sosteniendo precisamente una solución rivadaviana: la capitalización de Buenos Aires, la que Rivadavia había propiciado en oportunidad de sancionarse la Constitución de 1826, y que, precisamente por eso, entre otras cosas, había sido rechazada por las provincias. "El partido federal —recordaba al respecto Sarmiento— se opuso a la constitución unitaria de 1826, porque Buenos Aires era designada como centro de los poderes públicos que dicha constitución creaba"³⁰.

Además, Alberdi proponía para el país el nombre de República Argentina, el sugerido por Rivadavia, en contraposición a Provincias

²⁷ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. V, p. 172.

²⁸ *Ibidem*, t. XI, p. 365.

²⁹ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. VII, ps. 32 y 150.

³⁰ D. F. Sarmiento, *Argirópolis*, cit., p. 83.

Unidas del Río de la Plata, o de Sud América, y Confederación Argentina, que se había utilizado anteriormente. Es decir, que el *espíritu de Bernardino Rivadavia presidía todo el esquema de Alberdi*. Sólo que, como lo expresamos anteriormente, Alberdi quería que la organización del país se hiciera desde Buenos Aires, bajo la batuta de las provincias, acción a la que no accedía Buenos Aires, que se consideraba la única con derecho a ser la usufructuaria.

Mientras tanto, Alberdi —que había escrito “Palabras de un ausente”, tratando de explicar su alejamiento de tantos años del país— continuaba produciendo algunas páginas deleznales, pero otras de extraordinaria calidad: “Los hombres de talento no tragan, como los pavos, los granos de perlas, por granos de maíz”. “Nunca será cortesano de las preocupaciones que dan empleos que no pretendo, ni de una popularidad efímera como el error en que descansa”. “Confieso que mi amor por la libertad no es un amor platónico. Yo la quiero de un modo material y positivo. La amo para poseerla, aunque esta expresión escandalice a los que no la aman sino para violarla”. “A los pueblos como a los hombres no se educa por medio de la lisonja, sino por la verdad dicha con más nobleza cuanto más dura, oída con más dolor cuanto más merecida”. “Dos tercios de la «fortuna» de Sud América se gastan en producir «libertad», «glorias» y «honor nacional»; y lo que resulta del modo de «conducir» esta industria, es que las cuatro cosas faltan en Sud América”.

5. — Por fin, después de alrededor de 40 años de ausencia, como dijimos, elegido diputado por su provincia, había retornado a Buenos Aires para ser testigo, como un pájaro asustado, y no actor, en los sucesos. O ser actor en su desmedro, puesto que, en los acontecimientos del 80, se quedó en Buenos Aires con Carlos Tejedor. Sin embargo, sostenido por los adversarios de éste, su punto de vista había triunfado, y así lo señaló en sus escritos de entonces: la capitalización de la ciudad de Buenos Aires que él, con intermitencias en contrario, había propiciado antes, bajo la batuta de las provincias.

Sobre esa base, el año 1881, dio una conferencia y publicó un estudio, “La República Argentina consolidada con la ciudad de Buenos Aires por capital”, que consideró una “especie de segunda mitad del libro de las Bases”³¹.

En él Alberdi decía: “La República ha renacido o acabado de nacer como régimen político, el día que ha cesado de existir la vieja institución monárquica de la Capital-Provincia, en que vivió el régimen colonial hasta 1880... La España no fundó ni organizó esta colonia para enriquecer y fortalecer a sus colonos y vasallos, sino para enriquecer y fortalecer el poder de su Corona y de su real Erario... Negar la ciudad de Buenos Aires al Gobierno de la Nación Argen-

³¹ J. B. Alberdi, *Obras...*, cit., t. VIII, p. 185.

tina, habría sido dejar a la Nación sin Capital, lo que en nuestro país argentino es equivalente a dejar a la Nación sin gobierno, o lo que es igual, a su gobierno sin poder, pues el *poder real*, con todos sus elementos argentinos, *se encuentra ubicado en la ciudad de Buenos Aires...* Así se concibe que la idea de esta ley hubiese venido primero que a nadie, a un miembro de la Revolución de Mayo, y primer ciudadano de la Provincia de Buenos Aires, Don Bernardino Rivadavia... La capital de una Nación, en todas partes, es la ciudad o lugar en que residen todas sus autoridades nacionales. En el Plata, no es solamente eso: es mucho más. Es la ciudad en que se encuentran, por razones de geografía, de historia y de tradición, las fuerzas y elementos naturales del Gobierno nacional, de tal modo radicados que aún sin la autoridad de este nombre, el poder nacional existiría sin el nombre, en cualquier autoridad que allí existiese... Quien tiene la ciudad-poder de Buenos Aires, tiene todo el gobierno nacional argentino”³².

Y habla de “la gran Ciudad-Nación, que es la Ciudad-Capital de Buenos Aires, por razón de ser la Ciudad-puerto, la Ciudad-mercado, la Ciudad-tráfico y comercio, la Ciudad-tesoro, en una palabra, la Ciudad-poder, la Ciudad-gobierno de la Nación. (Estos subrayados son del texto.) ...¿Qué necesita para ponerse a la cabeza de sus vecinos y de todos los Estados de la América del Sud? Que la ciudad de Buenos Aires consienta en ser la Capital de la Nación Argentina, en vez de ser modesta capital de una Provincia rica, pudiendo serlo de catorce Provincias, capaces de ser opulentas... Esta será la moderna Nación Argentina, la hija y la obra de su nuevo régimen instalado en Mayo de 1810 y reinstalado en 1881”³³.

Mientras tanto el presidente Avellaneda, el provinciano que capitaneó la federalización de Buenos Aires, decía: “La ley de capitalización de Buenos Aires estará contrasignada siempre por la *rúbrica inmortal de D. Bernardino Rivadavia*”³⁴. Era la vieja idea del unitarismo que reaparecía realizada por los portaestandartes de la “Joven Generación” y sus descendientes.

Capitalizada Buenos Aires bajo la batuta de los provincianos, como quería Alberdi, sus ideas se impusieron ahora directamente por medio del nuevo presidente Julio A. Roca, que quiso designar a Alberdi su ministro en París —provocando la airada reacción de Mitre, lo que determinó que aquel nombramiento quedara sin efecto— y decretó la edición de sus obras completas por cuenta del Estado.

Siguiendo, pues, el pensamiento de Alberdi, y aún más que en la época de Mitre y de Sarmiento, en adelante el país se entregó a la

³² *Ibidem*, t. VIII, p. 183 y s.

³³ *Ibidem*.

³⁴ Alberto Palcos, *Rivadavia, ejecutor del pensamiento de Mayo*, Bs. As., 1960, p. 60.

acción desmedida del capital extranjero, el comercio libre anuló todo intento de desarrollo industrial autóctono, la condena del estatismo hizo que se liquidaran importantes empresas nacionales en pleno éxito, y la actividad puramente material, así como la importación de cultura europea frustraron el desarrollo de la inteligencia argentina.

Porque ocurrió que, contrariamente a lo que hubo de esperarse —que las oligarquías provincianas al tomar la batuta de Buenos Aires dieran un sentido nacional a la poderosa maquinaria económica montada por los intereses extranjeros en la capital porteña—, fueron, por el contrario, ellas las sometidas. Y quedaron establecidas las condiciones para que la antinación triunfara totalmente en la República Argentina.

“Los acontecimientos de 1880 —escribe un historiador norteamericano estudiando el proceso argentino— cerraron una era penosa, pero el poder de Buenos Aires no se extinguió. Con el pasar de los años, la triunfante federalización de la ciudad se transformó en una victoria invertida: fueron los rendidos porteños los que triunfaron y las vencedoras provincias las que fueron derrotadas. Buenos Aires llegó a significar la Argentina misma, amada u odiada por todos los argentinos... Data de esta época el colapso, sino teórico al menos real, de la estructura federal argentina. Esto sorprende especialmente porque la asunción o, mejor dicho, la ratificación del dominio de la gran ciudad portuaria sobre las provincias, tuvo lugar inmediatamente después de la derrota de las fuerzas militares de Buenos Aires, en junio de 1880, ante la coalición de tropas provinciales encabezadas por Avellaneda y Roca. La victoria de los provincianos sobre los porteños resultó ser una ilusión óptica que se disipó ante las realidades de la geografía económica”³⁵. “El hecho de que los presidentes que le sucedieron, como Sarmiento, Avellaneda, Roca y Juárez Celman —recalca otro historiador yanqui refiriéndose a Mitre— fueran oriundos de las provincias, no significa en forma alguna que el dominio de Buenos Aires sobre la nación peligrara. Más bien habría que decir que esos presidentes fueron conquistados por Buenos Aires, y consagraron su gobierno y sus iniciativas al fortalecimiento del dominio y prosperidad de esa ciudad”³⁶. O mejor sería decir, del capital inglés que dominaba en ella.

Paralelamente, Alberdi, a pesar de su “triunfo”, sufrió un proceso semejante frente a sus adversarios del bando porteño, y se vio obligado a regresar a París, olvidado y sólo, acusado por aquéllos de “traidor”, por su actitud frente a la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, no obstante que había vuelto a recalcar en 1875:

³⁵ Thomas F. Mc Gann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano*, (1880-1914), Bs. As., 1960, ps. 14 y 31.

³⁶ James R. Scobbie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina*, cit., p. 9.

“Mis ideas no son otras que las de Mitre y viceversa, en las cuestiones fundamentales de nuestro país”³⁷. Por algo el historiador Carlos Pereyra dejó sentada esta notable observación: “Alberdi, como Sarmiento y como Mitre, tuvo la superstición de lo europeo y de lo yanqui. El frac de Sarmiento le queda bien a Alberdi en este pasaje. ¿No es el viejo frac de Rivadavia?”³⁸.

El frac era el mismo y lo vestían los tres. El modelo era de Rivadavia, la confección de Alberdi y lo usaban Mitre y Sarmiento. Si luego se habían separado, era sobre la base de cuestiones más bien personales, como ellos mismos lo reconocían.

Al emigrar Alberdi por última vez a Europa, pues, Mitre parecía haber quedado vencedor en Buenos Aires. Pero, como dijimos y recalcamos, el verdadero y final vencedor era el mismo Alberdi, que dejaba en ejecución todo el sistema de sus ideas. “Seré vengado sin ejercer venganza”, había dicho. Y su venganza fue esa: imponer su sistema y sus ideas, aunque las ejecutaran otros.

Por algo, antes había escrito: “¿Yo presidente? ¿Yo ministro, allá en mi país? Absurdo. Si yo pudiera ser presidente de la República Argentina desde St. André de Fontenay, sería otra cosa. Así no tendría visitas, ni convites, ni fiestas, ni ceremonias, etc., que es la cordillera de los Andes para un carácter independiente y selvático, en plena sociedad culta.

“Pero, ¿no soy más que presidente desde cualquier rincón en que viva? ¿No soy legislador de mi país, como me proclamara Sarmiento, cuando su palabra tenía autoridad, como conservará la mía, por la independencia que he guardado y guardaré, de mis opiniones? ¿Necesito que un decreto del gobierno, o un voto de mi país, me conceda la facultad de ver, de observar, de pensar, de proceder? Es todo lo que necesito para dar la ley a mi país, de donde quiera que escriba”³⁹.

Como para corroborarlo, escribió Ramón J. Cárcano: “La influencia intelectual de Alberdi es el hecho más intenso y duradero que registran los anales del pensamiento argentino. En materia constitucional y económica, ejerce la dictadura. Sus mismos odios, desenfrenados e irreductibles, perturban durante ciclos la universalidad del sentimiento nacional, y concluyen por extraviar su propia conciencia... Alberdi representa un caso extraordinario de influencia y sugestión en la opinión del país, sin ejercitar siquiera la acción de presencia, sin más armas que el pensamiento y la palabra escrita, enviadas desde el extranjero en libros, folletos y copiosa correspondencia privada... Nunca el país había oído hablar en ese tono”⁴⁰.

³⁷ Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo*, cit., p. 150.

³⁸ C. Pereyra, *El pensamiento político de Alberdi*, cit., p. 14.

³⁹ J. B. Alberdi, *Escritos...*, cit., t. VIII, p. 294.

⁴⁰ Ramón J. Cárcano, *Prólogo a Urquiza y Alberdi*, cit.

El resultado lo tuvimos en la nueva Argentina, sometida a Buenos Aires, que debía surgir después del 80, hija legítima de Alberdi. Se había logrado el centralismo, pero un centralismo manejado desde Buenos Aires por el capital extranjero que predominaba en ella, particularmente el inglés, y, por lo tanto, por control remoto desde Londres.

Todo ello comenzó a manifestarse claramente y a tomar cuerpo con la presidencia del general Julio A. Roca, tanto en la economía como, lógicamente, en las ideas. Pues, como lo dice Leopoldo Lugones en el prólogo de su obra póstuma, que dejó inconclusa al suicidarse: "Roca fue la realización de Alberdi, un Alberdi logrado. Lo que éste predicara, Roca lo hizo"⁴¹.

XIV. BUENOS AIRES CAPITAL FEDERAL Y LA PROFECIA DE LEANDRO N. ALEM. LA PRESIDENCIA DEL GENERAL JULIO A. ROCA. AGIO DE LA TIERRA PUBLICA. MAS FERROCARRILES. "PAZ Y ADMINISTRACION". SURGE UNA NUEVA ARGENTINA Y APARECE LA LLAMADA "GENERACION DEL 80" "LA HISTORIA DE LAS IDEAS PUEDE ESCRIBIRSE SIN MENCIONARLOS".

1. — Al discutirse en la Legislatura la ley de cesión de Buenos Aires, se levantó en ella una voz contraria a la misma, que ocupó tres sesiones del cuerpo, expresando que no hablaba para el presente sino para el futuro. Fue la de Leandro N. Alem, el hijo del mazorquero de Rosas. "¿Qué cosa es la nación? —se preguntaba— No es otra cosa que todas las comunidades políticas llamadas provincias, entrelazadas y ligadas con ciertos vinculos para formar una comarca más poderosa... [había dos tendencias para lograrlo] la tendencia centralista unitaria, y aún puedo decir aristocrática, y la tendencia democrática, descentralizadora, federal que se le oponía... Para el régimen centralista y unitario, dadas las condiciones de nuestro país y el estado de las otras provincias, la capital en Buenos Aires es necesaria, es indispensable, tiene que ser uno de los resortes principales del sistema. Y para la tendencia opuesta, para el principio democrático y el régimen federal en que aquel se desarrolla, *la capital en este centro poderoso, entraña gravísimos peligros y puede comprometer seriamente el porvenir de República*, constituida en esa forma y por ese sistema... Así, pues, lo que ha quedado realmente establecido es que la solución que hoy se nos propone ha sido especialmente buscada por los monárquicos, los ultraunitarios, los déspotas y los que querían desde aquí «dominar» a la República, levantando una oligarquía siempre subversiva de las instituciones democráticas, como lo pretendió el general Mitre, en 1862, y que la tendencia descentralizadora y el sentimiento autonómico de los pueblos, ha salvado hasta ahora a la República federal.

"Digo que la capitalización de la ciudad —proseguía—, de esta

gran ciudad será en todo tiempo un grave mal, económico, político y social. *Será la apoplejía del centro y la paradisís en las extremidades...* Establecer en ella la Capital Federal, con un país tan grande, será crear, a orillas del Río de la Plata, el drama antiguo. *Concentrando el comercio, la industria, la cultura, el gobierno, convirtiremos, en su fascinación, a la ciudad en urbe, y ya todo lo demás, el territorio inmenso de las provincias, no tendrá interés vital, ni para adentro ni para afuera.* Los terratenientes vendrán a la Capital en busca de placeres; los trabajadores rurales, en busca de jornal. El gobierno, como un aspirador, se tragará a todos, y manejará desde aquí la política de las provincias... *El país será dominado por su influencia avasalladora. Las industrias, las fábricas, los talleres, los mercados, el comercio, el trabajo, los créditos, el dinero, todo hará de Buenos Aires un pulpo inmenso...*

"Buenos Aires se federalizará —terminaba Alem—, pero el dilema fatal cae sobre ella; una oligarquía provinciana vendrá un día a dividirlo todo, a fin de que no se levante una oligarquía porteña... El día que venga un presidente porteño un poco voluntarioso, con su círculo respectivo, ya verán las provincias lo que les sucederá... Yo he hablado para todos menos para la Cámara, y no he hablado siquiera para estos momentos, sino para el futuro. Sucederá lo que Dios quiera"¹.

El que vino luego, en la realidad de los hechos, no fue un presidente porteño voluntarioso, ni un provinciano aporteñado, sino el imperialismo, que es quien había impulsado ocultamente la capitalización de Buenos Aires, y que, más tarde, ha de utilizar presidentes porteños o provincianos, según sus conveniencias, las que no coincidían, desde luego, con las de la Nación, que se trataba de consolidar. "El capital extranjero —escribe un economista— requería un estado nacional consolidado, y esto no podía obtenerse más que acordándole un continente autónomo y acorde con su importancia, es decir, un territorio en el cual debiera situarse y manejarse los resortes fundamentales de la economía. Y esto no parece que pudiera hallarse fuera de la ciudad de Buenos Aires... Todo concurría, pues, a que los intereses del capital extranjero, más voluminosos y, en consecuencia, más apremiantes... empezaran a traducir la unidad nacional bajo la forma del predominio de Buenos Aires en la cuenca del Plata, es decir, la federalización de la ciudad"².

2. — Las consecuencias comenzaron a manifestarse claramente con la presidencia del general Julio A. Roca. ¿Quién era Julio A. Roca? El general Julio Argentino Roca, nacido en Tucumán, lo había hecho, según se decía, bajo un signo afortunado. Ascendido a

¹ Leandro N. Alem, *Autonomismo y centralismo*, cit., p. 144.

² Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina (1850-1930)*, cit., t. I, ps. 166 y 167.

coronel por Sarmiento, en Ñaembé, en la lucha contra López Jordán; a general por Avellaneda, al derrotar a Arredondo en Santa Rosa, tenía, al hacerse cargo de la presidencia de la República, sólo treinta y siete años. Y tuvo la fortuna, al llegar a ese cargo, de que la crisis que había sufrido la República, reflejo de la crisis europea, hubiera desaparecido, por lo que le tocó inaugurar la conducción del país en la década de 1880, *la del auge económico más espectacular que haya conocido la Argentina.* ¿Sobre qué base se desarrolló ese fenómeno? Principalmente de la derivada del hecho de la federalización de Buenos Aires y del agio en el reparto de las tierras arrebatadas al indio, las que se repartieron entre los grandes bonetes allegados al gobierno y compañías extranjeras, además de los mismos jefes y oficiales que participaron en la campaña. "Los campos que fueron de los indios —escribe M. A. Cárcano, queriendo justificar el procedimiento—, incultos e inútiles, concluyeron definitivamente entregados a la propiedad individual, asegurada por el dominio nacional. El gobierno estimulaba la acción particular, pensando sus hombres, con instinto práctico, que menos costarían a la nación algunos millones de hectáreas de tierras públicas repartidos con liberalidad, que el tiempo que se perdía en desarrollar una acción metódica y científica, entregando el suelo en condiciones de mejor producción. Cuestiones nacionales e internacionales de trascendental importancia se presentaban con caracteres graves que afectaban la integridad de la República, su inmediato desarrollo, su orientación definitiva. Por eso las leyes agrarias y la administración de las tierras públicas debían contemplar algo más que el simple reparto del suelo. Existía la necesidad de la posesión inmediata por el trabajo personal y los intereses privados en movimiento, la única forma de establecer el gobierno real, conjurar las veleidades de conquista de países extranjeros y entregar al progreso común una de las fracciones más extensas del territorio de la nación.

"El apresuramiento en realizar la inmensa obra de asimilación determinó lo que se ha llamado el derroche de la tierra pública y explica, en parte, las críticas que el gobierno mereció. Treinta millones de hectáreas de campo entregadas a los particulares y numerosos abusos que no pueden defenderse, fue el precio de aquel empeño. Pero el resultado conseguido fue trascendental, porque incorporó al patrimonio de la República una extensión de tierra que, desde entonces, dejó de ser una promesa para formar una sólida palanca de progreso nacional"³.

"Es indudable que el progreso del país exigía que el vasto suelo argentino ocupado por los indios para sus correrías, fuera entregado

³ Miguel Angel Cárcano, *Evolución del régimen de la tierra pública (1810-1916)*, Bs. As., 1972, p. 185.

a la labranza y a la civilización —escribe J. Oddone—. No era posible que tantos miles de kilómetros cuadrados de tierra permanecieran incultos... Era menester hacerlos producir, sacando de ellos el mayor provecho para bien de todos. Sólo que la forma excogitada por los gobiernos, lejos de propender a ese fin, sólo ha servido para beneficiar personalmente a unos pocos privilegiados. El país se empujó en la guerra contra el indio, guerra larga y sangrienta. Las tropas nacionales desalojaban a los «infieles» de sus campamentos, y, a medida que avanzaban, estableciendo nuevas líneas de fronteras, la tierra conquistada pudo haberse entregado a la colonización de verdad. Si así se hubiera procedido, la República sería hoy un emporio de riquezas, habitado por muchas decenas de millones de seres humanos. Es lo que se hizo en los Estados Unidos de Norte América. También allí tuvieron el problema del indio⁴.

Y continúa: "Aquí se procedió de manera muy distinta y en una forma singular. A medida que el ejército tomaba la tierra al indio, inmediatamente pasaba a manos de particulares, que la acaparaban, no para trabajarla, sino para especular con ella, sin ningún provecho para la colectividad... En esta forma, la conquista del desierto fue una lucha en que la nación empujó toda su actividad y su dinero, tronchando muchas vidas, en beneficio, principalmente, de pocas personas"⁴. El mismo general Roca dio el ejemplo: "Recién recibido del poder, el general Roca se inició con la donación inconstitucional de muchas leguas de tierra pública que le hizo la provincia de Buenos Aires por la célebre expedición al desierto, cuando los indios no existían", dijo Julio Victorica⁵.

Su administración fue de carácter netamente liberal. Estableció el Registro Civil y la enseñanza laica en las escuelas. Su lema era: "Paz y administración". Federalizada la ciudad de Buenos Aires, se inició con él el gobierno central autoritario que debía terminar en el "unicato" de su sucesor. *Esa ciudad acentuó su carácter de factoría y las provincias prácticamente desaparecieron*, pues la influencia de Buenos Aires sobre el interior se acrecentó en todos sentidos. Hasta en la afluencia de estudiantes: "A medida que la vía férrea va llegando al interior y norte del país, disminuye en Córdoba la asistencia de estudiantes —dice R. J. Cárcano, que fue allí uno de ellos—. Todos van a Buenos Aires, mucho más después de que se declara capital de la Nación"⁶.

También el capital británico comenzó a llegar a raudales, y el país se transformó en la principal zona de inversión de ese capital en la América Latina. "Dos de los antiguos campos de inversión del

⁴ Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*, Bs. As., 1930, ps. 130, 131 y 132.

⁵ Julio Victorica, *Urquiza y Mitre*, cit., p. 327.

⁶ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, cit., p. 39.

capital británico, Brasil y México, tuvieron sustanciales avances en los años 1880. Sin embargo, ellos fueron completamente sobrepasados por la poderosa ola de capital hacia el Río de la Plata. Dentro de tal década, la Argentina había dejado atrás al Brasil, como mayor zona de capital británico, y llegó a haber aquí más capital que en toda América Latina en su conjunto diez años antes"⁷.

Asimismo, la inmigración seguía afluyendo y aumentando su volumen en forma considerable, produciendo el surgimiento de la agricultura. "La revolución económica que los estadistas argentinos habían tratado de estimular por medio de la inmigración y la agricultura, logró algunos objetivos después de 1880 —escribe un autor norteamericano—. Convirtió a la Argentina en una proveedora de pan para el mundo entero, así como en una de las principales abastecedoras de carnes para los mercados europeos. Proporcionó a Buenos Aires la riqueza y la población que hicieron de esta ciudad la envidia del resto de Sudamérica. Pero esta revolución destruyó el sistema de colonización y al pequeño agricultor independiente. La pampa había sido conquistada económicamente, pero en términos sociales se mantuvo fuera de la Nación, como una región explotada, pero no poseída.

"Los cambios que se produjeron entonces estaban íntimamente vinculados con los intereses predominantemente pastoriles de la región costera argentina. La agricultura había surgido en una zona donde la producción vacuna y ovina era de importancia secundaria. Las colonias agrícolas de Santa Fe^{7 bis} desempeñaron un papel importante en lo referente a hacer que la Argentina llegase a ser autosuficiente en materia de producción de trigo. Pero eran demasiado pocas y absorbían una proporción demasiado pequeña del número cada vez mayor de inmigrantes, como para modificar en forma drástica la economía de la Argentina o su estructura social.

"La revolución en las pampas —continúa— se produjo, no por las colonias, sino a consecuencia de las necesidades de la actividad pastoril: precisamente los intereses que al comienzo rechazaron el concepto de la inmigración. Tres factores modelaron estas necesidades: la conquista del Desierto, completada por el general Julio A. Roca, en 1880, que llevó la tranquilidad a la pampa y eliminó al indio como amenaza para las fronteras; la amplia construcción de ferrocarriles en las décadas siguientes, en especial el ferrocarril del Oeste y el del Sur, que permitió trasladar lanas, cueros, animales y cereales a la costa con rapidez y a bajo costo; y, por último, todo el énfasis puesto en la economía pastoril comenzó a desplazarse del interés principal por la lana, los cueros y la carne salada, hacia una

⁷ David Joslin, *A Century of Banking in Latin America*, cit., p. 100.
^{7 bis} "En Santa Fe la agricultura, en general, era trabajo de esclavos negros" (Gastón Gori, *Inmigración y colonización en la Argentina*, Bs. As., 1964, p. 44).

preocupación cada vez mayor por la producción de animales que pudiesen proporcionar también carnes escogidas"⁸.

Pero se presentaron también otras circunstancias para aumentar el poderío de los grandes terratenientes: la aparición del frigorífico. "Cuando el vacuno parecía marchar al ocazo irreduciblemente —escribe H. C. E. Giberti—, buenas noticias sacuden la opinión pública: se formaba una compañía francesa dispuesta a explotar el invento de Tellier... «Le Frigorifique», el buque equipado para las pruebas, llegó para la Navidad de 1876... En 1882 se presenta ante el gobierno nacional Alfred Drabble y solicita la exención de todo impuesto futuro para la exportación de carne congelada. Su pedido es apoyado por la Sociedad Rural y resuelto favorablemente por el gobierno. Se inicia así la construcción en Campana del primer frigorífico de la flamante River Plate Fresh Meat Co. Ltd., cuyo capital declarado era de 200.000 libras... Rápidamente ganaron terreno los frigoríficos. En 1886 enviaban ya a Inglaterra 3.850.000 capones congelados argentinos... La valorización de la carne ovina hace que los criadores busquen animales de más aptitudes carniceras que el merino. Esto produce una «desmerinación» de la pampa y lleva poco a poco al desarrollo del vacuno de calidad para el frigorífico"⁹.

También los ferrocarriles seguían construyéndose aceleradamente, pero dentro de ciertas particularidades que hace notar un autor: "Las líneas estaban ubicadas de tal modo que no facilitaban la comunicación entre las áreas interiores, *excepto pasando por Buenos Aires*. 2º) Eran operadas como monopolios no reglamentados, sus tarifas eran elevadas, *discriminaban contra las industrias nacientes*. 3º) Se oponían activamente a la construcción de carreteras, excepto con fines de enlace ferroviario. 4º) No existía suficiente material rodante para atender un elevado tráfico estacional. 5º) Las compañías que recibían tierras en concesión no las usaban para promover pequeñas explotaciones rurales, sino que las tenían a disposición en grandes parcelas a precios inflados. 6º) Las cuentas de capital estaban sobrevaluadas; los costos de administración en Londres eran excesivos; las compañías disimulaban sus utilidades de otras maneras.

"Sería erróneo —prosigue— considerar a los ferrocarriles como una inversión independiente. Ellos eran parte de un sistema económico del cual eran componentes principales las grandes propiedades rurales, la exportación de los productos agrícolas, la demanda británica de carnes, la demanda británica y europea de cereales y la inmigración de mano de obra relativamente barata. El sistema se desa-

⁸ James R. Scobie, *Revolución en las pampas* (Historia social del trigo argentino) (1860-1910), Bs. As., 1968, p. 53.

⁹ Horacio C. E. Giberti, *Historia económica de la ganadería...*, p. 159 y ss.

rolló en beneficio de mucha gente, incluyendo a los terratenientes argentinos y a los inversores y empresarios ingleses"¹⁰.

3. — Hemos visto que los representantes más destacados de la "Joven Generación", que surgió a la consideración histórica trayendo como mensaje su anhelo de expresar la manera de ser del pueblo argentino, levantando la bandera del "americanismo", renegaron luego de ella y, en lugar de tender a impulsar, desarrollar y expresar lo propio, de lo que se habían manifestado portavoces, lo declararon atrasado y bárbaro. Y por primera vez en la historia de los pueblos, sus mismos líderes aspiraron a eliminarlo, para reemplazarlo por otro.

Ese fue el gran drama de la nacionalidad argentina: en lugar de triunfar el camino señalado por Mariano Moreno para construirla, lo hizo el de Bernardino Rivadavia para crear una factoría extranjera. "Siempre que busquemos con verdad el camino de nuestro engrandecimiento —expresó Juan María Gutiérrez, sintetizando el criterio de su generación— lo hemos de hallar por el rumbo trazado por la escuela económica y administrativa de que es fundador el señor Rivadavia"¹¹.

A ello vino a agregarse la circunstancia de que, al quedar triunfante sobre el resto de la República, la ciudad de Buenos Aires, donde dominaban los intereses extranjeros, las posibilidades de expresión y desarrollo de lo autóctono quedaron anuladas o muy restringidas, con lo que se llegó a la sofocación y frustración del pensamiento nacional. *Es decir, precisamente lo contrario de lo que había anunciado como su máximo propósito aquella "Joven Generación" al surgir, en 1838.*

Lo único que contaba, como lo hemos recalcado, era la imitación y la importación europea. "La monomanía de la imitación quiere despojarnos de todo —escribió Lucio V. Mansilla en 1870—, de nuestra fisonomía nacional, de nuestras costumbres, de nuestra tradición.

"Nos van haciendo un pueblo de zarzuela. Tenemos que hacer todos los papeles, menos el que podemos. Se nos arguye con las instituciones, con las leyes, con los adelantos ajenos. Y es indudable que avanzamos.

"Pero, ¿no habríamos avanzado más estudiando con otro criterio los problemas de nuestra organización e inspirándonos en las necesidades reales de la tierra?

"Más grandes somos por nuestros arranques geniales que por nuestras combinaciones frías y reflexivas.

"¿A dónde vamos por ese camino?

"A alguna parte, a no dudarlo.

"No podemos quedarnos estacionarios cuando hay una dinámica

¹⁰ Vicente Vázquez Fresedo, *El caso argentino (1875-1914)*, Bs. As., 1977, p. 57.

¹¹ Juan M. Gutiérrez, *Bernardino Rivadavia*, Bs. As., 1945, p. 60.

social que hace que el mundo marche y que la humanidad progrese.

"Pero esas corrientes que nos modelan como blanda cera, dejándonos contrahechos, ¿nos llevan con más seguridad y más rápidamente que nuestros impulsos propios, turbulentos, confusos, a la abundancia, a la riqueza, al reposo, a la libertad en la ley?"¹². Y, pocos años más tarde había de exclamar: "No conozco pueblo en parte alguna tan abierito como el nuestro a las ideas de afuera"¹³.

Alberdi ya no escribía más, y aunque aquí había recibido el apoyo de Vicente F. López, se embarcó de regreso a Europa, desilusionado, el 8 de agosto de 1881. En el viaje comenzó a sentir los primeros síntomas de la enfermedad que luego había de llevarlo a la tumba, pu s falleció el 19 de junio de 1884, en la clínica del Dr. Augusto Leduc, en Neuilly, suburbio de París. Pero aún quedaban resonando sus palabras: "Si no tuviera Sud América más productores y más obreros de los valores que da a cambio a la Europa civilizada por sus artefactos con que hace su vida civilizada, no sería la Europa la que nos enviara sus riquezas a cambio de nuestros productos de ciencia, de literatura y bellas artes con que ella nos provee de mejor calidad de lo que somos capaces de producir nosotros mismos"¹⁴.

Y lo seguían haciendo Sarmiento y Mitre. Aquel había publicado, en 1883, su libro "Conflicto y armonías de las razas en América", donde hacía extensas consideraciones sobre la inferioridad de la población nativa, debido al mestizaje. "¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? —preguntaba— Nivelarse... corrigiendo la sangre indígena"¹⁵. También Mitre, desde "La Nación", transformada en árbitro de la cultura, mantenía un tono cosmopolita acorde con los intereses del capital extranjero, que defendía.

Así resonaban las voces de nuestros prohombres, que se seguían escuchando para negar todo lo argentino, tanto en industria como en pensamiento. *Eramos congénitamente incapaces e inferiores*. Y la única forma de redimirnos de nuestra inferioridad, era introduciendo los hombres, las mercaderías y el pensamiento europeo en una verdadera guerra contra lo propio. De esa manera, nuestro país, sometido ahora a Buenos Aires, donde se sostenían tales puntos de vista, fomentados, desde luego, por los intereses del capital foráneo que predominaba en ella, se constituyó en la agrupación más enajenada al extranjero y sin personalidad de la tierra.

Confirmando estos acertos, algunos años más tarde, Sarmiento escribía: "La República Argentina, por la composición de su población,

¹² Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Bs. As., 1939, t. I, p. 155.

¹³ Lucio V. Mansilla, *Mis memorias*, cit.

¹⁴ Juan B. Alberdi, *Escritos...*, ci., t. I, p. 502 y ss.

¹⁵ Domingo F. Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Bs. As., 1915, p. 449.

no es más cosmopolita que los Estados Unidos [en realidad lo era más en relación al número de extranjeros dentro de la suma de la primitiva población del país]. Por medio millón de europeos que habitan este país, hay seis millones en los Estados Unidos, sin más diferencia que allá se amalgaman a la masa desde que llegan y quedan asimilados con los yanquis, mientras que aquí permanecen largo tiempo formando o llamándose colonias extranjeras, y, por lo tanto, extrañas al país". Y agregaba: "Notábase ya una viajera norteamericana hace cuatro meses, sorprendente de encontrar un país de todo el mundo menos de sí mismo". Comentando: "Jamás, en ninguna agrupación humana se ha presentado un ejemplo a éste... No hay nación que sea menos una nación"¹⁶.

Por eso, pudo escribir al respecto un profesor contemporáneo: "Ningún pueblo de habla española se despojó, como el nuestro, en forma tan intensa, de su carácter ingénito, so pretexto de europeizarse... Su acentuación decidida y excluyente después de Caseros, no surge como una exigencia del alma nacional, sino como una negación de ésta. Fue una imposición de sentimientos y de ideales exóticos por una minoría dominante; no fue el desarrollo lento y espontáneo de gérmenes orgánicos preexistentes en un proceso biológico normal. Se provocó, así, de un modo violento, un cambio esencial, al cual se sacrificaron las condiciones de existencia de nuestras clases populares, incapaces de adaptarse, víctimas de un verdadero naufragio étnico... Nadie levantó la voz para defender, siquiera con romántica apostura, las tradiciones, identificadas ahora con el atraso y la ignorancia"¹⁷.

4. — Solucionada la cuestión capital, la ciudad de Buenos Aires, como vimos, entró en un período de prosperidad extraordinaria. Una nueva Argentina surgía adaptada a estas circunstancias, que conducían a una riqueza y una cultura unilateral. Las provincias desaparecieron. Sólo quedó Buenos Aires, y quien decía Buenos Aires, ahora más que nunca, decía la República Argentina. O más bien: Europa. "La fecha de 1880 —escribe un autor norteamericano— es una profunda brecha cronológica que separa la vieja de la nueva Argentina... Buenos Aires había emprendido el camino de la conquista, o de la reconquista, de toda la Argentina. Y Europa había conquistado a Buenos Aires"¹⁸.

Ello había transformado por completo la fisonomía de la ciudad-factoria, que dejaba de ser la "gran aldea", que había sido antes.

¹⁶ Domingo F. Sarmiento, *Condición del extranjero en América*, cit., ps. 214 y 238.

¹⁷ Guillermo Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, ("El pensamiento argentino"), Bs. As., 1961, ps. 169 y 170).

¹⁸ Thomas F. Mc Gann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano (1880-1914)*, Bs. As., 1960, p. 30.

"Buenos Aires aparece como una ciudad inmensa que se ha lanzado a la lucha por la vida con pasmosa actividad —expresaba un ex gobernador de la provincia—. Si mira a sus espaldas, el puerto y las bahías; si avanza, los enormes almacenes cargando y descargando todas las mercaderías que produce el mundo; los vehículos que no caben en las calles estrechas; y los carruajes de la calle Florida; y las tiendas cuajadas de damas; y los espléndidos escaparates; y las mujeres, admirables del botín al sombrero; y los dependientes de comercio corriendo a su negocio; y todo confundido, a prisa, pasando como una fantasmagoría. Si el que por primera vez viene a Buenos Aires contempla el primer día todo eso, con el mareo que le impone el mundo que le empuja y codea, la sensación de novedad que se apodera de su espíritu turbado, le hace exclamar: ¡qué comercio enorme, qué consumo colosal, qué producción abundante, qué riqueza, qué lujo, qué transacciones rápidas, qué vida fácil, qué hombres laboriosos, qué mujeres lindas, qué pueblo feliz!

"Y... esa sensación agradable puede hacerse aún más simpática si el viajero... se hace conducir a Palermo. ¡Qué sorpresa al entrar en la avenida Alvear, que sólo tiene cinco años de existencia y que es una ancha calle toda de palacios de recreo, de los más suntuosos que hay en la América!... ¡Y cómo crece la sorpresa cuando uno, distraído de admirar tanta belleza, se ve de repente rodeado por innumerables carruajes!; ¡y qué carruajes! ¡los mejores de los más reputados fabricantes de París y de Londres! ¡Qué troncos los de Baudrix, Dorado, Castells, Bollini, Casares, Boucau, Cano y cien otros, de las mejores razas del mundo, que no estarían mal en Hyde Park, en Boulogne o en Central Park!... ¡Qué exhibición! ¡Todo lo que tiene Buenos Aires de lujo y de belleza, todo está ahí!"¹⁹.

Ese lujo se levantaba, principalmente, con las migajas que dejaba la explotación, por el capital extranjero, de toda la República, sometida ahora a Buenos Aires, junto con la explotación ganadera y la importación de mercaderías europeas, que pagaba todo el país, pero cuyos derechos de aduana quedaban, como siempre, a pesar de su nacionalización, en su mayor parte en la ciudad-factoría. Todo eso se completaba con la importación, también, de la producción intelectual europea. "La Argentina, Buenos Aires —expresaba el historiador norteamericano antes citado—, había llegado a depender de Europa en casi todo: dinero, gente, tecnología, modas, noticias". Y mencionaba la opinión del escritor francés Emile Daireaux cuando escribía que, *el argentino era "un pueblo simpático, más francés aún, más conquistado por las ideas francesas que las mismas colonias que, desde siglos, pertenecen a Francia"*²⁰.

¹⁹ Carlos D'Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política*, cit., ps. 11 y 12.

²⁰ T. F. Mc Gann, *op. cit.*, ps. 30, 178 y 179.

Mientras tanto, los ferrocarriles, construidos por los ingleses, continuaban extendiéndose desde la ciudad-puerto hacia el interior, sin tener en cuenta el desarrollo global del país. Las tierras, quitadas a los indios, por la todavía boca humeante del Remington, eran repartidas entre los grandes bonetes de la oligarquía porteña, y también de las provincianas (ahora, asimismo, afincadas en Buenos Aires), así como de las grandes compañías británicas.

El momento y el medio se presentaba, pues, como el menos propicio para el desarrollo de una personalidad argentina. La visión general era eminentemente porteña y cosmopolita. El país no existía para los escritores de entonces que, negados en sus posibilidades, podríamos decir que se desvanecieron, principalmente, entre las tardes de Palermo y los boulevares de París. Además, pocos se ocupaban del trabajo intelectual. Todo parecía referirse al progreso material, a negocios y a especulaciones económicas. El pensamiento nacional parecía anestesiado. Tanto, que un escritor llegó a decir: "No es la primera vez que he señalado como uno de los fenómenos más deplorables de nuestra vida nacional, la *dedicación cada vez menor que consagra nuestra juventud al cultivo y florecimiento de los intereses intelectuales*. En este sentido... la República Argentina contrasta de una manera evidente con la mayoría de las naciones sudamericanas. En Chile como en el Perú, en Bolivia y en Brasil, como Colombia y Venezuela, existen y prosperan revistas y asociaciones literarias que cuentan entre sus miembros con los más distinguidos autores y publicistas de cada localidad. El nombre de muchos de estos escritores ha salvado las fronteras de su patria y ha adquirido en el viejo mundo envidiable reputación... Junto a ellos podríamos mostrar nosotros una brillante pléyade de poetas, periodistas e historiadores, los más apartados de la vida activa en el retiro de sus gabinetes de estudio, los otros en plena juventud militante, y en toda la exuberancia de sus facultades. Pero éstos como aquéllos *permanecen aislados, olvidados u oscurecidos, momentáneamente, por la agitación y el tumulto de preocupaciones de otro orden*. No tienen oportunidad de encontrarse en un centro común. *Carecen de estímulo y de apoyo público*. En el fondo de la vida silenciosa se siente el germen de un profundo desencanto".

Y añadía: "Cuántos talentos escogidos viven en la sombra, aturcidos por el insulso palabrerío de los escritores de pacotilla, cuyo cerebro es incapaz de producir una idea original... La pasión de las letras, por eso, se convierte entre nosotros en la más ingrata de las aficiones... Esta indiferencia general por los trabajos del espíritu... está lejos de responder al estado de cultura a que hemos alcanzado y constituye un síntoma que debe tener en cuenta el socio-

logo al estudiar los rasgos fundamentales de nuestro carácter nacional... *Se lee mucho, pero casi exclusivamente libros franceses*"²¹.

El ambiente era tan desfavorable para el trabajo intelectual, que Eduardo Wilde, en una supuesta carta al poeta Olegario V. Andrade, le decía: "Muy señor mío: ¡Usted es un hombre impertinente! Nosotros estamos ocupados de la Bolsa, de las cédulas hipotecarias, de la tarifa de la aduana, de la ley del papel sellado y de los Bancos sin capitales; ¡no tenemos tiempo para leer versos! Hace muy mal en imponernos los suyos abusando de su genio literario"²². A su vez, Miguel Cané escribía: "¡Bellas artes, letras, literatura, poesía, música, dirá alguno de esos personajes vestidos de negro, serios y estradados: habladme de cupones, de cheques, de empréstitos, cotizaciones y fondos públicos... Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros somos tenderos, mercaderes y agiotistas". Y decía que la publicación de un libro en Buenos Aires, era una proeza mayor que recitar un soneto de Petrarca en la Bolsa de Valores"²³.

Buenos Aires, que con Rivadavia se consideraba la "Atenas del Plata", ahora se preciaba de ser el "París de Sud América", habiendo progresado tanto que superaba a todas las capitales del continente. Y en ella, sólo lo extranjero era correcto y considerado. Hasta el idioma castellano se tenía por poco elegante. "No era «chic» hablar español en el gran mundo —escribía Lucio V. López—, era necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas y muchas francesas, tratando de pronunciar con el mayor cuidado, para acreditar raza de gentilhomme"²⁴.

5. — Tal medio, dominante en la capital porteña, que había sometido al país y, a su vez, estaba sometida al extranjero, dejaba sin estímulos el pensamiento original y ocasionó la verdadera frustración de la inteligencia argentina que caracteriza a la llamada generación del 80, la cual produjo esos escritores que se diluyeron en producciones superficiales, casi anodinas, inferiores a sus posibilidades y aún a sus mismos sueños de dar a éstas la categoría de que, tal vez, hubieran sido capaces. Fueron "talentos tirados a la calle", como alguien dijo. Pasaron por los valdes, *como simples aficionados* y se perdieron sin mayor eco fuera de los círculos de las minorías cultas extranjerizantes de la ciudad-factoría, *único centro de cultura que ahora era posible en el país*, al que ella miraba con una mezcla de piedad, aversión y vergüenza, como si no le atañera, al igual que a parientes pobres, o como si se tratara de ocultar taras que no con-

viene mostrar en público. Y, a pesar de que su producción encarara temas argentinos, la del 80 fue la menos argentina de las generaciones del país. *Su enfoque la llevaba a considerar que la República terminaba en los límites de la ciudad de Buenos Aires, o en alguna estancia porteña, mientras su espíritu estaba en los boulevares de París.*

"Desde el 80 nuestros escritores —anota un comentarista— señalan un hecho decisivo en nuestra cultura: *lo literario se elabora con absorbente exclusividad desde Buenos Aires, o en actitud ideológica que se impone como porteña*; los provincianos que alcanzan proyección nacional lo logran desde la capital o apoyados, en la época de las quiebras políticas, por modalidades que tuvieron origen en núcleos porteños; a la literatura confinada a límites provincianos se le reconoce soluciones provincianas, no en cuanto impone notas diferentes a la Capital, sino en cuanto señala un atraso con respecto a lo porteño"²⁵. Y agrega: "En la tipificación nacional se observa la absorción del interior por Buenos Aires... Son hombres [los de la generación del 80] *para quienes dejó de contar activamente el interior del país*. Periodistas o políticos porteños, cuando no provincianos aporteñados con fervor, intentaron estar al día en los modelos europeos que ilustran sus múltiples actividades. Buenos Aires les significó el único lugar posible para sus ambiciones, porque era también la puerta hacia Europa, mientras el interior se les presentó en la nostalgia sin asideros de un contrafondo en que persisten costumbres primarias difíciles de conciliar con su actualismo"²⁶.

Otro escritor se ha referido a la del 80 como a "esa brillante y talentosa generación de auténticos porteños" que "no tuvieron ojos para la naturaleza, para el campo; fueron escenas y seres urbanos lo que despertó su curiosidad: el café de París, Florida, la Opera, los bailes del club del Progreso, las tardes de Palermo con su desfile de carruajes y de sombrillas... la actriz de moda, el inmigrante, el «cocotte», el rastacuro, el jugador de Bolsa, el periodista mordaz... Lástima que estos hombres de la generación del 80 no se hayan detenido a escribir con mayor empeño, con mayor dedicación. Fueron simples «diletantes», simples aficionados a la literatura. Políticos, legisladores, profesionales, diplomáticos, tomaban la pluma a ratos perdidos, como un pasatiempo, como un mero desahogo espiritual. Charles, críticas, ensayos breves, memorias autobiográficas, anécdotas constituyen su obra. *No abordaron en trabajos de aliento*; por excepción concibieron alguna novela. Les tocó vivir, es cierto —y quizá sea ello el motivo de su actitud displicente— en una época de prosperidad, de opulencia. Se vieron libres de los arduos problemas que

²¹ Martín García Merou, *Recuerdos literarios*, Bs. As., 1937, ps. 21, 22, 23, 25 y 185.

²² Eduardo Wilde, *Escritos literarios*, Bs. As., 1937, p. 78.

²³ Miguel Cané, *Ensayos*, Bs. As., 1919, p. 19.

²⁴ Lucio V. López, *La gran aldea*, Bs. As., 1943.

²⁵ Juan C. Ghiano, *Lugones escritor*, Bs. As., 1955, p. 146.

²⁶ Juan C. Ghiano, *Constantes de la literatura argentina*, Bs. As., 1953, ps. 66 y 67.

desvelaron a la generación anterior; no les fue menester, como a sus antecesores, sacrificarse en agobiantes tareas constructivas. Otros tiempos fueron los suyos, otras sus virtudes. Viajeros, hombres de club, «dandies» al margen de actividades eficientes, pusieron una nota de ligera ironía, de refinamiento, de elegancia en los salones porteños de fin de siglo²⁷.

Este cuadro lo completa otro que, al referirse a Lucio V. Mansilla, dice: "Fue un ejemplar destacado del grupo de jóvenes de su generación. De aquellos que en el París de otras épocas estaban bien en el boulevard y en el club, entre intelectuales, en el seno del hogar o entre telones, ante una obra de arte, ante una matrona, ante un sacerdote, ante una cortesana o ante un adversario en el terreno; que gustaban con fruición de entendidos las delicadas recetas de Brillat Savarin, o que paladeando un «claret», distinguían el año de su cosecha. Presentados en un salón, conquistaban la simpatía de sus conmensales y hacían que sus amigos franceses se preguntaran con extrañeza qué especie de país era la Argentina, despoblada y lejana, que daba aquellos productos"²⁸.

Esa era la imagen de la nueva Argentina, surgida después de 1880, *aquella que habían construido las grandes figuras de la "Joven Generación"*, de 1838, casi todas las cuales vivían aún como monstruos sagrados, nimbados de gloria, asistiendo a un presente en que ningún rol ya podían representar y que prácticamente los anonadaba, aunque fuera el resultado de su propia obra. Juan M. Gutiérrez murió en 1878. Lo siguió Alberdi, como dijimos, en 1884. Y luego Sarmiento, fallecido cuatro años más tarde. Quedaban Vicente F. López y Bartolomé Mitre, que pasaron al nuevo siglo, muriendo en 1903 y 1906, respectivamente, venerados, en particular Mitre, como la encarnación viva de la patria.

Por eso, la llamada "generación del 80", tan elogiada por los superficiales, fue una expresión típicamente oligárquica, sin inquietudes sociales ni políticas en sus principales representantes, sin posibilidades de desarrollar su pensamiento y sin realizar obra sino como distracción y casi pidiendo disculpas por ello. La labor intelectual en su manos, perdió todo carácter militante, desvinculada de cualquier problema serio que pudiera aquejar al país, los que ahora parecían no existir. Revelaba la vida fácil, sin objeto, puramente de goce material en que habían entrado las minorías gobernantes, ya fueran porteñas o provincianas, que desde Buenos Aires estaban vendiendo todo, como cosa propia, para usufructuar las regalías y comisiones que esa operación les proporcionaba, además de la valorización de los campos que se habían repartido y los ganados que pastaban en

²⁷ Enrique Williams Alzaga, *La Pampa en la novela argentina*, Bs. As., 1955, ps. 132 y 133.

²⁸ Dionisio Schóo Lastra, *El indio del desierto*, Bs. As., 1930, p. 172.

ellos. Y vivían con el pensamiento fuera del país. "El desierto estaba conquistado—dice un crítico literario— pero el cosmopolitismo invadía el país"²⁹. Es decir que, en el campo de la inteligencia, retornaba el desierto.

6. — El representante más caracterizado de la llamada "generación del 80" fue Miguel Cané. Este escritor, hijo de aquel del mismo nombre que participara en el Salón Literario de 1837 y en el movimiento de la "Joven Generación Argentina", fue considerado como "el gran señor de nuestras letras" por algunos y, por la mayoría, la figura más destacada de aquella generación.

Más que argentino, fue un típico porteño. Y, a pesar de su indudable talento, reveló la intrascendencia del momento que le tocaba vivir y las escasas o nulas posibilidades que el cosmopolitismo reinante en Buenos Aires —que a su vez, como señalamos, había establecido su dominio sobre toda la República—, dejaba a las manifestaciones originales de la inteligencia argentina.

El medio que encontró, pues, para su desenvolvimiento intelectual, fue el menos propicio que pudiera darse. Era, como dijimos, el triunfo total de las actividades materiales, según lo había predicado Alberdi, y llevado a la práctica por Mitre, Sarmiento y sus sucesores. Por algo el mismo Cané, refiriéndose a la generación anterior escribió que "el cultivo de las bellas letras tenía entonces más prosélitos en la República Argentina que hoy", en que el "majestoso desenvolvimiento del progreso" anulaba todo. "¿Es acaso porque faltan hombres de espíritu superior, capaces de dar vida a obras imperecederas? Basta recordar unos cuantos nombres para resolver la cuestión". Y citaba a Ricardo Gutiérrez, Pedro Goyena, José M. Estrada, Carlos Encina, Olegario Andrade, etc. "Es que no hay estímulo ninguno para las letras —añadía— y la inteligencia se desenvuelve bajo la ley fatal de la actividad... Ahora un siglo, el sueño constante de la juventud era la gloria, la patria, el amor: hoy es una concesión de ferrocarril para lanzarse a venderla al mercado de Londres"³⁰.

Ahí estaba retratada la sociedad en que le tocó vivir y de la que fue el representante espiritual, y están también reflejadas las posibilidades que existían para desarrollar su inteligencia sobre cauces auténticamente argentinos y originales, en un ambiente donde *se admiraba lo extraño y despreciaba lo vernáculo*.

"El arte —expresó uno de sus biógrafos— será el «retornelo» en los escritos de Cané. Su tierra es pobre cosa, sus compatriotas, ganaderos y saladeros, han nacido sin sensibilidad para lo «bello eterno».

²⁹ Rafael A. Arrieta, *Historia de la literatura argentina*, ed. Peuser, t. III, p. 266.

³⁰ Miguel Cané, *Ensayos*, Bs. As., 1919, ps. 16, 19, 131 y 132.

De hoy en más va a convertirse en un Ruskin criollo para fustigar a cuantos tienen en menos los sagrados fueros de la inteligencia". Y agregó: "Cané irradiaba porteñismo, pero los viajes iniciados en su mocedad le han hecho un europeo que sufre el atraso intelectual y material de su país... *Caudillos, gauchos, indios, son para él símbolo de barbarie*"³¹.

Por eso Europa, los salones europeos, el ambiente de París, lo atraen sobremanera. Más que argentino o porteño, como la mayoría de los escritores de su generación, se sintió francés desterrado. "Desde que piso un puerto francés, Burdeos, por ejemplo —escribió—, la primera sensación casi diría fisiológica... es de encontrarse uno en su casa, *chez soi*, para decirlo con franceses"³². "Conocía mucho mejor la lengua francesa que la heredada por su patria", agregó un crítico literario ya citado³³.

En el medio ambiente de París, donde se desenvolvía "chez soi", se sentía muy envanecido, como Sarmiento y tantos otros de sus compatriotas, en visitar —como quien visita monumentos— a los principales escritores y artistas europeos, y cultivar su amistad como un timbre de gloria. Lo mismo en Londres. O en cualquier otra capital del Viejo Mundo. Era el complejo de inferioridad colonial que imponía el sometimiento a la economía y a la cultura extraña, complejo de inferioridad que se manifestaba en todos los aspectos de la civilización que surgía en el Río de la Plata.

Sin embargo, por ahí en una escapada "por esos mundos, paseando su aburrimiento", según le escribía Eduardo Wilde³⁴, Miguel Cané alcanzó a reunir sus reminiscencias escolares, las cuales, publicadas con el título de "Juvenilia", han tenido indudable éxito en la literatura argentina. *Este libro fue escrito en Caracas*, mientras Cané desempeñaba allí un cargo diplomático, y el mismo autor confiesa "que nunca pensé al trazar esos recuerdos de la vida de colegio, en otra cosa que en *matar largas horas de tristeza y soledad*"³⁵. Es decir, combatir aquel aburrimiento, que uno de sus biógrafos denomina "la exégesis del tedio". Y se pregunta: "¿Habría escrito «Juvenilia» en Buenos Aires? Conjetura es negarlo o afirmarlo"³⁶. Nosotros podríamos contestar afirmando que no, por la sencilla razón de que en la capital de Venezuela podía escribir en una atmósfera que no tenía a la sofocación del pensamiento propio, como ocurría dentro del cosmopolitismo porteño.

De todos modos, tanto "Juvenilia", como "En viaje", otro libro

³¹ Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo*, cit., p. 89.

³² M. Cané, *Ensayos...*, cit., p. 133.

³³ Rafael A. Arrieta, *Libros y dedicatorias* ("La Prensa", Bs. As., setiembre 27 de 1964).

³⁴ R. Sáenz Hayes, *Miguel Cané...*, cit., p. 300.

³⁵ Miguel Cané, *Juvenilia*, Bs. As., 1943, p. 9.

³⁶ R. Sáenz Hayes, *Miguel Cané...*, cit., p. 241.

que por entonces dio a luz en ese tiempo, tuvieron, según dijimos, gran éxito, y se constituyeron en los cimientos de su fama. Pero Cané siguió descreído y escéptico. "*Nosotros somos meros dilettanti en todo* —decía— que, porque ponemos una frase poco menos sobre los pies, nos llaman literatos o algo así"³⁷. Aristócrata, elegante, Miguel Cané, típica expresión oligárquica, escribía a Carlos Pellegrini, desde París: "Cada día que pasa y teniendo ante los ojos el ejemplo de esta Francia asombrosa, adquiero mayor repugnancia por todas esas imbecilidades juveniles que se llaman democracia, sufragio universal, régimen parlamentario, etc.". Y agregaba: "Paso el día entero en mi club, que, a más de ofrecermec distracciones amables (whist, bridge, etc.), da la buena comida, está muy caliente"³⁸. Eso llenaba todas sus aspiraciones.

Así desarrolló su acción pública este "superesteta", que luego debía ser designado como primer Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, recién creada, y quien más de una vez, según confesaba, había tenido "la idea de escribir un libro serio", pero que prefirió "escribir algo con placer, a *doblegarme bajo el esfuerzo de una elaboración penosa*"³⁹. Sin embargo, él "que no sabía qué es lo que en realidad quiso hacer en su vida y de su vida", ejerció en Buenos Aires, "una rectoría con visos de dictadura mental... El artículo periodístico es su preferido instrumento de expresión, bastón de mando, varita mágica y fusta"⁴⁰. Su "rectoría" se ejerció sobre un medio que no era una nación y, desde luego, sin conciencia de tal, cortado a su molde y del que significaba un producto típico. "Su vida no fue una de aquellas ciclópeas que remueven a su paso la sociedad, ni su obra fue de aquellas muy complejas que traducen profundas inquietudes espirituales". Fue "un armonioso temperamento de escritor ameno, *cuya genuina actitud mental fue malograda en parte por el ambiente*". Sus obras constituyen "varios volúmenes nacidos los más en el ocio de las legaciones... Tomada en conjunto la producción de Cané, podríamos decir que está constituida por los «ensayos», las «notas» y las «impresiones» de un escritor «en viaje» que escribe en «prosa ligera», «charlas literarias»"⁴¹.

Sintetizando un juicio sobre los hombres de la llamada "generación del 80", podrían mencionarse las palabras de un citado profesor contemporáneo: "Nunca ejercieron una acción tutelar o previosora. Contribuyeron a intensificar el concepto materialista vulgarizado, dejaron desenvolverse libre y ciegamente el proceso colectivo

³⁷ *Ibidem*, p. 405.

³⁸ *Ibidem*, p. 431.

³⁹ *Ibidem*, p. 500.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 501.

⁴¹ Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina* (Los modernos), t. II, ps. 439 a 442.

sin poner valla al desborde, e indiferentes vieron relajarse todos los vínculos morales".

Y añadió: "Las altas funciones que desempeñaron en el gobierno, el brillo con que actuaron en el escenario de la «gran aldea», el merecido prestigio personal de muchos de ellos, han creado en torno a esta generación una leyenda exagerada. A la muerte de los más conspicuos la amistad se apresuraba a reunir y publicar las manifestaciones de su talento: discursos y escritos ocasionales. Hoy ojeamos decepcionados estos volúmenes; hacemos justicia alguna vez al hombre de gobierno, apreciamos algún giro oratorio feliz; celebramos la habilidad del periodista o alguna exégesis constitucional de circunstancias. Rara vez provocan la contradicción, pues siempre dicen lo adecuado, lo del caso, lo trivial. Pero jamás tropezamos con una personalidad superior a su medio, con una inteligencia directora o creadora, con un carácter de envergadura moral... *La historia de los ideas puede escribirse sin mencionarlos*"⁴².

XV. EL DESBORDE ANTINACIONAL PROVOCADO POR LA APLICACION DE LAS IDEAS DE LA "JOVEN GENERACION ARGENTINA", DE 1838, EXPRESADAS PRINCIPALMENTE POR JUAN BAUTISTA ALBERDI, QUE RECOGIA LOS POSTULADOS DE BERNARDINO RIVADAVIA, Y EJECUTADAS AHORA POR JULIO A. ROCA Y MIGUEL JUAREZ CELMAN, TRAJO COMO CONSECUENCIA LA CRISIS DE 1890, BAJO LA PRESIDENCIA DEL ULTIMO, Y UN LEVANTAMIENTO DEL ELEMENTO AUTOCTONO POSTERGADO, AL MISMO TIEMPO QUE APARECIA POR EL NORTE EL IMPERIALISMO DE LOS ESTADOS UNIDOS, CONVOCANDO LA PRIMERA CONFERENCIA PANAMERICANA, Y SURGIAN EN EL PAIS LAS FUERZAS SOCIALES URBANAS, QUE VENIAN A SUSTITUIR A LAS RURALES DERROTADAS QUE, HASTA POCO ANTES, HABIAN PREVALECIDO EN LA REPUBLICA.

1. — La década de 1880 tiene caracteres muy particulares en la evolución de la recientemente organizada República Argentina. La capitalización de Buenos Aires había provocado, como vimos, un predominio legal anodante de la ciudad-factoría sobre el resto del territorio en que quedó delimitada la República. Las provincias, así, quedaron reducidas a suburbios de su capital federal.

Y, como en esa ciudad estaba concentrado el capital extranjero, principalmente inglés, que era el factor dominante en ella, el gobierno nacional que allí residía se encontraba manifiestamente, bajo su influencia. Por eso se decía que Buenos Aires era la República Argentina, y su predominio era tan preponderante, que no tenía igual en parte alguna de la tierra. "*Buenos Aires es el Londres, el Nueva York, el Paris de la República Argentina* — escribía por entonces un observador extranjero—. *Es aún más. Puede llamarse la Argentina misma. Controla este país como ninguna otra capital del mundo. Es*

un viejo aforismo que *Paris es la Francia. No lo es hasta el grado que Buenos Aires es la Argentina*"¹.

En tal contexto, como sucesor del general Roca, éste hizo elegir a su concuñado, Miguel Juárez Celman, ex gobernador de Córdoba, que había sido un factor esencial en su propia elección. Juárez Celman era un hombre de poco peso en el país. "Con regular inteligencia, escasa ilustración y falta casi absoluta de antecedentes nacionales (sin negar que acolchaban su medianía amables condiciones privadas y prendas domésticas), no estaba designado para suceder a Mitre, Sarmiento, Avellaneda, ni al mismo general Roca, que incubó la candidatura de su pariente. Esta fue, indiscutiblemente, el producto directo del nepotismo"².

Es cierto que bajo su gobierno, siguiendo la tendencia del ex Roca, se votaron leyes liberales benéficas para la nación como la del matrimonio civil. Pero, lo que lo distinguió fue la orgía sin ejemplo que vivió la República durante su administración, prolongando el desenfreño iniciado en la anterior, y que culminó con el despilfarro final de la tierra pública, las concesiones para ferrocarriles y el agio en la Bolsa de Valores.

Con la tierra pública, tanto en la provincia de Buenos Aires como en los territorios nacionales, se hizo una verdadera "repartija". En favor de favoritos nacionales y de capitalistas extranjeros, se realizaron negociados sin ejemplo: "Ordenábanse mensuras de tierras públicas cuya superficie representaba magnitudes astronómicas. A los agrimensores... les cupo medir campos por millones de hectáreas. Lo grandioso se hizo habitual... Se concedían [esas tierras públicas] con desbordante liberalidad... Se trabajaba con la febrilidad de las instalaciones repentinas; y el observador sereno pudo advertir que el estruendoso laboreo resentía la solidez propia de las construcciones definitivas, y que la nuestra tenía más de ruleta y de campo que de erección de un pueblo"³.

De la tierra pública se pasó en forma parecida a las concesiones ferroviarias. Estas permitieron que las vías férreas se extendieran, desde Buenos Aires, como tentáculos de un pulpo gigantesco para abarcar y succionar las riquezas de todo el país en beneficio del capital inglés, propietario de esos ferrocarriles, y del comercio de Buenos Aires. "Podemos afirmar que desde su organización, la República se desenvolvió ahogada por la malla de los ferrocarriles extranjeros —dice Scalabrini Ortiz—, cuya nefasta influencia abarca todos los órdenes de la vida nacional, y cuya política de represión contrariaba la natural voluntad de crecimiento y diversificación de las activida-

des económicas... Los fondos que los ferrocarriles extraían anualmente de la economía argentina, carecían de todo control y fiscalización, tanto en su percepción como en su inversión, por eso el poder de corrupción de los ferrocarriles era prácticamente incommensurable... *El dinero ferroviario corrió a raudales para doblegar a los pocos hombres y a las pocas entidades representativas que no estaban dentro de su radio de acción*"⁴.

Todo eso se extendía a la contratación de empréstitos que, según un ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, mostraba "*el despilfarro más escandaloso que ha presenciado la humanidad*"⁵. "¿Quién es el que hoy no está rico —escribía Julián Martel— si basta salir a la calle y caminar dos cuadras para que se le ofrezcan a uno mil negocios pingües? La pobreza es un mito, un verdadero mito entre nosotros. Por eso los ingleses, que tan buen ojo tienen para descubrir filones, están trayendo sus capitales con una confianza que nos honra"⁶. "La ciudad entera era una Bolsa donde, a todas horas, en los pasillos de los teatros, en los patios de remates, continuaban las operaciones, traspasándose las boletas de fincas urbanas o rústicas —confirma otro testigo—, casas en construcción, estancias despobladas o campos nunca vistos, que compradores y vendedores sólo conocían por los planos levantados a vuelo de ave rapaz. [En esa] crisis de progreso... la principal contribución del gobierno consistía en fomentar, en todas partes y en todas formas, los abusos del crédito, con la enfeudación de los Bancos oficiales a la política, dispensadora de los descuentos y préstamos hipotecarios; con las incesantes emisiones autorizadas o clandestinas de papel moneda, y la multiplicación de los llamados «Bancos garantidos» (que ad initio carecían de garantía real), providencias todas enderezadas a depreciar más y más el medio circulante y consolidar desastrosamente el régimen de inversión. Sobre ese fondo de impresión y desorden pululaban las concesiones ilícitas, los contratos ruinosos para el Estado, y con adecuadas coimas ("Los trabajos para el Grand Sud no comenzaron hasta que Robertson pagó más de 22,000 libras esterlinas en soborno a los funcionarios de Buenos Aires"⁷) proporcionales para los intermediarios; las concesiones y dádivas ocultas, a más de la arbitraria distribución de empleos; *toda la corrupción morbosa que brotaba del organismo nacional averiado, concurría a extender y agravar el mismo mal de que era efecto*"⁸.

⁴ R. Scalabrini Ortiz, *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Bs. As., 1959, ps. 17, 19 y 21.

⁵ Carlos D'Amico, *Buenos Aires, sus hombres...*, cit., p. 54.

⁶ Julián Martel, *La Bolsa*, cit., p. 18.

⁷ W. R. Wright, *Los ferrocarriles ingleses en la Argentina*, cit., p. 42.

⁸ Paul Groussac, *Los que pasaban* (Carlos Pellegrini), cit., ps. 40 y 41.

¹ Citado por Martín García Mercu, *Estudios americanos*, Bs. As., p. 75.

² Paul Groussac, *Carlos Pellegrini* ("Los que pasaban", cit., p. 233).

³ Agustín Rivero Astengo, *Judrez Celman*, cit., p. 425.

Como, según la teoría de Alberdi, "la explotación de los ferrocarriles no constituye una función del Estado", éstos se vendían. "Lo que conviene a la Nación es entregar a la industria privada la construcción y explotación de las obras públicas que no sean inherentes a la soberanía, reservándose el gobierno aquellas que no pueden ser verificadas por el capital particular para enajenarlas o contratar su explotación en circunstancias oportunas". "Se comprende —dice Ibarguren— que ante tales ideas el gobierno de Juárez Celman todo lo concediera, en cuanto podía, a los capitales extranjeros, entregando ferrocarriles, puertos y muchísimos servicios públicos. Ello explica el contrato de enajenación de las obras de salubridad que desencadenó una tormenta política tremenda, siendo este uno de los hechos señalados con más encono por la oposición como negocio escandaloso"⁹.

Todo esto se hacía dentro de un esquema de librecambio comercial que favorecía el interés foráneo. ¿No había escrito Sarmiento "nosotros no seremos fabricantes sino en el lapso de siglos"? ¿Y no había dicho Alberdi: "¿qué nos importa que la bota que calzamos se fabrique en Buenos Aires o en Londres?" "En la Argentina imperó el librecambio impuesto por la generación del 80 [en realidad, el librecambio no era idea de la generación del 80, sino que venía de Rivadavia y de la "Joven Generación" de 1838]. Al hacerlo nuestro país, quedó ligado a los empresarios privados europeos, especialmente a los capitalistas ingleses —escribe un economista—. Quienes recibieron beneficios directos fueron los que integraron la clase social llamada luego oligarquía ganadera terrateniente, o los aristócratas de la pampa"¹⁰. Pero, ¿gubernaban ellos la República Argentina?

2. — Todas las historias y todos los economistas que han escrito sobre el tema, dicen que gobernaba en el país la clase más poderosa económicamente entonces: los terratenientes ganaderos de la provincia de Buenos Aires, los llamados "aristócratas de la pampa". "El poder estaba concentrado en manos de una «élite» aristocrática terrateniente", dice un autor norteamericano¹¹. R. M. Ortiz, en su "Historia económica de la Argentina" se refiere "al sector ganadero que detentaba entonces el gobierno"¹². Nosotros mismos, en "Pampas y lanzas", presentamos a dicha clase como la que gobernaba en la Argentina.

Sin embargo, no era así. Quiénes realmente gobernaban al país eran, como hemos visto, aunque no estuvieran al frente del gobierno, los intereses extranjeros concentrados en Buenos Aires. Así había si-

⁹ Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, Bs. As., 1955, p. 77.

¹⁰ Horacio Cuccorese, *Historia económica y financiera argentina*, (1862-1930) ("Historia de la Nación Argentina", 1966, p. 35).

¹¹ Peter H. Smith, *Carné y política en la Argentina*, Bs. As., 1968, p. 15.

¹² Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, I, p. 175.

do, según señalamos, antes de Rosas. Con Rosas lo fueron los estancieros, hasta determinado punto, por el apartamiento del interés británico en los asuntos rioplatenses, para concentrarlos en los Estados Unidos. El gobierno de los estancieros permitió la unificación del país. Pero, lograda esta, y puesto nuevamente el interés británico en el Río de la Plata, se volvió, a la caída de Rosas, a la situación anterior, consolidada con la federalización de Buenos Aires, impulsada por los mismos intereses. ("El senador Igazábal, defensor de la federalización de Buenos Aires en el Congreso, dijo que tal medida era reclamada por las naciones del mundo que están en relación con la República Argentina para dar garantía a los grandes intereses mercantiles acumulados en esa ciudad"¹³.)

Y, sino, veamos el proceso después de Caseros. Según expresamos en nuestro primer volumen, los estancieros bonaerenses, salvo excepciones, como Rosas, no residían en sus estancias. Luego, con éste en el poder, la mayoría, aunque no todos, lo hicieron. Urquiza podría ser un ejemplo. Pero, caído Rosas, y con la clase mercantil otra vez preponderando en Buenos Aires, comenzaron a volver, en forma más acentuada, a la situación anterior. Un ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, que ya antes hemos citado, describe el nuevo cambio: "Había en Buenos Aires toda una clase social que podríamos llamar la burguesía de campaña, y que era todo en esa provincia... Eran los nacidos en el campo, hijos de padres opulentos, con fortuna ellos mismos, educados, aunque no instruidos, casados con una niña de su misma clase; llamábanse «estancieros ricos». Sus más notables representantes fueron Anchorena, Terrero, Fernández Barrio, Lobos, Cano, Sáenz Valiente, Guerrero, Cascallares, Ramos Mejía, Campos, etc. Proprietarios de vastas extensiones de territorio, el tiempo sólo se había encargado de enriquecerlos con el aumento del valor de las tierras. Cuando la siempre numerosa prole exigía educación, el estanciero rico edificaba una casa en la ciudad de Buenos Aires a la que llevaba su familia, dejándola al cargo de su esposa y él volvía a su establecimiento. Era económico sin avaricia, religioso sin fanatismo, aspirando a que sus hijos fueran educados en el «Santo temor de Dios»... Honrado a carta cabal, enemigo de toda reforma, se oponía a la civilización invasora, pero concluía por aceptar el adelanto, luego que se convenía de que era útil... Era hospitalario sin ostentación, leal y sincero.

"Desgraciadamente —prosigue—, los hijos y los nietos de estos varones fuertes y patriarcales se han dejado arrebatar por las violentas corrientes de la civilización; viven en la ciudad, son especuladores, tienen palco en los teatros, figuran entre los socios del Club del Progreso, dan espléndidos bailes a la europea, visten a la europea y

¹³ Rodolfo Puiggrós, *Pueblo y oligarquía*, Bs. As., 1969, p. 138.

hasta sus establecimientos de campo han sido montados a la europea"¹⁴.

Pero ellos no gobernaban. "Los verdaderos miembros de la burguesía bonaerense, sobre todo los propietarios terratenientes y grandes comerciantes, no se ocupaban directamente de política. Según observan Emilio Daireaux, J. M. Matienzo y otros contemporáneos, los hombres de sólida fortuna dejaban esa tarea en manos de gente sin recursos, los *espíritus inquietos, turbulentos y ambiciosos*... Esta condición de jóvenes talentosos y pobres —generadora del impulso reformista— oculta mal la secreta ambición de alcanzar los privilegios de la clase dirigente"¹⁵.

Así se formaban los principales políticos argentinos. Los más sobresalientes abogados jóvenes que se graduaban en la Facultad de Derecho, hacían brillantes carreras defendiendo los intereses de las empresas extranjeras contra los de su propio país. Y se gloriaban de lograrlo. También los más conocidos periodistas, como José C. Paz, que hizo su fortuna con el diario "La Prensa" (que le permitió levantar la residencia más fastuosa de Buenos Aires) sirviendo los intereses foráneos, según se lo demostró la recopilación hecha en nuestros días, titulada "Cien años contra el país". Y, en esta forma surgían y se enriquecían los diputados, los ministros y hasta los presidentes de la República, por lo que le era fácil al capital extranjero gobernar desde Buenos Aires, aparte de la presión que supone el peso de ese mismo capital sobre quienes están al frente de la administración pública, en un medio contrario a los intereses nacionales.

A este último respecto, el presidente Carlos Pellegrini, en un proyecto de ley referente a la creación del Banco de la Nación, lo expresaba muy claramente: "En la República Argentina existen dos tendencias y casi puede determinarse la región territorial sobre la cual actúan una y otra. Hay un partido que tiene asiento en el pequeño espacio que rodea la Plaza de Mayo de la Capital Federal [es decir, la zona bancaria, sede de las instituciones del capital extranjero], y hay otro partido que tiene su asiento en todo el resto de la Nación... Uno se preocupa del oro de la Bolsa, el otro se preocupa más del valor de los frutos del país"¹⁶. (Veremos más adelante que un presidente en años recientes —Illia—, culpaba de su caída a la acción del entorno que rodeaba a la Plaza de Mayo.)

En cuanto a la falta de interés de la burguesía ganadera terrateniente por el gobierno del país y por participar en los negocios que

¹⁴ Carlos D'Amico, *Buenos Aires, sus hombres y ...*, cit., p. 179.

¹⁵ José Carlos Chiaramonte, *Nacionalismo y liberalismo...*, cit., p. 168.

¹⁶ Alfredo Labougle, *Carlos Pellegrini. Un gran estadista* (sus ideas y su obra), Bs. As., 1957, p. 69.

se hacían en el mismo, H. S. Ferns dice: "La religión de la comunidad argentina, el sistema educativo, la estratificación social y la tradicional escala de valores que tenía su origen en España, predisponía a los miembros de esa sociedad a fundar su poder en la posesión de la tierra, en el ejercicio de cargos políticos y militares, en el ejercicio de profesiones y en un limitado número de actividades comerciales. En esta fase de la historia argentina la posesión y dirección de complicadas empresas financieras, industriales y de transporte, tenían poco interés para los grupos nativos gobernantes. El ferrocarril Central Argentino, por ejemplo, procuró interesar a los argentinos para que invirtieran dinero y participaran en la marcha de la compañía. Los directores abrieron una lista especial para accionistas sudamericanos y promovieron reuniones en Buenos Aires. La respuesta fue decepcionante. Los Anchorena, tal vez la familia más poderosa y seguramente más rica de la Argentina en esa época, invirtieron 200 libras y nunca aumentaron sus acciones. Unos pocos individuos de la Argentina poseían 40 acciones, y la gran mayoría de los 540 accionistas que en 1871 figuraban como residentes en la Argentina, tenían menos de 10 acciones cada uno. Un estudio de las listas de accionistas del Ferrocarril Central Argentino o de cualquiera de las muchas compañías formadas en esa época, indica que los argentinos no tenían interés en invertir ni en fiscalizar tales empresas"¹⁷.

"Ningún hombre bien nacido —había dicho Juan Bautista Peña— podía seguir más carrera que la de estanciero, ni ocuparse de otros trabajos que los de campo"¹⁸. "Los intereses rurales urgían la construcción de ferrocarriles, no porque debían beneficiarse con ellos como inversores, sino porque los ferrocarriles hacían aumentar el valor de las tierras y ofrecían mayor oportunidad de venta a los productos de las mismas... Les resultaba más provechoso especular con las tierras, vender el ganado y la lana y arrendar sus posesiones"¹⁹.

Todo ese proceso se había acentuado después de la capitalización de Buenos Aires. "Durante el período que se inicia en 1880, la estructura económica del país experimentó una profunda adaptación a los intereses del capital extranjero"²⁰.

En esta forma, los terratenientes porteños, principal fuerza económica nacional, mientras los capitalistas extranjeros los favorecieron en sus propiedades y adquirieron su producción ganadera, les entregaban la explotación del país, por medio de gobiernos en manos de políticos pobres, casi siempre venales, o prisionados dentro de un medio en que aquellos capitalistas habían logrado preponderar-

¹⁷ H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina...*, cit., ps. 336 y 339.

¹⁸ Citado por C. O. Bunge, *Sarmiento*, Madrid, 1926, p. 98.

¹⁹ H. S. Ferns, *op. cit.*, p. 339.

²⁰ Ricardo M. Ortiz, *Historia económica...*, cit., t. I, p. 168.

cia, previo, desde luego, el cobro de las correspondientes "comisiones", mientras ellos tenían libertad para gozar cómodamente de sus cuantiosas rentas, dilapidadas en vida disipada, lujos y viajes a Europa, donde se destacaban por su despilfarro.

Frente a este cuadro, Sarmiento escribía para celebrar esa descapitalización del país: "Los «dandys» argentinos toman... posesión de París. Lo que más distingue a nuestra colonia en París, son los cientos de millones de francos que representa, llevándole a la Francia, no sólo alimento de sus teatros, grandes hoteles, joyerías y modistas, sino verdaderos capitales que emigran abultados y barbados a establecerse definitivamente y a enriquecer a la Francia. En este punto aventajan las colonias americanas en París a las colonias francesas en Buenos Aires. Ellas vienen a hacer su «magot», mientras que las nuestras llevan millones allá"²¹. También Alberdi escribía: "Los pobres de Europa están en América. Los ricos de América están en Europa. Los primeros están en América para enriquecerse; los otros en Europa para empobrecerse. Así la América mejora a los europeos y la Europa empeora a los americanos"²².

Respecto a estos beneficios H. S. Ferns comenta: "Las acciones del ferrocarril del Sud se cotizaban en el «London Stock Exchange», pero nunca fue fácil comprarlas. Parece que tenía el carácter de bienes de familia, guardadas con mucho celo por los Parish, los Baring, y poseían el espíritu de aquellos hombres sagaces, dúctiles, que presenciaron la caída del poder español, sufrieron los inconvenientes de la guerra civil, habían aconsejado a Rosas y enfrentado a Aberdeen, que habían creído siempre —lo mismo que el primer cónsul general británico en Buenos Aires, que la Argentina era una de las mayores fuentes de riqueza del mundo"²³.

Esta era la riqueza que Juárez Celman dilapidaba, entregándola a manos llenas al capital foráneo (mientras las migajas que quedaban en el país eran derrochadas por los particulares en Europa). Pero Juárez Celman, como Mitre, como Sarmiento, como Roca, no hacía sino llevar a la práctica los postulados de Rivadavia, actualizados en los escritos de Juan Bautista Alberdi, como ellos mismos lo reconocían. Hemos visto anteriormente la identidad del pensamiento de Alberdi con el de Mitre y Sarmiento. Y, en cuanto a Juárez y Roca, confesaban: "El doctor Alberdi, el verdadero inspirador de nuestras leyes fundamentales", escribía Roca a Juárez Celman²⁴. Y éste, a su vez, expresaba: "A Alberdi, el teórico de nuestras positivas gran-

dezas, se le despreció y vive amargado en el destierro. Roca y yo realizamos la prédica inspirada en el autor de las «Bases»"²⁵.

Mientras tanto, grandes masas de inmigrantes europeos seguían arribando, fascinados por un país que exhibía tantas riquezas. Llegaban ansiando un pedazo de tierra de aquellas regiones deshabitadas de las que se había entrado en posesión, o de una parte de los beneficios que producían. Pero encontraban que esas tierras, por inmensas y deshabitadas que fueran, ya habían sido repartidas. En consecuencia, debían arrendarlas a sus actuales dueños en condiciones leoninas, o aglomerarse en las ciudades del litoral, particularmente en Buenos Aires, vendiendo su fuerza de trabajo, único capital que poseían, junto con los escasos trabajadores criollos que ya existían, para ir formando, así, la naciente clase obrera.

4. — Apenas dejado su cargo, el ex presidente Julio A. Roca, en 1877 viajó a Europa, donde fue recibido como no lo había sido, hasta entonces, ninguna personalidad argentina. Tales atenciones se prodigaron particularmente en Inglaterra. "En Londres —dice una crónica— el general Roca fue agasajado dignamente. En su honor, Lord Revelstrocke, jefe de la casa Baring Brothers, organizó un banquete en «Star and Garter Hotel», de Richmond, amable localidad veraniega distante una hora de la capital inglesa, sobre la orilla derecha del Támesis, y lugar donde se celebraban las más brillantes fiestas de la «season»... Rodearon al general Roca, en la mesa, Lord y Lady Revelstrocke, el Marqués de Santurce, el ministro argentino Domínguez, Mr. Henderson, Gral. Frazer, M. de Murieta, Lucas González, Mr. Drabble, Lady Goldmey, Mr. W. Parish, H. Woods, Mr. Burrows, W. Abbott, Henry Bell, Victorino de la Plaza, Máximo Terrero, Alejandro Paz, Martín García Merou, Carlos Casado, Enrique Rodríguez Larreta y cien más.

"La orquesta, dirigida por Edward Grosse, ejecutó el Himno Nacional argentino, y Lord Revelstrocke propuso acto seguido dirigir un telegrama al presidente Juárez Celman, cuyo texto fue aceptado por aclamación. A los acordes del Himno de la patria —observó un cronista de «The Times»— los caballeros argentinos y las señoras que los acompañaban, empalidiecieron y en muchos ojos hubo lágrimas que emocionaron a la demás concurrencia. Aún estando la patria en prosperidad y tranquila, a los hijos de la Argentina, futuro gran pueblo, les duele estar lejos de ella.

"Mr. Parish, que ofreció la demostración, dijo entre otras cosas: «Dios quiera que el actual presidente Dr. Juárez Celman, cumpla su misión y siga los mismos caminos de paz e industrias, y que su gobierno, como depositario de la confianza de todos, continúe prestando

²⁵ Ibidem, 461.

²¹ Domingo F. Sarmiento, *Condición del extranjero...*, cit., p. 225.

²² Juan Bautista Alberdi, *Escritos...*, cit., t. VIII, p. 495.

²³ H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina...*, cit., p. 349.

²⁴ Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman*, cit., p. 52.

su apoyo a las empresas extranjeras y a los capitalistas que han puesto fe en su administración»²⁶.

Pero Juárez Celman continuó prestando su apoyo a las empresas extranjeras y a los capitalistas que habían puesto fe en su administración en tal forma, que el país se transformó, por esa circunstancia, en un centro de la atracción internacional. "A fines de 1888 —dice H. S. Ferns— la Argentina se había convertido en una de las maravillas del mundo: el sueño de los aventureros de los Mares del Sur había cobrado vida. En 1889 el delirio era incontrolable. Se estima que en aquel año el 90 por ciento de las inversiones británicas fluía hacia la República Argentina"²⁷.

5. — Pero también había otros capitalistas que aspiraban a participar en el festín que se ofrecía en el Sur del continente. De acuerdo con los derechos que se adjudicaba por medio de la doctrina Monroe —que había establecido "América para los americanos", entendiendo en este término únicamente a los hijos de los Estados Unidos—, el gobierno de este país citó a las repúblicas latinoamericanas a una reunión en Washington, la primera que se hacía bajo su égida, cuyo propósito principal sería lograr para sí el comercio que ellas tenían establecido con Europa. Los más importantes temas a discutir serían el establecimiento de una unión aduanera (Zollverein, como se decía entonces, según la establecida por el canciller Bismarck en Alemania), y un tribunal de arbitraje obligatorio, con sede en Washington.

Ante ese temario, las repúblicas latinoamericanas concurren con cierta desorientación y cautela, que luego debían abandonar. Pero la República Argentina, entonces en el pico de su prosperidad, y de sus estrechísimos vínculos con Inglaterra, salió al frente, desde un comienzo, para combatir los propósitos norteamericanos, y, en este primer encuentro, logró derrotarlos.

La conferencia se inauguró en Washington, el 2 de octubre de 1889, y los delegados argentinos fueron Vicente G. Quesada, Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, aunque el primero, que era ministro argentino en los Estados Unidos, por razones particulares, no intervino. En cambio Sáenz Peña y Quintana, con todo vigor y eficacia, como representantes de "una nación con una misión por cumplir", enfrentaron a los delegados de los Estados Unidos, presididos por el Secretario de Estado James Blaine, y entre los que se incluía el industrial Andrew Carnegie. "La Conferencia de Washington —escribe un historiador norteamericano— fue el primer escenario donde se enfrentaron cara a cara los representantes de la política exterior de la Argentina y de los Estados Unidos, en presencia de todos sus colegas

²⁶ *Ibidem*, p. 435.

²⁷ H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina...*, cit., p. 433.

continentales... Desde la sesión inaugural hasta la resolución final, la iniciativa norteamericana y la agresividad argentina redujeron las sesiones de la Conferencia a un duelo entre dos resueltos antagonistas... La línea de discrepancia entre la Argentina y los Estados Unidos fue especialmente marcada al tratarse las cuestiones sobre el arbitraje y sobre la unión aduanera, puntos esenciales en los cuales había puesto Blaine todas sus esperanzas. Los argentinos dirigieron la batalla contra cada una de las propuestas, sobrepasaron a los norteamericanos en cada etapa y lograron, aproximadamente, los objetivos que buscaban".

Y prosigue más adelante reseñando las discusiones en la Conferencia (que había de prolongarse por espacio de más de seis meses), expresando respecto a Sáenz Peña: "El delegado argentino exaltó la posición comercial de su país y la intimidad de las relaciones con Europa... Acusó a Blaine de tener la intención de convertir en vasallos económicos a Estados soberanos y dijo: «Que el siglo de la América, que ha dado en llamarse el siglo XX, contemple nuestros cambios francos con todos los pueblos de la Tierra, atestiguando el duelo noble del trabajo libre en que se ha dicho con razón que Dios mide el terreno, iguala las armas y reparte la luz. ¡Sea la América para la humanidad!»"²⁸.

Ninguno de los objetivos de la convocatoria de la Conferencia de Washington fue alcanzado por los Estados Unidos. El prócer cubano José Martí que, como periodista, cubría el desarrollo de la Conferencia para un diario de Buenos Aires, expresando que la Argentina llevaba "la voz de la rebelión", escribía desde Nueva York, el 3 de mayo de 1890: "La batalla del día fue de veras muy recia. El Zollverein había sido el campo de combate en lo económico, y la Argentina lo ganó, de cara al sol". Y, aludiendo al proyecto de arbitraje continental, con tribunal inapelable con sede en Washington, que se pretendía imponer, informa que Quintana había dicho a Blaine: "A esos sueños, señor secretario, hay que renunciar"²⁹.

Y, aunque un delegado norteamericano manifestara que "la discusión parece referirse ahora a la cuestión de cuál es el mayor país, si la Argentina o los Estados Unidos", el fondo de la discusión parecía estar concretado en un comentario de "The Standard", de Buenos Aires, del 20 de marzo de 1890, que decía: "El capital británico constituye la base de casi todo el comercio y la industria, en las repúblicas hispanoamericanas, y es absurdo soñar en destronar hasta

²⁸ Harold F. Peterson, *La Argentina y los Estados Unidos* (1810-1960), Bs. As., 1970, ps. 313 a 316.

²⁹ José Martí, *Argentina y la Primera Conferencia Panamericana*, Bs. As., 1959, p. 125 y ss.

dentro de muchos años la influencia que, por este medio, ha adquirido Gran Bretaña"³⁰.

Por eso, el primer autor que antes hemos citado, agrega: "A pesar de la forma desenfadada en que la Argentina había representado a sus intereses nacionales, Blaine y otros espíritus afines, habían inaugurado el «movimiento» panamericano. Su trayectoria iba a ser tortuosa, su crecimiento lento. Y este crecimiento habría de producirse, por lo general, sin el apoyo argentino o, en el mejor de los casos, con su colaboración retaceada. Quintana y Sáenz Peña trazaron en Washington el curso que habría de seguir la aversión hacia el panamericanismo de la Argentina del siglo XX. Al proclamar la causa de la «humanidad», protegían los vínculos tradicionales de su país con Europa, y no aflojaban los nexos con América. Mantenían las manos libres traídas por la unidad hemisférica y demostraban la voluntad de guiar a los otros Estados americanos"³¹.

6. — Pero antes de que la Conferencia de Washington se clausurara, el 19 de abril de 1890, graves noticias llegaban de Buenos Aires: el período de gran auge económico que había vivido el país en los últimos años parecía haber llegado a su término, y una temible crisis se insinuaba, poniendo fin al agio en la Bolsa, a los empréstitos y al despilfarro. Era una crisis que conmovía al país, en forma parecida a la que tuvo lugar en 1825, en medio de los grandes negociados del gobierno de Rivadavia. El presidente Juárez Celman, buscando encerrarla, hubo de reconstruir apresuradamente su gabinete, llamando para participar en él, como Ministro de Relaciones Exteriores, al delegado Roque Sáenz Peña, que había intervenido en la Conferencia de Washington. Sin embargo, nada pudo conseguir, y ese ministerio duró poco tiempo, mientras las condiciones políticas se precipitaban hacia el levantamiento del 26 de julio de 1890, el que estudiaremos en nuestro próximo volumen.

Pero ese año 1890, como un hito en la evolución nacional, tuvo consecuencias importantísimas en la historia argentina, pues, no sólo presenció la *operación*, a lo lejos, del nuevo imperialismo, que se presentaba pretendiendo reemplazar al inglés, sino el surgimiento de las fuerzas sociales que venían a sustituir a las derrotadas rurales que, hasta poco antes, habían predominado en la República. Esas fuerzas sociales que surgían eran la pequeña burguesía y el proletariado.

³⁰ Thomas F. Mc Gann, *Argentina, Estados Unidos...*, cit., p. 240 y 242.

³¹ Harold F. Petersen, *La Argentina y los Estados Unidos*, cit., p. 316.

FIN DEL TOMO III

INDICE

Prólogo en siete capítulos	9
I.—Al promediar el siglo XIX se inicia en Europa una nueva era industrial. El capital mercantil y financiero británico, olvidando el descalabro de 1825-27, vuelve sus ojos al Río de la Plata, en coincidencia con la caída de Juan Manuel de Rosas, derrotado en Caseros por Justo José de Urquiza .	71
II.—La situación del país a la caída de Rosas: Buenos Aires como factoría del capital europeo, particularmente del inglés, en el Río de la Plata. Urquiza como un intento frustrado de desarrollo de un capitalismo nacional. La Asamblea, reunida en Santa Fe, en 1853, vota una nueva Constitución nacional	80
III.—En las "Bases", el libro argentino que tuvo más influencia para hacer de la República Argentina lo que fue, Juan Bautista Alberdi, que había abandonado sus ideas de nacionalidad y americanismo, declaró que "en América lo que no es europeo es bárbaro"; planteó la necesidad de su plantar la familia criolla por otra europea, haciendo la población para el sistema proclamado y no el sistema para la población; se declaró apóstol del librecambismo, aconsejando, además, empeñar las rentas, contratar empréstitos y colmar de inmunidades y privilegios al capital extranjero, entregándole, así, los puntos claves de nuestra economía	91
IV.—Las ideas de Juan Bautista Alberdi, que fueron recibidas con alborozo por los antiguos miembros de la "Joven Generación Argentina", de 1838, terminaron, al parecer, por conquistar al propio general Urquiza, frente a quien, cuando quiso organizar la República, se levantó Buenos Aires, para disputarle la tarea, disputa que llevó a la separación de	

esta provincia de la Confederación para constituir un Estado Independiente, en cuyo seno Bartolomé Mitre se fue abriendo camino hasta quedar en primer término. ¿Quién era Mitre?	160
V.— La lucha entre Buenos Aires y la Confederación llevó a Cepeda, donde Urquiza venció a Mitre, y a Pavón donde aquél se dejó vencer y con ello sometió a la República a la "causa de Buenos Aires", que era, directamente, la del capital británico	113
VI.— Después de Pavón, Bartolomé Mitre, al frente de la "causa de Buenos Aires", se lanzó a sangre y fuego sobre las provincias para hacer la "unidad a palos", que propiciaran antes Rivadavia y sus prohombres, y, como éste, rechazó toda relación con Hispanoamérica	126
VII.— Buscando la consolidación del "triumfo" de Pavón, el general Mitre hizo invadir la Banda Oriental con el general uruguayo Venancio Flores, su subalterno en aquella batalla y jefe del ejército porteño que ejecutó la masacre de Cañada de Gómez, quien obtuvo más tarde, también el apoyo del Brasil. Influencia de la masonería en los sucesos del Río de la Plata. Cercamiento y domesticación de Urquiza - Prosperidad porteña	137
VIII.— Siguiendo la tradición de Rosas sobre la utilización de una guerra exterior para forzar el sometimiento de las provincias, Bartolomé Mitre interviene junto al Brasil y la provincia Oriental en la campaña de la Triple Alianza, contra el Paraguay, que aparece como resultado de la acción de la masonería, y halló un campo fértil en las minúsculas aspiraciones del dictador paraguayo Francisco Solano López	150
IX.— Otra vez las montoneras del interior. - Definitiva domesticación de Urquiza. - Fin del periodo gubernativo del general Mitre. - Mitre y la fundación de "La Nación"	169
X.— Domingo Faustino Sarmiento, un provinciano que no pudo trasladarse a Buenos Aires para estudiar en ella, como Alberdi, a consecuencia de lo cual, lo que perdió en educación lo compensó con una mayor compenetración con el medio nativo, comenzó a expresar ese medio haciendo una particular obra literaria en Chile, adonde se desterró, reconociendo allí —al igual que Mitre—, la superioridad intelectual de Alberdi, así como identidad con su pensamiento. Hasta que desenteligenias con Urquiza, en oportunidad de la campaña de Caseros, acercaron definitivamente a Mitre	

y a la "causa de Buenos Aires", transformándose, en consecuencia, en tenaz adversario de Alberdi	186
XI.— Sarmiento presidente. - Fin de la guerra del Paraguay. - Sublevación de Entre Ríos. - La guerra contra los indios. - El verdadero significado de "civilización y barbarie" en la historia argentina. - Educación y rémington	202
XII.— Avellaneda. - Inmigración. - Ferrocarriles. - Desarrollo agropecuario. - Crisis económica y campaña industrialista. - Fin de la guerra contra los indios. - La cuestión capital	218
XIII.— Dominador intelectual de la "Joven Generación Argentina", de 1838, Juan Bautista Alberdi, que expuso sus ideas aunque no aspiró a realizarlas —lo cual hicieron sus discípulos Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento—, habiéndose distanciado de éstos, se vio entonces obligado, paradójicamente, para combatirlos, a combatir, en buena parte, lo que él mismo había escrito y era, ahora, sostenido por sus adversarios, expresando, con tal motivo, muchas verdades, hijas más bien del despecho, las que estaban en evidente contradicción con sus postulados de las "Bases"	239
XIV.— Buenos Aires Capital Federal y la profecía de Leandro N. Alem. - La presidencia del general Julio A. Roca. - Agio de la tierra pública. - Más ferrocarriles. - "Paz y administración". - Surge una nueva Argentina y aparece la llamada "generación del 80. - "La historia de las ideas puede escribirse sin mencionarlos"	253
XV.— El desborde antinacional provocado por la aplicación de las ideas de la "Joven Generación Argentina", de 1838, expresadas principalmente por Juan Bautista Alberdi —que recogía los postulados de Bernardino Rivadavia— y ejecutadas ahora por Julio A. Roca y Miguel Juárez Celman, trajo como consecuencia la crisis de 1890, bajo la presidencia del último, y un levantamiento del elemento autóctono postergado, al mismo tiempo que aparecía por el norte el imperialismo de los Estados Unidos, convocando la primera Conferencia Panamericana, y surgían en el país las fuerzas sociales urbanas, que venían a sustituir a las rurales derrotadas que, hasta poco antes, habían prevailecido en la República	271

Próximamente: Tomo IV: "Grandeza y colapso de la República Argentina como «dominio» del imperialismo inglés" (1890-1930).



Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1988 en los talleres gráficos de *Palabra Gráfica y Editora S.A.*, Castro 1856/60, Cep. Fed., Rep. Arg



RESEÑAS.

Edad 27
Color blanco
Pelo oscuro
Estatura 5.6
Ojos oscuros
Nariz regular
Señas particulares.



CONSULADO BRITANICO.

Certifico que *Agustín P. Justo* está registrado como súbdito Británico en este consulado, y que en virtud del tratado entre su Magestad Británica y las Provincias Unidas del Rio de la Plata está exento de todo servicio militar obligatorio, de cualquiera clase que sea, terrestre ó marítimo.

Buenos Aires, 28 de Marzo de 1831

Charles Griffiths
Consul General

Salvaconducto del gibraltarinio Agustín Pedro Justo, derivado del tratado firmado con Inglaterra, en 1825, que lo ponía en situación preferencial respecto a la población nativa. El poseedor de este documento, bisabuelo del autor de este libro, era comerciante con el litoral, particularmente con Corrientes, donde se casó. Posteriormente aparece como estanciero en Lomas de Zamora (provincia de Buenos Aires) figurando su nombre entre los iniciadores de la Sociedad Rural Argentina, en 1866.